SOCIEDADES 

NACIONALISMO Y COLONIAJE

Su expresión histórica en la prensa de Bolivia

Carlos Montenegro

Fernando Mayorga Ugarte | Estudio introductorio

Nacionalismo y coloniaje

Su expresión histórica en la prensa de Bolivia

Nacionalismo y coloniaje

Su expresión histórica en la prensa de Bolivia

Carlos Montenegro







Montenegro, Carlos
Nacionalismo y coloniaje: Su expresión histórica en la prensa de Bolivia
1.ª edición, La Paz, Ediciones Autonomía, 1944
2.ª edición, La Paz, Alcaldía Municipal de La Paz, 1953
3.ª edición, Buenos Aires, Pleamar, 1967
4.ª edición, La Paz, Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, 2016
248 p.; 23 x 15 cm
ISBN (TAPA DURA): 978-99974-62-04-6
ISBN (TAPA RÚSTICA): 978-99974-62-03-9

Diseño de colección: Pilar Montesinos, Rubén Salinas, Sergio Vega Camacho y José Manuel Zuleta
Ilustración de tapa: Mario Yllanes
Edición al cuidado de Plural editores y BBB

Primera edición en esta colección: julio de 2016

3.000 ejemplares

EDICIÓN TAPA DURA:
DL: 4-1-212-16-P.O.
ISBN: 978-99974-62-04-6

EDICIÓN TAPA RÚSTICA:
DL: 4-1-215-16-P.O.
ISBN: 978-99974-62-03-9

Imprenta: Plural editores
Impreso en Bolivia



Índice

Nacionalismo y coloniaje
Su expresión histórica en la prensa de Bolivia

Presentación

La Biblioteca del Bicentenario de Bolivia

Álvaro García Linera

Uno de los principales problemas en la formación educativa de los estudiantes tanto de nivel secundario como universitario es, por decirlo de alguna manera, su relacionamiento conflictivo con los libros; es decir, la dificultad que tienen para apropiarse de la información y el conocimiento universal depositado en el soporte material de los textos impresos.

A lo largo de mi trabajo académico universitario, he podido detectar diversos componentes de esta relación conflictiva. Uno de ellos, el débil hábito de la lectura o, en otras palabras, el rechazo, la negativa o resistencia del estudiante para dedicarle tiempo, esfuerzo, horas y disciplina a su acercamiento con el conocimiento, de manera sistemática, rigurosa y planificada. La tendencia a buscar el resumen rápido en vez de esforzarse por sumergirse en la narrativa del texto, a copiar del compañero en vez de escudriñar la estructura lógica o los detalles de la argumentación de la obra, es mayoritaria. Se trata de una ausencia de paciencia y disciplina mental, y, a la larga, de una falta de aprecio por el trabajo intelectual, que hace que el estudiante se aproxime al conocimiento universal en distintas áreas –ciencias naturales, ciencias exactas y ciencias sociales– de una manera superficial, mediocre y poco rigurosa.

Un segundo problema es la falta de comprensión de lo que se lee, la carencia de métodos para una lectura que posibilite encontrar

el núcleo argumental y sedimentar en el cerebro el conjunto de información, procedimientos y resultados que están presentes en los libros e investigaciones. Por lo general, la capacidad de comprensión –e incluso de retención– de lo leído es bajísima. Eso significa que además del ya reducido esfuerzo que el estudiante promedio despliega en la lectura, gran parte del mismo resulta inútil porque ni siquiera consigue aprehender el núcleo argumental de lo planteado o escrito por el autor.

Estos son problemas estructurales que se arrastran desde la formación educativa escolar y que, por tanto, requieren de una transformación igualmente estructural de la formación educativa básica, de la disciplina educativa, de la facultad para construir lógicamente los conceptos y de la inculcación de hábitos duraderos de investigación y métodos de estudio.

Otro problema que también se presenta en la formación educativa de los colegiales y, en particular, de los universitarios, tiene que ver con el acceso a la información y documentación, y a la disponibilidad de las publicaciones a fin de poder acceder a los conocimientos que nos brindan.

Ciertamente existen libros útiles y libros irrelevantes. Sin embargo, no cabe duda de que el texto escrito –ya sea bajo el soporte material de impresión (libro impreso) o de información digitalizada (libro digital)– representa, en la actualidad, el lugar fundamental de preservación del conocimiento que los seres humanos han sido capaces de producir en los últimos cinco mil años de vida social. En todo caso, esto no niega la presencia de otros soportes de información como el que se encuentra, por ejemplo, en el cuerpo, en la experiencia; mas, aun así, la única manera de universalizar y socializar ese conocimiento e información sigue siendo el texto escrito: el libro.

El conocimiento, en calidad de bien común universal y no únicamente como sabiduría local, tiene su base material en los libros; desafortunadamente, el acceso a ellos no es siempre universal. Por ejemplo, en nuestro país, dado que generalmente los textos de mayor referencia en el campo académico son de edición extranjera, gran parte de ellos tienen costos elevados o son de difícil acceso para los estudiantes. Adicionalmente, nuestras bibliotecas poseen obras editadas décadas atrás y, muy excepcionalmente, de relevancia para la formación académica. Por otro lado, nuestras librerías

presentan una limitada disponibilidad de obras producidas en el extranjero (no más de 20 ejemplares por cada título), cuyos únicos destinatarios se convierten en un grupo de expertos; mientras que, en el caso de las obras editadas en Bolivia, aquellas a las que se tiene acceso no siempre son las más adecuadas o necesarias para la formación educativa estudiantil. Entonces, las dificultades que tienen los alumnos para acceder de manera directa a las publicaciones e investigaciones más relevantes, recientes, sólidas y mejor elaboradas, que les permitan potenciar su formación académica en las diferentes áreas de estudio, son notorias.

Con tristeza he podido atestiguar, en la universidad, que parte de la autoridad académica de algunos profesores, lejos de sostenerse en su capacidad intelectual o didáctica –y mucho menos en su capacidad de síntesis o investigación–, se sustenta en la mezquindad o el monopolio del acceso a ciertos libros necesarios para su materia. He visto a profesores facilitar a sus alumnos simplemente algunos capítulos de una obra importante, preservando para sí el resto a fin de poder contar con un mayor conocimiento que ellos. De hecho, algunos profesores conservan su autoridad académica y su puesto no –como se podría esperar– gracias a su mayor capacidad de conocimiento e investigación, sino porque básicamente restringen o conservan el monopolio de tal o cual investigación y/o publicación, que difunden a sus estudiantes de manera selectiva (a cuenta gotas) y no en su plenitud.

¿Cómo ayudar a superar estos límites de la formación académica estudiantil y universitaria? ¿Cómo facilitar el acceso de los estudiantes a las publicaciones más importantes, de manera rápida, fácil y barata, para que coadyuven con su formación intelectual y académica? ¿Cómo inculcarles la idea de que un buen alumno no depende de su capacidad adquisitiva para la compra de determinados libros o de la buena voluntad del profesor para proporcionarle las respectivas fotocopias, sino de su formación en la construcción de esquemas lógicos, de su capacidad de análisis, síntesis e investigación, y de su capacidad de sedimentación e innovación de las investigaciones y/o aportes realizados en diferentes latitudes del país o del mundo?

Esta preocupación constituye, pues, el punto de partida del nacimiento de este destacable proyecto. Lejos de pretender la mera publicación de 200 obras relucientes para ser guardadas en los

rincones o anaqueles de algunas bibliotecas (particulares o pertenecientes a instituciones públicas o privadas), sin utilidad alguna, la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB) nace con una función práctica muy clara: apoyar a ese trabajo de acercamiento profundo a la lectura por parte de estudiantes, investigadores y ciudadanía, en general, facilitándoles el acceso a las 200 publicaciones más importantes y necesarias para la comprensión de la realidad boliviana en los últimos siglos.

¿Por qué 200 libros o publicaciones? En reconocimiento a los 200 años de independencia y fundación de Bolivia, cuya celebración tendrá lugar el año 2025.

Nuestro deseo habría sido que ese objetivo (de acceso fácil, rápido y barato de los lectores bolivianos y bolivianas a las 200 investigaciones más importantes del país) abarcara todas las áreas de la formación académica (desde las ciencias exactas y naturales hasta las ciencias sociales), pero queda claro que, en las actuales circunstancias, esto resulta imposible.

Por ello, el trabajo de selección tuvo que enmarcarse a un conjunto de estudios referidos a Bolivia a lo largo de los últimos 400 o 500 años que, en su mayoría, abarcan la historia social, económica y política boliviana, aunque también se orientan al campo de la literatura, la cultura y las artes, entre otras áreas.

Se trata de textos –muchos de ellos de difícil acceso– publicados años atrás, pero nunca más reeditados; o publicados en otras partes del mundo, pero de difícil acceso para el estudiante; o publicados recientemente, pero con costos elevados y excluyentes. Nuestra tarea consistió en juntarlos e incorporarlos en una biblioteca a la que estudiosos e investigadores del país entero, pero, en particular, jóvenes escolares, colegiales y universitarios, puedan acceder de manera sencilla.

Para llevar adelante el proyecto con éxito, se tomó la decisión de reunir a importantes –si no es que a los mejores– investigadores y estudiosos de las distintas áreas de las ciencias sociales, artes y letras para que, en un largo debate conjunto, ordenado a través de comisiones temáticas, fueran seleccionando, a partir de los cientos de títulos disponibles, esos 200 más importantes para la comprensión de la historia de nuestro país.

Para nosotros fue determinante el hecho de que este proceso de selección sea realizado con la mayor pluralidad posible. Por ello,

los más de 30 notables estudiosos de la realidad boliviana (la mayor parte de ellos residentes en territorio nacional y otros en el extranjero) invitados a conformar el Comité Editorial de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, trabajaron en base a un amplio catálogo (que superó los mil títulos) elaborado gracias a sus sugerencias, las de decenas de especialistas invitados y la participación directa de la ciudadanía a través de la web del proyecto, en la selección final de las obras.

Este gran esfuerzo colectivo y estatal por brindar a la juventud estudiosa un material de calidad y decisivo para la comprensión de la formación de la sociedad, el Estado, la economía y la estructura social boliviana, en los últimos siglos, queda sintetizado en las siguientes cuatro colecciones que engloban las 200 obras seleccionadas: 1) Historias y Geografías (69 textos), 2) Letras y Artes (72 textos), 3) Sociedades (49 textos) y 4) Diccionarios y compendios (10 textos).

La Biblioteca del Bicentenario de Bolivia no habría sido posible sin la participación comprometida de todas las personas que apoyaron a su realización. Un agradecimiento especial al Director del Centro de Investigaciones Sociales de la Vicepresidencia (CIS), Amaru Villanueva; a la Coordinadora Académica del CIS, Ximena Soruco Sologuren; al equipo de la Coordinación General del Proyecto; y, por supuesto, a todos los miembros del Comité Editorial que trabajaron de manera gratuita en largas y apasionantes reuniones durante más de seis meses, en procura de seleccionar esas 200 obras imprescindibles para la comprensión de la historia de nuestro país. Nuestros mayores reconocimientos para: Adolfo Cáceres Romero, Alba María Paz Soldán, Ana María Lema, Beatriz Rossells, Carlos Mesa, Claudia Rivera, Eduardo Trigo, Elías Blanco Mamani, Esteban Ticona, Fernando Barrientos, Fernando Mayorga, Germán Choquehuanca, Godofredo Sandoval, Gustavo Rodríguez, Hans van den Berg, Isaac Sandoval, Juan Carlos Fernández, José Antonio Quiroga, José Roberto Arze, Jürgen Riester, Luis Oporto, María Luisa Soux, Mariano Baptista Gumucio, Pablo Quisbert, Pedro Querejazu, Pilar Gamarra, Ramón Rocha Monrroy, Roberto Choque, Rubén Vargas, Verónica Cereceda y Xavier Albó.

Es indudable que toda formación pasa por el tamiz de la lectura, estudio y abordaje del conocimiento depositado en los libros. Y la BBB ha sido justamente imaginada como una herramienta de estudio y de formación.

Nuestro mayor deseo es que estos 200 libros no se queden intactos y sin uso en el rincón de alguna biblioteca, sino que sean leídos, debatidos y comentados por estudiantes e investigadores, que sumergiéndose en el contenido de sus líneas y páginas (marcándolas, subrayándolas, tomando o haciendo notas en sus bordes), las puedan procesar, utilizar y transformar.

Si en los siguientes meses o años vemos a los jóvenes estudiantes agarrando una obra del Bicentenario en la mano, debatiendo o reflexionando acerca de tal o cual idea o tal o cual capítulo; entonces, el objetivo y la misión de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia se habrá cumplido: ayudar a la formación de una nueva generación de estudiantes con una mejor capacidad intelectiva, de estudio, análisis e investigación en el ámbito de la realidad social boliviana.

Estudio introductorio

Carlos Montenegro, escritor y protagonista de una época de transformaciones

Fernando Mayorga Ugarte*

En 1943, con 40 años a cuestas, Carlos Montenegro escribió un ensayo que fue publicado con el sugestivo título de *Nacionalismo y coloniaje: Su expresión histórica en la prensa de Bolivia,*[1] una obra fundamental para la configuración del discurso del nacionalismo revolucionario que se forjó después de la Guerra del Chaco y proporcionó los elementos ideológicos al proceso político que desencadenó la Revolución de 1952. Esos elementos están presentes de manera explícita o aparecen como huellas en el discurso político de las últimas décadas. Una vigencia que se explica, también, por la calidad

* Nació en Cochabamba en 1960. Es licenciado en sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y doctor en Ciencia Política por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Es autor, entre otros, de los siguientes libros: *Max Fernández: la política del silencio* (1991), *Grita la hinchada, grita la hinchada* (2010), *Urnas y democracia directa. Balance del Referendo Constitucional* (en coautoría, 2016).

1 La primera edición de *Nacionalismo y coloniaje* es de 1944 (La Paz: Ediciones Autonomía), aunque en su portada aparece 1943 como año de su aparición. Tiene un dibujo de Mario Yllanes en aquella, así como un cuadro de este pintor como *ex-libris*; también incluye viñetas realizadas por Jorge Carrasco Núñez del Prado en páginas interiores. Las razones y los detalles del desfase temporal del año de publicación ("circunstancias insalvables para el autor") son explicados por Carlos Montenegro en una "Nota final". Entre las ediciones significativas, hay que mencionar la segunda, que salió en 1953 (La Paz: Alcaldía Municipal de La Paz) y la tercera de 1967 (Buenos Aires: Ediciones Pleamar). En 1994 se publicó un facsímil del libro en el cincuentenario de la primera edición (Bedregal 1999: 221, nota 74). La más reciente edición fue realizada por la Asociación de Periodistas de La Paz (2013).

narrativa de una obra que no puede disociarse de la apasionante vida intelectual y política de su autor.

Montenegro nació en Cochabamba en diciembre de 1903 y falleció en marzo de 1953 en Nueva York, víctima de cáncer. Medio siglo de una existencia signada por una febril actividad política matizada con periodismo, labor diplomática, producción intelectual y debate ideológico. Es imposible escindir esas facetas de su personalidad para esbozar una trayectoria que se destaca por breves etapas de intensa acción política en Bolivia y dilatadas ausencias en el extranjero, como diplomático en Argentina (1935-1939) y México (1944-1946), y en condición de exiliado en Buenos Aires entre 1946 y 1952. No obstante, se describe su derrotero como escritor y, luego, como político para resaltar un estilo de acción que influyó decisivamente en su generación y en intelectuales de la talla de Sergio Almaraz Paz (1928-1968) y René Zavaleta Mercado (1937-1984).

En su juventud, Montenegreo fue poeta, dramaturgo y ensayista. Su formación escolar se inició en el Instituto Americano y egresó del colegio fiscal Sucre. A los 19 años fue excomulgado por un artículo periodístico que hacía mofa de las creencias religiosas, dando origen a su fama de contestatario y su apodo de "fiero". Tuvo una formación liberal bajo influencia de su padre en una época sacudida por la irrupción de nuevas teorías e ideologías de signo nacionalista, socialista e indigenista (Stefanoni, 2015). En 1925 se graduó como abogado en la Universidad Mayor de San Simón y como estudiante formó parte del movimiento que posteriormente impulsó la autonomía universitaria. Al año siguiente ejerció el cargo de subprefecto de Quillacollo. En 1928 se casó con la poetisa María Quiroga, matrimonio que se disolvió cuatro años después. Su segunda esposa fue Yolanda Céspedes, hermana de Augusto Céspedes,[2] otro destacado escritor y activista; juntos formaron un dúo inseparable en trajines periodísticos, intelectuales y políticos.

2 Augusto Céspedes siguió un itinerario similar a Montenegro, inclusive en situaciones de confinamiento y exilio. Juntos fundaron el periódico *La Calle* y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Céspedes es autor de novelas históricas que forman parte del discurso del nacionalismo revolucionario, tales como *El dictador suicida*, *El presidente colgado*, *El metal del diablo* y un libro de cuentos sobre la Guerra del Chaco: *Sangre de mestizos*.

Fue columnista de varios periódicos, como *El Heraldo* y *El Tiempo* de Cochabamba, *El Diario* y *La Razón* de La Paz y fue asiduo colaborador de la revista *Arte y Trabajo* que, en los años veinte, bajo la conducción del ideólogo anarquista Cesáreo Capriles, congregó a la joven intelectualidad cochabambina: Augusto Guzmán, Augusto Céspedes, José Antonio Arze. En esa revista escribió –bajo el seudónimo de Juan Pérez– críticas al conservadurismo local y semblanzas de figuras públicas como Martin Cárdenas, Manuel Ascencio Villarroel, Daniel Salamanca, Gabriel René Moreno, Adela Zamudio, Man Césped, Mariano Baptista y Nataniel Aguirre. También una crítica mordaz a poemas de Franz Tamayo y apreciaciones sobre escritores extranjeros, como Anatole France y León Tolstói. En 1931 se trasladó a La Paz para trabajar en *El Diario*. Se enroló en el Ejército para asistir a la Guerra en el Chaco y fue nombrado inspector de Propaganda del Estado Mayor, donde conoció a jefes militares que serían protagonistas políticos en los años de la posguerra. Su labor periodística se tornó intensa desde 1936 con la fundación de *La Calle,* junto con Augusto Céspedes y Armando Arce. Ese semanario se convirtió en un importante medio escrito en la escena política por su crítica al régimen imperante, motivo por el cual, en seis años de vigencia, fue clausurado cinco veces.

Cuando tenía 32 años, fue designado secretario de la delegación boliviana en la Conferencia por la Paz del Chaco que se llevó a cabo en Buenos Aires entre 1935 y 1938; su estancia se alargó un año para cumplir el objetivo de difundir la labor de los gobiernos del “socialismo militar”: David Toro (1936-1937) y Germán Busch (1937-1939). Era una suerte de exilio indirecto porque su presencia en Bolivia era perturbadora en las esferas gubernamentales, lo que no impedía su intervención en importantes decisiones políticas con viajes esporádicos o mediante comunicación epistolar. En su estadía en Buenos Aires, frecuentó círculos intelectuales conformados por Pedro Henríquez Ureña, Amado Alonso, Victoria Ocampo, Ramón Gómez de la Serna, Alfonsina Storni y Jorge Luis Borges. También tuvo lazos con políticos de renombre, como el dirigente socialista Lorenzo Palacios, y con exiliados peruanos, entre los que sobresalía Luis Alberto Sánchez, famoso novelista, historiador y político. Escribió en *La Vanguardia*, publicación del socialismo argentino, no obstante, se percibe cierta afinidad con las ideas de Lisandro de la Torre, destacado parlamentario que enarbolaba la

defensa del patrimonio nacional frente a las empresas extranjeras.[3] Es una época de revisionismo histórico en Argentina y, como señala Piñeiro:

> los revisionistas, también llamados nacionalistas, respondían a distintas vertientes ideológicas, pero todos estaban empeñados en demoler una historia oficial que no coincidía con su concepto de nación; cuando Montenegro escriba su *Nacionalismo y coloniaje*, la similitud de miras con las del nacionalismo popular… se hace evidente (2004: 157).

Sus relaciones abarcaron una pléyade de escritores y políticos de diversas tendencias ideológicas, sin embargo, según Piñeiro, la relación más significativa fue con Arturo Jauretche, de la Fuerza Orientadora Radical para la Joven Argentina (FORJA), un movimiento intelectual y político basado en el revisionismo histórico para "la elaboración de un pensamiento nacional argentino que terminaría por corporizarse años después en el peronismo" (2003: 3). Ese revisionismo recuperó la dicotomía entre nación y colonia para reescribir la historia argentina a la usanza del ideario político que Montenegro promovió en los gobiernos del "socialismo militar" y que se plasmaría cinco años después en *Nacionalismo y coloniaje*. Precisamente, durante esa estadía, recopiló materiales de archivo que utilizó como fuentes historiográficas en su obra, como los pasquines "originales o copiados por autoridad competente en el Archivo General de la Nación de la República Argentina" (Baptista, 1979: 30).

A fines de 1939, Montenegro regresó a Bolivia, y al año siguiente, se instaló en La Paz. En 1941 fundó el semanario *BUSCH*, un acróstico de "Bolivia unida sin clases humilladas".[4] Era un homenaje a Germán Busch, cuya biografía trazó en un libro que estuvo inédito durante varias décadas.[5]

---

3 Una trágica anécdota rodea esta influencia, según relata Gonzalo Romero: "Fue a raíz de un debate donde se atentó contra la vida del gran patriota argentino… que surgió la famosa frase imprecatoria de Lisandro de la Torre: 'A este movimiento nacionalista revolucionario nadie lo atajará' que inspiró a Carlos Montenegro para bautizar a su partido" (Baptista, 1979: s.p.).

4 Ese semanario se publicaba en un formato tabloide con una extensión de 24 páginas y circuló durante tres meses. Tuvo una nítida impronta política con un pretencioso lema: "La voz de hoy y de mañana" (Antezana Ergueta, 1985: 315).

5 Existían indicios sobre ese libro porque, durante su estadía en Buenos Aires, Montenegro tuvo un intercambio epistolar con Busch y mencionó su

En 1943, escribió el ensayo "Influencia y función del periodismo en el proceso histórico de Bolivia", repitiendo el título de un concurso convocado por la Asociación de Periodistas de La Paz. Su redacción fue realizada en un par de meses debido a las características del concurso, cuyos resultados se difundieron el 12 de mayo de 1943.[6] El jurado, compuesto por Víctor Paz Estenssoro, Demetrio Canelas, Humberto Palza, Augusto Guzmán, Mario Flores y Rodolfo Salamanca, seleccionó como ganador el ensayo de Montenegro. Un fragmento titulado "Los pasquines en la revolución de julio" se difundió en julio de 1943 en la *Revista Kollasuyo*, con la advertencia "de un libro próximo a publicarse". Finalmente, la obra ganadora se publicó en mayo de 1944 con el título *Nacionalismo y coloniaje: Su expresión histórica en la prensa de Bolivia*.[7]

A mediados de los años cuarenta, Montenegro radicó en México como embajador del gobierno de Gualberto Villarroel (1943-1946) y escribió en el semanario *Tiempo,* en una sección titulada "La columna de Latinoamérica". En 1946, debido al derrocamiento del gobierno, decidió retornar a Buenos Aires y asumió una labor intelectual más intensa por su condición de exiliado. Esa época escribió en las revistas *Ahora* y *Sexto Continente*, y en los periódicos *Crónica* y *Democracia*. En 1948 fundó la revista mensual *Síntesis Económica Americana* (SEA) y en 1950 fue nombrado Presidente de la Asociación Profesional de Periodistas y Corresponsales Extranjeros en Buenos Aires. En 1951 escribió editoriales en *La Prensa,* un diario argentino expropiado por el gobierno de Juan Domingo Perón.

En *Sexto Continente* publicaban escritores de la talla de José Vasconcelos, Leopoldo Marechal, Ramón Gómez de la Serna y Raúl Scalabrini Ortiz. En un artículo titulado "De la economía mundial a

---

intención de escribirlo. Parte de esa correspondencia fue publicada por Yolanda de Montenegro (1997).

6 Dos años antes había sido confinado al oriente boliviano acusado de conspiración política; según su esposa, en esa región conoció el apelativo Kisiabó que adoptó como seudónimo en el concurso.

7 En la "Nota editorial" de esa primera edición, Montenegro afirma que se cambió el título "por razones obvias" y que "se ha ganado… en cuanto a precisión enunciativa" puesto que "[l]a teoría que estas páginas desarrollan: –lucha del sentimiento nacional contra el espíritu colonialista en el decurso del vivir boliviano–, queda así planteada por entero". Asimismo, aclara que el subtítulo correspondía al propósito del concurso. Dicho subtítulo desaparece en las posteriores ediciones.

las economías regionalizadas", Montenegro reclama que "se carece en América Latina de un pensamiento económico de comunidad", denotando una preocupación por lo regional (Piñeiro, 2004: 186). Una perspectiva explícita en la revista SEA, cuya creación fue posible por el apoyo del influyente diario *Crítica*, en particular de Helvio Botana, quien recuerda: "cuando conocí a Montenegro volqué toda mi pasión a Bolivia… fui subyugado intelectualmente por Montenegro desde el momento que lo conocí… fundamos una revista económica… que misteriosamente fue muy buen negocio" (Botana, 1985: 337). Según Piñeiro, casi todos los artículos eran escritos por Montenegro y SEA se convirtió en una "publicación notablemente bien informada. Con el correr de los números fue logrando entre sus amistades corresponsalías en casi todos los países americanos [pero] en 1949 tuvo que ser cerrada por presiones del gobierno boliviano" (2004: 184 y 185), debido a denuncias por las acciones políticas promovidas por el MNR desde el exilio, lo que provocó que Montenegro sufriera un arresto domiciliario. Su labor en torno a esa revista se reflejó en la redacción de dos libros –*Las inversiones extranjeras en América Latina* y *La hora cero del capitalismo*– que fueron publicados después de su muerte. Previamente, en 1948, escribió un texto crítico sobre la trayectoria del embajador norteamericano en Argentina, encuadrado en la perspectiva crítica que adoptó en *Nacionalismo y coloniaje.* Su relación con el mundo político e intelectual argentino fue más intensa, inclusive se sugiere que en 1950 escribió un discurso que Perón pronunció ante oficiales argentinos y que el presidente argentino tuvo varias influencias intelectuales, "especialmente de Carlos Montenegro, el ideólogo del Movimiento Nacionalista Revolucionario boliviano" (Piñeiro, 2010). Una tarea que reiteraba las peculiaridades de su itinerario político en Bolivia.

La obra intelectual de Montenegro está estrechamente vinculada a su trayectoria política. Se inicia con su incorporación al Partido Nacionalista que apoyó al presidente Hernando Siles (1926-1930), un partido conformado por jóvenes de la denominada "generación del centenario" que se destacaron en el campo intelectual y político y, luego, transitaron a diversas tendencias ideológicas. La crítica al liberalismo era común debido a la influencia de la revolución rusa y al ascenso del fascismo y del nazismo en Europa. También emergió el indigenismo como reacción al

socialdarwinismo que era dominante en las ciencias sociales bolivianas. En torno al socialismo se aunaron varios grupos políticos para fundar el Partido Socialista en 1936, cuyos principales dirigentes fueron Enrique Baldivieso y Carlos Montenegro. Esta vertiente ideológica se alimentó con el impulso nacionalista provocado por la derrota en la Guerra del Chaco y dio origen al "socialismo militar" que se cristalizó en los gobiernos de Toro y Busch, en cuyas gestiones algunos dirigentes tuvieron una importante participación. Montenegro promovió la nacionalización de la Standard Oil en 1937, denunciando la caducidad de sus concesiones, y un par de años después publicó el manifiesto "¡Defendamos el petróleo!", que impulsó la creación de la Unión Boliviana de Defensa del Petróleo. También influyó en la creación del Ministerio de Trabajo, una decisión pionera.

En 1938, el gobierno de Busch convocó a una Convención que aprobó una nueva Carta Magna bajo la influencia del constitucionalismo social (Stefanoni, 2015: 320). Montenegro no participó en ese cónclave porque estaba radicando en Buenos Aires, en cumplimiento de una misión diplomática. En esa ciudad escribió un par de folletos sobre petróleo y minería cuya difusión en Bolivia influyó en las decisiones gubernamentales. A fines de 1939, después del suicidio de Germán Busch, regresó al país y ocupó el cargo de redactor de la Cámara de Diputados, aunque su labor se concentró en la creación de un nuevo partido, el MNR. El 7 de junio de 1941 se aprobó el documento de "Principios y acción del MNR" suscrito, entre otros, por Víctor Paz Estenssoro, Carlos Montenegro, Rafael Otazo, Hernán Siles Zuazo, Augusto Céspedes, Germán Monroy Block y Walter Guevara.

A los pocos meses, Montenegro fue confinado a la región oriental acusado de participar en un supuesto plan de "golpe de Estado" con apoyo de los nazis. Con esa acusación, el gobierno de Peñaranda (1940-1943) decretó el Estado de sitio, confinó a una docena de dirigentes del MNR y clausuró el periódico *La Calle*. En mayo de 1942, se realizaron elecciones para renovar el Parlamento y el MNR presentó candidatos en varios distritos; Montenegro tuvo una magra votación en Cochabamba. En 1943 ocurrieron tres hechos cruciales en su vida pública. En mayo ganó el concurso sobre historia del periodismo con un texto que será publicado como *Nacionalismo y coloniaje;* en junio sale ileso de un intento de

asesinato perpetrado por Tristan Marof,[8] y en diciembre es partícipe del "golpe de Estado" contra Peñaranda, que da origen al Gobierno de Gualberto Villarroel (1943-1946) –con base en una alianza entre la logia militar Razón de Patria (RADEPA) y el MNR– y se produce su primera –y única– incursión en las esferas del poder Ejecutivo. Es nombrado ministro de Agricultura, pero su presencia fue efímera porque renunció debido a presiones del gobierno norteamericano. Así, a fines de 1944, fue nombrado embajador en México, en una suerte de exilio involuntario. En ese país participó como delegado en la Conferencia de Chapultepec de 1945 y en la Conferencia Interamericana sobre la Paz y la Guerra. En 1946 asistió a la Conferencia Interamericana del Trabajo y fue aprobada su propuesta de fuero sindical. Después del derrocamiento de Villarroel, renunció a su cargo de embajador y, en 1946, se refugió en Argentina durante un sexenio, la etapa más importante de su estadía en el extranjero. Es decir, Montenegro se alejó del país en 1944 y no regresó hasta fines de 1952 –y brevemente–, en los últimos meses de vida. En abril de ese año se había producido la insurrección popular que inauguró el periodo de la denominada Revolución Nacional. No obstante, Montenegro regresó a Bolivia recién a fines de octubre debido a su salud quebrantada.

Un mes antes envió una carta a la Central Obrera Boliviana (COB), "un papel escrito en Buenos Aires en el cual critica duramente el proyecto de principios de la COB y analiza los deslices marxistas… ajenos a la realidad de Bolivia" (Bedregal, 1999: 381) que contenía frases como:

> el movimiento obrero propiamente dicho tiene que ser considerado por el MNR como la expresión alta y vigorosa de la nacionalidad boliviana y no como el alumnado marxista que se siente clase en vez de sentirse nación como en realidad se siente. Como simple clase ninguna masa popular puede sublevarse, sino es en nombre de algo superior a la clase que es la nación (Baptista, 1979: 119).

Su última participación pública se llevó a cabo a fines de octubre de 1952 en el teatro Municipal de La Paz, dictando una conferencia sobre "Nacionalización de minas y revolución". En ese

8 Tristan Marof, seudónimo de Gustavo Navarro, fue un intelectual marxista ligado a organizaciones socialistas y autor de *La justicia del Inca* (1924) donde se plantea la consigna "Tierras al pueblo, minas al Estado", que marcó el debate político de la época.

acto, Montenegro aclara que su disertación responde a una invitación presidencial y es "una obligación de militante de la revolución boliviana y un deber de ciudadano libre" (*ibid.*: 93). Por tal razón, afirma: "Mis opiniones implican, estoy seguro, un pensamiento de la revolución. Eso y no más". Y, a su juicio, "la nacionalización de las minas de Bolivia significa la destrucción de la estructura más vigorosa y potente que existió en la economía imperialista de nuestros tiempos" (*ibid.*: 94). En un teatro atestado de militantes, obreros y estudiantes, sentenció: "somos un pueblo que ha dominado el granito". Poco después, el gobierno lo nombró embajador ante Chile, pero su gestión fue efímera porque en marzo de 1953 falleció en una clínica en Nueva York antes de cumplir 50 años.[9]

Nacionalismo y coloniaje: Síntesis e impulso de una obra intelectual

Nacionalismo y coloniaje es el título definitivo de un ensayo sobre el papel del periodismo que inaugura y sintetiza la interpretación nacionalista de la historia de Bolivia a partir de la dicotomía manifiesta en su título. Lo nacional y lo colonial son tendencias opuestas que se expresan en posiciones ideológicas, personajes políticos y actores sociales. La revisión de la historia republicana tiene como tema constante la disputa entre ambas tendencias respecto al uso del excedente económico proveniente de la explotación de los recursos naturales y al papel del Estado; por ese motivo, esta obra se constituyó en un texto fundacional del discurso del nacionalismo revolucionario. En esa medida, *Nacionalismo y coloniaje* debe situarse en el punto intermedio de una producción intelectual ligada a la acción política de Montenegro –dentro y fuera del país– nutrida por un interés investigativo que no se limita al contexto boliviano. Antes y después de su obra principal, sus artículos o libros abordaron temas vinculados a la relación entre el Estado y las empresas extranjeras, y a la conducta de la élite económica local respecto

9 Fiel a ese estilo irónico e iconoclasta que despuntó en la revista *Arte y Trabajo*, provocando su excomunión antes de cumplir 20 años, declaró en una carta a un amigo argentino: "Para expiación de los pecados muero en tierra luterana, no sé si para diferenciarme de ellos, o para en el otro plano seguir contigo, en mi habitación tengo un altar con la Virgen de Copacabana" (Botana, 1985: 316).

al usufructo de los recursos naturales. Entre sus trabajos destacan *Frente al Derecho del Estado, el oro de la Standard Oil* y *Caducidad de las concesiones mineras*, ambos escritos en 1938, y el manifiesto de la Unión Boliviana de Defensa del Petróleo. En esa veta, en 1942, escribió el prólogo a *La soberanía de Bolivia estrangulada*.[10] En su exilio en Buenos Aires, publica “Biografía de Spruille Braden”, un ensayo sobre el embajador de Estados Unidos en Argentina durante el primer gobierno de Perón. Es una mirada crítica presente en *Nacionalismo y coloniaje* que adopta una perspectiva continental que culmina, en 1952, con la escritura de dos libros publicados después de su fallecimiento –*Las inversiones extranjeras en América Latina* (1962) y *La hora cero del capitalismo*[11] (1952)–, que denotan la prolongación de la dicotomía nación-antinación a su interpretación del desarrollo del capitalismo en América Latina. En su último texto, Montenegro prestó atención al papel de la propaganda en los medios de comunicación como ingrediente decisivo en la dominación capitalista. Es decir, su atención a la pugna entre lo nacional y lo colonial en Bolivia se extiende al análisis de las relaciones entre el imperialismo –norteamericano o europeo– y los países latinoamericanos.

En esa veta, Albarracín señala que *Las inversiones extranjeras en América Latina*, libro escrito poco antes de la Revolución de 1952, es una

> aplicación de *Nacionalismo y coloniaje* al campo internacional [y que] lo nuevo del pensamiento de Montenegro en este trabajo es que desaparece el mitismo [*sic*] de la raza y surge, en su lugar, la defensa de los recursos naturales… Para Montenegro, el “dinero internacional” no emigra a los países atrasados para llevar el progreso social sino para apoderarse de sus materias primas, pasando “a amenazar la seguridad interna, la independencia y la paz de los pueblos” (en Montenegro, 1984: 7).

Después de analizar la relación entre las inversiones extranjeras y varios países latinoamericanos, Montenegro dictamina que “el capital extranjero constituye poco menos que el mayor enemigo de

10 Un libro escrito por Alberto Mendoza López, fundador de la primera organización socialista en 1914 y, luego, dirigente del Partido Socialista creado en 1936 por Enrique Baldivieso y Carlos Montenegro.

11 Este libro fue publicado sin autoría y, según Soliz, la mayoría de sus capítulos reiteran y/o amplían lo escrito en *Las inversiones extranjeras en América Latina*, pero abordan otros tópicos que resultan relevantes (Soliz, 2004d: 1).

los pueblos, de su independencia y de su progreso" (*ibid.*: 93). Por su parte, como resalta Soliz, en *La hora cero del capitalismo,* dedica varios acápites a la labor de los medios de comunicación, incidiendo en la colusión de intereses entre grupos económicos dominantes y la prensa sometida a intereses mercantiles. Así, por ejemplo, afirma: "Si hay una creación fundamentalmente capitalista es la propaganda; sin duda la bomba más perfeccionada y dinámica de toda la estructura imperialista… las agencias noticiosas tienen el monopolio de la información mundial, y difunden o crean la que interesa al capitalismo" (Soliz, 2004c: 1).

Respecto a la publicación de *Nacionalismo y coloniaje*, es preciso destacar dos anécdotas contadas por Rodolfo Salamanca, miembro del jurado que otorgó el primer lugar al ensayo de Montenegro. La primera tiene que ver con el concurso y la segunda con la publicación del libro. El concurso tuvo un origen circunstancial porque se realizó durante el interinato de un consejo directivo debido a la renuncia del directorio de la Asociación de Periodistas. El interinato era por tres meses, entonces, "debía ejecutarse alguna tarea sobresaliente" entre febrero y mayo de 1943, y se aprobó "un concurso de historia del periodismo". Ese hecho explica el breve tiempo asignado al concurso pero tuvo una respuesta positiva con la presentación de seis textos: "dos con extensión de libro, uno de folleto y tres de escasas cuartillas" porque fue "uno de los concursos mejor dotados" de premios por los aportes pecuniarios de la Prefectura de La Paz y los ministerios de Gobierno y de Educación. Asimismo, la Alcaldía comprometió su apoyo para la publicación de la obra ganadora. La edición del libro demoró casi un año porque el autor tardó varios meses en entregar su ensayo y, en el ínterin, se había producido el arribo de Villarroel al gobierno mediante un "golpe de Estado", en diciembre de 1943. Así, *Nacionalismo y coloniaje* fue publicado recién en mayo de 1944, en doble edición, e "impreso en 250 páginas", señala Rodolfo Salamanca, quien aclara: "entre el texto original –99 cuartillas mecanografiadas a renglón seguido y papel tamaño oficio– y el ofrecido finalmente al público, hay diferencias y agregados, modificaciones que el autor explica a los lectores en sus primeras páginas" (1991: II y III). Es posible incluir en esa aclaración el propio nombre del libro, puesto que el ensayo ganador tenía como título "Influencia y función del periodismo en el proceso

histórico de Bolivia", que no traslucía el mensaje de *Nacionalismo y coloniaje*, y tal vez por esa razón el autor consideró necesario incluir un prefacio ("Filiación de este libro") que expone las ideas centrales que organizan la interpretación de la historia de Bolivia a través del rol del periodismo, es decir, el objeto de estudio es la resignificación de los hechos históricos a partir de la dialéctica nación-antinación bajo diversas denominaciones. La necesidad de aclarar la "filiación" del libro y la adopción de *Nacionalismo y coloniaje* como título se explican por esa confluencia entre el periodista y el político, facetas inseparables en Montenegro. Es dable suponer que en algunos pasajes de su libro introdujo nociones que formaban parte del lenguaje esgrimido por el MNR, así ocurre con "Súper-Estado", un término con el cual "la literatura revolucionaria [designa] a la oligarquía, aludiendo al predominio que ella ejerce sobre la entidad estadual" (Baptista, 1979: 183, nota 1). En suma, el libro de Montenegro pasó a formar parte del repertorio ideológico y la estrategia discursiva de su partido.

Nacionalismo y coloniaje en la mira de las ciencias sociales

¿Es posible circunscribir *Nacionalismo y coloniaje* a un ámbito disciplinario? ¿Es ensayo interpretativo, investigación histórica, estudio sociológico o discurso ideológico? Sin duda contiene esas características y, quizás, por esa razón se explica su lugar central e influencia persistente en el pensamiento social boliviano, más allá de las fronteras disciplinarias. Es una obra que está presente en la producción intelectual de dos destacadas figuras de similar talante y con influencia decisiva desde la segunda mitad del siglo XX: Sergio Almaraz Paz y René Zavaleta Mercado. En el primer caso, los estudios de Almaraz sobre recursos naturales y estructura de poder continúan las preocupaciones de Montenegro, así lo atestiguan los títulos de sus libros: *El petróleo en Bolivia* (1958), *El poder y la caída* (1967) y *Réquiem para una República* (1969), y coincidentemente es promotor de la nacionalización de la empresa petrolera Gulf Oil, así como lo fue Montenegro respecto a Standard Oil. En el caso de Zavaleta existe una nítida afinidad, tal como se percibe en el título de su primer libro –*Desarrollo de la conciencia nacional* (1967)–, que denota una evidente influencia de la obra pionera de Montenegro, y en el título de su libro póstumo –*Lo nacional popular*

en Bolivia (1984)– que, curiosamente o por azar, recupera un vocablo presente en un acápite de *Nacionalismo y coloniaje*: "Fue la conciencia de las masas la que les hizo perceptible el desbarate causado por el cordovismo tanto en lo que a ellas mismas atingiera cuanto en lo que afectase a la tendencia *nacional-popular* [énfasis del autor] alentada por Belzu" (pág. 145).[12]

Un tenor de valoración positiva se repite en sus contemporáneos porque enlazan el estilo del autor con el valor de su obra, a la que asignan un valor programático más que analítico. Así lo sintetiza Augusto Guzmán:

> lo encontramos en la polémica, temible; en la diatriba, invencible; en la apología, magnífico. Su producción intelectual es enorme pero dispersa como la del viajero que anduvo de prisa. Su obra cimera fue *Nacionalismo y coloniaje*, libro único y original como no se ha escrito nunca sobre el candente tema de la nacionalidad boliviana… Allí se funda un credo, una doctrina (Baptista, 2000: 46).

La valoración de la contribución de *Nacionalismo y coloniaje* a las ciencias sociales se vincula con varias disciplinas aunque existen escasas aproximaciones de carácter académico. La teoría política y la sociología aparecen casi circunstancialmente en algunas apreciaciones sobre esa obra; en cambio, la historiografía registra una evaluación que combina aspectos positivos y negativos.

Respecto a los aportes en ciencias políticas y sociología existen opiniones genéricas sobre *Nacionalismo y coloniaje*. Jorge Siles Salinas sostiene que es "una contribución a la teoría política" boliviana (Arnade, 2008: 99). Con relación a la sociología los criterios son similares, inclusive matizados con retoques filosóficos:

> Se trata de un estudio histórico-sociológico sin precedentes en la historiografía boliviana que viene a configurar… un verdadero catecismo de formación política afirmado en una objetividad científica del análisis [incorporando] nuevas categorías de auténtica filosofía de la historia que ensanchan el horizonte analítico de la realidad boliviana (Bedregal, 1999: 220).

Más sugerente es la lectura de Albarracín, que destaca en Montenegro "el uso indiferenciado de raza y clase y su punto de engarce con el concepto de pueblo", puesto que "pasar del análisis racial al social… fue la tarea más ardua de la sociología

12 NE: la paginación corresponde a esta edición.

boliviana" (Abecia, 1997: 280). Empero, "esta particularidad de aparejar raza y pueblo es la cuerda floja en que Montenegro camina, unas veces hacia el racismo y otras al populismo" (*ibid.*: 281). Para otros autores, esa interpretación nacionalista tensionada entre lo racial y lo social se distingue del indigenismo propugnado por Franz Tamayo y Fausto Reynaga (Arnade, 2008: 80-86, 101-105) o, bien, como señala José Luis Roca, "el aporte principal de Montenegro al pensamiento boliviano es haber superado el 'darwinismo social' de [Gabriel] René Moreno y el racismo de [Alcides] Arguedas, [Franz] Tamayo y [Humberto] Vásquez Machicado (Abecia, 1997: 184)".

Otra perspectiva analítica se encuentra en *El espejismo del mestizaje* de Javier Sanjinés (2005), que se enfoca en temas identitarios y estéticos para resaltar la apelación de Montenegro al mestizaje como la identidad homogénea que encarna la idea de nación. Sanjinés considera que la interpretación nacionalista está matizada con metáforas que combinan el relato histórico con la literatura para dar más fuerza a una interpelación ideológica que niega la diversidad cultural de la sociedad boliviana.

Aparte de esas lecturas puntuales es importante situar *Nacionalismo y coloniaje* en el ámbito disciplinario de la historia. Al respecto, existen múltiples interpretaciones acerca de la importancia de esa obra, la mayoría de las cuales resalta su carácter fundacional o, bien, la concibe como un punto de quiebre respecto a las interpretaciones vigentes en su época. Por ejemplo, Soliz señala que "la historiografía boliviana se divide en un antes y un después de *Nacionalismo y coloniaje*. Su fuerza emerge del rescate del 'hombre boliviano'... Por esta razón, la obra de Montenegro constituye un todo armónico y coherente" (Soliz, 2004a: 3). En cambio, para César Chávez Taborga:

> Montenegro jamás estimó componer un libro orgánico, sintomático y deliberado, al modo clásico [y] tuvo que recurrir al ensayo como el único instrumento para exponer su manera de pensar... resultaría impropio exigirle un manejo acabado de metodologías historiográficas o de análisis hermético del documento histórico, a la manera positivista... Usa una nomenclatura muy cerca del arte literario y de la estética historicista (en Abecia, 1997: 189-190).

Si para unos autores *Nacionalismo y coloniaje* es una investigación histórica integral, para otros es un ensayo con limitaciones

metodológicas. Para evaluar esta aparente ambigüedad es preciso situar esta obra en el marco de la producción historiográfica de la época. Al respecto, Arnade, en *Historiografía colonial y moderna de Bolivia*,[13] afirma que "Montenegro no representó una verdadera contribución a la historia –al producto de la investigación erudita" (2008: 100). "Le gustaba la historia pero nunca fue un cuidadoso estudioso del pasado. No obstante escribió una obra básica de historia boliviana". Arnade se refiere a *Nacionalismo y coloniaje*, lo define como un libro "clásico y moderno", y argumenta que "[a]unque no está basado en documentación original la obra enfoca la Historia [*sic*] de Bolivia de manera más realista y provee buenas justificaciones y propiamente históricas de las modernas teorías nacional-indigenistas", distinguiéndose del "extremo indigenismo", y sin aprecio por "el pasado indígena extensamente" (*ibid.*: 98-99).

Es posible relativizar esa aseveración indicando que Montenegro utilizó múltiples fuentes: archivos documentales, libros sobre historia de Bolivia y América Latina, relatos orales, informes parlamentarios y documentos oficiales. Al respecto, se pueden mencionar los pasquines de la época independentista copiados del Archivo Histórico de Argentina, las entrevistas que realizó en su confinamiento en Santa Ana del Yacuma que le proporcionaron datos para analizar el movimiento liderado por Andrés Ibáñez, las gacetas e informes de entidades como el Banco Central de Bolivia, la Biblioteca del Congreso y las bibliotecas municipal y universitaria. Existe, pues, el uso de múltiples fuentes, lo que implica atenuar la acusación que apunta a resaltar que *Nacionalismo y coloniaje* es un ensayo carente de rigor y, posiblemente, su principal deficiencia radica en que las innumerables citas que incorpora en su texto no tienen referencia de página, solo mencionan al autor o al libro o documento. Algo similar sucede con las citas de autores extranjeros –como Splenger, Simmel, Marx, Lenin, Durhkeim o Mariátegui–, que ponen en evidencia el manejo de diversas

13 Para Escobari, el balance de Arnade, escrito en 1965 y publicado en 2008, "sigue vigente" porque si "la historiografía en un sentido es el pensamiento que los historiadores tuvieron sobre la historia […] significa también estudiar […] las tendencias políticas e intelectuales que ellos tuvieron a partir de la observación de su realidad […] el hilo conductor de la obra de Arnade es […] la búsqueda de la identidad boliviana" y destaca a varios intelectuales, entre los que incluye a Montenegro, que "no eran historiadores pero usaron la historia para sus interpretaciones" (en Arnade, 2008: 1-3).

disciplinas y teorías pero no permite percibir la preponderancia de una corriente teórica específica.

Con todo, en el prefacio afirma que su obra "no es el único ni primer intento" para "restaurar la historia patria" (pág 49) y en una nota a pie de página nombra a varios historiadores entre los que destaca a José Macedonio Urquidi, Rigoberto Paredes, Humberto y José Vásquez Machicado, Plácido Molina, Jaime Mendoza y, en particular, a Gabriel René Moreno. También rescata los aportes de Nataniel Aguirre, con su novela *Juan de la Rosa*, Isaac Tamayo, con *Habla Melgarejo*, "macizo estudio de sociología política nacional", y los ensayos de Modesto Omiste y Julio Méndez, "el primer ideólogo de la geopolítica boliviana" (pág. 230). En suma, su influencia ideológica y sus vínculos con el MNR provocaron que algunas apreciaciones respecto a *Nacionalismo y coloniaje* destaquen su carácter doctrinario en desmedro de sus aportes al conocimiento histórico.

Estudios sobre Carlos Montenegro y *Nacionalismo y coloniaje*

Nacionalismo y coloniaje ha sido objeto de múltiples interpretaciones, aunque son escasos los libros que se concentran de manera específica en su contenido porque no es posible escindir este libro de la trayectoria de su autor. En ese sentido, este balance se concentra en dos biografías y una lectura crítica de dicha obra.

Montenegro, de Valentín Abecia López (1997) es un extenso y meticuloso estudio biográfico que empieza dictaminando que "Carlos Montenegro es temerariamente actual" así como "Montenegro es la Revolución Nacional, es esa su *opus magna*" (*ibid.*: 8). La trayectoria del autor de *Nacionalismo y coloniaje* es descrita recreando el contexto histórico y destacando coyunturas críticas. Además, incluye una cronología de su vida y de los acontecimientos más sobresalientes en Bolivia, América Latina y el mundo. Un capítulo dedicado a *Nacionalismo y coloniaje* relata las vicisitudes de su escritura y la publicación de diversas ediciones incorporando fragmentos de distintos prólogos y comentarios de varios intelectuales; empero, el autor no realiza un balance particular de la obra.

Carlos Montenegro. La inteligencia más brillante del siglo XX en Bolivia, de Luis Antezana Ergueta (2003) esboza una sugerente evaluación que combina descripción de hechos con reflexiones sobre el aporte

intelectual de Montenegro. Este libro está dividido en cuatro capítulos que tienen un desarrollo relativamente cronológico porque el autor aborda la obra de Montenegro estableciendo ejes de análisis que se refieren a aspectos de método y estilo intelectual, a conducta y aptitudes personales. La valoración de *Nacionalismo y coloniaje* recorre varios capítulos de acuerdo a los temas abordados para destacar sus aportes e influencia enlazados con los debates y combates de Montenegro. En las conclusiones sintetiza su visión de *Nacionalismo y coloniaje* señalando que "es un ejemplo clásico de investigación y estudio histórico de la sociedad boliviana y su devenir histórico". Sin embargo, reduce la riqueza de la contribución de ese libro porque sentencia que "bajo una rigurosa metodología mostró el desarrollo económico de Bolivia como un proceso que conducía y exigía que la dependencia de Bolivia sea sustituida por su independencia" (*ibid.*: 125). Asimismo, supone que "Montenegro era consciente de la existencia de grandes leyes del desarrollo social, pero a la vez descubrió las leyes específicas del desarrollo histórico boliviano", un aserto que debilita la valoración de su biografía política e intelectual.

¿Fue revolucionario Carlos Montenegro?, de Guillermo Lora (1987) se divide en tres capítulos que, a partir de discutir la caracterización de nacionalismo, cuestionan las tesis de Montenegro desde una concepción clasista de índole marxista porque "no toma en cuenta a las clases sociales y la lucha que se libra entre ellas" (*ibid.*: 73). El autor considera que *Nacionalismo y coloniaje* es "un formidable panfleto" y "[que]se trata del documento fundamental para la comprensión de la ideología del MNR" (*ibid.*: 54). Sin embargo, cuestiona su carácter idealista y subjetivista porque Montenegro:

> juega con las abstracciones "pueblo", "nación", "bolivianidad", "patria", "sentimiento patrio", que solamente existen en la cabeza de los especuladores. Cuando se salta [*sic*] de las categorías a la realidad se comprueba que […] se encuentran escindidos y conformados por grupos humanos con intereses materiales diferentes y hasta contrapuestos (*ibid.*: 59).

Otro aspecto incorporado por Lora para cuestionar la interpretación histórica de Montenegro es la ausencia de "las nacionalidades oprimidas indígenas" porque "las considera totalmente integradas en el Estado creado por la minoría opresora" (*ibid.*: 73), en un afán de devaluar la visión nacionalista que rescataba lo indoamericano y mestizo como expresión de la nación. Una síntesis de su crítica a

Montenegro, a quien considera "talentoso, habilidoso y arbitrario escritor" –aunque lo cuestiona por traducir "la xenofobia del programa del MNR en un odio cerril a las doctrinas extranjerizantes, particularmente al marxismo"–, es la definición de sus planteamientos como expresiones de un "nacionalismo mesiánico" (*ibid.*: 53-54). Se trata de una crítica marxista que enfatiza en la adscripción de Montenegro a una postura psicologista, contraria al materialismo histórico que privilegia las condiciones económicas y el andamiaje clasista que define a la sociedad.

Principales rasgos formales y ejes temáticos en *Nacionalismo y coloniaje*

Nacionalismo y coloniaje está organizado en seis capítulos que corresponden a etapas de la historia que son delimitadas a partir de la contradicción entre nación y antinación, una antinomia que sirve como hilo conductor del relato e interpretación de los hechos acontecidos entre el periodo de las luchas por la independencia y la década de los años cuarenta del siglo XX. Los capítulos se titulan: "Precursores", "Paréntesis", "Epopeya", "Drama", "Comedia" y "Novela"; por ende, utiliza géneros literarios para indicar el rasgo de cada etapa histórica resaltando la continuidad conflictiva entre la época de la lucha independentista ("Precursores"), la gestación de la nacionalidad con la creación de la República en la primera mitad del siglo XIX ("Epopeya") y la recuperación de una "conciencia nacional" después de la Guerra del Chaco ("Novela"). Una continuidad interrumpida por el predominio de la dominación oligárquica y favorable al coloniaje en las fases intermedias definidas como "Drama" y "Comedia", que corresponden, además, a las derrotas militares ante Chile en el siglo XIX y Paraguay en el siglo XX. Cada uno de los capítulos tiene frases de Simón Bolívar como epígrafes, en una suerte de afirmación de la idea de formación de la "bolivianidad" a partir de la creación de la República.

Los principales ejes temáticos del libro se refieren a la interpretación del proceso histórico boliviano como un proceso dialéctico, a la caracterización de la sociedad boliviana a partir de privilegiar clivajes o fisuras que se resumen en la oposición nación-antinación y al tipo de revolución que pretende resolver esa contradicción general.

La interpretación nacionalista de la historia se erige sobre la base de un cuestionamiento a la concepción liberal dominante en las ciencias sociales y en el discurso estatal. Esa concepción liberal, con fuerte influencia del social darwinismo, reproduce la mentalidad colonialista española y adopta nuevo ropaje con la ideología liberal e, inclusive, con las teorías socialistas, todas ellas cuestionadas por Montenegro como "extranjerizantes" o "ideologías universalistas" (pág. 48).

Así, la historiografía oficial es definida como "anti boliviana" y en el prefacio de su libro Montenegro afirma rotundamente que su interés es desmontar ese discurso puesto que dicha visión dominante es producto de la colonia y se expresa en una sistemática negación de lo nativo y en la exaltación de lo foráneo debilitando el "sentimiento de la nacionalidad" (pág. 242). Su objetivo es recuperar la noción histórica en el pueblo debilitada por una historiografía instrumentalizada por los grupos dominantes mediante el uso de la prensa o el adormecimiento o control de la opinión pública. Su objetivo es desarticular lo que considera un "triple falseamiento: el de la verdad en el pasado, el del juicio histórico en el presente, y el de la conducta colectiva en el futuro" (pág. 98). Bajo esa premisa, el discurso nacionalista de Montenegro se apoya en una lectura "vitalista" del pasado para asignar un sentido teleológico al proceso histórico que es evaluado por los avances y retrocesos en la construcción de la nacionalidad frente a las fuerza coloniales, puesto que "lo nacional [es una] energía histórica afirmativa y, por lo mismo, creadora y perpetuadora" (pág. 49). De esta manera, el proceso histórico es el resultado del conflicto entre dos tendencias: nacional y antinacional; en esta dialéctica, la primera representa "las corrientes nativas autonomistas" y la segunda "las corrientes foráneas de dominio" (pág. 96). En las distintas etapas de la historia ambas tendencias "actúan como energías históricas divergentes, vale decir, como aspiraciones existenciales, como sentimiento y pasión colectivos, como caracteres e impulsos psíquicos hereditarios" (pág. 97). Aunque se trata de una apelación a aspectos subjetivos –las tendencias como sistema de creencias, es decir, ideologías–, Montenegro define los sujetos que actúan bajo –o expresan– el influjo de dichas tendencias: el pueblo representa a la nación y la oligarquía encarna a la "antipatria", expresa lo antinacional. De esa manera, Montenegro sitúa la lucha política

e ideológica del nacionalismo en vínculo con las reivindicaciones populares y sorprende que utilice –así sea una sola vez– el vocablo "nacional-popular" (pág. 145) que, varias décadas después, formará parte del debate político e intelectual latinoamericano a partir de la renovación del pensamiento marxista con los aportes del pensador italiano Antonio Gramcsi.

Así, la interpretación nacionalista de Montenegro se sostiene en un alegato antioligárquico y una valoración de lo (nacional) popular. Respecto al rol histórico negativo de la oligarquía, destaca su actuación como agente nativo del dominio extranjero al margen de las modificaciones en el patrón de acumulación económica, puesto que "su finalidad […] es la desnacionalización de las riquezas patrias y la transferencia de ellas a la autoridad económica de otro Estado" (pág. 213). Similar obsecuencia al colonialismo se manifiesta en su concepción política puesto que los sectores oligárquicos adoptaron e impusieron modelos extranjeros de organización del poder político, concebidos como expresiones de "republicanismo importado" (pág. 211) afines a un pensamiento copado por las teorías foráneas. Finalmente, en términos ideológicos, la tendencia colonialista se expresaba en el rechazo o la apreciación negativa de la actuación de las clases populares en la historia por sus presidentes que representaban la tendencia nacional. La oligarquía, a decir de Montenegro, atrapada en su "sensibilidad europeísta […] despreciaba al indio y al cholo, integrantes de las clases populares [y menospreciaba] la suerte de las masas" (pág. 214).

En cuanto a las clases populares, la visión respecto a su papel en la historia es positiva porque su accionar –de la masa popular o de "la clase popular india-mestiza" (pág. 91)– expresa la tendencia nacional de emancipación del dominio foráneo. Con similar mirada teleológica, Montenegro asimila lo nacional a la masa popular y define su comportamiento porque "constituida en un nuevo personaje histórico, en un nuevo actor dentro del escenario político, apareció la masa como debía aparecer *fatalmente* [énfasis del autor]" (pág. 133). La fórmula utilizada por Montenegro es sugerente pero es un argumento que apela al voluntarismo: "[…] la masa comprendía que, en esencia, el pueblo y la nación tienen el mismo destino" (pág. 145). Sin embargo, no se trata de un voluntarismo inerte, sino de una capacidad de acción que se manifiesta en coyunturas críticas que son evaluadas con base en la concepción que tienen las clases

populares sobre el conflicto social y político derivado de la pugna entre las tendencias ideológicas que definen la dialéctica histórica. Así, la "masa popular se orienta con acierto asombroso en el proceso laberíntico del conflicto. Es indudable que su intuición vislumbra, entre las sombras del fenómeno histórico, los reales objetivos de la lucha" (pág. 97). El conflicto se manifestaba en el motín que, lejos de ser entendido como una señal de anomia social, es concebido de manera original a partir de definir su "contenido histórico-filosófico", porque Montenegro resalta "su valor de fenómeno capaz de explicar las circunstancias [...] de la vida colectiva", puesto que es "una de las formas de expresión que toma la lucha de las dos tendencias –la colonial y la nacional– desde la fundación de Bolivia" (pág. 95). Esta sugerente teoría del motín y la intuición en la conducta colectiva para movilizarse en sus meandros concluye en la construcción discursiva del "sujeto histórico" (pág. 187) invocado por el nacionalismo revolucionario: la masa se subleva como pueblo y el pueblo encarna a la nación; y en la medida en que la emancipación de la nación es la ruptura del sometimiento o de la dependencia al poder colonial es una revolución: la Revolución Nacional, nombre que designa el proceso de transformaciones que culmina en abril de 1952, casi diez años después de la escritura de *Nacionalismo y coloniaje*.

El carácter de la revolución depende de la oposición entre nación y antinación, puesto que "la explicación verdadera de la revolución boliviana [...] reside en su condición anticolonial" (Baptista, 1979: 113) en tanto que "el orden social no se rompe sino al empuje conjunto de todas las clases transitoriamente fusionadas por el descontento" (pág. 73).

La mirada dicotómica se extiende a la caracterización de los grupos dominantes de la sociedad, dado que la tendencia colonial se corporiza en sectores sociales que son definidos de manera genérica como oligarquía, clase entregadora y dominadora o casta oligárquica que se transforma de aristocracia feudal en burguesía pero sigue reproduciendo su "espíritu colonial" porque solamente se modificó "su función clasista, no su posición o su composición sustantiva" (pág. 202).

La sugerente interpretación del conflicto y su manifestación en el motín a partir de la conducta del pueblo se articula con otro eje temático del libro que ocupa un lugar central en la reflexión de Montenegro: el papel de la prensa y la creación de opinión pública

mediante creencias que, en algunos casos, se asemeja a la lectura marxista sobre la alienación o la definición de ideología como falsa conciencia. Así, Montenegro afirma, en relación a la historia oficial, que la realidad ha sido suplantada "por una aparente realidad y una aparente naturaleza que no ha creado la historia sino el historiador" (pág. 97). Ese dictamen conduce a privilegiar el análisis de la publicidad y el periodismo –desde los pasquines a las empresas periodísticas, sin desdeñar, sin embargo, la comunicación oral–[14] como medios de creación de "núcleos de opinión y estados de ánimo colectivo en el seno de las comunidades urbanas" (pág. 51). En otras palabras, se refiere a la formación de la esfera pública. En esa veta analiza las tensiones entre libertad de expresión y control estatal/represión gubernamental, y el rol de la prensa en la formación cultural de la gente. En su lectura de un motín popular en los años ochenta del siglo XIX destacará: "La prensa ejerció en aquella hora su auténtico ministerio. ¡A falta de gobierno, a falta de juez, a falta de ejército, la prensa!" (pág. 160). Y en la época en que escribe su libro, Montenegro afirma que la prensa se convirtió en "un efectivo poder dentro de la comunidad, siendo luego el regulador omnipotente de la conciencia pública" (pág. 195). Empero, también resalta el papel de la prensa como aparato ideológico del régimen vigente en los años de la "Comedia" y sus efectos alienantes en la conciencia pública.

En suma, el papel de la prensa es analizado al influjo de las tendencias nacionalista y colonialista para escudriñar las condiciones de configuración y reproducción de la esfera pública, un tópico vigente en el análisis del proceso histórico. Se trata, sin duda, de otro aporte de *Nacionalismo y coloniaje* para la intelección de la realidad boliviana.

---

14 La comunicación oral es resaltada a partir de analizar el papel que jugaban las personas que leían los pasquines y se encargaban de difundir las noticias. Esas personas eran, destaca Montenegro, "'los que tenían ojos' –*nairaniwa* o *ñawijoi*, según se diga en aymara o en quechua"–, es decir, los letrados. A eso se suma "la *rimay pampa*, un medio de difusión noticiosa a la vez que un ámbito de asamblea popular" (pág. 79).

Bibliografía citada

Abecia López, Valentín
1997 *Montenegro. Homenaje del Honorable Senado Nacional a los 44 años de su muerte*. La Paz: Stampa.

Albarracín Millán, Juan
1984 "La obra de Carlos Montenegro". Prólogo a la segunda edición de *Las inversiones extranjeras en América Latina*. La Paz: Puerta del Sol.

Antezana Ergueta, Luis
1985 *Historia secreta del Movimiento Nacionalista Revolucionario (1943-1946).* Tomo II. La Paz: Juventud

Arnade, Charles
2008 *Historiografía colonial y moderna de Bolivia*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Baptista Gumucio, Mariano (selección, prólogo y notas)
2000 *Mis hazañas son mis libros. Vida y obra de Augusto Guzmán*. La Paz: Plural editores.
1979 *Montenegro, el desconocido*. La Paz: Biblioteca Popular Boliviana de Última Hora.

Bedregal, Guillermo
1999 *Víctor Paz Estenssoro, el político. Una semblanza crítica*. México: FCE.

Botana, Helvio
1985 *Memorias. Tras los dientes de perro*. Buenos Aires: Peña Lillo.

De Montenegro, Yolanda
1997 *Memorias. Carlos Montenegro. Un nombre para la historia*. La Paz: Stampa.

Piñeiro Íñiguez, Carlos
2010 "En el fascismo el trabajo es una obligación, y en el peronismo un derecho". Buenos Aires: *Página 12* (12 de julio).
2004 *Desde el corazón de América. El pensamiento boliviano en el siglo* XX. La Paz: Plural editores.
2003 "Carlos Montenegro y la República Argentina". Sitio web: Bolivia en la Argentina.www.comunidadboliviana.com.ar. Fecha de consulta: 12 de abril de 2016.

Romero Álvarez García, Gonzalo
1979 "Prólogo" a la quinta edición de *Nacionalismo y coloniaje*.

Salamanca Lafuente, Rodolfo
1991 "Cuarenta años de Nacionalismo y coloniaje". Prólogo a la cuarta edición. La Paz: GUM.

Sanjinés, Javier
2004 *El espejismo del mestizaje*. La Paz: PIEB / IFEA / Embajada de Francia.

Soliz Rada, Andrés
2004 "El pensamiento sumergido de Carlos Montenegro". Parte II. Sitio Web: Bolpress. www.bolpress.com. Fecha de publicación: 12 de enero de 2004. Fecha de consulta: 11 de abril de 2016.
2004a "El pensamiento sumergido de Carlos Montenegro". Parte III. Sitio Web: Bolpress. www.bolpress.com. Fecha de publicación: 19 de enerod de 2004. Fecha de consulta: 11 de abril de 2016.
2004b "El pensamiento sumergido de Carlos Montenegro". Parte IV. Sitio Web: Bolpress. www.bolpress.com. Fecha de publicación: 27 de enero de 2004. Fecha de consulta: 11 de abril de 2016.
2004c "El pensamiento sumergido de Carlos Montenegro". Parte V. Sitio web: Bolpress. www.bolpress.com. Fecha de publicación: 30 de enero de 2004. Fecha de consulta: 11 de abril de 2016
2003 "El pensamiento sumergido de Carlos Montenegro". Parte I. Sitio Web: Bolpress. www.bolpress.com. Fecha de publicación: 28 de diciembre de 2003. Fecha de consulta: 11 de abril de 2016.

Stefanoni, Pablo
2015 *Los inconformistas del Centenario. Intelectuales, socialismo y nación en una Bolivia en crisis (1925-1939).* La Paz: Plural editores.

Zavaleta Mercado, René
2013 *Lo nacional-popular en Bolivia*. En *Obra completa*. Tomo II: *Ensayos 1975-1984*. La Paz: Plural editores.
2011 *Bolivia: El desarrollo de la conciencia nacional* [1967]. En *Obra completa*. Tomo I: *Ensayos 1957-1974*. La Paz: Plural editores.

Bibliografía de Carlos Montenegro

1938 *Frente al derecho del Estado, el oro de la Standard Oil.* La Paz: Editorial Trabajo.

1938 *Caducidad de las concesiones mineras.* La Paz: Progreso.

1943 "Los pasquines en la revolución de julio". *Revista Kollasuyo*, año v, núm. 49, (junio-julio): 3-14. La Paz.

1944 *Nacionalismo y coloniaje. Su expresión histórica en la prensa de Bolivia*. La Paz: Ediciones Autonomía [en la portada aparece 1943 como año de publicación].

1950 "De la economía mundial a las economías regionalizadas". Revista *Sexto Continente*, núms. 7 y 8. Buenos Aires.

1952 *Las inversiones extranjeras en América Latina*. Primera edición [1962]. Buenos Aires: Coyoacán. Segunda edición [1984]. La Paz: Puerta del Sol.

1952 *La hora cero del capitalismo* [sin datos editoriales].[1]

1953 *Documentos*. La Paz: Imprenta Nacional.

2014 *Germán Busch y otras páginas de la historia de Bolivia*. Santa Cruz de la Sierra: Librería y editorial Lewy Libros. Prólogo y notas de Mariano Baptista Gumucio.

---

1 "¿Por qué *La hora cero del capitalismo* se publicó sin la firma de Montenegro? ¿Por qué circuló en Argentina y Bolivia, principalmente, sin fecha y sin ninguna referencia editorial? ¿Quién se hizo cargo de su distribución? Una respuesta aproximada a estas inquietudes fue brindada por Wáskar Montenegro, quien indicó que su padre escribía una carta informativa con informes sobre política económica latinoamericana para el Presidente Perón. Al producirse el deceso de Carlos Montenegro, la embajada argentina en La Paz distribuyó, sin firma y sin referencia editorial, el libro mencionado, armado con los artículos de la referida carta informativa" (Soliz 2004d:1).

Bibliografía mínima sobre Carlos Montenegro

Abecia López, Valentín
1997 *Montenegro*. *Homenaje del Honorable Senado Nacional a los 44 años de su muerte*. La Paz: Stampa.

Albarracín Millán, Juan
1982 *Geopolítica, populismo y teoría sociotricromopanorámica*. La Paz: Universo.

Antezana Ergueta, Luis
1985 *Historia secreta del Movimiento Nacionalista Revolucionario (1943-1946).* Tomo II. La Paz: Juventud.

Antezana, Luis H.
1983 "Sistema y proceso ideológicos en Bolivia (1935-1979)". *Bolivia, hoy*. René Zavaleta Mercado (comp.). México D.F.: Siglo XXI editores.

Lora, Guillermo
1987 *¿Fue revolucionario Carlos Montenegro?* La Paz: Futuro.

Lorini, Irma
1994 *El movimiento socialista "embrionario" en Bolivia 1920-1939. Entre nuevas ideas y residuos de la sociedad tradicional*. La Paz: Los Amigos del Libro.

Mayorga, Fernando
1985 *El discurso del nacionalismo revolucionario*. Cochabamba: CIDRE.

Sobre esta edición

La presente edición de *Nacionalismo y coloniaje: Su expresión histórica en la prensa de Bolivia* ha sido preparada a partir de la publicada en Buenos Aires en 1967 por Editorial Pleamar. Esta corrige erratas evidentes de la primera (La Paz: Ediciones Autonomía, 1944) y de la segunda (La Paz: Alcaldía Municipal, 1953).

Para esta edición de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB) se ha realizado una revisión general del texto, que incluyó el cotejado con la primera versión cuando se lo consideró necesario. Así, se corrigieron erratas e imprecisiones halladas en la edición de Editorial Pleamar, se modernizó la forma de escritura de pronombres demostrativos y se adecuó la presentación del texto a la norma de estilo de la BBB. Esta labor estuvo a cargo de los equipos editoriales de la BBB y de Plural editores.

Nacionalismo y coloniaje

Su expresión histórica en la prensa de Bolivia

Filiación de este libro

1

Este libro pretende ser una réplica a la modalidad historicista en que se inspira casi todo lo escrito hasta hoy respecto del pasado boliviano. Su propia hechura, tanto como el contenido esencial de esta, responde por entero a tal propósito.

De consiguiente, *Nacionalismo y coloniaje* ha eludido incurrir en la mera reiteración que suele ser la historiografía nacional, en la que se hace a veces patente –diciéndolo con Feijóo– que "cien autores no son más que uno solo; esto es, que los noventa y nueve no son más que ecos que repiten la voz de uno que fue el primero que estampó la noticia". Ha eludido, asimismo, recaer en el vicio de "la furiosa autodenigración" a que –en decir del mexicano Carlos Pereyra– se entregan inopinadamente los historiadores de ciertos pueblos indoamericanos.

Carece este libro, en suma, de las peculiaridades que en modo genérico –no en modo general– tipifican la obra historiográfica boliviana. A ese género de historiografía replica *Nacionalismo y coloniaje*, sin ser exactamente una obra de tesis. He aquí, en consecuencia, resumida su motivación. Este libro aspira a restablecer la verdad del devenir boliviano, desconocida o falsificada por el pensar y el sentir antibolivianista con que se concibe y se escribe una grande porción de la historia patria.

2

Este sentir antibolivianista es, en suma, expresión flagrante de coloniaje. Salta a prima lectura, en efecto, que el género historiográfico al cual replica este libro es, en esencia y en substancia, un producto de la Colonia para provecho de colonizadores y mengua de colonizados. Así fue hecha también la historia del Nuevo Mundo

por los cronistas y los informistas españoles de la Conquista y la Colonización. El indio, para estos relatores foráneos, era la síntesis del vicio y de la bajeza espiritual, como resulta siéndolo hoy el boliviano, a juicio de nuestros historiadores antinacionales.

No es excesivo decir que el espíritu colonial de semejante creación delata su raigambre de complejos psíquicos con la contradicción fundamental impresa en su factura. Por esta, se revela más hecha para extranjeros que para bolivianos. No solo acatamiento y exaltación virtual de lo extraño a Bolivia se expresa en ella, sino sistemática negación –falseada negación, por otra parte– de lo nativo. El extranjero, de este modo, concluye por ser sujeto y objeto exclusivo de la historia de Bolivia, y es él, no el boliviano, quien se enaltece, ennoblece y fortalece con ella.

Enraíza esta creación, como se ha dicho, en el subsuelo de los conflictos psicológicos. La crítica de la historiografía boliviana, remisa o miope, no ha buscado en tales parajes las equivalencias originarias de la anomalía implicada por esta historia de Bolivia escrita contra Bolivia.

3

Dos móviles psicológicos anormales –dos cuando menos– muestra en sus raíces el tipo antibolivianista de nuestra cultura histórica. Uno reside en el dualismo espiritual que trasunta su creación. Otro, en el frenesí con que en ella se hace presente el sentimiento individualista.

Cruentos y prolongados esfuerzos realizan los historiadores de este género para hacer historia, con el único fin –pues no alcanzan otro– de que el pasado nacional se muestre en ella tan repugnante como solo puede mostrarse ante la imaginación más enconada. Su apego a la obra y su aversión al tema de la obra muéstranse así manifiestos, delatando el primer conflicto psicológico. No es este un caso de simple ambivalencia de los sentimientos de amor y de odio hacia un solo objeto, sino un caso de dualismo significativo de inestabilidad psíquica. La perseverancia en el recuerdo de lo que se detesta sintomatiza por sí propia un desarreglo psicológico. "El hombre –dice Jung subrayándolo– elude todo lo desagradable y trata de evitarlo en lo posible".

No se oculta, por lo demás, que esta modalidad historiográfica debe su existencia, en gran parte, al estímulo de un exaltado

sentimiento individualista. La extrema pulsión de este alimenta en ella el prurito de destruir lo que aman los demás, ya que, bien se lo sabe, el individualismo, en su tensión máxima, es de por sí adverso al sentimiento colectivo. El individualismo exacerbado –como dice Adler– se satisface ideando un mundo ficticio repulsivo, en contraste con el cual destaca a gusto la gran idea que tiene de sí mismo. El afán de celebridad, inofensivo y ridículo en sus comienzos, guarda en potencia un ímpetu destructor en este individualismo hostil a la comunidad. Lo ilustra, legendariamente, Eróstrato, que incendia el templo de Diana porque no puede hacerse famoso de otro modo. ¿No se reproducen tales impulsos en el historicismo que intenta destruir el pasado boliviano?

4

La influencia de estas originarias anomalías aparece vivamente reflejada en las contradicciones que, de modo más objetivo, acusa la obra historiográfica antibolivianista.

Destruyendo ella las creencias colectivas –particularmente las creencias que en algún modo fortifican el sentimiento de la nacionalidad– descuida en absoluto sustituir lo que ha destruido. Su finalidad –tácitamente cuando menos–, parece, por lo mismo, la de eliminar toda noción histórica en el pueblo. Hace, a la verdad, cuanto puede en tal sentido. Aun el empeño con que encarece las virtudes de lo extranjero diríase orientado hacia dicho propósito.

Se conciben los alcances devastadores que la destrucción del pasado tiene para una comunidad. Se los concibe, claro está, solo en su probabilidad objetiva, sin columbrarse empero, la gran hondura a que subjetivamente llegan. Más de un señalamiento ha hecho, sin embargo, en este orden de apreciaciones, la realidad boliviana próxima a nuestro tiempo y, aún, la actualidad misma.

El desánimo del sentimiento nacional habló, en efecto, de ello, con patetismo fatal, en los conflictos internacionales, desde la época en que el antibolivianismo se hizo dueño de la cultura boliviana. Habla hoy, también, en el comedimiento con que se sacrifican, en lucro del extranjero, las reservas nutricias de la comunidad. Habla, con expresión más significativa, en la inmoralidad con la que la personajía política se enriquece particularmente mientras la nación se empobrece.

En la raíz del proceso que, en lo moral y lo económico, conduce a Bolivia por la ruta del envilecimiento se halla, a no dudar, la simiente del antibolivianismo, hijo de los complejos psíquicos originarios de la Colonia y pupilo –agente muchas veces– de los intereses antinacionales.

5

Todo lo dicho evidencia que esta réplica al antibolivianismo de la historia de Bolivia no se inspira en estímulos de orden sentimental sino en cuanto lo sentimental importa defensa de la propia comunidad.

Los bolivianos no podemos permanecer insensibles por mayor tiempo a la acción que, en sentido adverso a los destinos y los intereses de la comunidad boliviana, proyecta por sí la historiografía a la que este libro contesta. Sabemos con exactitud en qué medida sirve esta a las finalidades de la antipatria. Nuestra reacción es, así, un hecho más que una ideología, un hecho que asume carácter beligerante.

Hay que reconocer en la historia antibolivianista un sentido, acaso el más peligroso, provocador de las fuerzas económicas y políticas que, significando en conjunto la tendencia de la antipatria, cooperan a conciencia o pasivamente con los imperialismos extranjeros, abriendo para estos el camino de la conquista. Bien se entiende que la autodenigración del país equivale a una invitación cuando no a un llamado de lo extranjero. En esa autodenigración toman pie, efectivamente, las pretensiones de suplantar de un modo u otro la estructura existencial de Bolivia. Desde el potente interés económico de la plutocracia internacional hasta el ridículo e inferiorizante afán imitativo de las ideologías universalistas fundan sus empeños de dominar Bolivia en el hecho de que Bolivia, a juicio del antibolivianismo, es vitalmente incapaz de afirmar su existencia en sí misma y por sí misma.

La evidenciación vitalista del pasado constituye, por lo tanto, no menos que el gran baluarte en que los destinos auténticos de Bolivia pueden atrincherarse para contrarrestar y repeler la invasión que ha facilitado, consciente o inconscientemente, la psicología colonialista creadora del sentir antiboliviano.

6

Este no es el único ni el primer intento que en Bolivia ha hecho efectiva la mira de restaurar la historia patria. Urge distinguir que lo que aquí se menciona como "historia patria" no designa lo escrito sobre nuestra historia, sino la historia misma, vale decir, el conjunto de hechos del pasado. Entre los intentos anteriores pueden señalarse, como próximos, los de Isaac Tamayo, Ismael Vázquez y José Macedonio Urquidi. Como recientes, los de Humberto y José Vásquez Machicado y los de Rigoberto Paredes. Probable es que no se esté citando todos, pero es seguro que se indica los más notables.

Tamayo reparó el estrago hecho por las falacias historiográficas relativas a Melgarejo y su tiempo. Vázquez y Urquidi hicieron lo propio con referencia a Pedro Domingo Murillo, restaurando la verdad gloriosa manchada por la brutal insensatez con que Alcides Arguedas acusó de traidor al egregio caudillo paceño. Humberto Vásquez Machicado endereza y repone grandísimas falsificaciones del pasado en los escritos que va editando con el título genérico de *Blasfemias históricas*. Rigoberto Paredes y José Vásquez Machicado, en trabajos más breves, han restituido también la verdad a la verdad.

Nacionalismo y coloniaje reclama, no obstante, sitio aparte entre los mencionados esfuerzos, en virtud de ser –y hace jactancia de ello– el que, por vez primera en la historia de la historia de Bolivia, con un sentido no solo circunstancial, sino porvenirista, ofrece un esquema conjunto del pasado boliviano, dando a este la vivencia continua que le atribuye la concepción de lo nacional como energía histórica afirmativa y, por lo mismo, creadora y perpetuadora.

Nacionalismo y coloniaje cree ser, por último, un libro explícito para la conciencia boliviana, en cuyo servicio aspira a confirmarse como libro leal a esa conciencia.

Precursores

La naturaleza me ha impuesto el
deber de servir al país en que nací.

Bolívar

I

El papel manuscrito fue en todas partes un medio de publicidad precursor del periodismo impreso. En México se llamó *corrido*; en Chuquisaca, *libelo*; y en La Paz y Buenos Aires, *pasquín*. Algunas de nuestras poblaciones lo emplearon mucho antes de que el país se independizara de la Corona española. Aunque por ser eventual no podía llamarse periódica, la publicidad manuscrita fue, por su índole, típicamente periodística. Así lo dejan ver sus intentos de crear núcleos de opinión y estados de ánimo colectivo en el seno de las comunidades urbanas. Aquel periodismo hecho a pluma constituye, por lo tanto, el primer foco desde el cual se irradió la influencia del pensamiento escrito sobre el proceso histórico de Bolivia.

Cabe esclarecer aquí –en acuerdo con la cronología pragmática– que el proceso histórico de Bolivia comienza cuando el país queda constituido en Estado independiente. La nacionalidad, en efecto, asume entonces y no antes, formas propias históricamente definibles por sus caracteres orgánicos y objetivos, y por su aptitud para desarrollarse en el curso de la posteridad. Su emancipación del dominio extranjero, emancipación que pone fin a la era del Coloniaje, señala también distintamente el comienzo de un nuevo proceso histórico. Al perecer la Colonia, cuya existencia no fue sino una copia artificial de la metrópoli europea, nació un Estado libre –casi una entelequia por su plenitud viviente– con estructura y fisonomía específicas. El nombre de *Bolivia*, adoptado entonces por el Alto Perú, data asimismo el nacimiento de esa nueva sustancia geográfica, política y social

–autonomizada en el tiempo y en el espacio– que quiere ser Bolivia.[1] Se entiende, con todo, que las influencias actuantes sobre el proceso histórico de Bolivia –las de aquel periodismo colonial, por ejemplo– son anteriores al momento en que dicho proceso comienza formalmente.

El papel manuscrito no pudo ser un decisivo estimulante revolucionario bajo el régimen de la Colonia. Su espíritu, vigoroso y candente en veces, nunca abarcó zonas muy anchas de expansión en los dominios de la conciencia o la inconciencia colectivas. El analfabetismo de las masas coloniales fue como una cobertura impermeable a la acción humectante de las ideas escritas. El periodismo se redujo, por eso, a ser el vocero de la colectividad, renunciando a ser su guía. No asumió rol de sembrador de ideales o divulgador de doctrinas, sino función de intérprete de las pasiones y los sentimientos de la época. Es, por lo mismo, un índice sumamente expresivo de los factores que participaron, poco después, en la guerra libertadora.

Muchos desconcertantes acontecimientos de los primeros tiempos republicanos pueden explicarse, en efecto, con el auxilio informativo del periodismo de aquellos días coloniales. Obvio es decir que estos papeles eran solo un reflejo circunscrito y exclusivo de la mentalidad nacional. Hallábanse todavía limpios de las borroneaduras que se hicieron en la prensa, por mano de imitadores y plagiarios del pensamiento extranjero, durante la era republicana.

Los europeos utilizaron también esta publicidad caligráfica, desde comienzos de 1400 hasta siglo y medio después de ser inventada la imprenta. Pero los fines exclusivamente mercantiles a que aquella servía destacan la originalidad del primitivo periodismo americano, que fue absolutamente desinteresado. No solo se exclusivizaba en clamar contra la opresión y la injusticia, sino que lo hacía gratis. Las hojas manuscritas eran fijadas en las paredes y

---

1 En América, los nombres geográficos aparecen siempre vinculados con el destino histórico del suelo. Es un hecho, por ejemplo, que fue imposible aclimatar la nomenclatura hispana de Nueva España y Nueva Castilla en los dominios aztecas y quechuas. Las denominaciones extranjeras echaron raíces únicamente allí donde la tierra carecía de nombre indígena. Por lo que hace a nuestro país, llamóse *Kollasuyo* en la edad precolombina, Nueva Toledo a comienzos de la Conquista, Alto Perú durante la Colonia y Bolivia en la era republicana. Cada una de estas voces conmemora un estado político especial de nuestro desarrollo histórico.

edificios de conocidos lugares urbanos. El periodista no cotizaba aún el valor de su trabajo ni el de sus materiales.

Hay certeza de que este género de publicidad fue utilizado por vez primera en los dominios coloniales del Alto Perú el año 1780, tiempo antes de la sublevación de Tupac Amaru. Papeles manuscritos, de los llamados "pasquines", fueron conocidos a principios de tal año por los vecindarios de La Paz, Chuquisaca y Cochabamba. Su carácter de órganos de expresión y difusión de ideas y anhelos vinculados con el interés colectivo, tanto como su factura literaria a la medida justa del entendimiento público, hacen inevitable considerarlos como una forma inicial de nuestro periodismo. Debe agregarse que tales hojas fueron la manifestación escrita de un estado político revolucionario, circunstancia con la cual se confirma su naturaleza periodística. Respondiendo con leal exactitud a los dictados del ánimo y las necesidades populares, aquellos pasquines constituyen realmente un modelo intachable de la función que el periodismo debiera ejercer en servicio de la colectividad. Tan vigorosamente llenaron esa función de resistencia y protesta contra los excesos y las injusticias del poder que su influjo amenazante hizo imposible el aumento de los gravámenes llamados "aduana" (6% sobre el valor "de la yerba, de la coca, de la carne salada denominada de chalonas y de las bayetas", a decir del recaudador Bernardo Gallo) y hasta impuso dejar en suspenso las ordenanzas reales correspondientes. En el hecho, no puede negarse que esos caligrafiados periódicos auspiciaron la primera rebelión nacional contra el dominio extranjero.

Parece del caso puntualizar que no por su extremada violencia dejaban de traslucir el consciente espíritu autonomista que les dio origen. Acúsase en ellos efectivamente la intención de remover los sedimentos emocionales del pueblo, una intención que en sí es la semilla de que germinó luego el sentimiento de la bolivianidad.

El más antiguo de dichos pasquines vio la luz pública en La Paz a comienzos de enero de 1780 –tal vez el día 9–, con un texto corto como un ultimátum. Su transcripción aquí, tal como la de toda la documentación que haya de mencionarse en estas páginas, respeta la original hechura. Decía aquella hoja:

> Quesino Quitan a Gallo de la Aduana Vebere mos en su Calabera lo mis mo en sus pa sia les Es pre ven sion por sies Cris tiano Ino muera

> en pe ca do mor tal por las tiranías des te Erege. Seño res Al to si salen a la defensa Co rrera sangre muera el mal Gobierno.

Estos papeles, así como los de Chuquisaca y Cochabamba, figuran originales o copiados por autoridad competente en el Archivo General de la Nación de la República Argentina. No está demás aclarar que el "Gallo" amenazado es el colector de impuestos Bernardo Gallo, famoso por su codicia exactora como por el odio unánime de que fue blanco de parte del pueblo.

Otro manuscrito paceño, fechado el 4 de marzo de 1780, es de inapreciable elocuencia como traductor del verdadero sentimiento que indujo al pueblo a rebelarse, tanto entonces cuanto al correr de los 45 años restantes, en procura de conquistar la Independencia nacional. Aquel periódico ya revela, en efecto, un inequívoco anhelo político de autonomía, un anhelo que, andando los tiempos, habría de cristalizarse como espíritu de la bolivianidad. El papel hace votos porque "seacabe el Peru", vale decir, porque se liquide el poderío virreinal, desde Lima ejercido, sobre la nación autóctona del Kollasuyo, y se disuelva la sojuzgante juntura de esta con el Perú. Es el hálito primigenio del ansia de ser de la patria. Cumple subrayar que el caligrafiado aquel contiene una frase positivamente insurreccional que ningún otro documento político americano ha inscrito en sí antes, y hasta muchos años después. "Muera el rey de España", dice abiertamente el pasquín paceño. Es útil recalcar el supremo valor aleccionante de dicha sentencia que acaso no tiene precedente en la historia revolucionaria del Nuevo Mundo. Los Estados Unidos de Norteamérica no habían empleado fórmula tan radical cuando proclamaban su independencia en 1776, pues –como Prévost-Paradol destaca– "el Segundo Congreso de Filadelfia reconocía aún la autoridad del rey". Sabido es que Washington mismo "cuando tenía el mando del ejército, era en absoluto contrario a la idea de la independencia" –según sus propias palabras, trascritas por Wentworth en *Historia de los Estados Unidos*.

Es imperioso, por muchos conceptos, insertar aquí el contexto íntegro del manuscrito mencionado.

> Viva la Ley de Dios y la puresa de María –dice– y Muera el Rey de España, y seacabe el Peru, pues el es causa de tanta eniquidad; Si el Monarca no sabe de las insolencias de sus ministros de los Robos

> Publicos, y como tienen ostilizados a los pobres Viba el Rey y mueran todos estos ladrones publicos, ya que no quieren poner enmienda enlo que se les pide. Con esta ban dos habisos, y no ay enmienda pues lloraremos detal lastima por qe. por dos o tres malignos la drones que están aquí pagaran muchos muchos, ynosentes y correra sangre por calles y Plasa cuanta Agua lleban las calles de la Paz; cuenta el qe. no defiende alos criollos.

Apareció otro pasquín paceño el 15 de marzo del propio año, y uno más, carente de fecha al día, notabilísimo por ser en realidad el primero de los periódicos gráficos publicados en el país. Contiene efectivamente nada menos que tres ilustraciones dibujadas a tinta. Sobre ellas una corta leyenda:

> Este Ladron Gallo [aquí algo ilegible que quizá diga *brujo*] pelarlo hasen buenas presas y al Río conel, pues no pruebe ignorancia ni diga que de repente fue su desgracia qe. conste abiso ban tres beses lo qe. sesiente es qe. poreste picaro Ladron ande pagar muchos.

Los dibujos hállanse enmarcados: el primero muestra a un hombre que cuelga en la horca. Debajo de la figura se lee: "el miserable Correjidor por consentidor".

La segunda figura representa un gallo también colgado –es el famoso impuestero Gallo–; dentro del marco hay escrito esto: "paresce mal pero lo llebe el diablo". Como lectura para el dibujo, lo siguiente: "este mal gallo pelallo". La ilustración final exhibe dos hombres ahorcados en el mismo palo. "Estos son los Señores Ladrones oficiales Reales", dice el correspondiente letrero. A continuación, el texto: "Itros diestos segiran los qe. son y los qe. no son". El pasquín trasluce la inspiración autonomista revolucionaria con estas últimas palabras: "al día 19 deste mes el qe. no defen die re a la patria mal le hi ra".

Durante el propio mes de marzo publicóse un pasquín subversivo, sin data del día, en Chuquisaca. Su factura en romance corresponde al medio letrado con que el poder colonial enervaba la impetuosidad combativa de aquel vecindario. El manuscrito permite distinguir cómo se matiza el espíritu de la rebelión allí, diferenciándose del que hacen público los pasquines de La Paz y Cochabamba. No por ello parece menos acucioso que estos, ni menos irritado, ante los desmandos gubernativos. Aquí se trascriben fragmentos –los principales– de ese primer periódico chuquisaqueño:

Ya el Cusco y Arequipa
con la Paz y Cochabamba
al ver tanto latrocinio
con pretexto de Aduana,
esforzados han resuelto
defenderse con sus armas.
Potosí lo ha intentado,
y en su lealtad tan rara
ha sido por esperar
que dé un grito Chuquisaca;
pero aquesta Ciudad noble
y en su lealtad tan rara,
siempre ha disimulado
las pensiones más tiranas
Mas ya ahora que se ve
entre la Cruz y la Espada
por no dejar de ser fiel
sus intenciones declara,
haciendo la prevención
de qe. por privilegiada
la defensa es permitida.
…………………………

Si prosiguen con los pechos
a por si venganza;
pues en su consenso está
de este Reyno la desgracia:
mientras Potosí inunda
ala Villa con las Aguas
nuestro furor luego al punto
recivirá nra Pampa.
Cochabamba tomará
de S.n Sebastián la falda,
entretanto que empezamos
por Presidente, y Garnachas,
por Alcaldes, Escribanos;
Oficiales delas Cajas
Estanqueros de Tabacos
y otros muchos más Piratas
…………………………

Muera tanto mal Govierno,
y Viva nuestro Monarca.
…………………………

Y viva siempre la Plata;
pero para vivir pida
personajes de Substancia
y mueran como merecen

los q.e ala justicia faltan
y los q.e insaciables roban.
....

El sentimiento patrio se expresa vívido en las alusiones a la conducta subversiva de los demás distritos del Alto Perú, y es evidente que, pese a sus eufemismos colonialistas, la pieza alienta la protesta popular contra el señorío advenedizo.

II

La aparición del papel público escrito a pluma tuvo en Cochabamba caracteres periodísticos –la aplicación del vocablo es forzosa– más técnicos. El primer pasquín salió a luz con fecha 6 de abril de 1780, escrito en tres ejemplares con idéntico texto. Se trata casi de un tiraje extraordinario. Muéstrase notoriamente un apasionado sentido nativista en aquel manuscrito. Tanto es ello, que corre en la lectura el giro quechua *maichica aucaichos* como natural complemento. No es insignificante este detalle que imprime sello autóctono a la hoja, aparte de que la fisonomiza de modo singular respecto de los papeles de Chuquisaca y La Paz. No puede negarse que sus incitaciones a la rebelión asumen la mayor violencia. La verdad es que ese papel contuvo a las autoridades del Rey en sus propósitos de exacción, convenciéndolas "de no haber suficiente fuerza" para contrarrestar el compacto alzamiento de la población. Más que comentario ninguno, señala su tónica insurreccional y sus raíces emocionales el texto mismo del documento. Cabe sí recordar que medio siglo antes, el 30 de noviembre de 1730, habíase rebelado el pueblo de Cochabamba contra el régimen de la Colonia, empleando tal energía en el intento que logró apoderarse del Gobierno y sentar en el sillón de Gobernador al caudillo revolucionario don Alejo Calatayud, mestizo que no llegaba a los 30 años, y que por su influencia política en el vecindario se muestra como uno de los hombres excepcionales del pasado cochabambino. El recuerdo, fresco todavía de sangre, de aquel evento en que la masa popular se impuso con aplastador dominio sobre las autoridades y las armas del Coloniaje, satura de colérica emoción al primer periódico de Cochabamba. Su texto publicado, quizá por única vez, en *Cochabamba en las vísperas de la gran sublevación de Tupac Amaru*, por Ricardo Caillet-Bois, queda trascrito aquí:

> Viba el Rey, y Muera el mal Govierno. Hasta quando hande durar amados Paisanos míos, hasta quando hande durar las violencias que sufrimos? Hasta quando dormiremos en este confuso abismo de tropelias y agrabios de robos, y Latrocinios? Habéis olvidado á caso, que somos Cochabambinos, y que savemos dar Leies, aquien pretende abatirnos? Porque hemos de ser nosotros menos que nuestros vecinos? La Paz se convirtió en guerra, y con ella ha conseguido quitar la oprecion infame de los malvados ministros. El Cusco esta alborotado. Arequipa ha conseguido la libertad con armas. Pues porque (Paisanos míos) merecerá la violencia, mas que el humilde, y sumiso rendimiento nuestro? es justo que por abatidos, por cobardes, y obedientes, nos den por premio el castigo detan injusta Aduana. Estos perbersos ministros que con la capa del rei quieren soberbios, y altibos, estirar tanto el cordel, que reviente de oprimido? Ea fuera cobardia, ai llego el tiempo presiso en que debemos hacer Alarde de nuestros Brios. Si hemos de morir de humildes, de Leales, y rendidos, sugetos a dos Ladrones Picaros adbenedizos, cuias ideas govierna nuestro Paisano Blacito, que como Bastardo en sangre su pensamiento es lo mismo; mejor es que de vna ves quitemos a estos indignos la vida: I despues que venga el mas sangriento cuchillo, que imbento la tiranía. Pues sabremos resistirlo quitando la vida a quantos se opusieren a impedirlo, que sea el Corregidor, sean Alcaldes, sean vesinos, sean Clerigos, ó Frailes, Forasteros o Patricios, que nada ha de reserbarse, sino que de sangre tintos hande correr los Arroios hasta que quede extinguido, y aniquilado en el todo el tiranico Dominio detan malbados Ladrones. Alarma Paisanos mios! muera la Aduana, mueran los Ministros, muera el traidor Thesorero, y muera Blacito, muera el Diablo mudo, que den consumidos, Maichica Aucaichos, sigan su Partido. Pues que todos a vn compas augmentais nuestros enojos con vuestras vidas no mas, pagareis vuestros arrojos y que os lleve satanas.

Oruro recurrió al caligráfico periodismo durante la gran convulsión de Tupac Amaru, a fines de 1780 o comienzos de 1781. Marcos Beltrán Ávila documenta el hecho en su *Capítulos de la historia colonial orureña*. El último de tales años –dice– no solo “se hacía recuerdo a menudo de aquellos papelones amenazadores que constantemente habían aparecido pegados en las paredes”. Aún “circulaba uno de esos en verso, el que más había llamado la atención y del cual los vecinos recién se daban cuenta y comprendían lo que significaba”. El citado autor trascribe el texto de un periódico manuscrito que difunde una noticia del Cuzco dándole una resonancia local que subraya la índole subversiva de dichos papeles. He aquí lo que se dice, comentando la sublevación de Tupac Amaru, en aquel primer pasquín de Oruro:

¡Levantarse americanos!
tomen armas en las manos,
y con osado furor,
¡maten sin temor
a los Ministros tiranos!

La repercusión de estas publicaciones, que según Beltrán Ávila fueron duplicadas posteriormente, se acusa con la violencia del alzamiento libertario consumado en Oruro. *La Relación histórica* hecha por Pedro de Angelis sobre este y otros acontecimientos de la época, muestra la influencia de dicha publicidad en la masa revolucionaria. Los alzados parecían invocar la consigna manuscrita cada vez que las autoridades rebeldes ordenaban tan solo encarcelar a los extranjeros. "Nos habéis llamado para matar chapetones –reclamaron, según la versión de De Angelis– y ahora queréis que solamente entren en la cárcel; pues no ha de ser así". No lo fue, en efecto. La muchedumbre, hizo una verdadera hecatombe entre los españoles.

> Para evitarlo, salió de la iglesia de la Merced el Señor Sacramentado –continúa la misma *Relación histórica*–, cuya diligencia no sirvió de otra cosa que a aumentar el delito de aquellos bárbaros con el mayor sacrilegio: porque desprendidos de toda humanidad, faltaron también a la veneración y respeto debido al Dios de los cielos y tierra, pues no hicieron caso de su presencia real y continuaron el asalto. […] Al pasar por la Calle del Correo, quitaron las armas del Rey, que estaban fijadas sobre la puerta de la administración, pisándolas y ultrajándolas, con cuyas atrevidas demostraciones querían dar a entender había fenecido el reinado de Nuestro Augusto Soberano, D. Carlos III.

Tal cual uno de los periódicos manuscritos lo aconsejaba en este cuarteto:

Ya en el Cuzco con empeño
quieren sacudir, y es ley,
el yugo de ajeno Rey
y coronar al que es dueño.

Pocos años más tarde, se utilizaba la misma clase de publicidad en Chuquisaca, después de la asonada con que los días 22 y 23 de julio de 1785 "la plebe quiso hacerse justicia por sí misma", castigando a los Granaderos de Extremadura que la habían irritado. Los papeles, evidentemente posteriores al motín, claro es que no tuvieron parte alguna en desatar o siquiera contribuir a que el

furioso alboroto aquel se alzara.[2] Lo provocó más bien la conducta de los granaderos chapetones, y lo alentó el recuerdo todavía patente de la rebelión de Tupac Amaru y los hermanos Katari, aun cuando –según Gabriel René Moreno– "los vecindarios urbanos y la plebe mestiza se pusieron en aquella ocasión abiertamente del lado de los dominadores europeos". El pueblo, con todo, no desaprovechó de tal experiencia revolucionaria: los cholos –como dice el propio Moreno–, pasando:

> por encima del Presidente, oidores y justicias a caballo, de respetables criollos que lidiaban por apaciguarlos, y de clérigos con santos en procesión para atemorizarlos, menearon con furor a vuelo de hondas, piedras y ladrillos contra los veteranos de Su Majestad.

Por lo que hace a los papeles aparecidos entonces dícese que, cuando menos algunos, tenían su texto redactado en lengua latina, que el pueblo no entendía. El dato descubre uno de los ardides que utilizó la monarquía española para perpetuar su dominio sobre las poblaciones americanas. El valor político de estas fue reducido a cero por obra de la distancia puesta entre las masas y la clase letrada. No solo se las había separado radicalmente en castas antagónicas. Habíase conseguido también que no pudieran comunicarse entre sí. La clase culta, para conservar su rango, debía expresarse únicamente en latín. Embriagada por el licor de la sabiduría concluyó hablando en forma incomprensible, como los borrachos. Por este medio fueron los doctos completamente esterilizados en su capacidad de conectarse con la masa popular. Los jesuitas habían inventado el sistema. Aprendieron la lengua de los nativos para someterlos pacíficamente. Las universidades coloniales también empleaban el idioma con fines de dominio político, pero lo empleaban por pasiva. Hacían que los nativos aprendiesen el habla de sus dominadores y olvidaran la propia.

La publicidad manuscrita asumió en La Paz, desde el año 1805, funciones e influencias bastante más concretas que su similar de

---

2 "La Insurrección fue fomentada por carteles anónimos y subversivos", según Enrique Finot. Gabriel René Moreno, que para el caso es insospechable, afirma lo contrario: "Reinó de nuevo el orden público en Chuquisaca –dice–, y con él reinaron los chapetones; pero a buen seguro que no reinó el sosiego en todos los espíritus… Pasquines satíricos contra empleados superiores del gobierno amanecían fijados en lugares públicos", lo que demuestra que los papeles fueron escritos con posterioridad al hecho tumultuario.

Chuquisaca. Los papeles caligrafiados presentáronse en aquellos días casi como heraldos de una conjura antimonárquica tramada entonces. Manuel María Pinto dice que se trataba de una “coalición revolucionaria del Collao, desde el Cuzco hasta Santa Cruz”. Fue ella sofocada sin sangre ni ruido, ese mismo año, entre mutuos ocultamientos y sospechas de las autoridades coloniales que habían sido envueltas en la conspiración por arte del caudillo paceño Pedro Domingo Murillo.

III

La apreciación del valor influyente que este periodismo tuvo a comienzos de 1800, así en Charcas como en La Paz, demanda mencionar aquí, de nuevo, a Chuquisaca y a sus hojas manuscritas.

No eran ellas de tendencia revolucionaria, por lo menos en sus primeros tiempos. Reflejaban más bien –cual ya se ha dicho– el medio colonial. En este caso, el de aquella sociedad con pretensiones de corte submonárquica y cultura latinista, impregnada todavía del dogmatismo que España heredó a la monacal *sapientia* de la Edad Media. Los agudos letrados charquinos caricaturizaban en los pasquines la imagen de la clase copetuda. “Había escritores abiertos para copiar *como con letra de molde* y circular estas piezas en prosa o verso”, dice Gabriel René Moreno. Así:

> el agridulce del trato social era destilado principalmente en el alambique que allí se denominaba la *libelación*… Se *libelaba* o era *libelada* una cosa cualquiera cuando se echaba a perder en la boca o la pluma de los vocabularios, anonimistas, caramillos y otros entintadores de papeles. La *libelación* era una institución social como en otras partes la prensa.

Posteriormente, acaso en 1807, el periodismo manuscrito de Chuquisaca ya era eco de otras preocupaciones: “La chismografía se convirtió por sí sola en censura política, en conciliábulo oposicionista, en anhelo de reforma y de independencia”. Las invasiones inglesas a la capital del virreinato conmovieron de arriba a abajo el espíritu chuquisaqueño. Se agitó en él tanto la superficie inconsistente de su española cultura monarquista cuanto los sedimentos densos, hondos, fecundos, de la emotividad nativa que, como el cieno en los lagos, crecía insensiblemente desde abajo. Las ocurrencias

de la Europa sujeta por Napoleón a tensiones irresistibles, y hasta los "descubiertos choques" entre el presidente García Pizarro, el arzobispo Moxó y los oidores audienciales, añadieron su tremor a la gran sacudida. La titulación de los libelos alude a todos esos acontecimientos. *Reprimenda del Virrey* y *Cúmplase de Goyeneche* hablan de las querellas entre carlotistas y fernandinos, y *Declaración contra Francia* protesta lealtad a la España, víctima del asalto napoleónico. Hay atisbos, en otros papeles, de resentimiento contra la codicia colectora de tributos. Así los titulados *Annatas y novenos* y *Estorbo de la contribución de guerra*. Una requisitoria mordaz a la bolsa del arzobispo Moxó se llama *Donativo eclesiástico*. Se persigue en particular al arzobispo con pasquinazos y cuchufletas. "Ya comienza la madre abadesa con sus lloriqueos", dice con sorna el oidor Ballesteros comentando las rogativas que hace el prelado en favor del rey. Las gentes ríen con estas irreverencias.

Poco a poco, aquel periodismo se eriza de puntas. El espíritu díscolo, precursor del faltamiento a la autoridad, travesea en algunos epígrafes como *Cancelatario de cartón*, *Carcelazo del de Cámara* y *Tratamiento de señoría*. Togas que se ajan, birretes abollados, pelucas revueltas y rasgadas chorreras de encaje son el testimonio ruinoso de este creciente amotinamiento literario. La intriga política aprovecha el confusionismo reinante en Buenos Aires, donde la fuga de Sobremonte ha convertido al gabacho Liniers nada menos que en virrey de la Corona española. ¡Precisamente de aquella Corona que entonces pisoteaban los franceses en Europa! La autoridad que gobierna a Chuquisaca sufre sátiras inclusive con este motivo. *Itinerario al revés, del romano y el francés* pica en Rodríguez Romano, asesor y favorito del presidente García Pizarro.

Salta a la vista la eficacia –aunque no la tendencia– revolucionaria de esta publicidad burlesca, demoledora de las jerarquías en que la sede audiencial cimenta su paz y su quietud vasallas. El apetito controversista de los doctores carolinos dábase, extraaula, sabrosos hartazgos con estas subversivas inspiraciones, en las que cada uno iba paladeando con distinto gusto el picante sabor de la independencia. "El pensamiento revolucionario se abrió especulativamente paso por sí solo en ciertos cerebros de la ciudad letrada", escribe René Moreno, como puntualizando que alude únicamente a "ciertos cerebros". Conviene tomar nota de este concepto. La ideación revolucionaria no obedece a estímulos de libros extranjeros,

como se sigue creyendo hasta hoy. Menos aún a los de la cultura absolutista suministrada en los institutos coloniales.

Obedece, por el contrario, a una todavía confusa revelación que el medio ofrece de sí mismo comenzando a hacerse perceptible en su realidad profunda y maciza. Indirectamente la trasuntan los papeles manuscritos. Esta realidad ha sido, antes y después de 1800, no solo negada sino desconocida por la cultura y por los libros extranjeros. Únicamente los individuos con aptitud nativa para intuirla y comprenderla animan, años más tarde, o dirigen o, por lo menos, aman la revolución. En cambio, la inmensa mayoría de los letrados parece tener anulada toda sensibilidad revolucionaria. Año antes del alzamiento de Chuquisaca –según el rebelde Monteagudo– "todos miran al Rey como a imagen de Dios en la tierra, como fuente invisible del orden y el Astro predominante de la sociedad civil". Un índice, más persuasivo aún, denuncia el estrago que la cultura dominante causa en la conciencia americana: de los 1.115 graduados de la Universidad, los Colegios Azul y Colorado, la Academia Carolina y los Cursos Canónicos, no llega a 20 el número de aquellos que con lealtad abrazan la causa revolucionaria.

Antes de 1800, esta desproporción entre ideólogos de la libertad e ideólogos del despotismo se muestra más expresiva. Solo un hombre hubo –el fiscal Victorino Villalba, que era además funcionario de la Audiencia– lo suficientemente animoso para emitir juicios adversos al régimen de la Colonia. Lo hizo con notable osadía, sin duda. Era –dijo él– por "evitar una revolución que los mismos abusos preparan". Sus críticas, todo lo previsoras y explícitas que se quiera, no despertaron ecos en ninguna de las clases sociales de Chuquisaca. La autoridad misma se mostró poco alarmada por el hecho. Redújose a secuestrar los papeles de Villalba, eludiendo hacer público y capital escarmiento –de rigor en estos casos– con la persona del insurgente, pues la indiferencia revolucionaria de la comunidad no requería sanciones ejemplarizadoras. Es bastante para tener idea de lo lejanas que estaban entonces, una de otra, la conciencia pública y la realidad. Únicamente Villalba pareció haberse percatado de esta última en 1779, cuando decía: "nuestro estado actual es violento: nada violento es durable". Corroborando su sentencia, ardieron pocos meses después las hogueras insurreccionales y ulularon los *pututus* de Tupac Amaru en el Alto y el Bajo Perú.

Pese a todo, "el desenvolvimiento de las ideas de libertad era una cavilación puramente letrada" todavía, y solo de los más cultos, hasta vísperas mismas de la revolución de mayo. Claro es que entre estos había excepciones, aunque contadas. Mariano Moreno, por ejemplo, hizo tesis en amparo del indio. Bernardo Monteagudo escribió –el dato es de Manuel María Pinto– "un diálogo en el que Atahuallpa formulaba cargos a Fernando VII". Zudáñez iba haciendo, con la palabra y el ejemplo, cátedra de independencia personal entre las gentes desvalidas.

La inquietud de estos pocos despertó probablemente, desde años anteriores, el gusto con que los doctos de Charcas empleaban su maestría argumentista en controvertir temas políticos y jurídicos, inauditos hasta entonces en aulas y paraninfos culturales. Siempre lo hacían subidos, como antes, a las nebulosas esferas metafísicas y en los dominios de la especulación filosófica pura. Con el tiempo, las actuaciones de seminario, salpicadas por la tinta callejera de los libelos, perdieron también su rigor académico y pedante, adquiriendo el temple del debate político. Los anhelos nacionales tomaron así la voz del doctorío, "hasta refundirse en ideas generales, cobrando todas las eficiencias de un concepto público".

IV

Los influjos de la publicidad manuscrita se muestran patentes el 25 de mayo de 1809. El alguacil de Corte, Manuel Antonio Tardío, los denuncia ante el virrey, afirmando que "son también cooperantes y verdaderos cómplices del alboroto, los que lo prepararon con los pasquines y papeles sediciosos que se fijaron y corrieron en Chuquisaca muchos días antes de la conmoción". Los hechos hablan de ello con elocuencia probatoria, demostrando que la fuerte capacidad ejecutiva del alzamiento se debió por entero a aquel periodismo. Los parapetos en que la autoridad colonial se mantuvo invulnerada e intangible hasta el 25 de mayo fueron efectivamente destruidos por la *libelación*. Respetado, temido y acaso venerado, el representante de la Corona gozó de un poder inmenso en América mientras pudo conservar intacto el acatamiento de las gentes amedrentadas por el mito del poder.

Guardábanlo, más que las armas, los sentimientos de inferioridad y terror que en las masas había creado el absolutismo español transplantado al Nuevo Mundo. La idea de la supremacía natural, de la divinidad delegada que encarnaba en el rey, ungía a los personeros de este en la Colonia con un prestigio sobrehumano.

Las continuas burlas que los libelos hacían del presidente Pizarro, del arzobispo Moxó y de los más empingorotados funcionarios coloniales, desvencijaron los cimientos del mito. El sagrado carácter que la creencia popular atribuía a las autoridades dejó ver su endeble estructura de artificio ante los ojos de la masa. Fue como si los *libeladores* hubiesen rasgado un mascarón terrífico poniendo a descubierto la cara del falso fantasma. Así se explica que los vasallos dóciles a lo largo de 300 años emplearan de súbito "cañón y metralla y tiraran granadas de bronce y vidrios" –tal como reza un congojoso informe del Cabildo al virrey–, precisamente contra aquel que en Chuquisaca personificaba el divino poder del monarca. El sacro señor de ayer ya no era nadie para la despierta conciencia del pueblo. "La multitud comprendió que se podía prender a Pizarro, destituirlo y juzgarlo", dice Valentín Abecia con exactitud. Pero no "porque se operó en una palabra la revolución", lo cual daría a este suceso una repentinidad de sacudida terráquea o de cosa de magia, sino porque el alzamiento era en sí fruto de la *libelación*, cuya voz había llegado hasta las masas. Las alambradas de púa con que la severísima jerarquía guardaba la persona del gobernante en un plano inalcanzable fueron destruidas por la publicidad manuscrita. Esta hizo posible el ataque de hecho a la autoridad. No a otra circunstancia debe imputarse, principalmente, la violencia y la audacia del asalto con que el populacho derribó sin titubeos la casa y el poder de Pizarro.

Es un hecho que la revuelta no tuvo por causas determinantes ni las condiciones de la producción –que siendo todo lo grávidas que se quiera no actuaron revolucionariamente en el curso de tres siglos– ni el acicate de la lucha de clases, pues los explotados y los explotadores uniéronse entonces para derrocar a la autoridad. La sola luz de la teoría materialista histórica parece, por lo mismo, insuficiente para esclarecer el contenido real de la revolución chuquisaqueña, así como el de los otros levantamientos

populares del Alto Perú. Las doctrinas democráticas de Grecia y las inspiraciones liberales de la Revolución Francesa tuvieron en tales hechos una participación todavía más reducida que la de los factores económicos y clasistas. No hay huella concreta ninguna del pensamiento demorrevolucionario europeo en los documentos de la época. La filosofía política anglo-francesa de aquellos tiempos no influyó mucho ni poco en esa etapa de nuestra historia. Cabe más bien subrayar que el pueblo abominaba entonces de ella y, en modo especial, de todo lo francés. El ateísmo jacobino y el imperialismo napoleónico detestados en las colonias de España despertaron esta genérica hostilidad contra Francia. Las tropelías de Bonaparte habían ahogado los primitivos clamores de Libertad, Igualdad y Fraternidad que en tales días no sonaban a hueco solamente sino a barbarie. Para el oído americano eran como un alarido de soldadescas tiránicas y rapaces, de hordas de degolladores que capitaneaba un usurpador, enemigo de la libertad.

La intervención propulsora que tuvo el periodismo en este acontecimiento se prueba también por pasiva. El epílogo de la rebelión indica netamente el sentido en que los pasquines influyeron. Derribada a cañonazos y pedradas la armazón visible del Gobierno, y el pueblo armado en ejercicio absoluto y soberano del poder, la revolución se frustró no obstante en el acto mismo de aniquilar el dominio contra el cual se alzaba. Su marcha se detuvo por sí misma, como el andar del hombre cuando se hace repentinamente la oscuridad. La tarea directriz que correspondió a los periodistas no había previsto más objetivo que el alcanzado por la acción material de la multitud, vale decir, el derrocamiento del presidente Pizarro. La insurrección delata, en este punto, que la carga proyectora a que obedecía era incapaz de impeler más lejos a aquella. Así paró en seco después del estallido. Era como la bala que cae verticalmente a mitad de su trayectoria. Esta es casi la prueba plena del rol que jugó la *libelación* en la revuelta. Limitóse a demoler los andamios de la jerarquía autoritaria, sin trazar los planos del nuevo edificio.

Inútiles fueron, por esta razón, los intentos individuales de llevar adelante las cosas para transformar la estructura colonial del régimen. El propio Zudáñez, cuyo arresto había conmovido a la población iniciando el alzamiento, no pudo arrastrar consigo a esta hacia las metas propiamente revolucionarias. Los libelos

no alcanzaron a enseñar cómo se constituye el Gobierno propio. La autoridad colonial se rehizo en 24 horas, sin resistencia ninguna de los rebeldes. Por el contrario, "quedó el pueblo lleno de contento al haberse propagado la noticia de que el Tribunal de la Real Audiencia tomaba el mando", como informa la misma Audiencia al virrey. Todos los testimonios dicen lo mismo. El fiscal López Andreú –otro de los personajes a quienes había seguido el pueblo– subraya que la asonada se condujo "sin manchar su pureza con la más pequeña usurpación". Sánchez de Velasco, hombre de la época, lo confirma con estas palabras:

> Amaneció el 26, sin otra novedad… Los oidores reunidos ejercían el mando político de la Provincia… Circuláronse cartas a los Gobernadores de Potosí, Cochabamba y La Paz, encargando el buen órden para el servicio público, pues no había otra alteración que el cambio de Jefe.

El cuadro se precisa mejor en esta breve frase de Miguel de los Santos Taborga: "La Audiencia que había sido el apoyo de la Revolución vino a ser después su obstáculo".

Desbaratada fue, con todo, aquella fulminante victoria popular contra la dominación extranjera. Claro es que el hecho revolucionario vino a ser por sí mismo una demostración aleccionante de la ejecutiva potencia que asume la multitud sublevada. Esta comprobó entonces que el despotismo hispánico podía ser aniquilado por los nativos. La lucha por la libertad indoamericana se nutrió de esta experiencia y fue por ella fortalecida, a través de 15 años alborotados, con el clamor de los levantamientos urbanos y el tropel de los combates. El 25 de mayo de 1809, el pueblo que fue capaz de capturar el poder en escasas horas no consolidó su independencia porque no supo cómo hacerlo. Es harto probable que de haber contado con una orientación constructiva por parte del periodismo, como contó con su estímulo subversivo, la insurrección desembocara en un cambio institucional semejante al que, dos meses más tarde, alcanzó la revolución de La Paz.

V

Antecedió también, con mucho tiempo, al pronunciamiento paceño del 16 de julio de 1809, la acción de su periodismo escrito a mano. Ya se ha dicho que las influencias y la función de este

parecen menos inconcretas que las del periodismo colonial de Charcas.

El papel manuscrito de La Paz eludía, desde luego, toda inspiración que no fuese revolucionaria o, para decirlo mejor, que no fuese política. Hubo de mover, a causa de ello, los recelos del Gobierno desde 1805, año en que este levantó un proceso relativo a dicha publicidad. Trátase –a lo largo de nuestra historia– de la primera persecución oficial desatada contra el pensamiento escrito. Aún existe el expediente administrativo en el cual se menciona el nombre de un Carlos Torres, con el agregado de que este "sabe quién es el de los Pasquines".

Los tales pasquines no son cosa hecha por mero entretenimiento intelectual. Revélase con ellos, todavía en boceto y deforme, la acción inquieta, abnegada, tenaz y valerosa del periodista. No poseen la intencionada finura ni la pulcritud literaria ni la frivolidad que distinguen a los periódicos manuscritos de Charcas. Hay que entender tales diferencias como signos propios a los dispares ambientes coloniales de Chuquisaca y de La Paz.

Los verdaderos revolucionarios respiraban dificultosamente en la atmósfera de la Real Audiencia. Habíanse conjurado para combatir el poderío extranjero y pensaban "ya con decisión en arrancarle estos dominios". Mas la insensibilidad general, cuando no el quisquilloso monarquismo de la clase directora, les cohibía con el riesgo de la delación. René Moreno cuenta cómo recataban sus deliberaciones en medio del peligroso acecho de los realistas. Habían de congregarse en ocultos retiros donde "una vez solos y seguros, estallaba el fuego de sus corazones". ¡Cuántas veces desahogaron allí su cólera insurgente y el dolor de su impotencia acorralada! Combatían de esta suerte, como les era posible, las pueriles argucias, el servilismo y las malas costumbres en que fincaba la adhesión al rey. Poco les era dado hacer en este empeño, sin embargo, cercados como estaban por gratuitos vigilantes y delatores.

Se comprende este sofocante confinamiento del espíritu revolucionario en la sede capitalina de la autoridad española. No era esta sola, en verdad, la que celaba el orden de la Colonia. Era el ambiente mismo, saturado por la emanación del poder, que en cierto sentido se había erigido en custodio argosino de ese orden. El vecindario, hasta en sus clases analfabetas, parecía orgulloso de

convivir allí con el personero del monarca. El privilegio cultural que gozaba Charcas contribuía a robustecer en gran manera tal engaño. El resonante linaje de la Universidad y el prestigio intelectual de sus educadores y sus educandos envanecían a todos los chuquisaqueños. Creíanse, los más, excepcionalmente favorecidos por el rango cultural con que la Corona aparentaba distinguir al pueblo entero. Las capas inferiores de este conserváronse, no obstante, ignaras como en cualquier otro vecindario de la Colonia. La misma clase culta jamás gozó de las luces universitarias graciosamente. Pagaba tributos y vasallaje a cambio de ciencia infusa y de latín.

No puede negarse que el medio paceño contaba con un clima político y social mucho más despejado. Bien lo dice el hecho de que los jefes de alzamiento chuquisaqueño –defraudados por las resultas de este– recalaron en La Paz, donde su acción dio frutos palpables. La nueva plaza les brindaba no únicamente el campo, sino los elementos materiales y psicológicos que requerían para poner de pie sus ideales. Ni la autoridad ni la cultura didáctica del régimen habían logrado anublar allá, cual en Chuquisaca, la conciencia colectiva. Las gentes de La Paz podían, por lo mismo, identificar casi directamente sus necesidades como causa de su derecho a la insurrección. La realidad colonial se mostraba ante ellas desprovista de los engañosos e imponentes ropajes con que se revestía en la capital charquina.

La clase culta de La Paz era casi toda adversaria del régimen. Sus peculiares intereses lo eran también. No debe olvidarse que durante la Colonia, La Paz:

> fuera de la coca, producía la sal de Caquingora; sus berenguelas suplían la industria del vidrio; sus bayetas surtían a cuanto mitayo acudía a Potosí. La Paz, verdadera República conforme a las enseñanzas clásicas, gozaba de todo género de independencia.

Sisas y alcabalas que nutrían la codicia de la autoridad estaban prendidas como sanguijuelas voraces a las venas de esta economía creada por el mestizo, el criollo y el indio paceños, a los cuales no se compensaba siquiera con la ficción del favor cultural o administrativo de que era objeto Charcas. De esta suerte, el dominio colonial pesaba sin atenuantes en La Paz alcanzando a todas las clases sociales. Las autoridades, reducidas en número,

no constituían propiamente un estamento como en Chuquisaca, sino un grupículo menudo, tanto más provocativo por eso, gozador de privilegios. El sentimiento público reaccionaba, como es natural, en masa contra aquella exigua pero succionante e insaciable burocracia extranjera.

Sabido es que el sentimiento de la independencia económica señala el comienzo de toda rebelión autonomista. La propia oposición de los criollos al dominio de España tuvo en gran parte la mira de establecer un régimen propio menos gravoso para sus intereses. El antagonismo de estos intereses y los de la autoridad hízose, por lo tanto, antagonismo político. Ya en este camino, aunaron su destino los blancos, los mestizos y los indios. Por eso –como dice Pinto–, se causó entre los primeros un serio "agravio con las horrorosas suplicaciones en solo indígenas, cuando mestizos y patricios habían concurrido con ellos" en los alborotos anteriores a 1800.

Se hizo en los papeles manuscritos la copia fiel de tales factores económicos y psicológicos. Parece inútil esclarecer que este cuadro social no era solo de 1809. Habíase traslucido ya, conceptuado exactamente por aquel periodismo, en todo su valor de problema colonial, desde 1805. Es cuando la justicia española sindicaba como conspirador al primer periodista boliviano, conocido entonces con el sobrenombre de "el de los pasquines".

Este –dice Pinto– "no era otro que el papelista D. Pedro Domingo Murillo". Así lo confiesa Murillo mismo cuando concurre a juicio, encausado como periodista subversivo por las autoridades. "Se ha mantenido con la pluma por no estar ocioso y malentretenido", según sus propias palabras. Los datos del proceso establecen asimismo que "el chulumaneño D. Carlos Torres, hombre de letras, pergeñaba pasquines con el director de los tales, D. Pedro Domingo Murillo, papelista". Este solo título señala ya la profesión de escritor. El papelista es el sujeto que divulga ideas mediante la escritura en hojas de papel que circulan de mano en mano.

Hay en realidad una estrecha semejanza entre tales papeles y los que posteriormente se edita a prensa y con letras de molde. Aquellos "manuscritos en varios ejemplares, anónimos por fuerza, solicitaban verdadero ingenio para disimular desde la caligrafía y estilo hasta la propia gramática del autor, injertando términos generales del vulgar uso", dice un historiador de la revolución paceña. Esa publicidad en varios ejemplares, ese

anonimato y esa carencia de pulcritud gramática –dicho sea sin sarcasmo– acusan tres notables analogías de aquel periodismo con el de nuestro tiempo. No son las únicas, por cierto. Manuel María Pinto subraya "la vertiginosa rapidez con que los pasquines traslucían al público, con la mayor veracidad y sentido lógico, los más notables hechos" europeos. Trátase de exitazos informativos como los de la prensa moderna. Se hace, además, igual que hoy, uso de las noticias extranjeras, con fines políticos. El periódico manuscrito se expide casi exclusivamente a grandes titulares. En el enunciado simple de un acontecimiento suele concentrarse también, expuesta con acusada maestría, la intención revolucionaria del periodista.

Esta intención revolucionaria se transparenta, con las precauciones debidas al régimen, por medio de ciertos recursos de que la prensa actual echa mano con frecuencia. "Viva el Monarca de España en su imperio y sus dominios", se dice, por ejemplo, en un título, y, en el subtítulo: "Fenezca yá el mal gobierno y todos los chapetones". Casi es innecesario aclarar el concepto: que el rey de España se esté tranquilo en sus dominios, pero que estos, los de América, dejen de ser dominios del rey.

La consigna genérica de la revolución se formula en este epígrafe: "Viva nuestra ley y muera el mal gobierno y sus chapetones". En otro, igualmente sugestivo, hay una franca amenaza a la autoridad: "La Paz ha de castigar las insolencias del zarcillito", pero hay más. La frase en realidad exhibe ante el pueblo la imagen del mismo pueblo, en derecho y de hecho capacitado para actuar directamente. He aquí la noticia extranjera: "España no mandará a América sus gobiernos", que vale por una proclama de abolición del coloniaje. Algunas "cabezas" del periódico expresan resueltamente el anhelo autonomista: "España no ha de gobernar. Viva América", intitula, por ejemplo, un breve texto: "A la hora que haya resistencia de los de España –dice enseguida el periodista revolucionario–, me veré precisado de convocar los 20.000 naturales y los 5.000 de los míos".

Ningún escrito, en los pasquines, carece del aliento no solo excitante sino también aleccionante que el propósito revolucionario debe insuflar en el pueblo. Usando términos que aplicó Unamuno a cierto intento de culturación de masas, podría decirse que aquel periodismo paceño fue, en esencia, pedagógico-demagógico, vale

decir, "conductor de niños y conductor de pueblos". Hablando con mayor exactitud, conductor de un pueblo niño.

VI

En 1809, los hechos iniciales de la revolución del 16 de julio respondieron por entero a los mencionados lemas. La voz de "¡Cabildo abierto!" mantuvo a la masa despierta y cohesionada sobre los despojos del dominio colonial, vencido igual que en Chuquisaca el 25 de mayo, pero reemplazado en La Paz con el Gobierno popular de la Junta Tuitiva. "España no ha de gobernar", habían dicho los pasquines al pueblo. Este se alistó luego, milicianamente, en procura de consolidar el nuevo orden de cosas. Día tras día, la conciencia pública vigilaba el curso de los acontecimientos. Cuando hubo entendido que Indaburu pretendía restablecer el viejo régimen, ahorcó al traidor, golpeando también enérgicamente a los reaccionarios.

Aun la intensa religiosidad que los periódicos manuscritos fomentaron –monstruoso conservadurismo, según el revolucionario clásico– tuvo consecuencias políticas favorables para los insurgentes. Hasta entonces, la religión había sido bandera exclusiva del poder monárquico. El periodismo insurrecto logró arrebatársela de las manos. Así el populacho no tuvo reparo en "arrancar de las puertas de las iglesias parroquiales los carteles de excomunión dictados por el Obispo contra las autoridades revolucionarias". Mucho más que esto, importaba, ciertamente, la otra finalidad que también se hubo alcanzado: en derredor de las creencias religiosas, intactas por la revolución, agrupáronse pobres y ricos, criollos y mestizos, olvidando momentáneamente sus divisiones de casta.[3] Faltó solo el indio en esta amalgama, porque la verdad es que jamás había profesado sinceramente en el catolicismo.

---

3 La división de castas instituida por el coloniaje facilitó en gran manera la tarea contrarrevolucionaria. Murillo, que había procurado anularla mediante la influencia unanimizadora de la religión, señaló ese peligro al Cabildo en los días inmediatamente posteriores al pronunciamiento. "Acabo de saber por sujetos fidedignos de la Plebe" –decía a aquel por oficio y en son de reproche– que el Cabildo ha ordenado reclutar tropas de acuerdo "a una división tan manifiesta indicada en las denominaciones de Pueblo Alto y Pueblo Bajo".

Merece anotarse el hecho, tal vez concomitante, de que los pasquines habían prescindido, casi en absoluto, del indio y de sus intereses. Fue un serio error de aquel aguzado periodismo político. Murillo debió comprenderlo así después del alzamiento ya que a su instancia fueron incorporados en la Junta Tuitiva los representantes Katari Incacollo, de la indiada de Yungas; Gregorio Roxas, de la de Omasuyos; y José Sanco, de la de Sorata. Rodeóse el acto de gran solemnidad y en él fue otorgado el tratamiento de "Vuestra Señoría" a los delegados indios, prescribiéndose que el pueblo se destocara ante ellos como ante los demás miembros de la Tuitiva. Pinto, citando a Katari Incacollo, recalca el "respeto que guardaba la plaza a este indígena, que llevaba con orgullo la insignia de la Junta, o sea, el cuello bordado de oro con el mote: *Por Dios y por la Patria*".

El juicio histórico todavía no ha explicado satisfactoriamente la terrible descomposición que epilogó, casi de inmediato, aquel poderoso movimiento revolucionario. Debe rechazarse por insensato el burdo supuesto de la traición imputada a Murillo. Sabido es que quien hizo –un siglo después del acontecimiento– aquella sindicación, no ha incurrido esa sola vez en el mal de erostratismo que le ha dado renombre.

Todo hace suponer más bien que el caudillo del alzamiento de julio fuese víctima de una conjura reaccionaria urdida, en parte, por agentes realistas que actuaban, so capa de criollos, en los círculos directivos de la nueva situación. Las medidas tomadas por la autoridad civil después del arresto de Murillo, en amparo de "los señores europeos" –como reza una disposición del Cabildo–, demuestran que el mando comunal ya no estaba todo en manos de patriotas. No fueron estas, por cierto, las únicas que estrangularon la revolución de julio. La defección –más que traición hay que creerla defección– de los llamados patricios fue también una potente energía opuesta al proceso del movimiento libertador.

Dos probables causas, motivantes las dos del alzamiento contra España, determinaron esa defección, cuando menos en parte. La historia revolucionaria de la humanidad ha comprobado que el orden social no se rompe sino al empuje conjunto de todas las clases transitoriamente fusionadas por el descontento. La revolución amalgama así las fuerzas que por su naturaleza económica son inconciliables en el estado de paz. "Ni los más hondos antagonismos –anota Simmel– impiden la acción coordinada de

las clases inferiores, cuando llega el momento de disputar el poder con la casta dominadora, que entonces se convierte en el enemigo común". La unidad política de las capas media y baja se consuma en tal caso por influencia de la capa superior, que sin querer fortalece y posibilita la revolución.

Esto aconteció también el 16 de julio de 1809. Lo patentiza la misma proclama de la Junta Tuitiva, proclama en cuyo texto se trasuntan, con genial síntesis, todos los alientos adversos al dominio extranjero.[4]

Criollos, indios o mestizos hallaron en aquel documento el eco leal y la expresión exacta de sus intereses y de sus anhelos:

> Hasta aquí hemos tolerado una especie de destierro en el seno mismo de nuestra patria [podían decir, en efecto, los americanos, de cualquier laya que fuesen]; hemos visto con indiferencia por más de tres siglos sometida nuestra primitiva libertad al despotismo y tiranía de un usurpador injusto, que degradándonos de la especie humana, nos ha reputado por salvajes y mirado como esclavos. Ya es tiempo de sacudir tan funesto yugo […]. Ya es tiempo de organizar un sistema nuevo de gobierno, fundado en los intereses de nuestra patria […]. Ya es tiempo, en fin, de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias, adquiridas sin el menor título, y conservadas con la mayor injusticia y tiranía.

Los periódicos manuscritos traducían, con el mismo lenguaje unanimizante, el hablar de todas las castas coloniales, excepción hecha de la dominadora. Esta similitud indica, de paso, que el autor de tales periódicos y el de la proclama de la Junta no son distintos. Es imposible saber si el caudillo, que así aunaba las fuerzas insatisfechas para emplearlas contra la tiranía, previó el inevitable quebrantamiento de esa unidad a la hora en que el poder fuese conquistado. La verdad es que llegando esa hora las fuerzas fusionadas tornaron a separarse. La revolución, una vez victoriosa, alcanzó con suma velocidad el estado de paz en que las clases diferentes vuelven a ser contradictorias y antagónicas. Desde ese instante, la masa insurrecta dejaba de poseer la fuerza ejecutiva de que dispuso cuando, frente al común enemigo, su cohesión era templada por el genérico interés de la lucha.

---

4 Carlos A. Villanueva, probablemente el mejor documentado historiador de la Independencia americana, dice que la proclama paceña "debe rememorarse siempre, por haberse fijado en ella los principios y doctrinas de la colosal revuelta emancipadora".

La defección –como se ha dicho– tuvo además otra causa, imputable solamente al pueblo. La autoridad revolucionaria fue entregada por este, con carácter exclusivo, a los criollos. Murillo era una excepción, siendo mestizo, en el nuevo Gobierno. El goce total del botín –el botín es el poder–, tomado a los españoles, correspondió así a los hijos de los españoles. ¡Irremediable, funesto error, el más grave de la revolución! El hecho importaba no menos que un renunciamiento del pueblo nativo a su propia independencia. "La conquista de la libertad –ha dicho Simmel–, en sus significaciones tanto negativas como positivas, arrastra como consecuencia necesaria la conquista del poder". El poder fue de este modo transferido a manos de los criollos; y las clases populares, restituidas a su primitiva condición de capa dominada. Las funciones de la autoridad realista, vale decir, el privilegio de sojuzgar a la masa, pasaron íntegras a poder del criollismo. El fenómeno –salvadas las diferencias de tiempo y de ambiente– reproduce la entrega que el pueblo hizo del mando a la burguesía durante la Revolución Francesa. Se percibe en ambos hechos la influencia póstuma de la mentalidad monárquica sobre las clases insubordinadas. Las capas sociales más numerosas y más fuertes confían el Gobierno revolucionario a los hombres de una clase superior, cuando todavía obedecen a la noción jerárquica en que las ha educado el régimen de castas de la monarquía.

El ejercicio del poder identificó en absoluto a los criollos y los realistas en cuanto a sus relaciones con la masa. Conviene aclarar este concepto: el criollaje no pretendía confundir sus intereses con los de la Corona española, sino que ejercía el mando con el mismo sentido colonial que las autoridades chapetonas. El pueblo y su destino le interesaban solo en cuanto podían interesar también a los colonizadores. Esta identidad aparece expuesta en la afonía de los criollos frente al peligro de la contrarrevolución realista. No aprontan medios en amparo de la revolución cuando Goyeneche, decidido a restablecer el viejo régimen, se aproxima a La Paz. Míranlo más bien como a uno de los suyos por lo cual creen innecesario oponerle resistencia. La misma sensibilidad se acusa en ellos cuando expulsan a Murillo del poder y lo encarcelan como a sujeto peligroso. Con esa medida queda el Gobierno libre de mestizos. Se extirpa así el último vestigio de influencia política de la capa social dominada.

Muestra ello que los intereses de esa capa –a partir de la entrega del poder a los criollos– no eran ajenos tan solo, sino adversos a los intereses que defendía la flamante clase dominadora.

VII

Ninguno de estos fenómenos pudo ser previsto en los pasquines. Compréndese fácilmente por qué. La sociología no había descubierto aún la mecánica a que obedece el curso de los grandes trastornos políticos. Con todo, es probable que Murillo hubiese buscado, como buscó, el mando militar de la revolución para favorecer mediante las armas el proceso libertario que él hubo ideado imprimir al pronunciamiento de julio. Lo cierto es que, a contar de su incomunicación con la masa, desatóse en esta un espantoso desconcierto. Solamente la provocación demasiado objetiva pudo lanzarla, en algún momento, contra el hombre en quien descubriera al agente principal de aquel escamoteo político del cual se hacía víctima al pueblo. Así mató a Indaburu cuando supo que este había hecho ahorcar a un dirigente de la plebe. Sin esa corpórea demostración de hostilidad hacia los rebeldes, las masas no habrían identificado ninguno de los resortes que daban contramarcha a la revolución.

Estos detalles constituyen, por contraria prueba, la evidencia del grado en que participó el manuscrito periodismo paceño en el alzamiento de 1809. En cuanto ese periodismo se hizo ausente sobrevinieron las desviaciones, los titubeos, el desbarate revolucionario. El hecho es tanto más notable cuanto que, sin duda por influencia de los pasquines, la insurrección había demostrado una inicial potencia realmente arrolladora. La unidad de las masas y su precisa orientación subversiva dieron a la revuelta aquel gran vigor operante que ella mostró a primera hora. Los dos factores, como se ha visto, son fruto inequívoco de la acción periodística.

Esta no fue, por cierto, infalible. Sus fallas deben también ser atribuidas al medio, que influía sobre el periodismo con todo el peso negativo de las preocupaciones, la ignorancia y los intereses propios del coloniaje. Particularmente para aquellos tiempos, y para el periodismo desinteresado e independiente, se hace aplicable el concepto de que “si el público está bajo la sugestión del periodista,

en realidad el periodista sufre igualmente la sugestión del público". De modo especial se revela que Murillo inspiraba sus escritos en el sentimiento colectivo, interpretando fielmente a este. Puede creerse por eso que la confianza, la fe, el respeto y la simpatía populares que le hicieron caudillo debíanse, en gran parte, a que nunca pretendiera infundir ajena doctrina en la masa. Redújose, más bien, a buscar en ella ciertas orientaciones que él concretó mediante los pasquines, dándoles rango de fórmulas políticas. "Si soy su jefe, debo seguirlo", podía decir Murillo respecto del pueblo, como dijo el creador de la antigua unidad alemana.

Nada se exagera al recomendar la pródiga influencia desarrollada por la publicidad escrita durante aquellos tiempos. El analfabetismo de la masa imposibilitaba la asimilación social de los conceptos filosóficos, pero no se oponía a la difusión de los hechos concretos. La clase alfabetizada misma era inaccesible para las nociones abstractas, pues, como dice Spengler, "se enseñaba a leer y a no comprender" hasta en días próximos a la época de auge de la filosofía positivista. El tipo de difusión periodística de los pasquines era, como se ha visto, sumamente objetivo, de suerte que las condiciones de la cultura o la incultura sociales no fueron óbice para que aquella publicidad llegase a los principales núcleos nerviosos del alma colectiva. Su difusión alcanzaba resultados políticos tanto más latos cuanto mayor era el número de las gentes analfabetas reunidas en torno a los contados individuos que leían los pasquines prendidos en las paredes. Trasmitían estos lo leído, satisfechos de lucir su sapiencia, al auditorio. Eran "los que tenían ojos" –*nairaniwa* o *ñawiyoi*, según se diga en aymara o en quechua–, como se titulaba a los letrados en aquellas comunidades simbólicamente privadas de vista por la incultura.

La publicidad escrita se desdoblaba así en creciente amplitud por medio de la palabra, con la ventaja de que los divulgadores iletrados propalaban lo que habían oído, modelándolo a su gusto, haciéndolo más claro y más simple, en estrecho acuerdo con el sentimiento y con los anhelos populares. No puede olvidarse que –por lo que toca a nuestro país– la publicidad oral era una forma precedente del periodismo escrito a pluma. Durante el Inkanato se utilizaba, en efecto, un género de periodismo –fuerza es usar la palabra– mediante el cual llegaban las grandes noticias al público

en todas las ciudades del Tawantinsuyo. Era un modo publicitario que no debe confundirse con el "aviso a pregón", empleado por los europeos en la Edad Media, o el del "bando público" a batir de cobres y tambores, que se usa todavía en nuestro tiempo para solemnizar la promulgación de leyes y decretos. Aquella institución incaica ofrece más bien cierta semejanza, por lo menos en cuanto a sus finalidades, con la prensa. No se reducía a propagar el conocimiento de los actos oficiales. Informaba también con un sentido trascendentalista sobre todos los asuntos conectados al interés colectivo.[5]

Las grandes poblaciones del Imperio disponían de un paraje urbano llamado *rimay pampa*, en el que el "periodista" oral ejecutaba su trabajo informativo. Glosando a Polo de Ondegardo, Prescott escribe que "había cronistas nombrados en cada una de las provincias principales, cuyo deber era consignar los hechos más importantes que en ellas ocurrían". Agrandábase de esta manera el conocimiento público al par que se hacía perdurable la memoria de los fastos ejemplares y se virtualizaba el pasado en la mente del pueblo. Era, en suma, una tarea creadora del sentido histórico de las masas:

> A otros funcionarios de más elevado carácter, que eran generalmente los amautas, se les encargaba la redacción de la historia del Imperio y de las grandes hazañas del Inca reinante o de sus antecesores. Arreglada de este modo la narración, solo podía transmitirse por medio de la tradición oral.

La población india y mestiza de Bolivia conserva probablemente hoy mismo el ánimo con que sus antepasados recogían las informaciones divulgadas en la *rimay pampa*. El oído atento, la imaginación dispuesta para captar la noticia y el hábito hecho para difundirla eran por cierto atributos especiales de los nativos en los días del coloniaje. No lo son menos en nuestro tiempo, como suelen acusarlo a menudo la velocidad fantástica y la extensión

---

5 Los incas emplearon también otro medio de información de carácter gráfico. Consistía en telas tejidas a trama sutilísima, en las cuales era reconstruida por los tejedores una imagen exacta del hecho que se hacía conocer al Emperador. "Era costumbre –dice Posnansky en *Precursores de Colón*–, entre los incas, que las noticias o cosas importantes de lejanas tierras que no se podían oír o ver personalmente, se tejieran en finas telas y se las enviaba a los incas, cual un libro o un noticiario al lugar de su residencia".

ilimitada con que se esparce el eco de ciertos acontecimientos no propagados por los medios modernos de la comunicación a grandes distancias. Durante la Guerra del Chaco, las noticias de los contrastes bolivianos –no obstante su ocultación por las autoridades– eran conocidas en toda la República a pocas horas de producirse los reveses. No debe olvidarse que el indio actual es, todavía, un vehículo eficacísimo de la publicidad oral. Poseyendo o no un sistema propio de información, la masa indígena de Bolivia logra comunicarse con extraña rapidez de uno a otro confín de la República. Las disposiciones legislativas y administrativas referentes a sus intereses –póngase por caso– llegan hoy a conocimiento del indio de las fronteras antes que al de las gentes humildes avecindadas en las ciudades.

En los centros coloniales en los que no se disponía de la publicidad manuscrita empleada entre chuquisaqueños y paceños, la acción revolucionaria –por lo que hace a conexión con el público– operó a usanza de la *rimay pampa*. No se ha dicho todavía que la importancia de esta institución india comienza a ser objeto de estudio por parte de los investigadores de historia y de sociología.[6] Sirvió, de seguro, con mayor eficacia que los manuscritos a la revolución, dado que por su naturaleza era, la *rimay pampa,* un medio de difusión noticiosa a la vez que un ámbito de asamblea popular. Hacíase en ella periodismo y política proselitista. Sin ser exactamente lo que el *ágora* para los griegos, en algo participaba de las funciones comerciales de esta. Es indudable que, entre la muchedumbre congregada a toque de rebato en la plazuela aldeana, conmovióse el ancestro psíquico del indio y del mestizo ante el orador insurgente, con la misma emoción que hubo sobrecogido a sus antepasados cuando el amauta o el *arawiku* hablaban sobre la *rimay pampa*.

Merece anotarse el hecho de que allí donde la prédica subversiva se valió de este medio, las masas fueron presa de profundo y

6 El catálogo de la 1ª Exposición de la Prensa Peruana menciona aquel género de publicidad con estas palabras: “Al evocar mediante una reconstrucción pictórica, *Rimac Pampa* (‘la pampa que habla’), situada en la ciudad imperial del Cuzco y que servía para que los incas hicieran conocer al pueblo determinadas informaciones y ordenanzas de interés general, se pone de relieve el sistema de noticias usado por nuestros antepasados y se rinde tributo”, etc., etc. Con todo, no debe decirse *rimac pampa*, sino *rimay pampa*, o sea “la pampa en que se habla”.

perdurable entusiasmo revolucionario. La sublevación de Sebastián Pagador en Oruro y la de Alejo Calatayud en Cochabamba surgieron de la plaza pública. En ella se infundió a las muchedumbres la carga de energía con que estas pelearon y vencieron. Debe admitirse que la atmósfera *rimaypampesca* ponía en juego los misteriosos alientos autonomistas de la raza. Ni la intriga ni el divisionismo de castas ni el empleo de las imágenes religiosas lograron dispersar las tumultuosas pobladas que capitaneaban Calatayud y Pagador. Hay que añadir, todavía, que el pronunciamiento cochabambino del 14 de septiembre de 1810 fue consagrado también por el hálito estimulante de la *rimay pampa*. La población se agrupó en la plaza central donde fue arengada por el cura Oquendo, inspirado mestizo de palabra extraordinariamente provocadora. De esa plaza fluyó aquel torrente impetuoso de músculos, de estacas y de cuchillos que, subiendo al Altiplano, ahogó con sus iracundos remolinos al ejército de Piérola en Aroma.

Los periódicos manuscritos y la *rimay pampa* fueron, por lo tanto, en más de un sentido, los precursores de la prensa nacional. Su influencia respecto de los acontecimientos que le son contemporáneos, aun cuando hubiera sido –que no lo ha sido– endeble o aleatoria, destaca sus imponentes y reales medidas en la sangrienta guerra libertadora que sucedió a los primeros levantamientos del año 1809. El espíritu generoso con que las poblaciones del Alto Perú se ofrecieron a la muerte durante esa guerra despertó a instancias de aquellas dos formas precursoras del periodismo boliviano.

Paréntesis

Esto se ha descompuesto mucho con esos malditos
Congresos de tontos pedantes.

Bolívar

I

Los primeros periódicos bolivianos, vale decir, los primeros periódicos impresos en Bolivia, datan de los días en que se constituyó la República. *La Gaceta de Chuquisaca* y *El Cóndor de Bolivia* iniciaron sus ediciones, todavía eventuales, el año 1825. Se publicaban los dos en Charcas, hoy Sucre, sede, hasta poco antes, de la Real Audiencia y de la Gobernación e Intendencia que en nombre de la monarquía española regían sobre las provincias del Alto Perú.[7]

Reunida en la misma ciudad el año 1825, la primera Asamblea de Representantes de dichas provincias declaró el 6 de agosto:

> llegado el venturoso día en que los inalterables y ardientes votos del Alto Perú por emanciparse del poder injusto, opresor y miserable del rey Fernando Sétimo consten [...] y que cese para con esta privilegiada región la condición degradante de Colonia de la España.

Esos ardientes votos del Alto Perú aparecen subrayados a toda tinta en la fórmula resolutiva con que la Asamblea sella la Independencia del país. “Siendo interesante a su dicha –reza el acta correspondiente– no asociarse a ninguna de las repúblicas vecinas, se erige en un *Estado soberano e independiente* de todas las naciones, tanto del viejo como del nuevo mundo”.

---

7 En 1813, una ley de la Asamblea General Constituyente Argentina declaró extinguida la Real Audiencia de Charcas. Poco después, las armas realistas invalidaron de hecho esa ley, restableciendo el poder colonial en su antiguo asiento de Chuquisaca donde subsistió hasta el ocaso de la dominación española en el Alto Perú. Así lo testimonia Sánchez de Velasco, funcionario de la Audiencia y memorialista de esos tiempos. Esta reposición de la autoridad monárquica en Charcas impidió –según dice una carta de Sucre a Bolívar– que las elecciones convocadas por el Mariscal de Ayacucho en febrero de 1825 pudieran realizarse, debido a la “ocupación de Potosí y Chuquisaca por los españoles”.

El nuevo Estado y su prensa delatan por sí mismos el carácter que ha asumido la revolución al concluir la etapa militar de su proceso. Los factores emocionales, históricos, ideológicos, económicos, sociales, políticos y culturales; en suma, todos los impulsos aislados y colectivos causantes, participantes o animantes de la lucha se prolongan, distintamente valorizados, en esas dos formas de expresión de los anhelos públicos y particulares afectados por la guerra libertadora.

Algunos de esos factores, que son imperceptibles en el curso de las campañas militares y otros que se dirían extraños o, cuando menos, indiferentes para con la suerte de las armas patriotas muéstranse participando con intensidad predominante en los hechos iniciales de la vida republicana. Casi correlativamente, sucede que los factores cuya tensión anterior ha movido la lucha por la Independencia parecen declinar en su dinámica motora no bien se proclama la República.

Es un primer fenómeno históricamente aclaratorio del nuevo estado de cosas. La prensa lo muestra a toda luz aun cuando el hecho no se haya generado por influencia misma de la publicidad. Aquí debe saberse ya que, inversamente a lo que ocurre en la época anterior, el periodismo de los tiempos republicanos no se caracteriza ni porque proyecte notables energías animadoras sobre el proceso de la vida colectiva, ni porque traduzca exactamente los anhelos públicos. Trátase, en otros términos, de que la prensa ha cambiado por completo de naturaleza y también de funciones.

Los primeros órganos de publicidad que pueden llamarse periódicos aparecen –como dicho queda– en 1825. A partir de ese año se editan solamente hojas impresas, con título, formato y carácter de periódicos. Desaparecen los papeles manuscritos de índole o tendencia publicitaria. No cabe aquí la mención, siquiera nominal, de los órganos de prensa que nacen luego en todas las ciudades del país, casi año por año y, en veces, a intervalos más breves. Tal número suman, que su simple catalogación enunciativa llena un grueso volumen como el que Gabriel René Moreno dio a la estampa en 1905. Ocioso e inútil sería repetirlo en estas páginas. Existe a mayor abundamiento el *Bosquejo histórico del periodismo boliviano*, de León M. Loza, complementario del catálogo anterior, pues incluye la cita de las rarísimas hojas impresas omitidas tanto en aquel como en los *Apuntes para la bibliografía periodística de la ciudad de La*

Paz, de Nicolás Acosta. Con estas tres obras hállase hecho el índice completo de los periódicos bolivianos hasta hoy impresos, y creada la fuente de consulta por excelencia en materia de títulos, número de ediciones y fechas de nacimiento y muerte de todos los voceros de prensa publicados en Bolivia de 1825 a 1925.

Antes de que en tal año salieran a la luz los dos primeros órganos periodísticos ya indicados, hubo otros papeles hechos a imprenta en el Alto Perú. Trátase de los boletines militares expedidos por los ejércitos en guerra. Se entiende que no pueda comprendérselos exactamente bajo la genérica denominación de periódicos. Se los menciona aquí, por lo tanto, a solo propósito informativo.

El primero de esos boletines, publicado por el General realista Pío Tristán, se editó en La Paz el año 1811. El dato pertenece a Marcos Beltrán Ávila, historiador orureño, que encontró un ejemplar de dicha publicación en el Archivo de Indias de Sevilla. A no dudar, es la más antigua de cuantas fueran impresas en el país. Le sucede con poco tiempo una otra, descubierta por León M. Loza, historiador tan meritorio como Beltrán Ávila y como él orureño. Cursa la documentación correspondiente en "Centenario de la primera impresión boliviana", folleto de Loza relativo también a otras antigüedades publicitarias nacionales. La antes aludida es un ejemplar de la proclama lanzada por el General José Manuel de Goyeneche el año 1813, en Oruro.

Debe mencionarse luego, en razón de su fecha, otro boletín del ejército realista. El único ejemplar que de él se conoce titula *El Telégrafo*, y aparece datado el año 1822, en el pueblo de Mojo. Dirigía esta publicación el General español Pedro Olañeta. Este mismo General expidió otro volante impreso [*sic*] año después en Calamarca, dando cuenta de haber obtenido un triunfo sobre las fuerzas patriotas comandadas por el General Andrés de Santa Cruz. En tal acción de armas había capturado Olañeta –según informa ese boletín– una "imprenta y su director, D. José Rodríguez, que fue sorprendido". Debió editarse con tal imprenta, ese mismo año, la proclama que el General Santa Cruz dirigiera a los altoperuanos, dándoles aviso de su presencia en el país al mando de la expedición libertadora que Bolívar destacaba sobre el Kollasuyo.[8] Los patriotas

8 El texto de esa proclama, tanto más interesante cuanto que constituye el primer mensaje dirigido por Santa Cruz a sus connacionales, destaca la

vencedores de Olañeta en el combate de Tumusla –marzo de 1825– recapturaron allí la imprenta perdida en Calamarca.

Los últimos boletines militares de aquel año pertenecen todos al Ejército libertador. Este llevaba consigo, con el nombre de "imprenta volante", un taller tipográfico suficiente para servir a las necesidades editoriales de la campaña. "Después de la jornada gloriosa de Ayacucho, la imprenta volante marchó a La Paz, en el séquito del General Sucre", según dice Diego Barros Arana. En ella fue impreso el Decreto de 9 de febrero de 1825, Decreto con que el Mariscal de Ayacucho convocaba a elecciones populares, para constituir la Asamblea de Representantes que fijaría el propio año la suerte política del Alto Perú. Dícese que la histórica maquinaria de imprimir fue más tarde trasladada a Chuquisaca.

Créese que, antes que toda otra imprenta, llegó al país una con las fuerzas auxiliares argentinas enviadas al Alto Perú por la Junta de Buenos Aires. Nuestro erudito Santiago Vaca Guzmán admite ese hecho como probable:

> A ser exactas –dice–, las noticias que hemos podido obtener, tomadas de un testigo ocular, los primeros tipos que se introdujeron al Alto Perú fueron conducidos por don Manuel Belgrano, quien llevó consigo en la expedición que se confió a su cargo, una pequeña imprenta manual destinada probablemente a la publicidad de proclamas y documentos oficiales.

Hay quien supone que estos implementos tipográficos hubiesen caído en manos de los realistas, como botín de las victorias que alcanzaron en Vilcapugio y Ayohuma sobre los patriotas platenses. No es imposible que la imprenta del General Olañeta se hubiera por lo menos enriquecido con aquellos materiales. Nadie ha precisado

circunstancia de haber sido estos los primeros sudamericanos que se alzaron contra el dominio extranjero. La redacción parece obra del propio Santa Cruz, cuyo estilo labrado puede reconocerse en seguida. Es interesante, por lo demás, distinguir la emoción de auténtico nativismo con que aquel satura ciertas frases del documento. La proclama dice así: "El Exército que os manda a mis órdenes el gran genio que preside la República, es de peruanos. Cada uno de los que lo forma viene a defender su casa, sus padres, sus hijos, su herencia y su patria. Yo mismo paceños, he nacido entre nosotros y he visto correr la sangre de nuestros deudos y amigos. El fuego que abrasa mi alma, ha abrasado siempre la vuestra; y la patria misma, que tiene tanto derecho a vuestros servicios, nada puede exigiros, que vosotros no le hayáis ya sacrificado desde que, por primera vez y antes que otro alguno, hicisteis resonar el eco santo de la libertad".

todavía algo efectivo, según se advierte, sobre la primera imprenta llegada al Alto Perú. De lo que no cabe duda es de que el General Santa Cruz internara aquella que tomaron los chapetones en Calamarca. El Ejército que venía de Ayacucho trajo la suya, conforme queda escrito.

La prensa militar de los patriotas debió promover graves consecuencias revolucionarias en las poblaciones altoperuanas. Así lo hace pensar el mismo General Olañeta, cuando captura la imprenta del Ejército crucista. "Ya con ella no seducirán a los pueblos, llenándolos de embustes, ni insultarán esta célebre invención que ha ilustrado tanto las naciones", dice el impreso informativo olañetiano, sin ocultar la rencorosa amargura que despertaron las publicaciones revolucionarias en el ánimo del General. Su resentimiento pone inclusive esta nota al pie del boletín: "Imprenta tomada al traidor Santa Cruz".

Según Loza, fue en la imprenta del ejército ayacuchano, "administrada por Fermín Arébalo, que se publicaron los dos únicos números de *El Chuquisaqueño*, en esta ciudad de La Paz". No se cuenta con ninguna otra referencia concreta sobre esta hoja que acaso vio la luz pública durante la estadía del Mariscal de Ayacucho en la ciudad de Murillo. Editóse probablemente unos meses antes que *La Gaceta de Chuquisaca* y *El Cóndor de Bolivia*, nombrados ya –de acuerdo con testimonios de Moreno y el propio Loza– como los más antiguos productos de nuestro periodismo impreso. Pudiera ser que Casimiro Olañeta hubiese publicado tales dos números de *El Chuquisaqueño* mientras anduvo por La Paz, haciendo cola en el séquito del General Sucre. Se sabe que en esos momentos le poseía con frenesí el empeño de servir a la causa triunfante. Sobrino de aquel chapetón General Olañeta captor de imprentas, servía a este como secretario y consejero político en la lucha que su tío y comandante sostuvo contra la independencia del país. Pero abandonó la causa y el pariente después de Ayacucho, dándose de alta en las filas republicanas. Es de creer que fiaba a ciegas en la enseñanza bíblica de que "los últimos serán los primeros". Impelido por su fe en ella, hizo camino a marchas redobladas hasta Puno, donde pudo ofrecer su clamorosa pleitesía al laureado en Condorcunca. Puede admitirse que Sucre le encargara entonces editar un periódico en la imprenta del Ejército. "Este don Olañeta que es tan patriota y que parece tiene talento", según dice con

leve sarcasmo una carta del Mariscal a Bolívar, estaba en tales días desesperadamente urgido de darse a la estampa como férvido patriota. Su habla caudalosa y sonora, su mental ubicuidad política y su despejo ilimitado para la simulación, fueron aptitudes que aprovechó con creces en tal emergencia.

Los boletines militares y *El Chuquisaqueño* pertenecen a una etapa transitiva de nuestra publicidad escrita. Corresponden efectivamente al tiempo en que agoniza el periodismo caligráfico y tiene comienzo el periodismo impreso. Aquí cabe inscribir *La Gaceta de Chuquisaca* como la última hoja pública labrada a prensa antes de fundarse la República. Su número inaugural se anticipa en seis días al nacimiento de Bolivia.

II

La guerra de la Independencia se epilogó para nosotros en Tumusla, a fines de marzo de 1825. Allí fue disparado el último tiro de la epopeya libertadora. En Chuquisaca resonó el primero, el 25 de mayo de 1809. Esos dos balazos delimitan los largos años de combates reñidos por nuestros antepasados contra el dominio extranjero. La clase popular afrontó aquella lucha de manera exclusiva. La acaudillaron los indomables guerrilleros altoperuanos, mestizos casi todos. Nada adeudaban, por lo tanto, al extranjero, los pueblos que habían conquistado su libertad con las propias manos.

> La guerra de las republiquetas –dice Mitre, de la terrible gesta– es la historia de las insurrecciones populares del Alto Perú, una de las guerras más extraordinarias por su genialidad, la más trágica por sus sangrientas represalias y la más heroica por sus sacrificios oscuros y deliberados.

Héctor Pedro Blomberg fija el detalle de esta historia sublimada en sangre:

> epopeya que duró 15 años, allá en las breñas y los valles de Bolivia, sin que un solo día se dejase de matar o morir. Ciento dos caudillos tomaron parte en ella: nueve tan solo sobrevivieron, sucumbiendo los noventa y tres restantes en los patíbulos o en los campos de batalla.

Había concluido la epopeya en Tumusla. Con el eco de las dianas de Junín y Ayacucho llegaron Bolívar y Sucre a este legendario Alto Perú en que se cuajaba fría la sangre de los guerrilleros caídos

en los últimos combates y en los últimos cadalsos. Colombianos y peruanos venían en son de triunfo, no en son de guerra. Nuestras ciudades, a tiempo de llegar los héroes, hallábanse casi vacías de grandes varones. En ellas pululaban más bien, jubilosos y parlanchines, doctores, hacendados, mercaderes, mineros y burócratas del viejo régimen, todos dueños de fortuna y privilegios durante la Colonia. Ninguno de ellos había alzado un fusil, una pica o una tranca frente a los europeos usurpadores. Ahora recibían con discursos rendidos y locas aclamaciones a los "vencedores de los vencedores de Napoleón". Para aquellos personajes ajenos a la gran tragedia se oreaba con brisas libertarias la entumecida atmósfera del coloniaje. Los otros habían dado la vida por la independencia de estos. Murillo, Arze, Padilla, Umaña, Camargo, el Curito, Gandarillas, aquel terrible Warnes de los ojos azules y la barba rubia, Zárate, los hermanos Nogales, Chinchilla, Mercado, Cárdenas dormían ya bajo la tierra por cuya posesión pelearon. Ahora –para decirlo con palabras unamunescas–, la tierra tampoco era de ellos, porque ellos eran de la tierra…

Contados caudillos alcanzaron a ver la luz de este mundo el año 1825: Juana Azurduy, José Miguel Lanza, el Moto Méndez, cuyo brazo trunco golpeó a los chapetones hasta el último día. No eran muchos más. Habían desaparecido los otros, igual que las olas de sangre y de coraje abnegado que empaparon los pedregales y las arenas de cada encuentro. En ellos quedó también, acuchillada, la carne de los mestizos. Eran estos abrumadora mayoría en las poblaciones urbanas antes de la guerra. El hecho de que las mujeres de Cochabamba tuviesen que defender su ciudad contra el Ejército español da una idea de cómo fueron los hombres del pueblo diezmados por las balas extranjeras. El indio era otro ser ausente de la vida civil. Aquel que pudo salvarse de la matanza volvió al agro, perdiéndose entre los malezales de sus campos comidos por la yerba. Solo el señorío enriquecido y poderoso de los días coloniales hallábase intacto. Sus cuadros no sufrieron merma a causa de la contienda en que intervino solapadamente, favoreciendo a la causa realista. Este señorío rico se hizo cargo de la cosa pública en aquella luctuosa madrugada de nuestra vida republicana. Desaparecidos casi todos los grandes conductores del sentimiento nacional, frenóse de golpe la energía revolucionaria de la masa, desprovista como esta quedaba de sus resortes

motores al morir los caudillos. Las fuerzas de la reacción, antes medrosas o inactivas, asomaron entonces a la superficie de los acontecimientos pugnando por encauzarlos, dirigirlos y dominarlos. Esta suplantación trastornó el destino de Bolivia. Trastornó, cuando menos, el destino que habrían querido para ella los jefes patriotas inmolados por la revolución.

Se ignora que en tales momentos hubiese persona o grupo alguno resuelto a publicar periódicos. No podían hacerlo, a causa de su virtual acefalía, los antiguos republicanos. Los nuevos –vale decir, los realistas pasados a las filas victoriosas– no precisaban de la prensa para alcanzar sus fines. De uno u otro modo, rara era la plaza que no estuviese bajo su dominio una vez eliminados los últimos grandes guerrilleros. Los jefes militares de guarnición en las poblaciones –casi todos monárquicos defeccionados– no alentaban todavía miras políticas frente a los nuevos dominadores. Era imposible que no conservasen por estos el respeto y la pleitesía que les otorgaban cuando unos y otros eran servidores comunes del rey de España. El pensamiento y los intereses coloniales, como se ve, no influían mediante la prensa sobre los destinos del país. Actuaban, más bien, desde la tribuna parlamentaria cuyo dominio casi absoluto ejercieron los propios personajes recién adheridos al nuevo orden político.

Es verdad que estos últimos editaron a cierta hora una hoja impresa con el nombre de *La Gaceta de Chuquisaca*. Loza cree que la redactaba José Mariano Serrano, "por el estilo ampuloso y rebuscado de sus editoriales". De todas maneras, la breve existencia del periódico –nueve números publicó– evidencia que *La Gaceta* no tuvo gran acogida en el país. Razón de más para que los fallidos periodistas prefiriesen actuar en los escaños legislativos, desde los que en tal momento aspiraban a ejercer una autoridad omnipotente sobre Bolivia.

Sus primeros ímpetus de mando fueron cohibidos por la presencia de Sucre y la proximidad catalítica de Bolívar. Bien se vio entonces que carecían de todo apoyo popular. Para mantener la calidad representativa de que se habían apropiado tuvieron que recurrir a las mayores humillaciones. Aun a la de implorar que Bolívar otorgase, como una merced suya, el derecho de ser libre a nuestro pueblo. Hablan de ello los discursos pronunciados en la Asamblea de agosto de 1825 y el mensaje que a nombre de esta llevaron los delegados

Olañeta y Mendizábal ante el Libertador. Segura la Asamblea –decía el recado aquel– de que Bolívar "mirará a esta región como a su última y débil hija, y, por lo mismo, como a la más digna de protección", pedíale permiso para proclamarla nación libre y soberana, que nunca –era espontánea promesa de la Asamblea– "obrará sin oír los sanos y paternales consejos de Su Excelencia".

Sus gestiones resultaron exitosas. La libertad de Bolivia quedó entregada a la tutela del Libertador. Era en pequeño lo mismo que había hecho el senado romano frente a la autoridad militar de César: defender como "libertad" el privilegio exclusivo con que los senadores mantenían el poder en sus manos y lo empleaban en su provecho. "Las grandes fortunas de Roma –dice Spengler– veían en el cesarismo el fin de su omnipotencia". Nuestros doctores de 1825 consiguieron que Bolívar, por el solo hecho de reconocerles como gestores de la Independencia altoperuana, afianzara a los asambleístas en el Gobierno del naciente Estado. Al otorgarles la misión de fundar la nueva República les concedía implícitamente el privilegio de gobernarla como si en realidad fuesen sus libertadores y creadores. Requiriendo, además, de bayonetas para asegurarse en el poder, impetraron también del Libertador –con igual resultado– que ordenase al Mariscal de Ayacucho "permanecer en el Alto Perú, mientras se consolide el orden y tome estabilidad el Gobierno".

Todo cuanto entonces hicieron deja ver su propósito de asentar en la República un dominio de casta semejante al que habían impuesto los españoles durante la Colonia. Este, por ejemplo, es un dato altamente persuasivo: la arrodillada postura ante Bolívar se trueca en desafiante actitud cuando un asambleísta propone que el Libertador organice el sistema de rentas y tributos nacionales. Los exmonárquicos invocan airados la soberanía e Independencia de la República oponiéndose a toda intervención de Bolívar en el manejo de la riqueza nacional. ¡Nadie sino ellos mismos puede hacerlo! Así defienden la intangibilidad no del país, sino de las riquezas de este. El hecho delata la finalidad que los doctores exrealistas asignan a la Independencia por sus votos proclamada en la Asamblea de Representantes de 1825. Es la independencia de usufructuar ellos solos de la nación que todavía consideran su feudo. Un feudo recobrado, *mortis causa*, de los guerrilleros que lo arrebataron de manos usurpadoras.

Así puede explicarse el acucioso republicanismo de los voraces leguperitos hechos en el criadero colonial de las universidades. Clamaban en todas partes por la República para explotarla constituidos en casta usufructuaria de esta. San Martín dijo a Bolívar, en la entrevista de Guayaquil –a tenor de José Gabriel Pérez, secretario general del Libertador–, "que en el Perú había un gran partido de abogados que querían República, y se quejó amargamente del carácter de los letrados".

Chuquisaca pudo ver todavía en aquella Asamblea de hacendados, mineros, comerciantes, doctores y antiguos funcionarios de la Corona algunas figuras de la epopeya. José Miguel Lanza, el guerrillero de la "infernal obstinación" –que dijera el obstinado General Olañeta–, el caudillo de la legendaria Ayopaya, estuvo peleando 15 años desde aquella tierra abrupta y bravía. Sus montoneros se descolgaban de las cumbres metálicas, cayendo sobre los ejércitos del Rey igual que un ventarrón de la cordillera. Los cuchillos traían la frigidez buida y cortante del ábrego filtrado en los pulmones de la nieve y agostaban con su hálito cada nuevo germinar del poderío hispánico. Lanza tornaba después a su fortaleza del gran macizo. Las moles de roca parecían ocultarlo abriendo para él sus senos recónditos. Vagaba entre las grietas azules de los ventisqueros y sobre el felpudo blanco de los nevados: dormía en cuevas inaccesibles y soñaba con la libertad contemplando el vuelo de los cóndores.

Acompañábale en la Asamblea aquel bello y terrible adolescente que había sido su segundo en las correrías heroicas, aquel José Ballivián y Segurola cuya alma "ha vibrado siempre acorde con las emociones del pueblo" –su biógrafo Santiváñez lo dice– y que, siendo hijo de hogar español, "se ha hecho sectario de la causa de la patria". Diríanse los dos –y unos cuantos más que aun parecen llevar sobre los hombros el poncho de los montoneros–, acorralados por la impetuosidad retórica y el afán exclusivista con que los otros montan el nuevo régimen para su provecho.

Dos de estos reinan sobre la Asamblea en clase de puros y apasionados repúblicos: Olañeta y Urcullu. Olañeta "el hombre de alma de fuego" –según Urcullu–; y Urcullu "docto apóstol de la ley" –según Olañeta–. Gabriel René Moreno, con menos lirismo, pero con más precisión, los califica de este modo:

> Urcullu y Olañeta habían sido compadres enérgicos en el servicio del Rey durante la Guerra de la Independencia. De la noche a la mañana –Junín y Ayacucho– se hicieron compadrísimos en el servicio misterioso de la patria. Anduvieron después a las veces en bandos opuestos al servicio de la República, mas fieles a aquellos compadrajes que les habían constituido en ínclitos Padres de la Patria en el país altoperuano.[9]

La creación de Bolivia, de Sabino Pinilla, contiene este dato suplementario acerca de ambos personajes: "Habiendo marchado el Dr. Casimiro Olañeta a Montevideo en busca de fusiles, D. Manuel María Urcullu le sucedió en la plaza de secretario del general" realista. Los fusiles, tanto como los secretarios, contraíanse a la misión de defender la monarquía aplastando la revolución libertadora.

Lanza y Ballivián, personeros de la tradición revolucionaria, parecen allí un símbolo de la epopeya trunca. Afuera les aguarda el mismo destino que aguarda a la nacionalidad, como si esta se hubiese encarnado efectivamente solo en aquellos que lucharon por hacerla posible.

III

En sus términos generales puede establecerse así el esquema social de los primeros días republicanos: la masa india, sujeta a servidumbre económica y personal como durante el coloniaje; la clase popular india-mestiza, ocupando igual que antes, en las poblaciones urbanas, el último escalón de las castas que dividían la sociedad colonial misma. En el ápice de esta sociedad, "una aristocracia de descendientes de los conquistadores, de nobles y grandes hacendados" –como escribe Mario André–, a la cual se sumaron, por causa de la revolución, tanto la plutocracia minera y comercial cuanto la clase letrada realista y los exfuncionarios de la Corona.[10] Sin estar

---

9 Los originales de Moreno están publicados en *El Mariscal Sucre, el doctor Olañeta y la fundación de la República*, de Humberto Vázquez Machicado, erudito y sugerente ensayo sobre las modalidades en que se transvierte y perpetúa la psicología olañetuna hasta nuestro tiempo, ofreciéndose en falacias y simulaciones de políticos de hoy día como simple reproducción del tipo psíquico incubado por las aulas coloniales.

10 André sostiene, en *El fin del Imperio Español en América*, que dicha aristocracia es la iniciadora de la revolución "realista en sus comienzos, y antiespañola", revolución que habría pretendido sustituir con sus propios individuos

exactamente en un plano medio, pero sí debajo de esta aristocracia de cuño hispánico, una capa social criollo-mestiza identificada en el curso de la guerra libertadora que hizo una sola tendencia del sentimiento y el interés antimonárquico y antiextranjero.

Es innegable que al fundarse la República se consumó una defraudación con el espíritu republicano y con el anhelo popular de independencia. Los hombres que lucharon desde 1809 por la libertad habíanla teóricamente conquistado mediante la revolución, pero se sentían como antes encadenados en el terreno de los hechos. La nueva clase gobernante, sin haber intervenido en la campaña revolucionaria, se acomodaba a gusto en el dispositivo del flamante régimen. Esta aristocracia cuya participación en las asonadas iniciales pretendía solo un seccionamiento entre España y las colonias, a condición de conservar la estructura política, económica y social instituida por la metrópoli, estaba segura, con razón, de haber cumplido tal propósito.

En este frustrado nacer de Bolivia, se planteó aquel gran conflicto de dirección cuyas alternativas han estimulado y también detenido el proceso histórico de la nación. Puede afirmarse que en ese conflicto reside ciertamente la causa que con más persistencia y vigor influye sobre los destinos bolivianos. Su primera consecuencia fue la diferenciación neta de los tres grupos sociales –grupos, no clases definidas en un estricto sentido dialéctico materialista– que no habían sido totalmente condensados hasta entonces, y que luego actuaron con propia energía en nuestra

a "virreyes, capitanes generales y presidentes de Audiencia enviados de España". El concepto requiere algunos distingos. Resulta desde luego inaplicable a la revolución altoperuana cuyos grandes caudillos insurgieron más bien de la clase media. Sabido es, por otra parte, que no existió aristocracia propiamente dicha en el Alto Perú, que –según ha escrito Sabino Pinilla en *La creación de Bolivia*– "carecía de cuerpos de nobleza y grandes dignatarios como los de los virreinatos y capitanías generales". Está en duda inclusive el hecho de que hubiese una real aristocracia en el resto de América. "Aquí no existe un verdadero elemento aristocrático, sino tan solo su lamentable caricatura", decía el mismo Bolívar cuando argumentaba contra los proyectos monarquizantes de San Martín. Como puede verse, André incurre en una generalización de difícil probanza, a menos que sus palabras aludiesen a viejas pretensiones de mando que alentaron los conquistadores y sus descendientes. No se ignora que en los movimientos insurreccionales de Gonzalo Pizarro, Lope de Aguirre, Hernández Girón –y hasta en un frustrado intento colombino– se invocaba el título de descubridor o conquistador de Indias para gobernar América sin anuencia de la monarquía hispana.

historia. Así el grupo civil-militar de raíz nacional y tradición revolucionaria; el grupo civil de origen español y tradición colonial, vale decir, el grupo de poseedores de la riqueza; y la masa indomestiza avecindada en los centros urbanos. La población india no hacía parte activa del cuadro social diseñado por la República. Confinóse por sí misma en un hosco aislamiento con el cual expresaba su repudio de este nuevo régimen, que para ella era idéntico al viejo.

La mencionada suplantación de fuerzas directoras valía también por suplantar el mecanismo sociológico de que precisaba el orden republicano. Subsistió así el juego de frenos y propulsores político-sociales del Estado colono. Sus resortes inadecuados y su anacrónico mecanismo promueven desde entonces las trepidaciones ruinosas, los tumbos y los retrocesos de la vida boliviana. Mucho de lo que esta mantiene todavía indescifrado ante el concepto histórico europeo –su desasosiego perpetuo, sus revueltas continuas, su indómita y levantisca resistencia al poder, el estoicismo con que sufre y desafía el terror– se explica llanamente como la consecuencia fatal de la defraudación que sufrieron los anhelos republicanos en 1825. No es un mero supuesto el afirmar que los turbulentos caudales de nuestra historia política se nutren como de un deshielo, de los sentimientos colectivos de libertad súbitamente entumecidos al constituirse el nuevo Estado. La adopción de la estructura social, económica y aún política del coloniaje después de haberse conquistado la Independencia, produjo algo como un ataque de parálisis en el cuerpo de la República. Para la sensibilidad de las masas que habían respirado 15 años la atmósfera ardiente de los combates, las asonadas urbanas, los comicios y los cabildos libertarios, el acceso a la zona constitucional en que aparecía congelado el opresivo régimen de otros días tuvo la misma repercusión paralizante. Las masas quedaron como varadas de frío por este descenso repentino de la temperatura revolucionaria.

La historia escrita de Bolivia no ha visto aquella circunstancia como una causa prima del intermitente sobresalto en que el pueblo vive durante el periodo republicano. Quiere decirse que ella desconoce la fuente de que mana toda la historia de tal periodo. Por eso no capta sino la fluencia exterior y fugaz de los acontecimientos que pasan ante sus ojos. Ve los cuajos de espuma solamente, no las aguas caudalosas que hacen la espuma y también la deshacen.

La reseña usual de nuestra existencia republicana, por lo mismo, carece todavía de expresividad filosófica. Su versión corriente posee apenas un carácter de relato de aventuras folletinescas y morbosas truculencias. No tiene el profundo y continuo sentido creador, dialécticamente determinado, de un proceso histórico. Sus hechos así desprovistos de antecedentes y de consecuencias, parecen más bien las creaciones dislocadas, bruscas, arbitrarias y truncas de una extraña demencia. De una demencia que se reitera en todos los episodios, poseyendo a todos los personajes. A juzgar por los valores pragmáticos y generales que trasunta esa historia, diríase casi que el acontecer boliviano responde solo a los caprichos de un sino absurdo.

Ella invalida inclusive la explicitud con que ciertos eventos denuncian, a fuerza de repetirse, la causa genérica en que se originan. Tal sucede con el motín, fenómeno caracterizante de la republicanidad indoamericana, y poco menos que denominador común del suceder político de Bolivia. En acuerdo con su conocida explicación histórica, el motín se produce a sola instancia de la personal ambición de los caudillos. No siquiera del ansia de poder en el sentido spengleriano, sino de la ambición privada, vale decir, del deseo aislado y repentino de un individuo. La rutina historiadora elude preguntarse por lo menos cómo es que la soldadesca y el populacho acompañan y siguen al caudillo. Así el motín, según ella, es un fruto intempestivo, seco de toda pulpa emocional, sin raíces económicas ni sociales y extraño por entero a las necesidades o los intereses colectivos. Con estas condiciones y repetido al infinito en el curso de un desarrollo social que no elabora más producto que el motín mismo –y el mismo motín tal vez–, delátase este como la hechura loca de una sucesiva serie de maniacos. Fuerza es, no obstante, reconocer que muchos de estos maniacos llegaron, impelidos tan solo por esa menguada vesania, a ser jefes de Estado, y que algunos ganaron gloria y grandeza para la patria.

Lo cierto es que, de no haber acaecido motines en el pasado, probablemente no habrían existido las administraciones de Santa Cruz, Ballivián y Belzu. Linares y Campero –a quienes la historia oficial reputa estadistas extraordinarios– tampoco habrían sido presidentes. No habrían gobernado los liberales en el periodo 1899-1920. Córdova, Melgarejo, Daza jamás habrían sido

expulsados del poder. Postular que el motín origina todos los males bolivianos parece, por lo mismo, tan irrazonable como sostener que obedece al móvil simple de la ambición personal. "Es una estupidez maligna –dice una adecuada sentencia de Bolívar– atribuir a los hombres públicos las vicisitudes que el orden de las cosas produce en los Estados". No puede negarse, por otra parte, que el motín generó en Bolivia faustos gobiernos aun cuando también hubiese dado lugar al desgobierno. Si incurrió en esto último, pudo el motín mismo, todas las veces, enmendar su yerro.

IV

El contenido histórico-filosófico del motín, es decir su valor de fenómeno capaz de explicar las circunstancias económicas, sociales, morales, culturales y espirituales de la vida colectiva, radica justamente en aquello por lo cual se le anatematiza. Radica en la persistencia con que se consagra su intervención tenaz y constante en la historia, marcando con una isocronía casi de reloj el comienzo y el ocaso de los tiempos. Basta esto para admitir que el motín posee una médula histórica viviente indestructible, gracias a la cual subsiste y actúa sin fatiga en todo el curso de la existencia boliviana. Así muestra también sus profundas raigambres en la sustancia político-social y étnica del país, tanto como la continua germinación de la semilla de que brota y el perenne flujo de la savia que lo nutre. Vale ello decir que la extraordinaria proliferación del motín se alimenta de un antagonismo incurable y fundamental no resuelto por la guerra de la Independencia. Un antagonismo que ha quedado en el subsuelo de la República a manera de simiente apenas recubierta por la capa de tierra del orden republicano. Sus brotes múltiples y reiterados evidencian que se trata de una vegetación propia de la tierra y del clima, esto es, del medio constitucional que la hace viable en vez de extirparla. El motín es, en otras palabras, una de las formas de expresión que toma la lucha de las dos tendencias –la colonial y la nacional–, desde la fundación de Bolivia. Su pugnacidad se manifiesta asimismo en los divergentes rumbos que adoptan unos y otros gobiernos, en las violentas batallas periodísticas y, con mucha menor intensidad, en el seno del Parlamento que es, de costumbre, campo de acción de la tendencia colonial solamente.

La continuidad del conflicto muestra que no se trata de una simple disputa por la posesión del mando. De implicar solo esto, la contienda se habría definido por acuerdo de partes, en las mismas esferas del poder. Aspiraciones aparentemente contrarias, y que en el fondo son idénticas pues las dos buscan lo mismo –el calor oficial–, siempre concluyen satisfaciéndose en común. Así lo prueba la facilidad con que los partidos que fueron enemigos mortales en el llano se amalgaman en el Gobierno, para gozar de él asociados, cuando comprenden que es imposible gozarlo con carácter exclusivo. Nuestra querella secular e intransigente revela a las claras un conflicto de dos tendencias históricas. El propio hecho de que las fuerzas adversarias no se fisonomicen como bandos formalmente definidos, prueba que su antagonismo es cosa de sistemas de vida, no de intereses concretos e inmediatos. Una de las tendencias representa las corrientes nativas autonomistas. La otra, las corrientes foráneas de dominio. Las dos adoptaron la divisa republicana durante la guerra de la Independencia porque las dos pretendían arrancar el país de manos de España. Sus finalidades republicanas eran sin embargo distintas. La tendencia nacional buscaba la libertad para la nación misma, en procura de dar a esta una efectiva soberanía a cuya ley se sometieran los intereses particulares. La otra solo aspiraba a la independencia en la medida del interés de casta. Era su fin eliminar del Gobierno a los españoles para sustituirlos en el goce de los privilegios que aquellos disfrutaban y mantener, por lo mismo, como nueva casta gobernante, el régimen colonial de dominio sobre el resto de la nación.

Puede identificarse, de comienzos del periodo republicano a nuestros días, el desarrollo de esta inconciliable pugna. La maquinaria histórico-social de Bolivia se mueve efectivamente en su base obedeciendo tan solo a la impulsión de los factores comprometidos en la vieja controversia. La propia división del periodo republicano en etapas debidamente marcadas resulta obra inequívoca de la diferente intensidad o de las cambiantes formas de ejecución que asume la originaria lucha. Las influencias culturales, políticas y económicas proyectadas de fuera sobre Bolivia no alcanzan a transformar la estructura de choque de las dos tendencias, aunque contribuyen de algún modo en la fijación de tales etapas, colorándolas, por encima, con sus ingredientes. Dichas tendencias –ya se lo ha dicho– más que como conjuntos

humanos militantes y concretos actúan como energías históricas divergentes, vale decir, como aspiraciones existenciales, como sentimiento y pasión colectivos, como caracteres e impulsos psíquicos hereditarios. Claro es que detrás de las tendencias, y acicateándolas, operan los intereses económicos correlativos de cada una. Si la visión marxista de la lucha de clases en nuestro pasado es todavía imprecisable por el método materialista histórico, este señala netamente la contradicción de tales economías como resorte propulsor del devenir boliviano.

La masa popular se orienta con acierto asombroso en el proceso laberíntico del conflicto. Es indudable que su intuición vislumbra, entre las sombras del fenómeno histórico, los reales objetivos de la lucha. Participa de ordinario en el motín y lleva este o el otro caudillo al poder. Así traduce el radical descontento con que mira el orden que quiere destruir y al cual, por estos medios, impide estabilizarse. Cabe recordar que ese orden es todavía el del coloniaje. Sobre el régimen colonial que se prolonga en el Gobierno republicano, golpea, por lo tanto, con obstinación destructora el pueblo amotinado. Bolívar lo absolvió de culpa con esta profecía: "el Gobierno libre que comete el absurdo de mantener la esclavitud es castigado por la rebelión y algunas veces por el exterminio".

La versión hasta hoy escrita de nuestro pasado tampoco ha percibido la sólida organicidad interior a que responde el desarrollo histórico del acontecer patrio. De ahí que la realidad y aun la naturaleza del viejo tiempo hayan sido suplantadas en general por una aparente realidad y una aparente naturaleza que no ha creado la historia sino el historiador.[11] Este, sin falsificar los hechos,

---

11 Cabe aquí puntualizar que todos los conceptos adversos a la historia escrita de Bolivia aluden a aquella que se hizo a manera de brulote, historia de que es representativa la difundida obra de Alcides Arguedas. Aunque las salvedades quedan así implícitas, cumple hacerlas expresas para las producciones de historiadores tan próbidos como Thajmara, Pedro Kramer, Luis Paz, Ismael Vázquez, Luis S. Crespo, José M. Urquidi, Manuel Ordóñez López, Rigoberto Paredes, José M. Camacho, Alfredo Jáuregui Rosquellas, Marcos Beltrán Ávila, José y Humberto Vázquez Machicado, Plácido Molina, Bernardo Trigo, Miguel Mercado, Nicanor Mallo, Víctor Santa Cruz y el gran Mendoza, don Jaime, para no citar sino a los más próximos y olvidando probablemente a otros dignos de mérito. Ocioso parece mencionar el nombre de Gabriel René Moreno, cuyos prejuicios raciales y cuyo resentimiento debido a la injusticia de que se le hizo víctima en Bolivia

falsifica el valor de los hechos, lo cual importa no menos que un triple falseamiento: el de la verdad en el pasado, el del juicio histórico en el presente, y el de la conducta colectiva en el futuro. Demás parece indicar las perturbadoras consecuencias que para el mañana de Bolivia contrae el torcer de esta suerte la memoria patria. No se desconoce que el historiador, como el periodista, sea un militante en la contienda que desde 1825 riñen las dos grandes tendencias históricas dentro del país, y que deba hacer la historia como tal militante. Su pecado no es de sectarismo, empero, sino de completa desinteligencia para con el pasado. Condena a este, en efecto, juzgándolo a través de las ideas, los prejuicios y las costumbres de hoy día. El procedimiento, que es evidentemente pueril, produce resultados funestos. Débese a ello el hecho de que el panorama histórico de Bolivia se ofrezca solo como una visión horrible. Todo cuanto existe dentro de ese panorama se acusa –con excepción muy rara– grosero, siniestro, bajo, sanguinario, ruin o, en el mejor de los casos, extravagante y risible. No hay otro pueblo del planeta cuyo pasado esté –como el de Bolivia– únicamente lleno de sucesos y de seres ridículos o macabros. Bien es cierto que semejante imagen se delata a sí misma no tanto por inverosímil como por bastarda, con una bastardía que sinonimiza ilegitimidad, falsedad e irrealidad. Muchas, y aun todas las deformidades de la versión escrita, suelen, sin embargo, enquistarse en el cuerpo de la historia como deformidades de esta misma. El pasado es hecho así en el presente y por el presente. La conducta que atribuye Alcides Arguedas –valga el ejemplo– a Pedro Domingo Murillo es típico fruto de esta especie evidentemente absurda de generación retroactiva. El Murillo argueduno está "hecho" por Arguedas, hecho a voluntad y gusto propios de Arguedas. Vicios y taras que este imputa porque sí al mestizo de nuestros días, las imputa de igual modo gracioso a Murillo, sobre cuyas taras y vicios nadie –ni el mismo Arguedas– conoce la más leve noticia. Esta elaboración del pasado en el presente no es ni puede ser obra histórica. Constituye más bien la creación antihistórica por excelencia. Niega ella la historia pues la falsea, y la niega también porque intenta –pase el dislate– hacer el pasado.

explican sus aversiones históricas que, por lo demás, no traslucen el afán de negación sistemática y falseamiento nacional imputables a la obra de Arguedas.

El intento linda sin duda con la sandez. Tanto da ello, en efecto, como pretender que la historia –que se consuma en el curso del tiempo– marche hacia atrás.

El proceso histórico de Bolivia, visto desde el ángulo de mira del periodismo, sufre iguales mistificaciones a menudo. Fijado el esquema de los factores que determinan realmente ese proceso, resulta menos fácil engañarse respecto del sentido verdadero con que se consuma el tránsito de la vida nacional a través de los tiempos.

Epopeya

Echemos el miedo a la
espalda y salvemos a la patria.

Bolívar

I

"Sobre los despojos de un León, una joven abrazando con la diestra a Bolívar, con la siniestra a Sucre, y estos en actitud de decorarla con la Gorra de la Libertad". Esta es la imagen de la patria, según los representativos de la cultura dominante en 1825. Un decreto de la famosa Asamblea dispone que con tales figuras grabadas en oro se interprete y perpetúe el grande momento de la liberación nacional. Se olvidaba incluir en el cuadro la verdadera figura emblemática de las luchas por la Independencia de Bolivia: la figura del guerrillero que durante 15 años llenó con sus hazañas todos los ámbitos de la patria.

El periodismo de aquellos días reflejaba la propia mentalidad de la Asamblea. Escribíanlo preclaros miembros de aquella. Ya se sabe que *La Gaceta de Chuquisaca* había nacido y había muerto ese mismo año, lentamente estrangulada por la indiferencia de los lectores. No era en sí –a tenor de René Moreno– más que una "crónica muy noticiosa de la capital de la Asamblea deliberante". Descuidaba el resto. En noviembre, comenzó a publicarse *El Cóndor de Bolivia*.[12] Bajo sus alas buscaron cobijo por algún tiempo los huérfanos de la finada *Gaceta*. "Primeros trabajadores intelectuales de la prensa" en Bolivia son por tanto los escribientes gaceteros y condorinos como Serrano, Urcullo, Olañeta, Mariano Calvimontes y su tocayo Calvo. Sin contar, es claro, al Mariscal Sucre, a su ministro Infante y a su secretario Alcalá, que también hacían periodismo. Estos últimos

12 Dice Loza que "en concepto de muchos y de Gabriel René Moreno, el primer periódico boliviano, propiamente tal, por su contextura, su seriedad, pues no fue como *La Gaceta de Chuquisaca* una hoja de circunstancias, es *El Cóndor de Bolivia*. Lo redactó D. Facundo Infante, ministro de Sucre. Su inspirador directo era este".

dieron a *El Cóndor* la moderación literaria que lo salvó de caer en el macarrónico editorialismo de *La Gaceta*. Pero, extraños también al *pathos* colectivo, sujetaban su escribir a los temas predilectos de la administración pública. Los decretos de Sucre extendíanse absorbentes, ocupando planas enteras del periódico. Mucho del mito de la ley, que tan vivamente actuara más tarde sobre el país, fue creado entonces en la conciencia pública. La voz de la nacionalidad, virtualmente ahogada en la Asamblea, no hallaba todavía cabida en la prensa.

Volvió, sin embargo, a oírse aquella voz cuando el Libertador visitaba las poblaciones bolivianas empobrecidas y diezmadas por los 15 años de guerra, despertando nuevas esperanzas de independencia en todas las clases sociales. Era como un meteoro deslumbrador que cruzara sobre el paisaje gris de un planeta en agonía, infundiéndole el calor y la luz de su incandescencia maravillosa. Miller ha contado en sus *Memorias* cómo negreaban las masas indias, descorazonadas por la República, agolpándose sobre los caminos que recorría Bolívar para saludarlo. No era por nada. Honraron así a quien había sido capaz de ordenar la devolución de la tierra a sus poseedores originarios expoliados por la Conquista y la Colonia. Como una gran serpiente cobriza acompañó al Libertador el cortejo de la indiada reconocida. Lo siguió hasta el Desaguadero cuando se fue al Perú, para no volver nunca, como si su destino fuese realmente el de un meteoro.

El año 1826, creyendo a la República en peligro de muerte, el presidente de la Asamblea, doctor Olañeta, dijo “que por más que espíritus exaltados desaprobasen su sentir, él no halla otro medio para salvar la patria que proponer el siguiente dilema: o el Gran Mariscal debe encargarse del Poder Ejecutivo o el Congreso de Bolivia debe disolverse”.

El Mariscal de Ayacucho fue designado Presidente de la nación el 25 de mayo de 1826. Aun cuando su colombianidad le hacía mantenerse neutral en el interno litigio político boliviano, era evidente su consonancia con el antiguo espíritu de la revolución. El hecho valía por un serio contratiempo para los republicanos de última hora. La precisión de enfrentarse con el Gobierno se les hizo inevitable a poco. Denunciaron sus aprestos para abrirle fuegos, al tratar sobre libertad de prensa en la legislatura de 1826. Proyectóse una ley disponiendo que “si

algún escrito imputare delitos a un empleado, o corporación, en el ejercicio de sus destinos, queda libre el autor de toda pena, si probase sus aserciones".

Los futuros antisucristas no ocultaban el designio de tener despejado su campo de tiro: "Necesitamos que los literatos nos ilustren: que se les dé toda libertad posible y cuanto antes", decía el señor Calvimontes. El señor Carpio: "Bajo el Gobierno discrecional del Gran Mariscal cuyos decretos aún rigen, se ha disfrutado de omnímoda libertad en materia de imprenta, como que todos han escrito, cuanto han querido con la moderación debida". El ministro de Gobierno se mostraba ajeno a toda intención y a todo interés deliberados. Decía solamente que "hasta aquí, ninguna nación ha podido dar una ley exacta sobre la libertad de la prensa, a pesar de convenir todas en su necesidad".

Evidentemente, la prensa rehuía u olvidaba sus funciones directoras de la opinión a tiempo en que la Asamblea decidía ciertas cuestiones vitales para la República. Nada hizo, en efecto, al debatirse una ley seguramente sugerida por Bolívar sobre el trabajo minero, ley con la cual se intentaba establecer que "todo boliviano o extranjero que sirve en la República en clase de peón en la explotación y beneficio de metales será exento de toda contribución así personal como industrial".

La reacción de los asambleístas antes monárquicos frente a esa medida tuvo una vivacidad impresionante. Siendo como eran grandes hacendados, temían que esta exención de impuestos concedida al obrero de minas provocase el abandono del agro por parte de la indiada. El diputado Olañeta, verdadero coloso del Parlamento y de su bando, proclamó entonces aquella fórmula que es casi una divisa de la política a la que servía Olañeta: "nadie puede alegar el interés público, porque esto lo toma cada uno en el sentido más acomodado al suyo propio". Claro es que:

> el señor Olañeta –como dice el diario de sesiones– rechazó el proyecto por subversivo y antipolítico, manifestando que todo privilegio exclusivo alarmaba a todas las demás clases no privilegiadas; que el presente incitaría a todos a aspirar a lo mismo, a los agricultores, a los de la industria fabril, y a todos los gremios, que cada uno por su parte haría ver que merece igual privilegio, resultando de esto una lucha funesta entre todas las clases, y mostró asimismo que era injusto por ser opuesto al sistema de igualdad sancionado por las leyes como un dogma.

En nombre de la igualdad se oponía a que un gremio saliera de la esclavitud, proclamando la igualdad en la servidumbre como si proclamara la nivelación democrática de los privilegios. Doctorismo carolino puro, cuyas resonancias contemporáneas percibe el oído popular en las arengas democratizantes de los magnates mineros y sus abogados.

Tampoco intervino la prensa en la discusión sobre cultos. Como era de esperar, se pronunció el diputado Olañeta en el debate afirmando que "la religión cristiana era la única verdadera, y que no se debía admitir otra alguna en el Estado". Esta religiosidad de los republicanos es, por lo demás, general en aquella época, y evidencia el error de suponer que la revolución americana tomara la menor inspiración de la Revolución Francesa, atea y antirreligiosa por excelencia. De no ser así, habrían marchado a la guillotina con este Olañeta, por católicos confesos, y no obstante profesar la igualdad "como un dogma", sinceros y abnegados revolucionarios cual Belgrano, San Martín y el doctor Mariano Moreno.[13]

II

Los recelos internacionales de Sucre hacían, probablemente, que la prensa mantuviese la mirada puesta en la conducta de los países vecinos y particularmente en la conducta del Perú. Puede aquí medirse el poder influyente que adquiere el periodismo sobre la conciencia colectiva, cuantas veces aquel se constituye en espejo y en voz de tal conciencia. Pese al desengañado escepticismo que el renacer colonialista del año 1825 inyectó en los sentimientos nacionales, la acción periodística hizo eco inmediato en el pueblo cuando invocó los fueros de la nacionalidad amenazada por los gobiernos vecinos. Pudiera ser efectivo –según decía un

13 Moreno tradujo a Rousseau eliminando, en el texto español, todas las opiniones anticristianas de *El contrato social*. Belgrano, al transferir el mando de sus tropas a San Martín, dio a este algunos consejos piadosos: "no dejéis de implorar a Nuestra Señora de las Mercedes y de nombrarla siempre vuestra generala; no olvidéis los escapularios para la tropa. ¡Si hay quienes se rían, dejadlos! Los resultados os resarcirán de la risa de los imbéciles que desdeñan las cosas de lo alto. Acordaos que sois un general cristiano, apostólico y romano". Mitre cita el documento en *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*.

asambleísta– que estuviese el país, en aquella hora, "sin hacienda, sin tropas, sin armas y, lo que era peor, sin el menor rasgo de espíritu público". La verdad es que el año 1826 la prensa rehizo el espíritu público en sus bases. Reflejóse el despertar de este en los terribles acontecimientos de 1827 y 1828, en que solamente el espíritu público logró evitar la desaparición de la República.

El grupo exrealista, radiado casi totalmente de las esferas administrativas, acudió a la prensa para combatir a Sucre. Valióse de ciertos periódicos "peruleros", pues en Bolivia no tuvo un órgano de publicidad hasta el año 1828.[14] Sabido es que, desde el Perú, alentaba Gamarra la política antisucrista con la intención de suprimir la influencia del vencedor de Ayacucho en Bolivia, para reincorporar este país en la unidad virreinal de los dos perús. Los periódicos "gamarranos" –nombrábase así a los corifeos de Gamarra, como dice Jorge Basadre en *Historia de la República del Perú*– difundían hasta las informaciones de menuda política trasmitidas de Chuquisaca por los exrealistas. Las campañas de prensa contra el General Sucre trocáronse pronto en campañas contra Bolivia. A fines del año 1827, el periódico peruano *Fénix* había concentrado toda su potencia de fuego sobre nuestra patria.

El Cóndor de Bolivia replicaba, con una serenidad parecida a la flojera, las publicaciones de aquel *Fénix* envuelto en llamas como el mito de su nombre. Cierto es que ante las reticencias de amago bélico mostraba *El Cóndor* la tranquila firmeza del fuerte. No abrigamos temores ante una invasión como en el Perú se los abriga, decía:

---

14 Llamóse *El Nacional de Bolivia*, significando con tal título su oposición al Gobierno de Sucre, al cual imputaba ser extranjero, no obstante una ley expresa de 1825 y la Constitución Política de 1826. "Todo hombre –disponía esta– que se hubiese hallado en los combates de Junín y Ayacucho tiene adquiridos los derechos de naturaleza y ciudadanía en la República de Bolivia". *El Nacional de Bolivia* publicó en su primer número esta malísima composición poética alusiva al vencedor de Ayacucho:

Acaso además un Aristogiton
un Bruto, o Casio saldrá derrepente
que respirando venganza e indignación
muera el tirano clamará valiente
e invocando de Tell, y de Washington
los sacrosantos manes reverentes.
el trájico fin lo dará al malvado
que Julio tubo en el senado.

> a pesar de que sabemos están acantonados tres mil hombres entre el Cuzco y Arequipa. Estén en buena hora, decimos los bolivianos siempre que nos hablan de esto, y nadie se cura de saber a que están ni por qué han venido. Diremos más: Si tienen necesidad estos tres mil hombres, y otros tres mil más de atravesar nuestro territorio, estamos seguros de que no habrá ni uno de nuestros ciudadanos que se asuste, ni haga alaracas. Los bolivianos no son balandrones; pero en su día sabrían ser hombres, como lo tienen bien acreditado, siempre que han sido dirigidos con acierto y entusiasmo.

Era evidente, por lo demás, que Gamarra movía incontables hilos anudados al pescuezo de los colonialistas de Bolivia. Algunos de estos divulgaban, desde el mismo *Cóndor*, sofisticaciones del patriotismo como esta:

> Muy frecuente es hablar de amor a la patria. Pero ¿se han formado todos una idea clara de lo que es este amor a la patria? Comenzaremos este artículo por definirlo. En nuestro sentir, amor a la patria es la inclinación, el dulce afecto de los hombres a sus instituciones. Los infelices esclavos de la sublime Puerta solo tienen amor al suelo en que nacieron, por que esta pasión, bien distinta del amor a la patria, nace con el hombre.

Poco después un General de edad senil y antiguo monárquico residente en La Paz declaró fenecida la República de Bolivia y fundada una nueva con el nombre de Alto Perú, nombre que tuvo el país durante el régimen virreinal de Lima. Los soldados colombianos de guarnición en la ciudad le brindaron las bayonetas de rigor para realzar el pronunciamiento. El pueblo, algunos generales y los soldados fieles a la patria ahogaron violentamente la insurrección en pocas horas, "venciendo a los vencedores de Ayacucho". Tributó *El Cóndor de Bolivia*, con palabras ardientes, "un eterno homenaje de admiración al pueblo paceño", cuyo sentimiento nacionalista había frustrado aquel conato de anexión al Perú.

Por último, sobrevino el primer motín de nuestra historia. Es innegable que su principal autor –el caudillo de los exrealistas, el doctor Casimiro Olañeta– soliviantó el ánimo de ciertas gentes vaticinando el peligro de que Gamarra invadiría Bolivia si no se derrocaba al Presidente Sucre. En el hecho, el motín era solo un primer intento de la impaciente oligarquía colonial por tomar el poder de que la hubo despojado el Héroe de Ayacucho. La conciencia nacional, pese a las inficiones de Olañeta que decía

combatir el *extranjerismo* de Sucre, reaccionó contra la asonada. La inteligencia de los insurrectos con el Gobierno del Perú aisló por completo a aquellos en Chuquisaca, reduciendo el motín a solo sus posibilidades antinacionales de ejecución.

> Un argentino, con otros dos del mismo país –relataba la prensa pocos días después del sucedido–, sorprendieron en el cuartel a los oficiales; instigada la tropa por dos peruanos, un paisano argentino y un sargento chileno disparó algunos tiros de tercerola… Observado esto por el vencedor de Ayacucho, se lanzó sobre los sublevados, a los que consiguió encerrar en el cuartel, más al ir a herir con su espada al sargento chileno, (este) le disparó un tiro que desgraciadamente le hirió el brazo derecho.

El heridor es "un infame que siempre sirvió en los ejércitos reales". Manifestando la protesta del sentimiento nacional contra aquella presencia de agentes políticos argentinos, chilenos y peruanos ejecutores del atentado, dirigiéronse las señoras de Potosí al Mariscal Sucre en nombre de "todas las mujeres bolivianas", brindándole sus hogares, donde se encontraría "más seguro con solo su afecto, que con las bayonetas". Firmaba, en cabeza, doña Antonia Argüelles de Galindo.

El motín fue sofocado sangrientamente por los generales Lanza, Galindo y López. Lanza, el gran guerrillero y caudillo de los 15 años de lucha armada por la libertad, perdió allí la vida. Balas realistas póstumas lo mataron. Así encarnó con su persona, hasta en el último trance, el destino de la nacionalidad vencedora del coloniaje y, sin embargo, fue su víctima. A la muerte de Lanza ocurrieron eventos capaces de aniquilar la República. El Mariscal de Ayacucho dimitió la presidencia. Gamarra introdujo profundamente el Ejército peruano en nuestro territorio, imponiendo pesados tributos al pueblo, sin que se le opusiera resistencia militar de parte de Bolivia. El General español Aguilera, "cual si en él se reencarnase el alma del General Olañeta", proclamó en Vallegrande la autoridad del Rey de España sobre Bolivia, abriendo en el acto campaña armada contra la República. Reunida la Asamblea de Representantes, invistió con la presidencia de la nación al General Pedro Blanco. Al cuarto día de ejercerla, Blanco fue derrocado por un motín y, al quinto, muerto de dos balazos.

III

El primero de enero de 1829 Bolivia carecía de Gobierno, de Parlamento y de Ejército. De aquella catástrofe surgió, sin embargo, la presidencia del Mariscal Santa Cruz iniciando la etapa en que la patria alcanzó verdadera grandeza en el Continente. Todo lo sucedido fue obra de una desesperada reacción de la conciencia nacional. La prensa influyó en ella decisivamente y, acaso, fue de modo indirecto y directo la real animadora de ese raro ordenamiento que la vida boliviana tomó casi de golpe, cuando parecía irremisiblemente lanzada por tremendos rumbos.

Puede señalarse aquí un hito nuevo. El periodismo se ajustó entonces, recién, a la mecánica y al movimiento del proceso histórico de Bolivia, articulando sus funciones con la estructura existencial del país. Es el punto de partida de su verdadero y continuado influjo en los acontecimientos públicos, influjo que, por lo general, no se ejerce en un sentido deliberado –como orientación concreta y racional impresa al proceso histórico–, sino en sus implicaciones más profundas y extensas, como energía coadyuvante de aquel. Usando otros términos: el periodismo comienza, en esa hora, a gravitar por su función antes que por su pensamiento sobre el alma colectiva. En efecto, la conciencia popular suele pronunciarse, como entonces, en un sentido adverso a aquel que le sugiere el periodismo. Sin embargo, su conducta en caso tal no es sino un resultado cierto y exclusivo, un cociente exacto en que se refleja la acción, la función, de la prensa. El epílogo de la etapa histórica 1825-1829, por ejemplo, se define como un resumen de la contradictoria publicidad que pugnó por imponer sus iniciativas. Es una réplica del criterio público a las dos influencias que hicieron presión sobre ella.

Esta réplica aparentemente contraria a las orientaciones que los periódicos intentaban dar al criterio colectivo respondía pasivamente solo al estímulo de aquellos, ya que no ha de explicarse como fruto de una inspiración providencial insuflada en todos los individuos. Trátase más bien de una reacción colectiva –indirectamente provocada por el periodismo partidista– contra las soluciones que cada bando quería imponer. Es visible que, como en todo fenómeno histórico, se consumó en este punto un proceso dialéctico. Usando términos del método, Santa Cruz representa la

síntesis de la contradicción política en que Sucre representa la tesis y Blanco la antítesis.

El proceso abarcó apenas tres meses. Durante ese tiempo se destrozaron recíprocamente, por medio de la prensa, los "vitalicios", como se llamaba a los partidarios de Sucre, y los exrealistas acaudillados por Olañeta. El cañoneo periodístico tiraba a metralla alcanzando a cuantos hubiesen actuado, aun solo colateralmente, en uno y otro bando. La conciencia colectiva, iluminada por el general fogueo, concluyó repudiando a todos los figurantes políticos del periodo 1825-1829.

Olañeta publicaba atrocidades contra Bolívar y Sucre, fingiendo con inaudito cinismo un ferviente celo republicano y libertario. Aquella conducta parece calcarse hoy en la devoción socialista que simulan los agentes políticos del capitalismo. Tal cual estos difaman a los revolucionarios nacionales en nombre del socialismo, el monárquico Olañeta difamaba a los Libertadores en nombre de la libertad. Sus calumnias resultan inverosímiles a rigor de infames y la incredulidad popular las devuelve de rebote sobre su autor para infamia propia. Estas ficciones descaradas, que no solo importan engaño sino desprecio del criterio público, reciben sanción inexorable. A eso debe Olañeta su penoso rastrear como ministro de todos los gobiernos, huérfano de la confianza colectiva que rehúsa acompañarle en sus intentos de conquista del mando. Su odio a Bolívar y Sucre traducía en el fondo un viejo rencor español y realista. Pretendió lanzar el país íntegro sobre ellos, azuzándolo inclusive a la acción armada. Expuso claramente ese propósito cuando respondía de esta suerte a un periódico paceño y bolivarista:

> *El Eco de La Paz*, escribiendo en favor de Bolívar, ¿qué se propone? Quiere que pisen nuestro suelo inmundas plantas… ¿Quiere que no haigan garantías, ni leyes y que nuestra patria vuelva a la humillación degradante?… Ayudemos al Perú, cooperemos a la guerra contra Bolívar, guerra justa en que se halla comprometida la soberanía de Bolivia… Si nosotros somos indiferentes en esta gran cuestión, no esperemos libertad ni patria. Ella está en el Perú y en los campos de batalla donde iremos a apagar la devorante ambición del General Bolívar con sangre boliviana.

Sucre también fue objeto de las imprudencias periodísticas con que Olañeta pretendía materialmente deshacer lo que había

hecho la historia: "¡Habló –decía– alguna vez con su corazón Sucre! Si lo hubiera hecho se habría caído muerto porque hubiera contrariado a la naturaleza que lo formó zorro, en su físico y en su alma".

Comentando frases del Mariscal de Ayacucho, escribía estas glosas que aspiraban a patéticas y que en verdad solo se muestran ridículas. "Si será la primera mentira de este gran embustero!!! Carácter franco Sucre! Vaya que causa risa. Mire quien dice moralidad! El que jamás la conoció!".

Para el periódico olañetista, el motín contra Sucre había cubierto de gloria a sus autores, aunque de gloria trunca. "Nos faltó –decía– un Leónidas y en su lugar tuvimos infames traidores que vendieron nuestra sangre a vil precio. Hubiéramos sido los espartanos en las Termópilas". Hay otra frase que delata el espíritu colonial de Olañeta, espíritu con el que entonces y ahora suele exponerse la República a los mayores peligros para satisfacer las miras egoístas de la casta dominadora. En un apóstrofe dirigido a Sucre, calificaba Olañeta a Rivadavia como "el mejor amigo de Bolivia que no quiso reconocer su independencia mientras vos la domináseis. Le debemos –agregaba– el bien de haber cooperado a vuestra destrucción".[15]

Los amigos de Sucre responden al fuego con mejor puntería. A la presunción de extranjerismo que se les enrostra, contestan removiendo el ominoso pasado monárquico de sus adversarios. Mencionan, por ejemplo, que "un domador de caballos de los jefes

15 Sabido es que Rivadavia desconoció la libre nacionalidad boliviana pretendiendo incorporar sus territorios bajo el dominio de Buenos Aires, como se hizo durante el virreinato, en calidad de simples provincias argentinas. Parece útil copiar aquí unas palabras de Juan Bautista Alberdi sobre el tema: "Quien ha desmembrado a la República Argentina –según dice aquel gran platense, en *Simón Bolívar*– es la vanidad, a la par que la impotencia de Buenos Aires; no el caudillaje. Invadió como provincias argentinas las del Alto Perú en 1810, para establecer su autoridad. Pero desde que sus ejércitos fueron arrojados de allí, en 1814, empezó a mirarlas simplemente como Alto Perú, no como país argentino, para no tener que confesar que los españoles allí establecidos ocupaban el territorio argentino. Poco a poco los escritores e historiadores de Buenos Aires dieron en desargentinizar las provincias argentinas del Alto Perú, hasta que Bolívar las libertó de los españoles en 1825, y entonces con doble razón Buenos Aires se guardó de recordar que esas provincias argentinas del norte habían sido emancipadas por Colombia… Los españoles, echados de todas partes, solo quedaban en el territorio de que Buenos Aires era capital y centro".

españoles en Chuquisaca metido en el día como muchos otros sus iguales, a ser legislador, y que es oído entre algunos por miedo a sus fuerzas brutales, ofrece reformar la Constitución". Como juicio conjunto de "tres mil chuquisaqueños", publican esta referencia sobre el caudillo del grupo realista:

> El señor ministro Olañeta que fue un tenaz vitalicio en otro tiempo ha vuelto a sus antiguas relaciones. ¿No es primero la libertad y quietud del país que cuatro hombres ineptos, en quienes los ciudadanos no tienen confianza? O los S.S. dejan su puesto por providencias del Gobierno que los separe atendiendo a la causa pública, o el señor Olañeta debe dejar el suyo para que otro lo haga y cumpla su deber. Somos amigos del Sr. Olañeta, le apreciamos demasiado, pero queremos más a la patria, su libertad y dicha.

Blanco fue alcanzado también por los proyectiles de la prensa. Cierto periodista, que a no dudar fingía ser adicto suyo, rememoró los sospechados entendimientos entre aquel y el invasor Gamarra, haciendo público el hecho de que "cuando el ejército peruano avanzó sobre Bolivia, nuestro bienhechor el General Blanco, se unió a la causa de los pueblos", vale decir, a la que, llamando "causa de los pueblos", prohijaba Olañeta en servicio de los intereses coloniales. Los antiblanquistas, como es propio, medían al General con otra vara. Alguno hizo revelaciones impresas contra él en una "Ethopea del Jeneral Blanco", atribuyéndole hirientes destemplanzas para con los diputados y para con el General Velasco. "Si estos –había dicho de los congresales– no dictan leyes buenas, los he de sacar de la sala a bayonetazos". Lo presuntamente expresado a Velasco era esto: "aquí no hay más patria que yo; yo con mi ejército voy a formar la opinión pública y la felicidad de mi patria: si vos queréis seguirme, seguidme. A mí no me quita el ejército ni la Santísima Trinidad".

Nadie, al parecer, quedó a salvo de mojazón durante este largo chubasco de brulotes y panfletazos. El General Velasco, jefe entonces del Estado, apareció diciendo en la prensa, para su daño, que "estaba reservada al General GAMARRA [con versalilla en originales] la gran gloria de destruir la máxima tiranía, la del hombre que se aprovechó de auxiliar a un pueblo oprimido para esclavizarlo aún más". Auténtica la frase y el testimonio, evidentemente insidioso, del ministro de negocios extranjeros, doctor Casimiro Olañeta, que es quien da a la estampa el documento. No solo esto hace. También denuncia "las tropelías de un intendente de Policía, aconsejado

por Urcullu, ministro de la Corte Suprema, que a la vez escribía los oficios de aquel a la Superior y como magistrado fallaba la competencia".

El poder parlamentario mismo, como los actuantes políticos, resultó descalificado en masa. Una iniciativa del diputado Manuel Aniceto Padilla hizo que el sentimiento popular de repudio por los legisladores aflorase en la prensa. La iniciativa prohibía a los representantes nacionales el ejercicio de todo cargo del Gobierno hasta pasados cuatro años de haber fenecido el mandato electoral. Su comentario periodístico acusa la venalidad y el servilismo que viciaban las funciones del poder Legislativo. Esta moción, dice al respecto un periódico:

> pondrá a los representantes en completa libertad para hacer frente al poder… Ya no será esta misión augusta, una cuestión donde como otras veces los votos eran según el mejor empleo que se ofrecía por los ocultos ajentes del ejecutivo… Loor eterno al Sr. Padilla por una moción que prueba, ha venido a trabajar por su patria, y no por su persona… Su proposición lo hace digno de regir nuestros destinos. Y nos atrevemos a proponerlo para jefe de Estado sino triunfa en la moción. Un hombre así es digno de ser el Presidente de la República.[16]

La conciencia pública reaccionó contra este desbarate de valores, cuya global quiebra estaban pregonando a coro los periódicos de ambos bandos. Frente al antinacionalismo español y peruanista del campo de Olañeta, como frente al colombianismo de los amigos de Sucre, el pueblo recordó del Jefe de Estado Mayor General de las tropas vencedoras en Junín, del mestizo con sangre de príncipes y

---

16 Manuel Aniceto Padilla no es el hombre "con sangre de guerrero en las venas", como supone Alcides Arguedas, transfundiendo en aquel, probablemente, la sangre de Manuel Ascencio Padilla, el heroico guerrillero chuquisaqueño. No son una sola y misma persona según se ve. Manuel Aniceto Padilla escribió y editó un periódico titulado *La Estrella del Sud* en Montevideo, el año 1807, "con el evidente propósito de abrirles los ojos a los colonos de América con respecto a la realidad de la dominación española", como dice Oscar R. Beltrán en *Historia del periodismo argentino*. La Audiencia de Buenos Aires persiguió las ediciones de *La Estrella del Sud*, prohibiendo "leerlas en público o privadamente ni retenerlas el más corto espacio de tiempo". Fue este el primer periódico aparecido en los países del Plata, de donde se menciona a Manuel Aniceto Padilla, natural de Cochabamba, entre los periodistas argentinos de aquella época. Tuvo participación enérgica y apasionada en los sucesos revolucionarios de Montevideo y Buenos Aires. Villanueva sostiene que Padilla fue inclusive comisionado por los patriotas platenses para comprar pertrechos bélicos en Europa.

caudillos indios. Era este el Mariscal Santa Cruz Khalaumana, hijo de la tierra *kolla*. Su figura se identificaba extraordinariamente con el sentimiento nacional que había despertado al estrépito de las campañas periodísticas.

IV

Bolivia comenzó a vivir en la epopeya con Santa Cruz. Los hados nefastos le antecedieron como para ahondar la antífrasis de la historia exaltando los contrastes, igual que en el tablado esquiliano. Dijérase que Bolivia estaba desierta de figuras eminentes a la hora de llegar el genio. Parecía cumplirse la sentencia –"¡morirán todos los hombres pero no morirán las leyes!"– de aquel abrupto General López que acometió a los secuaces de Olañeta el año 1828. ¡Hasta sin leyes había quedado la República! La Asamblea reunida para dictarlas se dispersó a trastazos, legitimando su sobrenombre de "convulsional".

La imaginación del pueblo concebía a su modo el advenimiento del Mariscal. Un suelto de prensa cuya redacción simple y basta no pudo ser obra de letrados, reflejaba así la confianza popular cifrada en el gran organizador de pueblos:

> Desengáñese una docena de hombres, el Jeneral Santa Cruz va a venir en una nube formada por los suspiros de Bolivia que llama a grandes voces y con la misma vehemencia que el náufrago busca una tabla. Él será el monte sagrado al cual se acojan todos los hombres que quieren orden, libertad y paz. Sostenido por los pueblos, y el ejército subirá a la silla que le destina Bolivia como a su hijo predilecto. No hay remedio, así ha de ser puesto que lo desea la Nación y lo reclaman sus más caros intereses.

Hubo de añadidura buenas noticias para la gente de pluma en esos días. El industrial boliviano Valentín Aillón acababa de poner cima a su propósito de "elaborar de su cuenta para surtir la República, y aun los estados limítrofes, imprentas completas". Firmado por el ciudadano Tomás Frías, que medio siglo más tarde sería presidente de Bolivia, publicó un periódico este aviso:

> Dentro de un breve término, habrá en esta capital, para venderse, una nueva imprenta completa; que sobre lo bien trabajada en la letra, prensa y demás útiles, tiene la recomendación de ser obra del país y de nuestros paisanos; la primera en este género, y la única quizá en todas las nuevas Repúblicas.

El brazo del Mariscal conmovió como un cable eléctrico el cuerpo de la República. La tensión acumulada en el alma de aquel vástago de monarcas indios transmitióse vibrante y continua por el espacio de diez años a la nación. Él la encontró todavía intacta en su potencial de vida, pero agarrotada por los hilos con que la enredaron los intereses oligárquicos al instalarse en el poder después de la dimisión de Sucre. El estrago hecho por ellos en la caja pública escandalizó a Santa Cruz:

> La Hacienda es un caos de miseria –escribía el año 1829 al deán Córdova–. Los ingresos están cobrados medio año anticipado, y al ejército se le debe medio año; y para atender a los reclamos suyos, no he encontrado en arcas un solo peso. Por supuesto, ni con qué pagar imprenta, fusiles, ni nada. Por fortuna, yo lo preveía todo, y me he escusado del disgusto de la sorpresa.

Las banderas de Bolivia ondearon luego por todos los confines de la República, flameando sobre las bayonetas de un Ejército con disciplina de hierro. Era este el guardián celoso e incorruptible de las fronteras, un guardián además invicto. El ansia de ser de la nacionalidad, frustrada en 1825, vencida en 1826 por la oligarquía exrealista dominante en el Parlamento, y milagrosamente resucitada a fines de 1828, se puso de pie durante las campañas militares con que Santa Cruz templaba la consistencia del alma boliviana. Hizo una alta escuela de patriotismo con esta práctica perenne de conservar la integridad territorial y fortalecer la soberanía de la República. Dio certeza histórica a este aforismo bolivariano: "mientras conservemos el buen estado del ejército, seremos invencibles". Yanacocha, Socabaya, Paucarpata, Humawaca, Iruya, Montenegro son las seis puntas de la estrella que encendió Santa Cruz en el cielo republicano, antes oscuro y vacío.

Diez años de tensión ascendente multiplicaron las riquezas materiales de Bolivia y colmaron de fortuna histórica a la patria. Ella fue entonces, en Sud América, la primera de las naciones que dictó sus códigos de leyes, tarea que habían dejado sin hacer los doctores javierescos y carolinos a la hora de su auge.[17] La patria, en fin, dijo *El Constitucional* a mediados del decenio crucista:

---

17 "Bolivia, que ha trabajado exclusivamente por su regeneración política, tiene sellados con la aprobación nacional, los códigos de minería y comercio, además del civil, del de procederes y del penal", según informaba un periódico de La Paz en 1835.

> con un régimen legal y tranquilo en el interior, con crédito y gloria en el exterior, figura honorablemente en la gran familia del Universo. Sus progresos sociales en el espacio de poco más de un lustro corresponden al tiempo de muchas y largas edades, y se han anticipado a los votos y a las esperanzas más lisonjeras.

Tuvo el Mariscal un poder anímico extraño con el que parecía proyectar su voluntad a la distancia. Algo como un poder político de catálisis que, transmontando las fronteras, descargaba el fluido impalpable de su intención sobre los hombres lejanos y las lejanas multitudes. Con ese don misterioso y terrible aniquiló quizás a Diego Portales, "el dictador de Chile", su gran enemigo. A la hora en que este urgía al ejército chileno para invadir Bolivia, alzóse parte de la tropa expedicionaria en Quillota, frustrando la invasión. Se dijera que el sortilegio nefasto de Santa Cruz envolvió a Portales con el aura fría de la fatalidad. Lo fusilaron allí sus propios soldados. El pueblo acaso intuía el rondar de cosas fatídicas en torno del suceso. Los "rotos" –cuenta Magdalena Petit en sus evocaciones de Portales– hablaron de alguien "que había visto al Diablo" empujando el cochecillo en que llevaban al dictador hacia la muerte.

Fracasó el año 1831, idénticamente, otro intento de ataque a Bolivia. Fue cuando Gamarra enviaba fuerzas peruanas en la corbeta Libertad con el propósito de bloquear nuestro puerto de Cobija. La tripulación del buque, amotinada una noche, llegó a tierra en son de paz, entregando su comandante a las autoridades bolivianas. La prensa hizo conocer el acta en que la tropa insurrecta declaraba "que no quería sufrir la ingratitud y mala fe del Presidente Gamarra, que no contento con tiranizar al Perú, quería también esclavizar a Bolivia". El motín contra Portales tiene su acta explicativa igual, curiosamente parecida a la de los peruanos. Como estos, los chilenos repudiaron los móviles egoístas de la agresión armada contra el vecino. A ella:

> se nos quería conducir –dijeron– como instrumentos ciegos de la voluntad de un hombre que no ha consultado otros intereses que los que halagan sus fines particulares y su ambición sin límites… De un hombre que ha sacrificado constantemente a su capricho la libertad y la tranquilidad de nuestro amado país.

No se pudo, ni entonces ni después, precisar los medios materiales que Santa Cruz pusiera en juego para vencer de esta

suerte a sus remotos adversarios. ¿No empleaba ya el sutil sabotaje internacional que es hoy el arma predilecta de las naciones ultracivilizadas?[18] Es innegable, de cualquier modo, que el Mariscal poseía la enigmática virtud que, irradiada en su alma, conmovió a voluntad suya hombres y colectividades de su país y de los otros países. Tuvo el don bolivariano, absorbente e irresistible, de poseer las almas hasta las cuales llegaba. En su mirada oscurísima había el centello de algo como una lumbre hipnótica. "Me acerco a este indio con más respeto que al rey de Inglaterra", decía de él, inclusive, un inglés.[19]

El año 1839 fue derribado por un motín. La prensa de su tiempo vaticinaba así la memoria reservada al Mariscal:

> La posteridad representará a Napoleón con su cabeza diamantina y brazos de bronce disponiendo de los cetros y coronas de la Europa; a Washington, arrebatando para la independencia y para la libertad, una porción del Continente del poder colosal de la Gran Bretaña; a Bolívar, fundando repúblicas y aterrando a los tiranos; pero la justicia otorgará a Santa Cruz la gloria de la buena administración, aun en circunstancias las más desesperadas.

---

18 Hay aproximadamente, un cuarto centenar de libros inspirados en la persona, la obra o la época de Portales, mas ninguno ha confirmado la supuesta acción de influencias materiales directas o indirectas de Santa Cruz en el motín y el asesinato del gran ministro chileno. *Vida de don Diego Portales* de Vicuña Mackenna es, más bien, casi "un alegato encaminado a rehabilitar las memorias" del Mariscal y del coronel Vidaurre, presunto agente militar suyo en Chile. Así lo dice cuando menos Francisco A. Encina, autor del libro *Portales*, aguda, valiente y sólida versión de la historiografía político-social de su país. Para Encina, la reseña chilena de uno y otro evento "se ha deformado por solidaridad aristocrática, que en Chile pudo siempre más que la verdad histórica". Menciona él mismo la opinión de que el Presidente Prieto evitara comprobar la sospechada injerencia de Santa Cruz, alegando "que lo más impolítico que, en ese momento, podía hacerse era exhibir al ejército minado por el Protector". ¿Era este minamiento un índice, o no, de la influencia alcanzada por el Mariscal en el seno del militarismo chileno? "La presión de los oficiales sobre el coronel habría sido efectiva, por lo menos para precipitarlo al motín el día que se produjo", según dice un informista del citado autor. "Los instructores del sumario hicieron esfuerzos evidentes por establecer relaciones directas entre Vidaurre y Santa Cruz… sin lograrlo" –agrega Encina–, declarando al fin que aún hay este "punto obscuro que ya no podrá aclararse, a menos que aparezcan en Lima o en Bolivia nuevos documentos, hallazgo muy improbable, ya que nunca se deja constancia escrita de las órdenes de asesinar".

19 Hugo Wilson, cónsul de Gran Bretaña en Bolivia, en una carta escrita al General Burdett O'Connor.

V

Coincidieron el motín de Velasco y la guerra con Chile para derrocar a Santa Cruz. Al parecer, alentaba en los dos agresores el mismo espíritu, el mismo interés no solo extraño sino adverso a Bolivia. Alcanzaron ambos el fin común: detener a la nacionalidad en marcha, desviarla del camino que llevaba a esta hacia el afianzamiento de su poderío, hacia la grandeza. El jefe de los amotinados triunfantes congratuló al Ejército chileno por haber derrotado al de Bolivia. "Siempre que me dirijo a Vuestra Excelencia, tiemblo como nuestros regimientos en Rosbach", decía también el francés Voltaire a Federico II, que venció a los franceses. Velasco no lo imitaba como volteriano, sino como vocero de los exrealistas, carentes de toda noción de patria. Odiaban estos de muerte al Mariscal por haberse erigido en el supremo conductor del sentimiento revolucionario autonomista al cual dio sentido viviente, firmeza y gloria. La casta colonial no le perdonaba esto. Para ella fue Santa Cruz tan solo "el indio getón" alzado contra sus señores, a quienes impuso la autoridad y la ley republicanas como caudillo de la raza adversaria, pues –bien lo ha dicho O'Connor–, verdad era que "la clase indígena de Bolivia y del Perú, viendo en él un descendiente directo de sus antiguos reyes, le profesaba un amor que rayaba en religiosa veneración".

Pese al poder operante que en sus manos tuvo, Santa Cruz no quiso destruir aquellas fuerzas coloniales y eludió atacarlas en sus últimos reductos políticos. La libertad administrativa con que actuaba el crucismo revela que los exmonárquicos habían sido expulsados únicamente de las esferas del Gobierno. En el Parlamento y en la zaguán cuartelero se atrincheraron ellos, y, a fin de cuentas, con el motín quedó cortado en seco el curso de la magna reconquista y el crecer del espíritu nacional que Santa Cruz presidía. Fue este el primer gobernante boliviano que hizo del Gobierno un órgano ejecutor de la revolución libertadora, un espejo del sentimiento de la patria. Su régimen tradujo las ansias de ser de la nación, aquellas ansias a las que las huestes civiles del coloniaje cerraron todo camino de acceso al poder en el trance de fundarse la República. Velasco era, a no dudar, solo un instrumento de la reacción oligárquica. Es muy significativo

que la Asamblea Constituyente de ese año –1839– eliminara en la nueva Constitución el precepto que demandaba "tener talentos conocidos" como requisito para ser presidente de la República.

Otro motín restauró las posiciones del interés nacional en el poder. El soldado adolescente en las campañas de la Independencia, el legendario comandante de Uchumayu en la era crucista, llegó al Gobierno. Se llamaba José Ballivián. La perennitud y la soberanía de la nacionalidad fueron por él consolidadas a la lumbre de los vivaques de Ingavi. Aquel fasto perpetúa la visión del Altiplano con su cielo embanderado por el arcoiris, mientras se atorbellina en la tierra el asalto del Ejército ballivianista que venció a las legiones de Gamarra. Era este, en el Perú, el mayor enemigo de nuestra Independencia. Una bala puso allí término a su vida amenazante. Adormeciéronse después las cumbres en el silencio de sus moles de piedra para no despertar más con el eco tumultuoso de las invasiones. El héroe fue aclamado por los doctores coloniales como salvador de la patria. Había salvado, en efecto, el suelo que aspiraban a enfeudar desde 1825. Aquí un dato en descargo de Velasco: acaudillando otro alzamiento contra Ballivián poco antes de Ingavi, depuso armas y ofreció sus milicias al Gobierno cuando supo que Gamarra pisoteaba el suelo de Bolivia.

La oligarquía se apegó estrechamente a Ballivián como se hubo apegado a Santa Cruz, mientras uno u otro la mantuvo en la esperanza de que participaría del poder con ellos. Cuando el vencedor de Ingavi, a semejanza del Mariscal, mostró que como gobernante se sobreponía a los intereses de clase, que su autoridad vigorizaba los fueros del Estado y reducía los privilegios individuales, las gentes de la casta lo sentenciaron a muerte. No le habían querido nunca lealmente. Aún vibraba en los oídos de Ballivián, llegándole desde el pasado, el eco innoble de los anatemas que sobre él arrojaron los oligarcas triunfantes el año 1839. "César de barro, lodo y podre", le llamó Serrano. "El bárbaro que nos insulta", de él dijo Linares. ¿No dispuso la Asamblea que quien entregara "muerto o vivo al rebelde José Ballivián es declarado patriota en grado eminente?". Lo filiaron desde entonces los coloniales como a enemigo, como a continuador de la obra crucista, "metido en la infernal escuela del prófugo de Yungay", según sentencia de aquel Congreso. Fue derrocado como tal, pese a que redimió la patria en Ingavi, cuando en defensa de la integridad nacional hizo la ley severa y el poder

inaccesible para los intereses del grupo exrealista. Pagaba, como Santa Cruz, la culpa de no haber destruido los ocultos reductos desde los cuales la oligarquía consuma habitualmente sus planes de zapa y minamiento del Gobierno. Ballivián resignó el mando como quien arroja los muebles por la ventana, para salvarlos del incendio. Lo tenían cercado ya, con un cordón llameante de motines, los coloniales conjurados en todos los ámbitos de Bolivia. El inevitable Olañeta soplaba en los fogones de la subversión por sobre el hombro de Velasco.

Los dos gobiernos que habían cubierto de gloria a Bolivia se desmoronaron así, extrañamente asemejados por la altitud patriótica de su auge y por el dramatismo abisal de su caída, las dos veces funesta para la suerte de Bolivia. En esta reiteración luctuosa, descubre el escepticismo la huella fatal de un destino siniestro reservado a la patria. Piensa que aquellas dos construcciones alzadas entre laureles victoriosos y sobre el cimiento jurídico en que las afirmara el genio organicista del Mariscal Santa Cruz no debían derrumbarse nunca. Las demolió, sin embargo, un hombre débil y despersonalizado, "cuya cultura intelectual corría pareja con su incapacidad militar", y que no hizo cosa notable alguna en servicio del país.[20] La contrahecha lógica de estos acontecimientos deforma la verdadera significación que asumen dentro de la historia de Bolivia. En realidad, solo marcaron otro episodio más de la vieja lucha entre el coloniaje y la nacionalidad. Santa Cruz y Ballivián no podían caer sino al golpe de las fuerzas adictas e hijas del estatus colonial. Ellas utilizaron como jefe de motín a Velasco, en sus tres tentativas de retoma del poder.

La soledad en que Santa Cruz y Ballivián quedaron a la hora de enfrentarse con tales adversarios resulta, no obstante, casi inexplicable. Ni las grandes masas indígenas que veneraban al Mariscal ni los fanáticos grupos civiles ballivianistas de toda la República se mostraron dispuestos a contener la subversión. La clase popular misma, que no intervino en apoyo de Velasco, mantúvose fríamente marginada respecto del conflicto. Un periódico enemigo de Santa Cruz destaca aquel estado de la indiferencia pública:

---

20 La frase entre comillas pertenece a *Los caudillos letrados* de Alcides Arguedas, pero el propio Arguedas dice que Velasco "ostentaba una brillante hoja de servicios", cosa que parece incoherente con lo de "su incapacidad militar".

> anochecimos esclavos el día 14 –dice– y cuando alboreaba el 15 éramos ya libres. ¡Rara mutación!, en que ninguno ha tenido qué sentir ni motivo de llorar; no ha habido el más pequeño desorden, ni desgracias, ni sustos, ni alarmas, ni más sensaciones que las que se experimentan por una agradable novedad.

Ballivián tampoco fue derribado por el pueblo. Así lo evidencia el carácter de cuartelazo con que se fisonomizó en todas partes la revuelta antiballivianista. Nada muestra, en efecto, mejor que esta ausencia de la clase popular, el origen oligárquico de las revoluciones que pusieron fin a los gobiernos de Santa Cruz y Ballivián. La atonía de las masas durante aquellos movimientos insurreccionales puede explicarse en gran parte como consecuencia del rol que desempeñó el periodismo bajo las dos administraciones derrocadas.

VI

Es un hecho que, a partir del Gobierno de Santa Cruz, el periodismo cambió radicalmente su sentido, como todas las actividades de tipo intelectual en lo que atañe a nuestro pueblo. Despertóse entonces una repentina y absorbente fiebre de cultura extranjera en la capa letrada. No era un retorno a la pretenciosidad escolástica y docta imperante en Charcas desde el coloniaje, sino una apasionada entrega a la moderna colonización espiritual foránea. Sabido es que, después de fracasar los intentos británicos y franceses de conquista armada en América, Francia e Inglaterra tantearon la misma empresa por vía más fácil, por la vía de la cultura. No ofertaban ya trueque de monarcas –el hispano por el franco, el anglo o el sajón–, pues la fórmula de Belgrano: "el amo viejo o ninguno", habíales hecho saber que lo deseado en América era, más que el cambio de rey, el cambio de costumbres políticas. Así surgió de inmediato aquella cautelosa ayuda británica a los insurgentes, claro que bajo la divisa de Canning: "América libre, y en lo posible inglesa". Una vez libres, hiciéronse los americanos más que nunca ansiosos de cultura y, sobre todo, ansiosos de cultura que los capacitara para gobernar a la europea sobre sus mestizos pueblos inorganizados.

Aquella sed de sabiduría fue apagada por Francia e Inglaterra. Como es usual, pudieron e hicieron más los ingleses que los galos. Bentham se constituyó en el evangelio de los políticos, mientras los franceses no servían sino de modelo retórico sublime a los

intelectuales. Primero Condillac y Rousseau, Destutt de Tracy y Cabanis, y luego Royer-Collard, Ballance o Coussin, los eticistas, amén de los oradores jacobinos y girondinos. Dicho de otro modo, regía el pensador inglés en los dictados constitucionales, en la política de los hechos, y los franceses alimentaban la mística de las frases abstractas. Cabe, empero, este advertido: ni unos ni otros ofrecieron jamás a nuestro país noción alguna adecuada a su naturaleza. La América entera se les antojaba un salvaje continente respecto del cual era aún inútil hacer teorías políticas o sociales. Franceses e ingleses nos enviaron intactas sus doctrinas de uso casero. "Nosotros no pedimos nuestras libertades como derechos del hombre, sino como derechos de los ingleses", había respondido Burke a Mirabeau, consagrando la exclusividad regional de la teorética revolucionaria.

Así llegó esta a Bolivia: tan inglesa o tan francesa como saliera de manos de sus autores. Puede suponerse el trastorno que causaría en la conceptiva de los ilustrados criollos y mestizos, dada la sumisión mental con que ellos acataban, a ley de voluntarios colonos, el pensamiento europeo. Como Santa Cruz los deslumbrara llegando al apogeo de su administración y de sus campañas militares, el ya afrancesado ojo de nuestra clase culta descubría en el crucismo la imagen viva del bonapartismo. "Nuestro paisano Andrés de Santa Cruz –decía por ende un periódico *post tempore*–, cuyo juicio se había trastornado con la maldita lectura de los libros de Napoleón". Los ilustrados al día, como es de comprender, deseaban colocarse a tono de sapiencia y en los planos ideológicos de la política de Estado. A base de lectura extranjera creyeron capacitarse condignamente, juzgando que la alta jerarquía del régimen se debiera íntegra a las inspiraciones de Europa. Así convictos y confesos de la propia incapacidad –¡pura psicología de colono!–, inclusive olvidaron que aquel a quien miraban como espejo de Bonaparte era caracterizadamente un producto nativo. Hacíaseles imposible sospechar, cuando menos, que el crucismo alcanzara semejante potencia y elevación porque desarrollaba al *maximun* las posibilidades nacionales libertadas de servidumbre material o psicológica. La presencia de los emigrados políticos argentinos, todos ellos brillantes hijos adoptivos de la cultura del Viejo Mundo, fortaleció la devoción intelectual por los dogmas político-sociales de Europa. La destreza teórica de estos "abajeños" –logró ella aquel *summun* doctrinario contenido en *Palabras*

simbólicas de Echeverría y en *Bases* de Alberdi– les daba una prestancia de refinamiento y modernidad intelectuales que fue aquí no solo imitada sino excedida, particularmente en el campo del periodismo.[21] Del extremo a que se llegó en estos empeños cultistas, hay un índice casi increíble: "Paz libre especulando la humanidad con el telescopio de la filosofía". ¡Era el título de una publicación! Lucían otras, en francés o latín, sus divisas y lemas fisonomizantes, como *L'injustice à la fin produit l'indépendance;* o: *J'aime mieux la république que la monarchie, j'aime mieux la liberté que la république,* cuando no: *¡Salus populi suprema lex esto!*

El hecho es que, para la conciencia de las masas, las doctrinas políticas traídas de París y Londres resultaban acaso más incomprensibles que tales leyendas puestas en galiparla o verba de Horacio. Simón Rodríguez, el viejo maestro de Bolívar, editó por la época aquella unos capítulos de "Sociedades americanas de 1828", folleto lleno de sentencias agudísimas respecto de estos temas. Decía, por ejemplo, escribiendo en su original estilo tipográfico:

> La sabiduría de la Europa
> y la prosperidad de los Estados-Unidos
> son dos enemigos de la libertad de pensar…
> …en América…

Se había llegado, en efecto, si no a destruir, a cohibir la libertad de expresar el auténtico pensamiento boliviano, sobre todo en los dominios de la prensa. A ello tiene que atribuirse, muy principalmente, aquel gran repliegue que hiciera la opinión pública sobre sí misma cuando se derrocaba a los gobiernos crucista y ballivianesco. Era imposible que esa publicidad exótica llegase a los oídos y menos aún, a los focos emocionales del alma colectiva. Ni las doctrinas extranjeras ni su exposición en lengua de tal modo extraña a las modalidades nacionales podían ser objeto de aprecio por el pueblo. "Lo que no se siente no se entiende y lo que no se entiende no interesa" –decía Simón Rodríguez, casi un precursor jungiano–, subrayando que "la mayor fatalidad del hombre en el estado social es no tener un común sentir con

21 La *Historia del periodismo argentino*, de Beltrán, menciona a Mitre, Villafane Frías y Paunero entre los argentinos escribientes de periódicos en Bolivia. Paunero, a un comienzo, era propietario de *La Época*, redactada en lo principal por Mitre.

sus semejantes sobre lo que conviene a todos”. En esta fatalidad recaían el periodista y el intelectual político de aquellos tiempos. Ninguno lograba llegar hasta la conciencia colectiva. Esta se aisló de los inentendibles dirigentes, declarándose neutral en la contienda que reñían el creciente poderío de la nación, por una parte, y el sentido oligárquico de los intereses coloniales, por la otra.

Aquella profunda conversión de la clase culta hacia frentes tan alejados de la zona en que residía el interés público era de todos modos una evasión de la realidad. Una evasión de la realidad política presionante y arrolladora que no permitía resistencias. El destierro del canónigo José María Gutiérrez, editor de *El Illimani*, pudo ser, en 1829, la señal de alarma para los intelectuales asustadizos. Diríase que entonces buscaron estos el inofensivo mundo de las abstracciones literario-filosóficas, abandonando la arena caliente que pisaban Santa Cruz y Ballivián. Aquella su preferencia contemplativa por lo de afuera muestra que les resultaba sumamente desagradable poner los ojos en lo de adentro. La verdad es que hasta los fervores políticos eran referidos al extranjero, con la espalda vuelta al país. Un periodista, por ejemplo, escribió estas palabras confirmativas de lo dicho: “También combate Bolivia por mejorar su condición social; tiene pues en ella la razón sus altares y la libertad sus creyentes: desde el fondo de esta patria querida, ignorada, humilde, pero libre, yo te saludo Francia Revolucionaria”.

VII

La función del periodismo en la etapa Santa Cruz-Ballivián es evidentemente minúscula por lo que toca a su influencia sobre la conciencia del país. Ya se ha visto que aquel viraje extranjerista de la prensa la desconectó completamente del sentimiento público. Puede creerse también que, mareada con cultura ajena a Bolivia, la intelectualidad que hacía periodismo no captara ni en dimensión ni en profundidad el sentido histórico de aquellos gobiernos. Todo eso muestra que, en general, la prensa no correspondió a la grandeza con que la obra de Santa Cruz y Ballivián imponía ser acogida en el alma popular de la época, tal como fue acogida luego en la historia. No hay, en efecto,

una sola página periodística en que se hubiese fijado el auténtico perfil de los magnos acontecimientos incursos en la epopeya boliviana. Es interesante, a título de muestra, conocer el contraste que hacen –sobre la misma hoja de *El Eco del Protectorado*– una loa dedicada a Socabaya, pieza resonante de tropos greco-latinos y napoleónicos, y un discurso del Mariscal Brown que en breves y profundas palabras destaca la cifra histórica del hecho, índice del pensamiento crucista, "cuya grandeza conocerán en sus verdaderas dimensiones, únicamente los bolivianos del futuro, cuando tengan que inspirarse en los ejemplos del Mariscal Santa Cruz para dar honor y respetabilidad a su patria".

Inútiles fueron los empeños de ambos gobernantes para que el periodismo alcanzara a las masas. Recurrióse inclusive a distribuir sin costo las hojas impresas. Un periódico invitaba a su oficina a "todos los artesanos pobres y labradores, para que lo leyeran sin sacrificio alguno". "Será gratis para los artesanos pobres" –decía otro–, y así los redactores tendrán "la gloria de haber tentado un gran servicio para la humanidad". Pero aquellos papeles estaban de tal modo escritos que su lectura debía hacerse imposible para las clases humildes. Particularmente preocupóse el Gobierno Ballivián de enviar imprentas, regalándolas, a distintas poblaciones del país. La masa popular no fue, sin embargo, imbuida con el hálito de la epopeya. Tanto el vencedor de Ingavi como el creador de la Confederación carecían de colaboradores intelectuales capaces de infundir en el pueblo la real emoción de la obra que aquellos gobernantes consumaron. Estos factores hacían que aun la conciencia pública viviese desconociendo la realidad. Era inevitable, por lo tanto, que las masas populares de Bolivia dejasen perecer, sin mayor alarma, a los grandes caudillos. Estaban todavía lejos de comprender que la defensa de los intereses nacionales –obra de Santa Cruz y Ballivián– cimentaba la victoria de la bolivianidad sobre el colonialismo.

La gente letrada no parecía comprender mejor a aquellos: un periódico, derrocado ya el Mariscal, hizo, por ejemplo, befa de sus previsiones sobre futuros conflictos de Bolivia con el Gobierno peruano:

> Solo se trata de una superchería –expresó aquella hoja–, de un plan burdo que consiste en persuadirnos que debemos sostener la guerra contra el Perú y Chile. ¿Y por qué? Aquí la consabida cantinela de

> Santa Cruz; porque el Perú trata y se muere por absorberse a Bolivia; porque Gamarra no quiere sino dominarla y hacerla su colonia, etc. Con motivo de la guerra, llamaremos al ejército los extranjeros expulsados; y estos después de asegurarse bien de la tropa franquearán lindamente las puertas de la República al tirano, he aquí lo que quiere Santa Cruz que hagamos.

Dos años después, la historia confirmó aquellas previsiones. En Ingavi quedaron selladas como una profecía.

Esta incomprensión de la realidad por parte del pensamiento letrado fue advertida –todavía confusamente y solo en sus manifestaciones externas– por un periódico adicto de Santa Cruz. Intuía este la esterilizadora contradicción entre el teorismo importado y la naturaleza del país, con palabras que acaso traslucen vagos presentimientos de que el pueblo concluiría sintiéndose ajeno a la lucha política.

> No hemos hecho nada –expresaba el periódico–, a no ser devorarnos inútilmente entre nosotros mismos por principios cuya aplicación es imposible, dado el carácter de nuestras poblaciones, y por ideas extremas que ningún pueblo del mundo practica sin conocer los mismos resultados que América… Sin educación, sin instrucción, sin virtudes, sin hábitos de libertad y sin los medios de hacerla reinar, nuestro odio inmenso de la tiranía nos la hizo aborrecer furiosamente sin saber reprimirla con éxito.

Reiteróse la actitud marginal de la masa cuando caía Ballivián, y los dominios del mando fueron copados por latifundistas, mercaderes y doctores de la antigua clase pudiente, en cuyas filas actuaban ya algunos hombres nuevos, herederos de fortuna y señorío hechos durante el coloniaje. El cambio político tomó para sí el nombre de "restauración". En más de un sentido ese nombre delata la restauración de la tendencia colonial en el poder. El aislamiento del pueblo contribuyó a fisonomizar ese hecho en su exacto sentido, ya que sustrajo del cuadro político la presencia del sentimiento nacional que a esa hora –y destruido Ballivián– encarnaba solamente en las clases desvalidas. La vieja lucha entre colonialistas y nacionalistas quedó así momentáneamente suspendida. La atonía de las masas dejaba al espíritu boliviano desprovisto de tropas combatientes.

Con todo, la "restauración" se hizo impracticable en su integral sentido, vale decir, en su intento de restablecer, bajo apariencias republicanas, la estructura interior y el funcionalismo del coloniaje. No es que los "restauradores" fracasaron ante fuerza alguna

resuelta a hacer efectivos los ideales autonomistas que se persiguió durante la guerra libertadora. Esos ideales parecían liquidados o ausentes en aquellos momentos. Los viejos oligarcas contendían ahora con los nuevos directores de la propia casta. Los primeros, por levantar su dominio sobre los cimientos del régimen anterior al gran Santa Cruz; y los segundos, por apoyarlo en el andamiaje republicano hecho a modelo europeo. Ni el aparato hispánico-realista de mando ni el mecanismo constitucional franco-inglés eran adecuados a las condiciones originarias y estructurales de la nación. Su ajenitud a nuestro medio político-social se consagra por la inestabilidad verdaderamente ridícula de ambos regímenes. Ambos resultan, en efecto, incapaces de sobrevivir al choque más leve con la realidad nativa.

Es inútil puntualizar que esta contradicción aparecida en el seno de la clase dominadora constituye la primera consecuencia histórica determinada por el carácter depuradamente nacional que asumieron los gobiernos de Santa Cruz y Ballivián. La nación se hizo real y viviente con ellos, definiéndose como entidad geográfica y política autónoma, capaz de crear su propio régimen exento de todo ligamen con el orden social anterior, y sin anuencia de teorías o sistemas políticos ajenos. Bolivia evidenció de esta suerte su aptitud vital para constituirse en Estado soberano e independiente. Se comprende que la tendencia colonialista hispánica ya nada tuviera que hacer en semejante medio hostil. Toda modalidad política, económica o societaria suya quedó eliminada o desconocida por el orden republicano bolivianista de Santa Cruz y Ballivián. La clase colonial no podía pretender la toma del mando sino a título de transformar su conservadora tendencia en tendencia revolucionaria acorde con los tiempos. A esa necesidad responde la corriente liberal y tiranicida –afrancesada jacobina o *ainglesada* cromweliana–, que surgió dentro de la casta dominadora disputando la dirección política de esta con los últimos exrealistas.

En el Parlamento se acusaban desnudamente los alcances de esta lucha. Mocionaron los liberales europeístas abolir la esclavitud proponiendo como precepto constitucional que "todo esclavo al pisar el suelo boliviano quedaba, por ese hecho, declarado libre". Los exmonárquicos denegaron la moción reputándola:

> inadmisible porque tendía a seducir a los esclavos de otras repúblicas; porque esto atraería el odio de los países vecinos, que sería un pretexto para hacernos la guerra; porque era un derecho de asilo desconocido; y porque era atacar la propiedad ajena.

Debe subrayarse el epílogo: abolidores de la esclavitud y esclavistas llegaron a una transacción sumamente significativa. El texto constitucional aprobado contenía esta sentencia a gusto de los dos bandos: “nadie ha nacido esclavo en Bolivia desde el 6 de Agosto de 1829”. Transacciones iguales fueron alcanzadas en todos los diferentes atingentes con los privilegios de la clase rica.

Estaba naciendo así –insuflada por las teorías políticas europeas– una nueva casta directora. La antigua le oponía resistencia tan solo por el hecho político-demagógico de que enarbolase como cartel de clase, llamada a conducir el Gobierno, nada menos que los principios liberales anglo-franceses. Esta aversión traducía en sus remotas equivalencias el sentimiento secular del coloniaje español siempre opuesto a las pretensiones galas e inglesas de colonizar América. En el mundo de los intereses, como se ha visto, la vieja y la moderna oligarquía transaban. El común objetivo de sus propósitos –ejercer dominio sobre el país– hízoles, andando el tiempo, abrazarse y fusionarse en el seno del mando. La nueva clase directora, profesante de una teoría político-económica extraída a la Francia burguesa de mediados del siglo XIX, sustituyó luego a la casta realista. En el hecho, los dos grupos obedecían al mismo espíritu colonial. Gobernar a estilo de la Corona española o a usanza del Estado constitucional francés o británico significaba, de todas maneras, someter el país a un régimen extraño. Dicho de otro modo, significaba sujetar un pueblo de aborígenes americanos al imperio de las leyes de Europa. Los gobernantes y los legisladores de Bolivia no suelen percibir que la sola adopción de una estructura política extranjera invalida la libertad y la soberanía del país que la adopta. En la práctica, importa ello negar a la nación el derecho de constituirse a sí misma. No hay, en efecto, Estado alguno que hubiese construido su grandeza a base de instituciones copiadas de otro. “El Gobierno que se dé a la República –dijo Bolívar– debe estar fundado sobre nuestras costumbres, sobre nuestra religión y sobre nuestras inclinaciones, y, últimamente, sobre nuestro origen y sobre nuestra historia”. Pensaban todo lo contrario tanto los republicanos europeizados cuanto los colonizadores monárquicos.

Con leyes traídas del Viejo Mundo querían eliminar el origen y la historia del país.

Los acontecimientos posteriores a la "restauración" prueban que la capa letrada renunció entonces virtualmente a su propio destino. Correspondíale, en efecto, hacerse voz y pensamiento de la nacionalidad prosiguiendo el ritmo de afirmaciones bolivianistas de Santa Cruz y Ballivián, de suerte que estas afirmaciones alcanzaran rango de norma de conducta para nuestra vida pública. Era misión suya crear –a base de la aleccionante experiencia crucista-ballivianista– fórmulas políticas de orientación realmente boliviana para el pueblo, como iban creándolas en sus respectivas comunidades los intelectuales argentinos, brasileños y chilenos. Los nuestros preferían, con un utilitarismo propio de la Colonia, consolidar solamente la existencia y los privilegios de la casta. El sentimiento nacional reaccionaba a esa misma hora en otros países afeando los vicios oligárquicos. "Si no he dado a la patria una fortuna –escribió, por ejemplo, Alberdi en la Argentina– como se la dieron Bolívar, Martín Rodríguez, Portales y tantos otros, tampoco he ganado millones a la sombra de sus banderas".

Eludiendo los doctos de Bolivia fijar el rumbo auténtico de la nación y conducir al pueblo por tal rumbo dejaron a la bolivianidad literalmente decapitada. La masa popular, así desprovista del ánimo que debía conducirla, sumióse en un largo colapso. Tan solo sus potencias existenciales inconscientes pudieron manifestarse desde entonces en convulsiones y sacudidas inciertas. El anhelo de ser de la nación, anhelo que reside en la masa y que es indestructible cual esta, pretendía incorporarse así, como un cuerpo descabezado.

El fin de la "restauración" señala, como ningún otro hecho del pasado, la naturaleza interior y exterior de la contienda entre coloniales y nacionales. En aquella oportunidad se demarcan, quizá por primera y última vez en el curso de nuestra historia, inequívocas e inconciliables las dos tendencias. El fenómeno comienza a tiempo en que la corriente colonial se transforma de conservadora española en liberal franco-inglesa. Diríase que el pueblo –sustancia perenne del sentimiento boliviano autonomista– vislumbró en tal hecho una nueva negación de la nacionalidad y acaso el peligro de que el espíritu colonial se afirmara por siempre en el mando. Antes de constituirse en definitiva la nueva clase dominadora –como si la

conciencia boliviana quisiese impedir la consolidación de aquella–, reaccionó la masa popular contra la actitud extranjerista de los letrados, y en defensa de los ideales de emancipación nacional. Aquel movimiento recobró las posiciones del poder, personificándose vigorosamente en Belzu.

Drama

La desesperación no escoge los
medios que la sacan del peligro.

Bolívar

I

Un periodista publicaba, en el ocaso del Gobierno de Velasco –Gobierno de la restauración–, estas significativas palabras:

> Pobre periodista! Si ataca los abusos de los mandatarios, y pide garantías para el débil, entonces cae sobre él todo el peso de la desconfianza, y los que lo impulsaron, en vez de darle ayuda lo ven riendo hundido en una cárcel, buscando un escondite, o mendigando el pan del extranjero. Pero, si elogia imparcialmente un acto de justicia, entonces es el menguado palaciego que se vende, aun cuando su pureza haya sido hasta entonces proverbial. ¿Qué hará en tan duro trance el cuitado?

El periodismo carecía, cual se puede ver, de una sincronizada vinculación con el espíritu público, aun cuando no se desempeñara solamente como órgano publicitario de las fórmulas teóricas y abstractas inspiradas en lo extranjero. La paralogización de aquel periodista reflejaba en síntesis el desconcierto reinante en la colectividad toda. Ninguna conducta parecía concordar, dentro de esta, con otra, pues habíase perdido la línea de la conducta general. Esta incertidumbre, esta inorientación imprimen a tal época una gran semejanza con el drama. El acontecer intempestivo y la perplejidad humana tejen, como en el drama, la urdimbre contextural de aquel tiempo. Vivieron entonces la multitud y el individuo dramáticamente porque actuaban sin deliberación y enredados entre los hechos que ante ellos irrumpían de súbito.

La prensa no tenía, según parece, mayor parte en la consumación de los acontecimientos. Lo está diciendo aquel periodista a quien acribillan las consecuencias de los hechos en que interviene. Fácil es ver que el papel impreso no promueve esos hechos ni logra encauzarlos. El apremio y la incompasión del público respecto

del hombre de prensa muestran a su vez la conciencia colectiva insumisa con el periodismo y mal servida por este. Prueba todo ello que la imprenta era incapaz, en aquella hora, de influir sobre el proceso histórico del país, a no ser por acción refleja.

De modo pasivo, en efecto, su acción casera tuvo un sentido estimulante. Cuando eludía preocuparse de los problemas extraños al país, lograba, en su simple tono doméstico, acicatear los bandos al encuentro, al choque. Así ejercía una función que parece cosa del fatalismo con que el proceso histórico arrastra la suerte del pueblo hacia las soluciones inevitables. La masa social, vale decir, la conciencia colectiva, fue atraída al radio de los hechos por estas no previstas incidencias, por estas genéricas provocaciones periodísticas expuestas en un lenguaje ya comprensible, en el lenguaje violento, enconado y cruel que entonces parecía más acorde con el estado psicológico de la colectividad carente de directores, que es como decir carente de esperanza.

Por último, se llega a la crisis. El motín contra Velasco arrastra una ola inmensa de apoyo popular. Diríase la reacción del sentimiento de la nacionalidad que pugna por situarse de nuevo en el poder. De todas maneras, el hecho constituye una réplica de la masa a los cultos extranjeristas. Los clamores de libertad e igualdad voceados por la prensa en nombre de los europeos principios liberales, toman esta curiosa expresión: los oprimidos responden a la prédica y la ejecutan, prescindiendo en absoluto de los predicadores. Más bien siguen al General Belzu que ha derrocado a Velasco mediante un pronunciamiento de las fuerzas armadas.

El hecho demuestra algo inusitado, pero clarísimo, que consiste en que, por primera vez, el pueblo sin conductores intelectuales, reacciona en defensa de su destino histórico, evitando la ruta que la clase docta pretende señalar a los acontecimientos. Dicho con otras palabras: la masa rehúye obedecer las consignas teóricas de los letrados y se apega al hombre que actúa en el mundo de los hechos. Comprende, al parecer, hacia qué lado quedan las verdaderas garantías del interés nacional, pero sabe o siente con certeza que la bolivianidad existe solo en el mundo de los hechos, y que la teoría es, en este caso, lo extraño y tal vez lo opuesto a la bolivianidad. El pueblo no cede, como podría sospecharse, a la atracción que irradia

la fuerza militar acaudillada por Belzu.[22] Se aproxima a este porque intuye en él a un ejecutor del ideal que mueve perennemente al pueblo a realizar su propio destino. Es el ideal de la *polis*, del que Isócrates dijo que lleva consigo la maldición de no poder morir.

No ignoraba el nuevo caudillo que este apoyo popular deferido a la revolución traducía algo más que un gesto cínico de la plebe. Fue sin duda el primer hombre que en Bolivia percibió el más importante fenómeno social generado por la guerra de la Independencia, esto es, la intervención directa de la clase popular en la vida pública. "De este nuevo factor político los hombres ilustrados no sabían nada", como ha dicho Sánchez Reulet en *Panorama de las ideas filosóficas de Hispanoamérica*. Mucho después de fundarse las repúblicas, los doctos indoamericanos creyeron que esta presencia operante de la masa era "la hidra de la anarquía". No percibían que con ella se expresaba la emancipación psicológica de los oprimidos, su definitiva liberación del dominio espiritual que sobre ellos ejercieron por largo tiempo los prejuicios y los hábitos institucionales del coloniaje. Por eso, constituida en un nuevo personaje histórico, en un nuevo actor dentro del escenario político, apareció la masa como debía aparecer fatalmente tras de la etapa Santa Cruz-Ballivián, etapa en la cual fueron extirpados los cercos que, como últimos vestigios coloniales subsistentes en los planos de Gobierno, vedaban la vida pública a las clases humildes.

Irrumpía, por lo tanto, el pueblo en el coto político, no solamente porque se sintió libre de hacerlo, sino a espoleo de sus propias necesidades, pues la ajenitud observada por la clase culta respecto de los intereses populares requería la guarda de tales intereses por los mismos nativos. La aparición de la masa en el terreno antes reservado a la capa directora explica enteramente que Belzu relacionara la revolución con esta imponente nueva fuerza social en vez de

---

22 "La plebe de ese tiempo, que se había educado en las contiendas de la independencia, no conocía el miedo a la otra casta congénere, la casta militar salida de sus propias entrañas", dice Alberto Gutiérrez en *El melgarejismo*. Sin quererlo quizás, el autor distingue así las dos entidades en lucha: la masa popular que Gutiérrez llama "plebe", integrada por los bolivianos desposeídos: civiles y soldados; y la clase pudiente que se cultiva en caldo extranjero. Es muy interesante el proceso que *a posteriori* sigue esta división del conjunto social, reafirmando siempre las indestructibles fuerzas vitales de la bolivianidad, ya que la clase dominadora y europeísta encuentra a menudo sus dirigentes militares en las capas inferiores.

relacionarla solo con el Ejército, y aun a trueque de enfrentarla con este. Hay un documento que así lo evidencia. Cuando los jefes del Ejército hicieron saber a Belzu que le habían designado Presidente de la República, este condenó duramente ese acuerdo:

> El paso escandaloso que acabáis de dar –dijo a sus compañeros de armas–, proclamándome Jefe Supremo del Estado, es una mancha con que habéis empañado el brillo de la hermosa causa de la Libertad y de la Ley, de la causa de los pueblos contra la tiranía del usurpador.

Este documento inserto en el número 11 del periódico *El Grito de la Libertad* no figura en página alguna de la historia escrita de Bolivia, sin embargo de la importancia que reviste como índice de los caracteres asumidos luego por el Gobierno belcista.

La prensa redujo en mucho las equivalencias históricas de aquella actitud del caudillo, sin percatarse de que ella valía casi por una declaración de principios:

> ¿Puede creerse –dijo un periódico sobre el tema– que un hombre lleno de pasiones, como todos los vivientes de la tierra, haya sido capaz de despreciar un puesto tan elevado, tan apetecido por todos, que llena las aspiraciones de muchos y hasta les hace perder la cabeza? ¡Que no se haya infatuado, después de estar convencido que no queda uno solo que pueda hacerle oposición! ¡Que ha sufrido tantas privaciones y fatigas, y cuenta con cuatro mil brazos, defensores de su persona y voluntad! ¡En verdad imposible nos parecería, Ciudadano General, si no tuviéramos a nuestra vista la proclama de reto que habéis dirigido a esos soldados beneméritos, fascinados por un instante!

II

El belcismo es casi una represalia de la conciencia nacional por el abandono que de ella hicieron los ilustrados. Es también una reacción del sentimiento boliviano contra la tendencia que pretendía dar a la República una estructura incoherente con las realidades nacionales. Fúndase en estos caracteres, de todos modos, cualquiera que sea la interpretación que de él haya hecho la historia escrita del país. La verdad es que el Gobierno de Belzu implica la más rotunda afirmación bolivianista, ya que en la etapa a que corresponde predomina en nuestra vida política lo mestizo; aquello que por sí mismo, y aun huérfano de teoría, significa una orientación concreta frente al espíritu clasista que reclama el mando en nombre de la

sangre española, vale decir, de la sangre extranjera. Parece, por lo tanto, más que antojadizo, tendencioso, el supuesto de que Belzu buscara el apoyo del pueblo a instancias de su ambición y a precio de concesiones y dádivas vergonzosas.

> Las masas populares han hecho oír su voz y desempeñado su rol espontáneamente –dijo al respecto, con lealtad, el caudillo en 1855–, han sofocado revoluciones y combatido por el Gobierno constitucional. La aparición de este poder formidable es un hecho social de eminente trascendencia.

Aunque fuera enemigo mortal de Ballivián y adversario personal de Santa Cruz, lo cierto es que Belzu resulta el continuador de ambos, por su obra de afirmación nacionalista. Cuanto los dos primeros hicieron en tal sentido con las armas, el vencedor de Yamparáez lo hizo en el campo de las luchas civiles. Exaltó la bolivianidad, no la chusma, porque la bolivianidad auténtica se encarnaba en las clases populares antes que en la capa letrada, tal cual se ha visto.

La prensa belcista fue más afortunada que su predecesora. Poseía una orientación definida y su actitud crítica era condenatoria para con el periodismo de los inmediatos días anteriores. Rastro es ese del sentido revolucionario que la nueva publicidad alentaba. Decía ella lo siguiente sobre el particular:

> Las ideas más perniciosas y dañinas son las únicas que se han vertido en los periódicos, y se ha desmoralizado a la sociedad. No se ha escrito sino lo que ha halagado al Jefe, ni se han emitido otras opiniones que las que han servido para justificar sus avances […]. Tales han sido la prensa y la libertad de imprenta: adulación al Poder, y sátira y mordacidad contra el ciudadano. Concluyamos: Si la prensa se ha de convertir en la servil aduladora del mandatario o en la cruel detractora del ciudadano, vale más que ella no exista.

Perfilóse bajo el Gobierno de Belzu la línea divisoria de las fuerzas políticas beligerantes. Por oposición al caudillo popular, y muerto ya el grande Ballivián, los ilustrados hacían culto de bandera con el nombre de este. Su periódico procuraba injertar el prestigio guerrero del héroe ingaviano en la cepa oligárquica y española de los corifeos aristocratizantes que le derrocaron.

> Acostumbrados –decía– al ruido de las balas, solo el clarín nos alienta; solo el sonido de la trompeta nos vivifica; solo el resplandeciente brillo de las bayonetas nos alegra. Ocupados constantemente de

> nuestra libertad y de la seguridad de nuestros derechos imprescriptibles [...]. Y como dignos hijos de los intrépidos gigantes de Castilla y Granada, a la par que guerreros, queremos también ser hombres libres.

La prensa de Belzu –contrariamente a la de Ballivián y a la de Santa Cruz– podía interpretar con suma explicitud el valor histórico del régimen. He aquí uno de sus juicios relativos al Parlamento, juicio que permite medir la precisión conceptiva alcanzada por aquel periodismo sin gafas europeas:

> ¿Pero a qué podemos atribuir –decía sobre ello una hoja belcista– los pocos bienes que los Congresos han hecho? Muchas son a nuestro concepto las causas que han producido este resultado, y de las que nos ocuparemos muy ligeramente. Educados durante tres siglos, por un Gobierno despótico y altamente aborrecedor de la civilización, hemos debido haber recibido máximas análogas a nuestras circunstancias de entonces. Nuestros hábitos, nuestras costumbres, por otra parte, tampoco han podido dejar de ser las costumbres y los hábitos del esclavo, que jime bajo el yugo que la impusiera el más bárbaro de los abusos.
>
> Destruidos en América los Gobiernos –agregaba, señalando las verdaderas raíces del incurado malestar boliviano–, pero no el *Godismo*, valiéndonos de la expresión de un autor contemporáneo, han estado en lucha desde la independencia, el principio democrático y todas sus esperanzas, con el monárquico y sus preocupaciones. El resultado de esa lucha tenaz aún no podemos conocerlo. Mientras tanto, nuestra sociedad ha sido gobernada por la preponderancia de un reducido número de hombres de las viejas jeneraciones, que desgraciadamente han ejercido siempre una fatal influencia en los consejos del Gabinete, en las Cámaras Lejislativas y en la Majistratura. Ellos son los que se han creído con derecho para pensar por los demás, a quienes no han considerado sino como instrumento. Bajo semejante orden de cosas, imposible es que los Congresos pudieran haber hecho nada bueno, sino es en favor de esos aciagos oligarcas.

Es imposible desconocer la exactitud y la transparencia de semejante análisis. De su histórica certeza responde el hecho de que entonces, igual que en nuestros días, la bolivianidad lucha contra una casta voraz e insaciable que explota la patria sujetándola a servir a extraños intereses. Fácil es, en efecto, para la conciencia pública de hoy día, identificar las posiciones del belcismo frente a las de la oligarquía europeísta, como las posiciones que conservan ahora las fuerzas políticas nacionales frente

a la política servicial para con el extranjero. La propia historia escrita de Bolivia que anatematiza a Belzu puede homologar sus términos con los de la prensa contemporánea que execra todo intento de emancipación económica de la patria. El sentido bolivianista y antiextranjero del belcismo hizo en su tiempo lo que podría hacer en el nuestro una administración que desconociera los fueros de la plutocracia imperante sobre el país.

Cabe aquí repetir que el dispositivo de las dos grandes tendencias históricas, cuya pugna se hilvana al correr de la historia de Bolivia, enfrenta a menudo el Parlamento con el Gobierno. Los enfrenta sobre todo cuando el Poder Ejecutivo se encuentra en manos de las fuerzas nacionales. La corriente colonial actúa entonces desde el Legislativo. Ya se ha dicho que este es, a partir de los iniciales momentos republicanos, baluarte exclusivo y perpetuo de la oligarquía. Debe esclarecerse, no obstante, que la conducta parlamentaria respecto del Gobierno –inclusive cuando este se declara enemigo de los intereses oligárquicos como en épocas de Santa Cruz, Ballivián y Belzu– alcanza en todo tiempo los mayores extremos de la sumisión.

A tal circunstancia debe su consagrado renombre el servilismo legislativo. Es pueril asignarle –cual se le asigna por ciertos historiadores– valor de expresión psicológica nacional, puesto que el Parlamento no es en sí un concentrado índice de la nación, por ser más bien la entidad representativa de la clase antinacional, esto es, de la clase espiritualmente europeizada. Así, la docilidad y la obsecuencia congresales, más que traslucir disposición psicológica alguna, constituyen por sí mismas un hecho político. Ellas aseguran el *modus vivendi* en que el espíritu colonial se protege cuando pierde sus posiciones de mando. Rendir pleitesía y obediencia al Gobierno importa en este caso, para la casta pudiente, nada menos que conservar en sus manos el Poder Legislativo como instrumento protector de la economía oligárquica. Mediante él resguarda sus intereses de clase imponiendo en el país las leyes que legitiman y hacen sagrados tales intereses. La incondicionalidad parlamentaria es el medio con que se asegura la subsistencia de la institución legisladora, cuyo aniquilamiento sería fatal para la capa adinerada. El Congreso encorvado bajo el Presidente de la República asume con esa postura un gesto cristiano de abnegación en defensa de los privilegios coloniales. Habla de ello la propia elasticidad con que el acatamiento congresal se acomoda al temple del Gobierno; a mayor

poderío del Ejecutivo mayor servilismo del Legislativo. Esta es casi una ley de relación entre ambas entidades.

La conducta parlamentaria se acusa, en el hecho, como un usual recurso táctico. Es el que emplearon los exrealistas durante el Gobierno del General Sucre. Tácitamente lo denunció Bolívar al reconocer que "a los enemigos no se les engaña sino lisonjeándoles". A fuer de eficaz, el procedimiento se hizo insustituible para los legisladores colonialistas. Una vez caído el gobernante, la servidumbre humilde a él ofrecida se trocaba en malvado y terrible furor contra él. Este hecho indica los tácticos alcances que los congresales atribuyen a su comedimiento con el oficialismo. Su agachada actitud es transitoria y dura estrictamente lo que dura el Gobierno.

III

La prensa de Belzu hablaba al pueblo en términos de suma claridad. A tal causa debe imputarse el inmenso poderío político alcanzado por el caudillo de las masas y, particularmente, el poderío político de carácter civil, que le hizo invencible. Imprentas nuevas fueron distribuidas en toda la República. Editábase en ellas no periódicos partidistas únicamente, sino hojas difusoras de conocimientos útiles destinados a fortalecer y elevar la conciencia de las clases populares. De tal época son los títulos –evidentemente desusados antes y después en la nomenclatura de la prensa– que marcaban la índole especial de ciertos papeles impresos. Así, *El Cholo*, *El Patriota*, *La Voz del Pueblo*, *El Látigo*, *El Anatema Nacional*, *El Artesano de La Paz*, *El Minero*, *El Cóndor*, *El Amigo del Pueblo* se editaron en Chuquisaca, Oruro, Santa Cruz, La Paz, Cochabamba, Tarija y Potosí.[23]

23 Los títulos indicados figuran en el catálogo de Gabriel René Moreno. Sobre las posibilidades que el Presidente Belzu dio a la publicidad impresa, *La Época* de La Paz hizo entonces interesantes revelaciones como la que sigue: "Convencido el Gobierno de que la libertad de imprenta es el medio más seguro de llevar a cabo la misión que aceptó de los pueblos, ha procurado establecerla en todas las capitales de departamentos, que carecían de este recurso, Potosí, Oruro y Tarija no la tenían: hoy las capitales de estos tres Departamentos poseen una imprenta costeada por el Gobierno. La mayor parte del año anterior ha subvenido también a la publicación de *La Verdad Desnuda*. En la capital de La Paz, ha sostenido de igual modo los dos diarios de *La Época* y *El Prisma* y en la de Cochabamba el que bajo de diversos títulos se ha publicado

La multiplicación de estos órganos de publicidad revela que el belcismo pretendía sostenerse en el poder con el apoyo consciente de la masa. A ese fin orientaba sus campañas aquella prensa. El indio y sus intereses la preocuparon frecuentemente. El papel público hizo entonces notoria, por vez primera en Bolivia, la sensibilidad indianista con un sentido económico y político civilizadores. Fue a propósito de la abolición del monopolio de harinas, monopolio con que se enriquecía un potente sector de hacendados y comerciantes. Belzu puso fin a tal negocio descargando un verdadero mazazo en la nuca de la oligarquía. La antecedente campaña de la prensa belcista señala otra de las causas por las cuales el colonialismo herido en su lucro abominó y aún abomina de Belzu:

> Parece que entre nosotros –decía uno de su artículos–, el infeliz indio hubiese sido condenado por la naturaleza a no tener sobre la tierra otra misión que la de sufrir y padecer sin gozar jamás de nada. No existiendo entre ellos y nosotros una verdadera sociedad, puesto que no hay igualdad de derechos y de obligaciones, se creen y los consideramos como seres de distinta especie!
>
> Conquistado en América el principio republicano, después de una tenaz y prolongada lucha, eran de esperarse grandes mejoras en todas las clases de la sociedad, pero desgraciadamente no ha sucedido así. El indio es hoy con poquísima diferencia lo mismo que era hace trescientos años ¡quién lo creyera!
>
> Apenas ve el infeliz indio la luz primera, cuando principia a sentir el peso de su malhadada existencia. Poco tiempo después consagra toda su vida al cultivo de tierras que no le pertenecen, al cuidado de ganados y propiedades que no son suyos, y al aumento de todo género que ha regado con su sudor y sus lágrimas, para no participar sino lo muy necesario para no morir de hambre…
>
> ¿Hasta cuándo pues esta infortunada raza permanecerá condenada a tan degradante abyección?
>
> Dispénsese siquiera una protección decidida al trabajo del indio; que no esté sujeto él a los caprichos de los que quieren vivir a expensas de las lágrimas y de los desgarrantes gemidos de esos infelices…

---

en el año anterior. *El Republicano* de Oruro ha sido costeado por el Gobierno, a más de haber comprado la imprenta para aquel departamento. Al de Tarija, cuyos habitantes hicieron repetidas reclamaciones por medio de su Prefecto, se le proporcionó otra, que hoy sirve a la publicación de *El Telégrafo* sin gravamen de los fondos públicos”.

Es durante el periodo gubernamental de Belzu que, sin lugar a duda, la imprenta influye más a fondo y más enérgicamente en el proceso histórico de la patria. Sea como fuere que la historia escrita de Bolivia juzgue a tal Gobierno, el hecho inconcuso es que la prensa de aquel tiempo, aparte de haberse desenvuelto libremente, y tal vez por eso, abarcó un extenso radio nacional de acción y alcanzó gran hondura en la conciencia de las clases humildes. La libertad de pensamiento se hacía posible entonces a mérito mismo de la solidez con que el apoyo popular avalaba al Gobierno. La influencia de la publicidad sobre dicha etapa de nuestro proceso histórico muéstrase por lo tanto no solo probable, sino de un vigor que el periodismo nacional jamás había podido irradiar hasta ese momento.

Así se consolidó virtualmente la institucionalidad patria durante diez años. A la publicidad, en efecto, debió el Presidente Belzu la honda fe que su obra política despertaba, ganándola día por día en el pueblo, hasta asegurarse una estabilidad que el motín no pudo quebrantar nunca. A la hora en que el Ejército, la clase letrada en su mayoría y la gente rica hostil a Belzu pretendieron su derrocamiento, la conciencia popular amparó y salvó al Gobierno en forma impresionante. El enorme poderío que ella es capaz de emplear en la defensa de sus intereses exhibióse a plenitud en ese evento. La imagen objetiva de este ha sido perpetuada por la prensa que interpretó además, con suma agudeza, los alcances políticos y sociales del extraordinario suceso:

> Agraviados por Belzu –dijo entonces *La Época*–, se rebelan contra él en La Paz; favorecidos por Belzu, cañonean a los de Belzu en Oruro; empleados por Belzu, proscriben a Belzu en Cochabamba. En menos de tres días estallan estas tres sediciones: era el objeto distraer, fatigar, consumirlo entre fuegos diferentes; Belzu dominaba la opinión; levanta sus ejércitos de pueblos en masa; los amotinados son arrollados por el pueblo omnipotente, que sacia su furor y venganza en las propiedades de dueños que no pudieron encontrar para despedazarlos. Si el robo hubiera dirigido esos motines o represalias, las casas de comercio y las casas de otros ricos hubieran sufrido. El instinto del pueblo fue igual en Oruro, Cochabamba y La Paz; fue su juicio infalible y limitado a sus principales enemigos. La moral pública irritada castigó y escarmentó tantas combinaciones inmorales.
>
> ¿Cómo ha peleado el pueblo por su libertad? Como ningún ejército, como ningún pueblo en ninguna parte. ¿Cuál ejército tomó una fortaleza sin largo sitio o artillería de grueso calibre? Ballivián ni

> pudo ocupar la de Oruro con tres mil hombres de todas armas en 1839. El pueblo de Oruro se abalanza desnudo sobre muros, metrallas, cadáveres y cañones, su asalto sin lanza, coraza, ni fusil no tiene ejemplo en la historia militar. ¡Qué pueblo, qué causa, qué fanatismo para defenderla, morir y vencer!
>
> Los menestrales de La Paz, Oruro, Cochabamba como si hubiesen combinado medios de resistencia y defensa común gritan ¡viva Belzu! al frente de las tropas armadas que publican su bando de traición; estas responden con bala y aquellos con piedra, trábase la lucha por algunos días en las ciudades referidas: el cañón, lanza, pistolas, fusil, balas, arte militar, fortaleza, caballería, el orgullo del soldado y el despecho de los rebeldes sucumben ante el pueblo indignado, implacable, perseverante en la lid. Sin barricadas, como los franceses, sin armas ni municiones que estos proporcionan fácilmente en las maestranzas, salas de armas y del comercio; los pueblos de Bolivia ofrecen en los combates contra la fuerza rebelde el espectáculo más extraordinario. Cuando la fuerza prevaleciese por algún tiempo, sucumbiría finalmente por la guerra de recursos. ¡Qué soldado resistiría por algunos días entre hambre, fatigas continuas, insomnios y peligros instantáneos de morir despedazado o de pura consunción! El pueblo ha entrado en la posesión de sus derechos, en el conocimiento de su bienestar, ha ensayado sus fuerzas y conoce su poder. ¿Quién le dominará? Solo el que sea de su voluntad y le gobierne con justicia y bondad. El Jeneral Belzu parece que llena estas condiciones cuando los pueblos en masa lo sostienen con su sangre.

Se explica el irrestañable encono que esta acción defensiva popular despertó en los vencidos. A ese encono impotente adeuda el belcismo la terrible fama que, como uno de los más errados prejuicios históricos, mencionan a menudo historiadores y políticos, identificando el Gobierno de Belzu con una ominosa y grosera dictadura de la chusma. Cabe, de pronto, preguntarse en cuál pueblo de la tierra y en cuál momento de la historia pudo jamás la chusma, como chusma, sostener ningún régimen político frente a las fuerzas armadas. “Belzu creía de buena fe –ha escrito Sotomayor Valdez– haber levantado, al terreno de la dignidad del ciudadano, las masas populares y dado con ellas un inmenso empuje a la democracia”. El hecho de que las masas aplastaran las revueltas antibelcistas comprueba por sí mismo que el caudillo había inculcado en el alma del pueblo nociones de dignidad y de derecho suficientes para que la llamada plebe actuase con el espíritu de sacrificio y la lealtad, y con el coraje ilimitado, que demostró en la defensa del orden. Es de mucha importancia, para

el juicio histórico, esclarecer que, durante la administración Belzu, la masa popular –o la chusma, usando léxico de tono distinguido– garantizaba la paz pública mientras que las clases cultas urdían los motines y los cuartelazos.

La institucionalidad, consolidada entonces por el apoyo del pueblo que se declaró su custodio –mostrándose más fuerte que todos los intereses de clase puestos en juego para destruir el orden–, pudo haberse asentado en definitiva con Belzu. Las gentes letradas y las de dinero lo impidieron mediante el motín, atropellando todos los títulos democráticos en que descansaba el régimen. Quebróse la normalidad constitucional de este modo, hallándose Belzu fuera del país, precisamente a poco de que, por primera vez en la historia política boliviana, fuera decidida la sucesión presidencial mediante el voto de la ciudadanía. Sobrevino así lo inesperado, lo dramático.

IV

"La noche del 23 de abril –decía en 1855 un periódico de Cochabamba–, el General Córdova convidó a sus amigos a una cena. El patio principal de la Casa de Gobierno, con el más delicado esmero, había sido convertido en un elegante cenador. Jamás nuestros ojos vieron tanta gente decente reunida. Jamás habíamos creído tampoco que en Cochabamba hubiese un vecindario tan numeroso".

En aquella cena, Córdova, candidato presidencial que sucedería a Belzu, derribó teóricamente el régimen. Era el primero de los muchos jefes militares cuya incapacidad ha constituido la razón de su ascenso al mando supremo. Era un verdadero precursor de los presidentes –doctores y generales– convertidos por el poder en ejecutores de ajenos designios y en bravos comandantes de gendarmería que desde el Gobierno monta guardia celosa a los intereses de casta. No por su cuna humilde, sino por su ignorancia de las responsabilidades que corresponden a la función de primer mandatario del país, Córdova fue víctima del fatal deslumbramiento con que el contacto de la plutocracia perturba el alma del mestizo cuando este carece de dignidad. La clase alta, escarmentada en sus intentos motineros, acercóse a Córdova arriando banderas subversivas. Este hombre personificaba, según ella, al propio Belzu.

Aun el hecho de que fuese yerno del caudillo, haciéndole más identificable con este, aconsejaba a los derrotados la conveniencia de capitular ante el invencible régimen.

Córdova no percibió tales implicaciones. Estaba abrumado por su propia inferioridad. Rindióse a los vencidos con este brindis de entrega:

> Desde mis diez años, he consagrado mi vida al servicio de mi patria; pero si ella necesita aún de mí, ahí están mi existencia y mi espada; son las únicas ofrendas que puedo sacrificarle. Al militar solo toca afianzar la seguridad exterior e interior del país, a la inteligencia toca pensar, dirigir la marcha del Estado, al militar ejecutar este pensamiento, realizar esta dirección. ¡Brindo, señores, porque de entre los Bolivianos desaparezcan esos odios, porque se borren para siempre los dictados de Crucistas, Ballivianistas, Linaristas y Belcistas!

Dos años después lo derribó un motín. Linares, primer gobernante civil en la historia de Bolivia, tomó el Gobierno, aclamado por todos los vecindarios como un ídolo. Un periodista de los cultos describe con estilo propio la escena apoteósica, repetida en todas partes, diciendo que "la Capital del mundo no registra en sus páginas de oro el entusiasmo de los Romanos cuando coronaba a sus héroes, ni Esparta presenció nunca un espectáculo más sublime como el que Cochabamba manifestó al Ejército del pueblo".

Los dos años del Gobierno cordovista habían desencantado al pueblo. Aquella prensa recia y veraz del belcismo transformóse con Córdova en nuevo espejo de confusos panoramas extraños a la patria. El aflojamiento de la tensión en que Belzu mantuvo su partido, tanto como los personales anhelos de Córdova por enrolarse en círculos de pro, diluyeron aquel poderoso contingente de clase media que el belcismo aglutinaba como cuadro de comando para las masas. Los periodistas hechos en los campos de batalla de la prensa dejaron su sitio a aquellos que Córdova extraía de las filas "decentes e ilustradas". A fines de periodo, el más distinguido de estos escribientes procuraba contrarrestar la agitación pública mediante amonestaciones de una increíble puerilidad:

> ¡Artesanos! –decía reduciendo a un comino el tremendo conflicto– cuando se os diga que el Gobierno actual o, como otros, la Prefectura trata de dividir en varias secciones las orillas de los ríos y arroyos para arrendar a vuestras mujeres que van a lavar, no creáis. Cuando se os diga que la revolución os va a hacer ricos, que cada uno va a recibir una gratificación de ingente suma, no creáis.

Como en otras oportunidades, la inorientación periodística confluía a las playas del frente arrastrando hacia ellas los caudales del descontento. Linares, a fuer de tenaz y valeroso, creábase a sí mismo una imagen heroica en la conciencia colectiva. Pese a los periodistas de Córdova, esa "porfía en trastornar el orden público", porfía que le hubo "convertido en un insigne bandolero", concluyó por hacer de Linares el hombre de la esperanza para las propias masas. Las amonestaciones dirigidas al artesanado revelan cómo fermentaba la oposición al cordovismo en las clases humildes. Un periódico decía confirmativamente que en los barrios pobres circulaban pasquines impresos, amenazando "hacer una luminaria de la chacarilla de S.E. [Su Excelencia] el General Córdova y ofreciendo igual suerte a las casas de sus empleados".

Cuando Linares, amotinado victorioso, recorría Bolivia, tuvo un testimonio vivo del apoyo popular. Una hoja cochabambina relata cómo "en todo el camino de Quillacollo a Cochabamba se presentaron innumerables grupos de artesanos que desde la ciudad, abandonando sus talleres, habían corrido a alistarse en las filas del Ejército libertador". Sobre aquella ruta cuyo polvo incensaba a los vencedores, un hombre del pueblo tradujo el sentimiento con que este seguía al caudillo civil:

> Salió a medio camino, y tomando de la mano al Sr. Linares, le dijo: "Señor, no he tenido el honor de conocer su persona hasta este momento [...]. He oído que se defiende la causa de la patria y he salido a ella. He hecho todas las campañas de Bolivia, soy fundador de la Independencia, mis mejores medallas son las cicatrices de que está cubierto mi cuerpo. La poca sangre que me resta, estoy pronto, Señor, a derramarla por mi patria".

Esta actitud de la clase popular, favorable a Linares y contraria al sucesor de Belzu, resulta sumamente significativa como índice de la influencia y la función desarrolladas por el periodismo belcista en las masas. Hay que comprender que estas eran harto distintas de las de posteriores tiempos y que el Gobierno belcista no implicó para ellas un medio de saciar apetitos y de bastardo refocilamiento. Hecho sabido es que las gentes del pueblo no desempeñaban funciones públicas ni gozaban de subvenciones oficiales en tales días. Si hubiesen querido el poder como una simple gollería, habrían disfrutado de él acercándose al Presidente Córdova. La clase popular entendió más bien que el Gobierno era

el único instrumento capaz de hacer efectivo su innato anhelo de coexistencia con la nación, de salir de la mera servidumbre colonialista y ejercer sus derechos, incorporándose en la estructura político-social de Bolivia.

El ideal de la *polis* griega –realizar el propio destino– era el suyo, y lo imaginaba factible siempre que las clases nativas contribuyeran, perpetua y directamente, en la sustentación de la republicanidad nacionalista característica del periodo Belzu. Dicho de otro modo: la masa comprendía que, en esencia, el pueblo y la nación tienen un mismo destino. Por eso quería resguardar a esta con sus propias fuerzas brindándolas a Linares. Es tal concepción la que se trasluce vívidamente en el memorial que los personeros de la clase obrera de todo el país dirigieron al poder Legislativo en 1855, documento extraordinariamente lúcido en el que aparte de expresarse el ideal político del pueblo se hicieron proféticos vaticinios respecto del porvenir.

> Mañana –dijeron los obreros en aquella oportunidad–, al frente de un Gobierno recién creado, débil como que sale del seno de un apuro, un Jefe tomará un batallón y se proclamará Presidente, otro tomará un escuadrón, hará lo mismo; caudillos del interior y exterior se lanzarán sobre la arena; cada departamento tomará su partido, cada provincia se plegará a quien quiera, o se declarará independiente; se sublevarán las masas; tal vez el furor vuelva a colocar en sus manos el palo y la piedra, tal vez víctimas amontonadas sirvan de muro a las ciudades y pueblos; tal vez se ofrezcan cuadros horribles de que apenas sean una sombra las memorables escenas de marzo; tal vez, en fin, desaparezca la patria bajo los escombros de sus propias ruinas, o en pedazos mutilados vaya a formar humildes colonias a merced de los extraños… ¡Triste idea! Desgarradora imagen cuya funesta realidad la debemos tocar al día siguiente en que el Sr. General Belzu deje el mando de la República.

Fue la conciencia de las masas la que les hizo perceptible el desbarate causado por el cordovismo tanto en lo que a ellas mismas atingiera cuanto en lo que afectase a la tendencia nacional-popular alentada por Belzu. Buscaron a Linares, instadas por el anhelo de rehabilitar esa tendencia. Lo hacían con el instintivo acierto con que el pueblo se orienta por sí mismo en un sentido infaliblemente propicio a su defensa. Pero todo ello obedeció a un impulso deliberado y era como un fruto maduro de la conciencia que elaboraron los periódicos belcistas, dando a la masa cuando menos la noción

general de que su destino era inseparable del de la nacionalidad. La suerte del régimen linarista es, en el fondo, una ratificación palmaria de las causas y de las finalidades que tuvo aquel viraje de las clases populares hacia el caudillo civil.

V

Linares diríase el primer personaje de la etapa dramática. Es en sí mismo un héroe de drama. Su paso por los planos del poder efunde una atmósfera de sombras medrosas y de pálidas claridades, como las estancias en que se abrumaba la angustia de Macbeth. Vivió el apogeo de la victoria, el culmen doloroso y terrible del mando, y el perecimiento a manos de la traición agazapada entre los cortinajes de Palacio. Vagaba un dolor terrible por todos los ámbitos existenciales de Linares, encarnándose en la imagen de su hermana loca, inseparable compañera, ¡sombra!, del dictador. Un día, exhalada como un fantasma por los silenciosos recintos, llegó al despacho de Linares, y mirando a los ministros Fernández y Achá desde la lúcida inconciencia de su locura, les llamó traidores. Escena de Hamlet casi… El General Prudencio, muerto de un tiro en los balcones de la Casa de Gobierno, pagó con la vida su extraño y fatal parecido con el dictador. Todas estas son visiones shakesperianas de entre las cuales emerge la figura de Linares, fina y fría como el metal de acero.

Tomó el poder, hecho el más alto signo de la nueva clase directora, llevando impresa en el espíritu la fatídica imagen de la contradicción que lo aniquilaría. El colonialismo agónico de España y el liberalismo europeo apremiante e impulsivo en su juventud estaban posesionados de su conciencia. Aun esto es dramático en Linares. Reunía en sí las antítesis igual que la urdimbre del drama, sufriendo él mismo la proyección del conflicto como la sufre el público sobrecogido por el hálito emocionante de la escena. Así fue doble su padecimiento: el del actor que consuma un rol atroz y el del espectador a quien estruja la angustia de que es testigo. Su propia existencia era una expresión viviente de las energías contradictorias que crucificaron su ánimo en la tensión de los opuestos extremos, pues poseía el don de mando de un Cardenal Cisneros y la humildad incorruptible y jacobina de un

Robespierre. Su muerte, más que su vida, refleja el estrago de la lucha que reñían sobre su alma de patriota el señorío hispánico, del cual estaba impregnada, y el idealismo revolucionario y demoledor que le alentó en los 33 motines de su carrera política.[24]

Su filiación clasista había agostado en él hasta los íntimos brotes emocionales. Ella –leal, violenta, extremosa y sin cálculo, como lo fue todo en Linares– le hizo perder aquel poderoso apoyo popular que se le brindaba a los comienzos y que hubiera podido salvarle. Lo desdeñó él porque no podía dejar de ser un gran señor aun cuando solo gobernara con la modestia de un gran ciudadano. Hablaba del pueblo con acento de amo. “Por ahora hay descontento, pero es únicamente de parte de la canalla –escribía a Mariano de Sarratea–, estando la pensadora y sana cada día más satisfecha con el Gobierno”. Era esta misma clase “pensadora y sana” la que, a instancias de su egoísmo, alejó al dictador de todo contacto con el pueblo, abandonándole más tarde en soledad inerme. La verdad es que Linares perdió muchos de sus primitivos adictos –lo ha dicho un biógrafo suyo– porque no quiso otorgarles prebendas.[25] Nunca creyó en aquellas grandes verdades expresadas por Belzu: en esa “guerra inmoral de empleos y bienestar, que data desde la funesta época de la Restauración”; en esos letrados colonialistas que:

> no contentos con cuantiosas fortunas, y creyéndose absolutamente necesarios en todo orden de cosas, desean recobrar a toda costa sus antiguos puestos, y conspiran contra cualquier Gobierno que no crea necesarios sus servicios o que no tenga fe en sus talentos y virtudes.

Excluidos los anhelos populares –anhelos de emancipación y afirmación de la bolivianidad– que dieron fuerza y volumen amenazadores al movimiento linarista, es innegable que este carecía de todo móvil propiamente revolucionario. Su finalidad concreta

---

24 Tres días antes de morir –dice Walker Martínez– “porque no había dinero en casa no tomaba un pedazo de pan y de la pequeña fonda donde iba ordinariamente a comer lo habían expulsado por falta de pago… En una carta a Frías, Baptista habla de la muerte de Linares: “había sido enterrado en sección de comunidad… Una tierra digna de su infortunio: la tierra del pobre”.

25 “¿Acaso he sido como ellos (Achá y Fernández), hombre de aparcería? […]. ¿Los traidores y muchas otras personas no me oían que prefería quedarme sin un amigo, o que me clavasen el puñal, a constituirme en el gobernante del favoritismo?”, palabras de Linares en “Exposición que dirije a sus compatriotas”.

y última era el Gobierno. Linares lo tomó invocando tan solo sus títulos vicepresidenciales para suceder a Velasco, el presidente diez años antes destituido. En el hecho, la revolución hacía retroceder un decenio el orden político del país. El intento –dar actual vida al pasado– es por sí dramático y sitúa al caudillo en plena atmósfera del drama. Llegado al poder, queda el dictador frente al propio dictador, con la perplejidad en que se supone al hombre que vive el ayer debiendo vivir el mañana. Este anacronismo tiene su equivalencia en la revolución, cuyo seno enteramente hueco no abriga germen alguno para el porvenir. Linares mismo no pudo llamarla sino "hermosa revolución" porque estaba limpia de todo sello que la identificara política o ideológicamente. La fe, la devoción por ella suscitada en el país, tanto como su concavidad sin fondo, la hacen comparable con el cielo, pues a imagen de este, ella es un vacío en el cual caben todas las esperanzas innominadas. Su puro dramatismo sin finalidades, parece completarse en el ámbito desprovisto de rutas.

Pero "la revolución –lo ha dicho Bolívar– es un elemento que no se puede manejar: es más indócil que el viento". Linares, quien hubo despertado las impetuosas rebeldías nacionales, no alcanzó a conducirlas por el camino revolucionario ni a contenerlas en el área de la atonía oligárquica. Su principismo austero le hizo elegir el rumbo. Así formuló el dictador aquel programa –¡moralizar!–, programa exaltado y terrible, deshumanizado y metafísico. Tal era la síntesis en que se resolvían las contradicciones de la feudalidad y la burguesía acaudilladas por Linares hasta entonces. Ambas le parecieron insuficientes para consumar su creación de un Estado nuevo. Quiso erigirlo mediante la moral, haciendo que esta fuese norma viva de la actividad pública. Pasaba así de la ajenitud en que le mantuvieron sus convicciones extranjerizadas a los planos de la utopía.

El dictador del dogma ético se hizo de este modo un férreo enemigo de los intereses creados. Desconoció los privilegios patronales y el gamonalismo. La historia no señala una sola medida suya que pudiera sindicarle como a perseguidor de las masas. Aunque él no lo declarase, actuaba en la línea del sentimiento emancipador de la nacionalidad, en la línea del pueblo. Su anhelo de exaltación del país mediante la moral tuvo el mismo espíritu que el anhelo crucista de engrandecer a Bolivia mediante las

nativas fuerzas creadoras y heroicas. El mismo espíritu que el anhelo ballivianista de progreso y unidad nacionales mediante el férreo ejercicio del mando. El mismo espíritu que el anhelo belcista de emancipación y soberanía patrias mediante el fortalecimiento político del pueblo. No en vano el instinto popular había buscado a Linares frente a Córdova. No en vano le derrocaron sus ministros, afectos a la clase privilegiada e instrumentos de esta. La oligarquía –no la "canalla", como Linares llamaba a la masa popular– urdió y determinó su caída arrebatándole el poder que, en manos del dictador, habíase tornado arma sumamente peligrosa para la casta enriquecida. El golpe de Estado que se imputa solo a tres ministros de Linares redújose a ejecutar los designios de toda la clase pudiente, cuya conjura en la sombra hízose notoria con la ausencia total de los linaristas en el trance de la caída. Traicionaron o abandonaron al dictador en masa, a voz de consigna. Faltaba solo un hombre de altos prestigios que se pusiese a la cabeza del pueblo para restituir a Linares en el mando. "Frías no creyó prudente aceptar el estéril sacrificio… e impunemente se consumó el delito".[26] La mayoría de los letrados, en el Congreso de 1861, maldijo el nombre del dictador. Hay que puntualizar esto: Aspiazu, Valle, Quijarro, Cortés y Ballivián lo defendieron. Aquí otra ráfaga del drama: la clase baja siempre desdeñada por el caudillo se mantuvo en quietud y mutismo glaciales cuando el exdictador abandonaba, solitario e inerme, el Palacio Quemado. Le contempló luego en silencio, largamente, mientras aquel se alejaba, tal como si ya viese en Linares la cifra intangible del prócer que se sumergía en la historia. Mostróse, para su honra, más inconmovible todavía ante las incitaciones con que los "golpeadores" quisieron arrastrarla a pronunciarse por el nuevo Gobierno. "En medio del silencio profundo y el respeto del pueblo que se agrupaba a su paso contemplando atónito el suceso, salió de La Paz seis días después de su caída". Era la última visión dramática, tal vez no puramente shakesperiana: del poder a la muerte. Algo más bien como un tema de O'Neill: escena veloz del drama de la América mestiza.

---

26 El dato pertenece a *El dictador Linares* de Carlos Walker Martínez.

VI

La prensa… "quién sabe si a la larga sepulte en un abismo a nuestros pueblos", dijo Linares, derrocado y en el exilio. A principios de su Gobierno, concedió al periodismo cuanto este necesitara de la ley para desarrollar su función dentro de la comunidad. Casimiro Corral saludaba el hecho en estos términos:

> Ya estamos en posesión de ese instrumento formidable que puede dar vida o muerte a una Nación: la prensa libre. No olvidemos pues que la prensa "Debe ser justa en su severidad y grave, digna e ilustrada en sus acusaciones, polémicas y fallos". Por fortuna pasaron aquellos tiempos de vergonzosos recuerdos para nosotros: aquellos tiempos en que la prensa era el teatro de verduleras, la tribuna de la inmoralidad, de la presuntuosa ignorancia, y de la más lamentable impudencia. El decreto de 29 de marzo último, que al proclamar la amplia libertad de la prensa, ha impuesto solamente la prohibición del anónimo para toda clase de publicaciones, no tiene otro objeto que arrancar la máscara al que con oculta mano asesta el puñal, muchas veces al mismo amigo, a la inocencia o a la virtud.

La primera gran victoria del periodismo linarista consistió en crear un sentimiento colectivo de odio hacia el belcismo. Cooperaron en tal tarea casi todos los intelectuales de la clase directora. Aquella publicidad compacta y unánime que condenaba al Gobierno Belzu ha generado el prejuicio histórico más consistente de cuantos figuran en la versión escrita de nuestro pasado.[27] No puede, por lo tanto, desconocerse que la prensa cubrió entonces el perímetro total de la conciencia opinante, fijando con real solidez un concepto de gran influencia más tarde en el proceso histórico de Bolivia. El resultado efectivo de aquella campaña se debió, en todo, a las exactas concomitancias que la publicidad mantuvo con

---

27 Fruto de ese prejuicio malévolo, a sabiendas elaborado por los intelectuales de la oligarquía boliviana en la época linarista, es el error en que la opinión continental se mantiene todavía respecto de Belzu. Hasta en *Historia de la literatura americana* de Luis Alberto Sánchez, léese, por ejemplo, que "Belzu fue presidente en 1848 y se caracterizó por su dureza rayana en la ferocidad". El gran polígrafo peruano se hace eco de la historia escrita de Bolivia, como era inevitable, pues ella ha creado el Belzu feroz y carnicero. ¿Hay, empero, un solo acto del caudillo que confirme la tal fama? No lo hay evidentemente. La probidad insospechable, la caudalosa información libresca y el fino sentido histórico de que es producto la obra de Sánchez han sido burlados por la maestra falsificación hecha en Bolivia con el belcismo.

los intereses genéricos y permanentes de la clase distinguida. Fue acaso la sola vez que el periodismo de Linares logró tan completo y definitivo éxito. En otras emergencias, careció de la misma fortuna. Es verdad que nunca más pudo concordar de tal manera sus manifestaciones con los intereses a que estaba afecta.

Hay que anotar como causa de ese posterior desacomodo, la interferencia del cultismo extranjerista en los periódicos de la época, interferencia con que los letrados influían desde afuera sobre la prensa. Quiere decirse que la gente para la cual se escribía estaba más impregnada aún del espíritu foráneo que el periodismo. Puede atribuirse el hecho, por lo menos en parte, a la libertad de imprenta concedida en un comienzo por Linares. La publicidad enemiga del régimen abrió fuego muy vivo sobre la del Gobierno, forzándola a consagrarse por entero a la menuda controversia casera. Le hizo imposible, como se comprende, ocupar sus columnas con otro material que el de combate. Este abandono de las preocupaciones de buen tono, esto es, de los comentarios europeos, envileció a la prensa en concepto de los doctos, pues la plebeyizaba, aislándola de ellos. Decía por eso un periódico linarista demostrando su fatiga y su incomodidad tanto como su urgencia de abandonar el terreno en que lo amarraban los adversarios:

> ¿Y por qué tanto desliz en esas plumas cáusticas que deshonran los periódicos de un país?, la contestación es sencilla. El uso de la ilimitada libertad de imprenta no tiene la represión prescrita por las leyes, la acción pública no tiene el vigor necesario. Hagámonos dignos de la libertad de imprenta por nuestra sensatez y nobleza, y no tengamos que culparnos a nosotros mismos si alguna vez la perdemos.

En algo debió contribuir aquel periodismo a la caída del dictador, enajenándose la simpatía de la clase adinerada. Hirió desde luego los intereses económicos predominantes, haciendo eco a la acción que contra ciertos privilegios desenvolvía Linares con el propósito de regular éticamente las actividades del país. "Una turba o club de extrangeros –denunciaba una vez tal periodismo– explota nuestra agonizante riqueza y consume con voracidad los restos descarnados de nuestro departamento, el más rico, el primero, el sostenedor de Bolivia". Hizo en otra oportunidad sindicación análoga contra "sociedades monopolizadoras de comestibles cuyos miembros se han diseminado por las provincias para abarcar

todos los productos: capitalistas son los que quieren ejercer este espantoso monopolio".

La implantación de la dictadura abrió un largo paréntesis de atonía para el papel impreso. Aquella no fue, en sentido alguno, producto de directos influjos de la publicidad. Es oportuno destacar el hecho de que la prensa, tanto en aquel tiempo cuanto en los anteriores, no pedía de los gobiernos –como hoy suele hacerlo con fines puramente económicos– medidas contra la libertad de imprenta, ni a título de consigna partidista. Es una característica honrosa de su parte, aun cuando poco aleccionante para el porvenir. A las puertas mismas de la dictadura hállase apenas frases periodísticas alusivas a represión del pensamiento:

> Triste es tener –dice una– que repetir las palabras de Danton: "Sálvese la patria aunque mi nombre se hunda"; pero es evidente que "con diez años de despotismo todas las repúblicas americanas serán libres". No quisiéramos –agrega el escrúpulo del escritor– que hubiese que recurrir a estos extremos, por ello deseamos paz y orden para que mañana gocemos de libertad.

Es indudable, no obstante, que el periodismo tuvo una decisoria participación, aunque pasiva, en que se erigiese la dictadura como acto reflejo de Linares contra el papel público. Habló, en efecto, el dictador, claramente, al asumir todos los poderes, de que "las licencias de la prensa" constituían un obstáculo intolerable para la ejecución de sus propósitos. Poco tiempo después –como eco mortecino de las medidas dictatoriales–, decíase lo siguiente en la hoja más prestigiosa del país: "Con sentimiento tomamos la pluma para despedirnos. Hoy sale el último número de *El Telégrafo*; ha agonizado algunos días mendigando subscriptores y al fin ha tenido que resignarse a morir de consunción". Los periódicos que pudieron editarse bajo la dictadura muestran en qué medida estaban al margen de la dramaticidad boliviana de aquella hora. "Nuestro propósito se reduce a una palabra: *agradar*": esta era su divisa. Apareció estampada el año 1860, con firma y rúbrica de un periodista de los ilustrados. Reinaba, por lo demás, un gran silencio en toda la República.

La soledad final de Linares responde principalmente a la amputación que él mismo hizo de la lengua con que habla el sentimiento público. Gracias a tal mutismo, determinó la prensa aquella desolada indefensión del dictador a la hora de su

vencimiento. Por haberse prescindido del papel impreso, que vale por bandera y tambor para congregar espíritus, hízose imposible hasta el propio mantenimiento de la unidad política linarista. Esta consecuencia, irremediablemente grave, tuvo para el propio caudillo el silencio impuesto a la imprenta: el desconocimiento de la realidad boliviana por parte de la clase alta. Debido a que ella vivía espiritualmente lejos de Bolivia, no percibió siquiera la ventaja política de sostener al dictador que podía infundirle una vivencia orgánica semejante a la de las grandes oligarquías americanas constituidas por mano de caudillos idénticos a Linares. La nuestra, sintiéndose por entero extraña al país, inficionóse de lo ajeno al extremo de anular inclusive los instintos elementales de la existencia. Vivió de Bolivia pero no en Bolivia y para Bolivia, fingiendo una extranjería de tal manera postiza y artificiosa que lindaba a menudo con el ridículo triste y grotesco de la manía. La magnitud alcanzada por aquella simulación del estado político despojó acaso de toda eficacia aun el apoyo y la defensa que los doctos pudieron prestar al dictador boliviano. Sintiéndose europeos, tenían a menos mezclarse en las aflicciones de la tierra indígena. Psíquicamente érales imposible reaccionar sino como franceses: estábales vedado casi el participar en las querellas nacionales.

El apego a la cultura extranjera, iniciado en época de Santa Cruz, habíase convertido bajo el gobierno de Linares poco menos que en un modo de ser colectivo para las gentes distinguidas y hasta para las de la clase media. En esos días, cuenta Julio L. Jaimes:

> todo se hizo como en el 1889 y 1893 en Francia. Por poca aprensión no se cambió en Bolivia los nombres de los meses del año, los de las estaciones y los de los días de la semana y por muy poco no se les ocurrió destruir la Bastilla de Santelices. En cambio, todos se volvieron ciudadanos y ciudadanas, desde el ciudadano carnicero hasta la ciudadana nodriza y los ciudadanos indios o aborígenes a quienes no obstante la igualdad, libertad, fraternidad y los derechos del hombre consagrados, se les hacía barrer cuarteles, llevar a cuestas cajones de fusiles y realizar obras de acémilas al son de himnos bélicos y discursos sobre la caída de los privilegios y clases acomodadas deprimentes de la dignidad humana. Los comisarios de policía gastaban faja tricolor y los sayones gorro rojo y los *gendarmes* tricornio… Pero qué más, si hubo muchachas patriotas factoras de escarapelas para estímulo de mancebos linfáticos las cuales bautizaron, otro sí, al Dr. Valle con el

> curioso nombre que les supo a mitología revolucionaria, de *Cisne de la Gironda*, y obligaron a la juventud de aulas y los claustros a enrolarse en las filas de voluntarios, mientras se entonaba con fruncido entrecejo el *¡allons enfants de la Patrie!* [...] en los salones olientes a refinada aristocracia o flamante burguesía.[28]

El balance de utilidades que esta sensibilidad extranjerista arroja para Bolivia solo puede extraerse por analogía. La clase intelectual del país no elaboró una sola figura que como las de Sarmiento, Bello, Alberdi, Vicuña, Mackenna, Lastarria, Palma, García Moreno, Caro, Acosta, Altamirano, Juárez, encarnaron el pensamiento creador de las nacionalidades americanas. "Constructores" llama Luis Alberto Sánchez a estos hombres, porque en realidad modelaron cuando menos la estructura espiritual de sus patrias, eludiendo caer en el servilismo intelectual que anuló a los nuestros. El proceso histórico de Bolivia muestra el precio leonino que el pueblo y el porvenir pagaron por las veleidades del francecismo cultivado entre los hombres leídos de aquel tiempo.

VII

Ha dicho Spengler que "Platón, en su intento de transformar a Siracusa conforme a receta ideológica, arruinó aquella ciudad". Incurables y continuos desórdenes, en efecto, aniquilaron a la que debía ser espejo de paz perpetua regida por la sabiduría extranjera. Las últimas escenas del drama boliviano –las ensangrentadas escenas de 1861 a 1880– remedan a su manera la suerte de todos los pueblos en que la ajena cultura pretende falsificar la patria. Hasta en los hombres más entrañablemente nativos repercutió de algún modo aquella tendencia. Es ilustrativo el gesto de Melgarejo, resuelto a ir en auxilio "de nuestros amigos los franceses", con ocasión de la guerra franco-prusiana.[29]

---

28 El mismo Brocha Gorda menciona, en *La Villa Imperial de Potosí*, a aquel diputado que replicó a las rechiflas de una barra de cholos con estas palabras ciertamente enigmáticas para aquellos a quienes iban dirigidas: "¡Callad ya, calceteras de Robespierre!".

29 Melgarejo militó bajo las banderas linaristas, vale decir, entre los políticos llamados *rojos*. El jefe de estos, Adolfo Ballivián, le recordaba por eso en una carta abierta haber sido su "depositario de una confianza, torpe si se quiere, pero no por eso menos generosa". Melgarejo en persona declaró aquella fi-

La historia escrita de Bolivia sostiene erróneamente –es de temer que haya creado un mito de ello– que los llamados *rojos* constituían el partido político depositario del espíritu que animó a Linares. Era "el partido vengador del gran caudillo", dice Alberto Gutiérrez en *El melgarejismo*, extremando el error. La acción nuclear del rojismo en la política boliviana, que fue de todos modos póstuma al dictador, se muestra más bien como la antítesis formal del verdadero linarismo. Un periódico del año 1861 sitúa con justeza a los *rojos*, en procura de ampararlos, con referencia al caudillo de septiembre.

> Se califica de Linaristas exaltados a los jóvenes; se les acusa de partidarios de la dictadura; y se grita contra ellos "¡mueran los setembristas *rojos*!" […]. Esa juventud que podía explotar las buenas afecciones personales del Dictador, para figurar en primeras escalas, ha preferido renunciar todas sus conveniencias personales, por no hacerse cómplice de una administración que no estaba conforme con sus ideas… ¡Recriminar a la juventud de tendencias a la dictadura, cuando ha sido la primera en censurar de frente y sin temor los errores del señor Linares! ¡Qué inconsecuencia!

No hubo en realidad concomitancias partidistas ni teóricas entre el rojismo y Linares ni mayor vínculo que el afectivo con algunos líderes *rojos*, vínculo impreso del sello patriarcal que el dictador imponía en sus relaciones personales. "Por su distinguido talento su modestia, su hidalguía, su acendrado patriotismo y su probidad y decencia a toda prueba los he querido y quiero como a hijos", decía de ellos el propio caudillo. Nada prueba esto sino que unos cuantos dirigentes del rojismo defendieron por hidalguía a Linares después haber caído este, sin que por ello pueda reputárseles como sus continuadores y, menos aún, como solidarizados con la dictadura en la que no habían participado caracterizadamente y a la que, constitucionalistas convencidos cual

---

liación, diciendo: "¡Quién más rojo que yo! ¿No he sido el primero de ellos?", como lo asegura su interlocutor de entonces, el General Narciso Campero, en *Mi regreso de Europa*. Campero cuenta asimismo que, de vuelta a la patria, planteó el dilema político de esa hora a dos insignes líderes del rojismo con quienes hablaba en Tacna. "Puesto que no es posible ser indiferente –díjoles– y que hay que escoger, no entre un partido bueno y otro malo, sino entre dos partidos malos, ¿por cuál de los dos caudillos estarían ustedes: por Melgarejo o Belzu? Sin trepidar un segundo, contestaron ambos: 'por Melgarejo'".

fueron, miraban –pese a su respeto y su devoción por Linares– con poco entusiasmo.[30] Los verdaderos y directos colaboradores políticos del dictador durante la dictadura eran otros, precisamente aquellos que constituyeron nuevo Gobierno, proclamándose fervorosos adictos de la Constitución y del Parlamento que habían destruido cuando servían a Linares. Ruperto Fernández constituye el espécimen del bando.

Especularon con su doblez muchos de estos exdictatorialistas militando en el rojismo, al que estaban adheridos con dos remaches: con el de corifeos del dictador –junto a los leales amigos y defensores de este– y con el de su devoción constitucional que también les acercaba a los juveniles jefes del partido. Cabe salvar con todos los honores el proceder de estos –Adolfo Ballivián, Baptista, Quijarro, Valle, Cortés–, acentuando el gesto del primero que era jefe del Batallón Bolívar cuando el golpe de Estado. Renunció a esa jefatura al conminársele a transigir con los "golpeadores". Tan "solo después de aquel acto –como Ballivián mismo lo dice en un periódico a pocos días de producirse el cambio político– tuvo lugar el pronunciamiento en el [Batallón] Bolívar y desde aquel momento quedó definitivamente apartado de todo servicio público". Tales diferencias de la conducta individual dentro del rojismo privaron a este del destino límpido que los bien intencionados querían para el partido. Por encima o por debajo del puritanismo de su jefe Ballivián, los oportunistas hacían con frecuencia que el bando se lanzara a la aventura inconfesable. Los intereses de casta, cuya prosperidad se acoda en el dominio político, perturbaron el desarrollo social del

30 Con referencia al nombre de dicho partido, Alberto Gutiérrez afirma esto en *El melgarejismo*: "La etimología del vocablo nos da a entender que lo de *rojo* no fue por sanguinario, sino por intransigente". Aun cuando la etimología nada esclarece a este respecto, debe admitirse que esa palabra no denotaba intransigencia, espíritu revolucionario o sed de sangre en los adherentes de aquella comunidad política. Era un simple nombre, no un símbolo. Aun está en duda que ella pudiera ser un partido propiamente dicho, puesto que, excluido su fervor constitucionalista contrario a la ideología dictatorial de Linares y única manifestación más o menos concreta de los rumbos políticos del grupo, este ofrece los caracteres inequívocos de una asociación aglutinada solo por influencias de mutuo conocimiento, rango, dinero y sangre, que jamás precisó ningún objetivo concreto como finalidad expresa de su existencia. René Moreno mismo, que simpatizaba con los *rojos*, dijo exactamente que este bando "no había de proponerse otra cosa que el bien en abstracto y la moralidad en general".

rojismo esterilizando las honestas intenciones de sus conductores y comprometiendo al grupo en equívocas andanzas.

El examen del proceso político relacionado con el partido *rojo* exige tener presente esta simbiosis de virtud y oportunismo que alimentó la existencia del grupo, sin olvidar que esencialmente lo poseía el espíritu extranjerista. A tal espíritu obedece la hostilidad acerba de los *rojos* contra el belcismo que encarna los anhelos íntimos y seculares de la nacionalidad. Su oposición al grupo de Belzu lo aproximó sin titubeos al clan de áulicos de la administración Melgarejo. La urgencia de tomar el mando supremo –urgencia que los intereses económicos, la defensa de los privilegios y, por sí misma, la clase directora hacía más premiosa– lo indujeron a fomentar el caudillismo en los cuarteles. Puede probarse que los *rojos* han hecho las figuras políticas de Melgarejo y Daza enalteciéndolas a elogios y honores, con el pensamiento de usar luego los servicios de ambos. “Reconocida por la fama la cualidad dominante del carácter de Melgarejo, llegó a ser halagado y cortejado por los unos y los otros”, dice Gutiérrez. Los *rojos* le hicieron suyo. Adolfo Ballivián lo aclara con leal entereza en una carta dirigida al propio Melgarejo: “A nadie se oculta que al dirigirme a usted con el ánimo de atraerlo a nuestras filas [...] necesario era hablar un lenguaje que usted me comprendiera... Por eso hablé de Belzu”. Trascribe esta carta Nicolás Acosta, en *Escritos literarios y políticos de Adolfo Ballivián*.

Hecho documentado es también que la Asamblea de 1872, en que imperaban de modo absoluto los *rojos*, otorgó con sus votos clamorosos el grado de General a Daza, grado que este no quiso aceptar, declarando no merecerlo pues correspondía recibirlo tan solo “a los que se han ilustrado en las grandes victorias nacionales”. Aparte de sus honestos dirigentes, el partido *rojo* fue asimismo obsecuente con el General Achá que había derrocado a Linares. Un periódico del mismo color –valga el ejemplo– muestra su reverencia por aquel en esta gacetilla realmente significativa:

> *Suceso notable*. Serían las cuatro y media de la tarde, hora en que su Excelencia el Presidente Provisorio de la República bajaba por el puente de San Juan de Dios con dirección a la alameda, y tres jovencillos venían a la sazón del lado de abajo, y al torcer la esquina del puente [se] encontraron con su Excelencia; por distracción, por miedo o por malacrianza no lo saludaron, y su Excelencia le atracó a uno de ellos

> un gentil moquete y lo echó en tierra, dando orden que los llevasen de soldados; pero generosamente suspendió el mandato, a pesar del empeño de los edecanes.

Durante la etapa fragorosa del drama –matanzas de Yáñez, revoluciones contra Melgarejo, Gobierno de Morales–, el periodismo se colocó en el plano terrible de los acontecimientos, dando fin a aquel neutro género de papel impreso que en las grandes tensiones de nuestra historia no se reconocía otra misión que “agradar”. El periodista Cirilo Barragán, fusilado entre los cabecillas de la revolución paceña de 1865, es el primer mártir de la prensa política boliviana en la historia de la República. Se le ha olvidado como a tal y hasta como a descollante figura cívica de los luctuosos días que prosiguieron al derrumbamiento del dictador. Raro, aun cuando no inexplicable, resulta el silencio póstumo que ha envuelto inclusive su último gesto –único en la memoria de la imprenta boliviana–, dándose a la muerte en holocausto de la libertad del pensamiento escrito. Barragán fue animoso inquebrantable dirigente del auténtico belcismo, vale decir, adversario de la hegemonía de castas y del falseamiento cultural extranjerizante. A este antecedente hay que endosar la evanescencia que va desfigurando su recuerdo. Fusilado por el despotismo, fue sepultado en el olvido por las conveniencias partidistas.

El periodismo nacional tuvo su prueba de fuego a fines de octubre del año 1861, en La Paz. Es quizá el solo instante en que ejerció la función, no de cuarto sino de único poder del Estado. El coronel Plácido Yáñez, *rojo* fanático, tocado también de orgulloso desdén por la “chusma” boliviana, convirtió la ciudad de La Paz en un inmenso matadero. No se exagera diciendo que entonces los asesinos tomaron un largo baño de sangre. “El feroz e infortunado Yáñez –ha dicho Alberto Gutiérrez– pretendió exterminar todas las figuras visibles y todos los hombres de acción del partido belcista”. Este Yáñez parece otra creatura de los *rojos* del ala cuartelera. Se le asignó el trabajo de matarife de belcistas y él cumplió el cometido a conciencia. Thajmara sostiene que obraba como una verdadera víctima “de su adhesión al partido *rojo*, representado indignamente, en aquel momento, por el argentino Ruperto Fernández”.

Las insuflaciones del rojismo sobre Yáñez, como sobre Melgarejo y Daza, muestran la insensibilidad con que ese partido se conducía respecto del pueblo. Su gazuza de Gobierno le hizo utilizar tales

a hombres en la esperanza de que ellos cazarían la presa para los *rojos*, con lo cual desató encima del país las sangrientas calamidades que epiloga la Guerra del Pacífico. La inmolación de belcistas por Yáñez tiñe evidentemente de *rojo* a los *rojos*, cuyo camino al poder despejaba de competidores el ejecutor de la matanza. La historia escrita de Bolivia sindica únicamente a este como autor del crimen, exculpando por pasiva al rojismo. Su silencio sobre el particular, como el que rodea el recuerdo heroico del periodista Barragán, puede imputarse a la prensa de años posteriores. Ella enjuició la época de las andanzas turbias de los *rojos*. La imprenta que ya había caído bajo el control total de los intereses creados a partir del año 1872 obedeció las consignas de esos intereses, tradicionales enemigos de la tendencia emancipadora que prohijaba el belcismo.[31]

Las matanzas de Yáñez despertaron la conciencia del pueblo sobre el peligro que, para la seguridad general, investía el orden establecido al caer Linares. El asesinato de los dirigentes belcistas importó casi una transfusión de sangre tónica hecha a la masa. Pudo verse a poco sus efectos. "Aunque faltaban ya –dice Alberto Gutiérrez– los jefes caracterizados de la legión, subsistía la inmensa masa beligerante, y el *Viva Belzu* repercutía de nuevo en los horizontes de la gran altiplanicie andina". Las clases humildes mostráronse tan enérgicas en el llano como se habían mostrado en el poder con Belzu, defendiendo su derecho a la vida y a la libertad. Sabido es que el crimen de Yáñez dejó impasible, si no satisfecha, a la clase pudiente y letrada. El Gobierno Achá hizo la vista gorda ante el suceso:

> No requirió jamás a las judicaturas –dice René Moreno en *Matanzas de Yáñez*– hasta obtener como debía el esclarecimiento de aquel crimen horrendo, y el castigo de los que lo cometieron a título de inmediatos delegados suyos aquella noche. Lejos de eso, confirmó su amistad

31 El sojuzgamiento de la prensa por las influencias del dinero no se consumó sin escándalo de los periodistas honestos. Uno de ellos, evidentemente perspicaz, denunciaba a fines de 1861 la presencia de repudiables intereses dentro del periodismo, en esta defectuosa octava:

> Ay, viejito Gutemberg
> si de tu sueño profundo
> recordaras para ver
> a tu bella hija en el mundo,
> volverías a caer
> al mirar su rostro inmundo!

> cordial al asesino principal, estorbó su juzgamiento e intentó revestirlo con mayor fuerza bruta en el teatro de su brutal atentado.

VIII

La prensa ejerció en aquella hora su auténtico ministerio. ¡A falta de gobierno, a falta de juez, a falta de ejército, la prensa! Treinta días después del crimen, el pueblo de La Paz quitaba la vida a los criminales. "No se puede negar –escribe Moreno– que la plebe paceña reasumió tumultuariamente la soberanía, para el solo acto de hacer justicia de Dios *lynchando* a los culpados". No fue, sin embargo, un acto espontáneo y súbito de la masa. El periodismo lo hizo posible, y solo a precio de que los periodistas llenaran religiosamente sus deberes, aun fustigando por su inaudita frialdad ante la hecatombe "al señorío acomodado, a los diputados, a los jueces, etc.", ninguno de los cuales "asomó cabeza para nada" en la emergencia. Era la segunda vez que la clase popular se alzaba furiosa y aniquiladora para eliminar las causas de la angustia colectiva. Los tiempos posteriores fijarán la magnitud que alcanzó la influencia de aquella valerosa publicidad en el proceso histórico del país.

El Presidente Achá perdió el mando supremo a manos de los suyos. Fue abandonado igual que Linares. Debe admitirse que, aun cuando su conducta contra el dictador hubiera obedecido a estímulos de la oligarquía, no satisfizo a esta en el Gobierno, defendiendo como pudo su independencia de jefe del Estado. La casta percibió temprano el contratiempo, dedicándose luego a tantear la destrucción del hombre que rehusaba servirla. Desde el primer momento puso un cerco de bayonetas en derredor del Presidente, sin perjuicio de aleccionar en la traición a los propios hombres del Gobierno. "Achá con el título de Presidente era un verdadero preso de Estado", informa un periódico póstumo.[32] Quiso él fortalecerse con la compañía de hombres influyentes en los sectores fuertes de

32 Explicábase así la atonía de Achá frente a las matanzas de Yáñez. "Cuando la funesta nueva de aquel suceso llegó a Sucre donde se encontraba el Presidente Achá –sostiene dicho periódico–, no supo este qué hacer. Si hubiese dejado traslucir su indignación y fulminado una orden enérgica de prisión y juzgamiento de Yáñez, inmediatamente habría estallado la revolución pues que la mayoría de los jefes y de la misma tropa que lo rodeaba eran de ese color político".

la opinión, pero no atinó a hacerlo de manera eficaz y oportuna. “El General Achá resistió –dijeron explicativamente sus amigos defeccionados– echarse en los brazos del partido setembrista para gobernar, proclamando el principio anarquizador de fusión de partidos, y por eso acudimos a la revolución”.

Dos hechos prueban el angustioso y callado estrangulamiento de que Achá fue víctima por parte de los oligarcas. Un hecho es que no se enriqueció con el poder, lo que evidencia que fue ajeno al consorcio de los privilegiados. El otro hecho es más persuasivo: la oligarquía se plegó en el acto al caudillo que le había derrocado. Los últimos momentos de su estancia en el mando dramatizan la soledad en que lo dejaron quienes hubiéronlo conducido al triunfo y a la derrota: “paseábase pistola en mano, o caía en profunda postración moral”, como ha escrito Aranzaes en *Las revoluciones de Bolivia*. Era casi un símbolo del hombre que ha perdido toda esperanza en los demás.

Melgarejo conquistó el poder asumiendo la jefatura de un motín ajeno, de un motín preparado por los *rojos*. Thajmara le hace explicarse en esta sintética reseña: “me presenté en el cuartel conquistado por los conjurados, antes que estos mismos: la cuestión se redujo a quién llegaba primero; fui más listo que vosotros, o que vuestros hombres, y he ahí todo”. Muñoz Cabrera relataba que, luego, Melgarejo llamó a algunos distinguidos personajes para pedirles cooperar con él en el mando, con la alternativa de que elevaría a los altos puestos del Estado a los sargentos de sus batallones”, en caso de que los letrados le negaran su concurso. No tuvo necesidad de hacerlo.

Autorizados testimonios, como los de Thajmara y Carlos Walker Martínez, hablan del apego que por el nuevo Presidente sintieron muchas descollantes personalidades. El General Campero dice inclusive “que el General Melgarejo tiene el don, en esos accesos de familiaridad, de infundirle a uno cariño”. Tuvo entusiastas y numerosos partidarios allegados a él por codicia, no por miedo. Un hombre de la época descubre el verdadero resorte que afianzaba a Melgarejo en el mando. No era el de las armas tan solo.

> Su fuerza –dice– es hija de la barbarie sostenida por los especuladores, que hacen ostentación de su poder; por todos esos agiotistas sin pudor… que últimamente se han decidido a comprar los bienes

> nacionales y los de comunidad, a la manera de los mercachifles del siglo XV, que cambiaban un pedazo de oro por un botón de peltre.[33]

Era lo que se dice un Gobierno respaldado por las fuerzas vivas del país.

Empeñábanse estas en conservarlo con el temple que mejor protegiese los intereses creados y lo hacían padrino de los negocios turbios con que lograron enormes ganancias. El decreto de Melgarejo sobre venta de tierras de origen que poseían los indios delata que las fuerzas vivas eran, en lo económico, sagaces inspiradores del régimen. Sesenta días de plazo dióse a los indígenas para que consolidaran su derecho de propiedad pagando una miseria de gravamen –no menos de 25 ni más de 100 pesos–, previniéndoseles que, de no hacerlo, vendería el Estado las tierras en pública subasta "con todas las formalidades de ley". ¿No se trataba así de fortalecer los derechos del indio? "Creemos justo –decía por eso un periódico aplaudiendo la medida, y para destacar su benignidad paterna–, creemos justo exigir alguna retribución moderada al indígena, que de la calidad de usufructuario pasa a poseer con dominio directo sus *sayañas*". Como no se hizo conocer el protector decreto a la indiada, resultó esta infringiéndolo, a cuya causa hubo de perder las tierras. El Gobierno las vendió a sus acaudalados adictos. Bien se comprende que eso estaba escrito a tiempo de formularse el precepto gubernativo.

Aquel honesto, altivo y auténtico boliviano que fue Avelino Aramayo precisa mejor el cuadro, ya que viviendo en tales tiempos mantúvose ajeno a él, rehusando enriquecerse a título de servilismo. "El enriquecimiento por medio de la política –dice con valiente explicitud– es el único medio de industria que conoce la clase privilegiada de Bolivia". No es difícil percibir a los grandes negociantes detrás de la terrífica figura de Melgarejo, en la cual se escudan. Denúncialos Aramayo mencionando:

> la degradante avaricia de los hombres miserables de nuestro país, que han sacrificado al oro los derechos de su patria y la integridad

33 Ese hombre de la época es Avelino Aramayo, autor de *Apuntes sobre el estado industrial, económico y político de Bolivia*, libro sumamente ilustrativo sobre el pasado nacional.

> de su territorio [...]. Por esto es –agrega– que a primer golpe de vista, se nota entre nosotros la miseria más espantosa en los pueblos que trabajan y la más repugnante opulencia en unos cuantos individuos que miran a sus víctimas con aire de protección.

La historia escrita de Bolivia no meritúa esas revelaciones honorables, decidiéndose, más bien, por execrar exclusivamente a Melgarejo. Así ha llenado la época toda con la solitaria imagen de este, emboscando tras ella a quienes fomentaron tropelías y socaparon crímenes por tener a la nación aterrada y muda.

Se inició entonces la prensa en la servidumbre, no ya del Gobierno solamente, sino de los intereses económicos antinacionales, que desde aquellos días asumieron su engañoso carácter actual de instituciones desesperadas por invertir capitales en la tarea de civilizar Bolivia. El año 1868, un periódico –el primero de la difundida estirpe hoy dominante– se empleó como gestor de lucrativas concesiones del Estado y como agente de empresas extranjeras. La influencia de la cultura europea daba este primer fruto, sazonado al sol de las doctrinas económicas demoliberales. Así la libertad de comercio e industria resultó intangible para aquel régimen que pisoteaba las demás libertades. Pudo la prensa oficialista, por lo tanto, proclamar que el Gobierno rendía culto a la democracia. "La América del siglo XIX es esencialmente democrática. La Europa, en general, es esencialmente monárquica", decía balanceando posiciones comparativas. De prensa tal, opinaba Aramayo en estos términos: "ella está monopolizada por el Gobierno y condenada a no decir la verdad [...] engañando a los pueblos oficialmente".

Como es de suponer, ninguna publicidad fue permitida a la oposición. Sin embargo, algunos periodistas abnegados y valientes editaron hojas eventuales dedicadas por entero a fomentar la revuelta armada. Entregaban sus ímpetus al doble riesgo de escribir y de amotinarse, practicando la máxima revolucionaria de Monteagudo –"la pluma y la espada deben estar en acción continua"– en una época en que la muerte solía ser el precio de tomar la pluma o de tomar la espada.

A los seis años de haber ocupado el poder, Melgarejo caía vencido por un formidable alzamiento popular. Veintitrés rebeliones consecutivas mantuvieron a la República enloquecida por el estrépito de los balazos, a todo lo largo de aquel periodo. Melgarejo apagaba con chorros de sangre las chispas revolucionarias

encendidas por la cólera y la desesperación del pueblo. Fueron estas –cólera y desesperación– musas del drama en tal hora. Nunca marcó el coraje índices tan altos en la masa. Ningún caudillo pudo superar con su virtud cívica las virtudes combativas de aquella, hasta el aparecimiento de Agustín Morales. La energía autoritaria no estaba menos templada. Es "la más alta y significativa de cuantas dictaduras tengo noticias", dice de ella Gonzalo Reparaz.

La insurrección final evocó la escena del linchamiento de Yáñez. Ausente Melgarejo de la ciudad de La Paz, el periodismo constituido en patrulla de combate logró mover la ola potente de las masas populares y estrellarla contra el invicto poderío melgarejuno. Era diez años después de aquella hora en que el pueblo hubo asumido los fueros de la soberanía para restaurar sus derechos y vengar la sangre en que chapotearon Yáñez y los fanáticos *rojos*.

IX

Melgarejo abandonó La Paz a las nueve de la noche. Fue como si ingresara de golpe en el drama de Bolivia. Un nuevo personaje, oscuro, silencioso, enigmático y monstruoso lo esperaba en el escenario ilímite del Altiplano. Era el indio despojado de sus tierras por los especuladores que medraban al amparo de aquel Gobierno. El terrible drama de las masas nacionales atrapó en sus tentáculos el alma arrolladora y temeraria del vencedor vencido.

> Cuando llegamos a El Alto –dice un relato de los fugitivos–, sentimos por retaguardia a la indiada, que de los cerros vino y se nos puso de por medio. Sentíamos los *pututus* y los alaridos de los indios. Como a las cuatro de la mañana atravesamos Laja. Desde este punto comienza otra campaña desconocida y de carácter salvaje. Los indios se reunían por grupos. Ya no eran pequeñas partidas de amago, eran cordones inmensos que de todas partes brotaban y nos cargaban, en distancias de guerrilla, con piedras de honda…
>
> De repente y sobre nuestra vanguardia se nos presenta una nueva e inmensa masa de indios. Cubría una larga extensión, y la retaguardia nos cerraba la indiada de antes. Algunos oficiales aterrados gritaron entonces las palabras "capitulación, nos rendimos, garantías". Más encarnizados que nunca nos rodearon y nos acribillaron con sus piedras. Entonces fue que el General Melgarejo y yo, al mismo tiempo, rompimos por el medio atropellando indios, a la carrera de los caballos. En esa lucha cayeron los rifleros y cinco o seis compañeros

jefes y oficiales. Los indios nos seguían encarnizados muy de cerca a pesar de la velocidad de nuestra fuga… Ambos recostados sobre las costillas de los caballos para evitar las piedras, salimos por fin haciendo un rodeo hasta encontrar el camino.

Pudimos al fin ver el Desaguadero. ¡Qué tardo nos pareció el galope de aquel rato! En el puente estaban seis u ocho hombres; vimos que cerraban la puerta. Los indios gritaban del cerro que la cierren. Hicimos un último esfuerzo y llegamos al escape. A nuestra llegada, los hombres se retiraron prudentemente, y una señora de la orilla opuesta nos abrió la puerta… Respiramos en el suelo del Perú después de 14 leguas de tortura… Los caballos, después de un respiro de cinco minutos, se entumecieron; ya no podían andar. Si el Desaguadero se hubiese hallado una legua más lejos, caemos infaliblemente en manos de los indios.[34]

No hay que olvidar un detalle inseparable de este caudaloso aparecer de las masas nativas al paso del caudillo fugitivo: parecían haber sido informadas de la derrota y la huida por el "periodismo" incaico de la *rimay pampa*.

Sobrevino el Gobierno del General Morales. Era el caudillo de la revolución antimelgarejista. Los cultos desplegaron las galas de su inspiración con resonancias grecolatinas en loor de Morales. Melgarejo –decía un periódico– "empuñó el cetro de Atila, sentóse en el sillón de Heliogábalo, y se divirtió en dar con su sangrienta espada golpe tras golpe a la patria que yacía moribunda a sus pies". Hallábase a Morales digno de estos símiles: "¿Qué acción gloriosa ha elevado hasta las estrellas el nombre de Trasíbulo sino el haber librado su patria de la dominación de treinta tiranos? ¿Y qué se dice de Armodio y Aristogiton? ¡Caracalla expiró bajo el acero de Marcial!". La fruición de la libertad conquistada por el hercúleo brazo de Morales sugería el paralelo clásico: "después de la barbarie, la civilización; después de la corrupción, la moralidad; después de los Sardanápalos y Heliogábalos, los Fabricios y Cincinatos". La clase docta en masa mostrábase adicta del caudillo. Hay que subrayar este hecho. Es precursor de todo un estilo de la conducta pública observada luego por la oligarquía.

Un año más tarde, en 1872, y acaso para toda la posteridad, la figura que inspiraba tropos ciceronianos adquirió rasgos cavernarios, a juicio de los mismos doctos. La historia escrita de

---

34 Versión extractada de *La campaña de Bolivia en fines de 1870 y principios de 1871* del General Quintín Quevedo.

Bolivia homologa desde entonces a Morales con Belzu y con Melgarejo, y su execración lo persigue implacable por haber disuelto violentamente una Asamblea de legisladores. Esta lapidación de Morales constituye un ejemplo extraordinario de la influencia que el periodismo proyecta, a partir de esa época, sobre el criterio público. Gracias a ella se perpetúa el nombre de Morales agresor del Parlamento, y se olvida el nombre de Morales defensor de la soberanía y de los intereses nacionales: otro hecho que anuncia la adopción de la modalidad político-económica del periodismo llamado a dominar después indefinidamente en Bolivia.

El drama se hace tenebroso como una conjura de enmascarados cuando envuelve a Morales en la vida y en la muerte. Sigilosos y solo a medias visibles, participan ya los mercaderes en el escenario, anublándolo con la atmósfera turbia de los designios vedados. Trasmina esta el pensamiento escénico empujándolo hacia el epílogo cruento. Su voz, igual que la del consueta, solo es perceptible para los actores. Ella propaga la fama terrible que los intereses contrariados por Morales asignaron a este.

Quiso él, fanatizado por el anhelo de engrandecer la patria, disputar con tales intereses el dominio y el aprovechamiento de las riquezas nativas. No creía en la virtud civilizadora de que se hacen depositarias las empresas extranjeras, ni en la inmanencia y la respetabilidad de los privilegios clasistas. "Extinguir las distinciones de castas para responder debidamente a nuestra condición democrática", decía una fórmula de su Gobierno. El año 1871 traducía con otra el propósito de alcanzar la independencia económica de la nación. "Bolivia –declaraba Morales por la prensa– necesita promover las fuentes de su riqueza pública, desarrollar sus grandes elementos de prosperidad, aplicar el trabajo productivamente, y utilizar todo lo que tenemos en nuestro suelo tan privilegiado por la Naturaleza". El gobernante no ofrece las riquezas nacionales a la explotación extranjera. Auspicia más bien el aprovechamiento exclusivamente boliviano de ellas. "Demos a la patria otra vida, y otro porvenir", expresa en palabras limpias de tizne antinacional. Ellas preanuncian casi la autonomización económica del Estado. Ese mismo año, 1871, los doctos, como siempre dueños del Parlamento, empleaban "sus fuerzas en debates filosóficos, en discusiones escolares y en transacciones recíprocas de partido", tal cual se lee en un periódico de la época.

La soberanía económica de Bolivia se hizo efectiva en 1872, por designio de Morales. El espíritu colonial de los letrados europeístas le opuso resistencia, defendiendo, en nombre de la propiedad privada, la expoliación de la riqueza pública. Aquel conflicto da comienzo a la modalidad que toma la vieja lucha entre las fuerzas de la nación y las del dinero particular. Trátase de un primer episodio que es, además, paradígmico: una empresa minera se enfrenta con el Estado.

La firma Arteche, que explotaba los minerales de Aullagas, había –durante años– defraudado al Fisco eludiendo pagar patentes e impuestos instituidos por ley. La suma así sustraída a las rentas nacionales era enorme para aquel tiempo. Pasaba ella con mucho de los 250.000 pesos. Jurisconsultos ilustres defendieron a la empresa contra el Gobierno, cuando este demandó coactivamente el pago de lo malversado. Invocaban los legistas, en amparo del fraude, las doctrinas liberales traídas de Europa. El aforismo d'argensoniano del "dejar hacer, dejar pasar" –expuesto preferentemente en francés– confería inmunidad e impunidad a la empresa, en sentir de los doctos.

Contaban los mineros formalmente, desde 1871, con un periodismo sumiso a sus miras. Era este el vocero de las sofisticaciones encaminadas a cimentar el poderío institucional de la industria minera, subalternizando el Estado ante ella. Como consignas impartidas al Parlamento, señalaban sus lemas la manera de hacer efectivo ese poderío, mediante la legislación. "Leyes buenas, administración conveniente, respeto al empresario son de pronto las necesidades de la minería", rezaron esos lemas entonces, como rezan ahora mismo. Leyes buenas, administración conveniente, respeto al empresario; ni una palabra, empero, sobre las obligaciones de la minería para con el país. La firma Arteche financiaba el periodismo de tal tipo, "negocio inicuo" en el que –según frase de Lacordaire– "las opiniones matan la verdad".

La cuestión Arteche es sumamente ilustrativa como dato histórico sobre la minería. Muestra a esta dueña ya de un poder institucional mayor que el del Estado. Marca, por lo tanto, nada menos que el hito inicial del régimen económico vigente en nuestros días. Las modalidades que la industria minera asume en lo político actualmente no son distintas, en esencia, de las que asumía entonces. Los empresarios que hoy dirigen la economía fiscal

como asesores o ministros, actuaban por aquellos tiempos como coroneles, pues el fomento lucrativo que al presente se ejerce desde el poder a título técnico, ejercíase en el pasado a título de coacción armada. Así “Melgarejo –como relata Aranzaes en *Las revoluciones de Bolivia*– había colocado de subprefecto de Chayanta a don Matías Arteche, rico minero, dándole el grado de coronel por un préstamo de 40 mil pesos”. Tal cual es hoy de infructuoso todo litigio entre minería y Estado, lo fue también el que la administración Morales entabló contra la empresa Arteche.

Negándose esta a restituir al Fisco las patentes defraudadas, procedió el Gobierno, en ejercicio de la soberanía nacional y ejecutando mandatos emanados de la ley, a embargar los minerales de Aullagas. Los Arteche recurrieron al Legislativo, alzándose contra las determinaciones de la justicia boliviana, y el Legislativo –detalle que la historia escrita del país no menciona– decidió conocer y resolver el pleito por su cuenta. Fue esa la primera derrota del Estado frente a la industria minera, y también fue la consagración de la supremacía alcanzada por esta respecto de la nación. Surgió del Congreso –inaudito hecho del tradicional servilismo parlamentario– el anatema contra Morales: “la comisión de Constitución opina que el Gobierno ha infringido la Constitución, atentando contra el derecho de propiedad, la libertad de industria y las garantías individuales”, como informaba un periodista artechero.

Ley en mano, los doctos legitimaron la estafa al país y la impotencia del Ejecutivo frente a las empresas mineras. El rango autoritario que Arteche hubo adquirido en 1865 mediante el soborno érale confirmado –en jerarquía superior a la de la institucionalidad patria– mediante la ley, por la Asamblea Nacional de 1872. No está demás decirlo: correspondió a tal Asamblea declarar nulos todos los actos del Gobierno Melgarejo. Los que habían sido favorables a la clase pudiente, subsistieron, sin embargo. Así la expoliación de tierras de los indígenas. Una ley del año 1871 dio, en efecto, sanción legal y perpetuidad a aquel atentado, en términos “idénticos sino peores” que los del decreto melgarejuno, “sin que su producto hubiese verdaderamente aprovechado ni al indio ni al Estado”, cual dice Thajmara en *Habla Melgarejo*. Tales antecedentes explican en gran modo la intensidad con que la conducta de aquel Parlamento hirió a Morales. No solo porque, en el hecho, los intereses creados determinaran el apoyo de la mayoría legislativa para

un peculado del régimen melgarejista, sino porque la Asamblea llamada a restablecer los fueros de la soberanía nacional volcara así las espaldas a su grande misión. Un folleto de la época rememora que el desencanto presidencial, motivado por acto semejante, fue tan vivo como para que su sola impulsión desencadenara cualquier extremo de violencia.[35]

X

Presentóse al día siguiente en el local de la Asamblea resuelto a destruirla. Habíase dispersado ella después de emitir el dictamen favorable a Arteche. Quiso Morales, día antes, influir con su presencia ante los asambleístas para impedir que estos consumaran su acuerdo, mas lo alejaron del edificio algunos congresales viéndole poseso ya de la exasperada emoción que el artechismo de la mayoría parlamentaria despertó en su ánimo. Conocido el voto que amparaba a los defraudadores, decidióse al último paso, con la certeza de que defendía la autoridad y los intereses públicos vulnerados por los legisladores. Desde la testera presidencial declaró disuelto el Congreso en cuya sala había un solitario diputado:

> ¡Pueblo! –dijo en esa ocasión Morales hablando para el público de las tribunas y las galerías–, vengo a clausurar esta Asamblea cuyos bancos hoy desiertos han sido ocupados por una partija de hombres que han abusado de su poder y de su autoridad para perturbar y entorpecer la acción del Gobierno pretendiendo hacerme infractor de las leyes… ¿Sabéis que se me ha acusado de ladrón? […] El primer magistrado es pobre como el pueblo y no ha sido un Baltasar; tiene apenas con qué vivir miserablemente. Todo esto se dice por la cuestión Aullagas, cuestión de Tribunales, que estas partijas de vendidos han querido resolver. Que esas riquezas, si pertenecen a la Nación, sean declaradas por los Tribunales; eso es lo que quiere el Gobierno.

La excitación que el hecho promoviera en su alma estallante de energía desatóse más tarde arrastrándolo hacia la catástrofe de que fue víctima a las 48 horas. Su cadáver, en aquel momento, era casi un símbolo de la soberanía del Estado, vencida por los intereses

35 El folleto en cuestión replica a otro que, con el título de *Historia de cuatro días*, escribió uno de los abogados de la firma Arteche; piezas las dos de gran interés como elemento de información sobre la Asamblea de 1872 y la mayoría que en el seno de aquella abogaba por los intereses mineros.

particulares que insurgían, al amparo del Parlamento, más poderosos e imperativos que los derechos de la nación. Esos intereses lapidaron luego el nombre de Morales, descargando su maldición sobre el cadáver de este. Como un sacrilegio hásele enrostrado la disolución de aquel Congreso capaz de las mayores claudicaciones y en tal manera sumiso a los mandatos de la clase rica. La historia escrita de Bolivia, formulada a la luz de los candiles económicos e ideológicos antinacionales, perpetúa la sentencia que condenó a infamia eterna el nombre de aquel gran caudillo adverso al imperio de la plutocracia minera.

La historia escrita ha levantado, en efecto, falso testimonio sobre aquellos acontecimientos, dando consistencia a dos versiones que puede reputarse por entero falseadas. Una de ellas carga al Presidente Morales la responsabilidad de haber ordenado que las bandas de música del Ejército penetrasen al recinto del Congreso para perturbar las deliberaciones legislativas.[36] La otra sostiene que el jefe del Estado vengaba, con la disolución de la Asamblea, supuestas objeciones planteadas en el seno de esta contra la permanencia de Morales en el Gobierno. Sabido es que, en el hecho, la Asamblea no se pronunció en momento alguno por despojarlo del mando. Como es usual en la historia del poder Legislativo, sucedió más bien que el Congreso, en 1871, confirmó al caudillo en el ejercicio del poder:

> Instalada esta soberana Asamblea Constituyente –dice el discurso que en tal ocasión pronunciara ante Morales el ciudadano que presidía

---

36 En los archivos del Parlamento cursa un oficio exculpatorio que el Coronel Hilarión Daza dirige al Congreso presentándole sus excusas por haber los músicos de las bandas militares soplado más de la cuenta en sus instrumentos, mientras peroraban los asambleístas. Daza, y no Morales, debía velar por la conducta de la tropa, siendo como era comandante de ella. Un periódico, al día siguiente del suceso, refiere los hechos en términos que pueden dar idea de que aquel Congreso no gozaba, realmente, del respeto popular. Procedíase –dice– “al nombramiento de los Consejeros de Estado, pero como al hacerse el escrutinio fuese interrumpido por los aires ya marciales, ya fúnebres o sandungueros de las bandas del ejército que festejaban el aniversario de la última revolución, así como por las salvas de cohetes y fuegos artificiales, parece que los Reverendos padres de la patria quisieron tomar parte en la grande animación que reinaba y se entregaron a tales transportes de júbilo que dieron por resultado el desperfecto de un diputado casquivano, terminando la sesión con el retiro de todos los H.H. y el cierre de las puertas del templo de Jano”. La alusión a Jano, el dios latino de dos caras cuyo sagrario se abría solamente con ocasión de las grandes calamidades, no parece del todo impertinente.

> la Asamblea–, su primer acto fue continuaros en el ejercicio de la Presidencia provisoria que los pueblos os confiaron […]. Acabáis ahora de prestar el solemne juramento de cumplir vuestros deberes en la esfera de acción que se os ha delegado […]. Con tan grata esperanza os devuelvo las insignias de la Presidencia de la República que habéis depositado en este santuario de las leyes, cuando cesásteis en el ejercicio del Poder, del que ahora estáis nuevamente investido.

Morales ha sufrido en la soledad y la indefensión de la muerte la macabra represalia de las fuerzas económicas ante cuyos propósitos de dominio político se alzó impetuoso y honesto, movido por la fortaleza íntima que dan la conciencia y el amor de la tierra. Frente a la patética injusticia de que es objeto deben recordarse estas palabras dichas por sus labios a tiempo de posesionarse del mando:

> He elevado mi corazón al Dios de las misericordias, para que podamos labrar la prosperidad y grandeza de nuestro suelo, dándole ejemplos de moralidad, de justicia y abnegación […]. Los Representantes del pueblo deben tener presente sus necesidades […]. Solo satisfaciéndolas se harán grandes para el porvenir.

Sus fuertes manos confirmaban tales palabras, cuando acogotaron, por primera vez en la historia de Bolivia, a los defraudadores de las rentas públicas.

Con Morales y su muerte –en cuya impulsividad se expresaba la desesperación del sentimiento nacional acorralado por la economía colonialista– se corta el desarrollo del drama. Como un entreacto discurren los dos interinatos de Frías y el trunco Gobierno de Adolfo Ballivián. El dramatismo histórico pierde sus exteriorizaciones con ellos, pero, tal vez más real y acerbo, se consuma en la intimidad frustránea, exánime, de tales gobiernos. Lo sufren Ballivián y Frías en el seno del poder sofisticado por las leyes y el constitucionalismo traídos de fuera, y que, a semejanza de telones de tramoya, crean la ficción escénica de la republicanidad y la democracia en el país colono.

Frías y Ballivián pertenecen a la clase privilegiada, mas no actúan como gestores o guardianes de los intereses de casta.[37]

37 Informa la prensa, en 1873, que "exaltado a la Presidencia el Sr. Ballivián de regreso de Londres, donde vivió bajo las impresiones más desconsoladoras en cuanto a la empresa Church, su primer acto administrativo debía ser el *eccehomo* del negocio Madera y Mamoré; como que era el principal y más grave descalabro que ha comprometido nuestro crédito lanzado por primera vez en una plaza europea". Frías rehusaba, asimismo, favorecer negocios de

Su conflicto reside acaso exclusivamente en tal hecho. Ilusos y honrados teorizantes de las doctrinas extranjeras, diríanse los actores que toman los decorados del escenario por cosas reales y vivientes. Aspiran a que esas doctrinas –elaboradas por el espíritu utilitario de la burguesía europea– sirvan a finalidades platónicas. El ensayo solo patentiza la inadaptabilidad y el estéril exotismo de las teorías foráneas en nuestro medio. El adagio de Marx –"la idea ha quedado en ridículo siempre que se ha querido separar del interés"– habla de ello con acento positivo. Lo certifican los planteles universitarios, "caricatura de universidades francesas –como dice un impreso en 1873–, que en su galómano afán nos trajeron a periodos intermitentes los señores Frías y Valle". Sus frutos –a juicio de la misma hoja– son estos:

> erudición de oropel, ejercicio de la mnemónica para amontonar frases y nombres incoherentes; pedantes y retóricos a lo Donoso Cortés que creen que el *non plus ultra* del saber consiste en ser orador y el ser orador en no hacerse comprender.

La ilustración universitaria burguesa, en su valor de entelequia pura libre de interferencias económicas –valga el supuesto– no es capaz de otra creación. La vigente en Francia, menos que otra alguna de Europa. ¡Cómo sería el calco de tan mal modelo![38]

---

tal género. Un periódico le responsabilizó en 1876 –caído Frías del poder– por el llamado "contrato Meiggs" relativo a salitres, afirmando que "ni la Asamblea de 1871, ni alguna otra han autorizado al Ejecutivo para poder estipular semejante contrato leonino". Finalidades políticas torcidas inspiraron ese cargo. Lo cierto es que Meiggs y Co. estafó llanamente a Bolivia con tal contrato, conforme al que Meiggs debía continuar la construcción del ferrocarril Caracoles-Mejillones a cambio de percibir la renta sobre extracción de pastas y minerales del Litoral. "Meiggs siguió cobrando puntualmente los derechos de exportación, pero no reanudó la obra y recogió más bien los pocos materiales que quedaban en la línea", según escribe Casto Rojas en *Historia financiera de Bolivia*.

38 No debe olvidarse que el propio Renan sindicaba a la instrucción pública de su país como coautora de la victoria alemana sobre Francia en la guerra de 1870. Edouard Herriot señala más concretamente las deficiencias de la cultura didáctica francesa. "Conscientemente o no –dice en su libro *Crear*–, hemos permanecido fieles a ese gusto de la cultura universal [...]. En pleno siglo xx no tenemos aún un plan de educación nacional". Son significativos del espíritu antinacional de la enseñanza pública en Francia, algunos conceptos de los modernos educadores franceses. "Y es un deber de los maestros –dice uno– combatir el nacionalismo, predicar el amor universal [...]. El maestro debe, pues, enseñar a sus alumnos la vanidad y la inestabilidad de las fronteras, llamadas a desaparecer tarde

Las leyes inspiradas por la filosofía política de Europa y el pragmatismo de Estados Unidos, y sus honestos apóstoles Ballivián y Frías rigieron sobre el país durante cuatro años de los más tranquilos de nuestra historia, sin que su régimen produjera el menor beneficio para la nación. Esta infecundidad resulta mucho más notoria si se encuadra en la atmósfera de paz pública y de respetuosa obsecuencia que rodeó a los dos gobernantes, posibilitando la ejecución de sus iniciativas. Nuestros historiadores, casi en su totalidad, se la endosan al pueblo –la "incomprensión colectiva" es el vaciadero de los reproches que no se quiere arrojar sobre los verdaderos culpables–, pese a que la colectividad nada hizo por frustrar o siquiera entorpecer las tareas gubernamentales. Mantúvose más bien como atónita, en cierto modo hipnotizada quizá por los prestigios de Frías y Ballivián, a la espera de una bienandanza que presumía segura.

XI

Si algo debe atribuirse a efecto de la incomprensión colectiva, ese algo es la fe que puso el pueblo en las posibilidades constructivas de tal régimen. Participaron de esa fe los propios gobernantes, recayendo en el estado de incomprensión que aquejaba a la ciudadanía toda. El fracaso de ambas administraciones delata ese hecho a las claras, revelando que ni Ballivián ni Frías comprendieron en momento alguno la problemática boliviana de aquella hora. Así lo intuye Camacho en su *Compendio de la historia de Bolivia*. Ballivián –dice Camacho– "había pasado la mayor parte de su vida corriendo los azares del ostracismo, sin que las prolongadas ausencias de la patria le permitiesen conocer a fondo las causas del malestar social y político de la República", y Frías:

> llegó a regir los destinos de Bolivia al declinar la tarde de su vida, cuando su potencia intelectual, como la savia del robusto roble envejecido, había perdido su fuerza fecunda y expansiva. Esta circunstancia –concluye– perjudicó a la República y perjudicó también a la fama del eminente patricio.

o temprano". Más temprano que tarde han desaparecido, en efecto, las fronteras de Francia, bajo los pies de los invasores alemanes el año 1940. Jean l'Arverne llena algunas páginas de su libro *En estos tiempos de apocalipsis*, con documentos profesionales parecidos.

Este juicio de Camacho tiene un valor de clave si se lo entiende históricamente, esto es, si se lo admite solo a título de testimonio confirmativo y no de alegato exculpatorio. Como hecho histórico –que lo es a todas luces, pues inclusive posee una continuidad caracterizante–, aquel malogro gubernamental no ha podido generarse en causas tan inactivas y circunstanciales, cual de suyo lo son, la vejez de un hombre o la inconexión de otro con el medio; inconexión que en el caso de Ballivián carece de importancia, como lo indica el hecho de que se le hubiese elegido presidente. Otra cosa es que tales causas –y así debe interpretarse el concepto de Camacho– velaran los ojos de ambos gobernantes, impidiéndoles ver y sortear el estorbo que atascó las dos administraciones, haciéndolas infructuosas. Ni ellos ni sus personales deficiencias crearon, por lo demás, dicho estorbo, que residía, más bien, en la estructura jurídico-política, usurariamente limitativa del bienestar público, impuesta al país casi como un amortiguador de su vitalidad.

Este es un punto en que la historia escrita de Bolivia no repara. Su enjuiciamiento de las vicisitudes nacionales concluye por eso, usualmente, hallando la razón causal de estas en la índole o la conducta de las personas. De preferencia, en las que ella denomina "taras del pueblo", aun cuando el pueblo no participe de ningún modo en la conducción de los negocios públicos. El temperamento particular del gobernante suele también constituir la explicación definitiva. Todo examen sobre la ineficacia del régimen constitucional y el influjo maligno que en él proyectan las conveniencias de clase y la economía privada parece tabú para la crítica histórica. Tabú fundado, tal vez, en la causa que Wundt señala como generadora del mito prohibitivo.[39]

Salta a la vista, no obstante, el hecho de que la organicidad institucional otorgada al país fija de modo exclusivo la medida, cuando menos, de las limitaciones con que tropiezan los anhelos nacionales de prosperidad y fortalecimiento. Carece de sindéresis, por lo mismo,

39 Esta intangibilidad del régimen constitucional entraña una otra creencia moderna, las implicaciones originarias del tabú. No solo responde a una prohibición simplemente mágica impuesta por la clase privilegiada en resguardo de sus intereses. Responde también al terror que inspira el inhumano poderío con que tales intereses actúan mediante el régimen constitucional. Su intangibilidad logra de esta suerte fundarse con el sentido que Wundt reconoce al tabú, "en el temor a la acción de las fuerzas demoníacas" lo que, para el caso, importa decir "temor a la acción de las fuerzas económicas".

el atribuir la improducencia de los gobiernos al tipo o al estado anímico de los gobernantes, haciendo abstracción del sistema político en que estos actúan. Bien se comprende que el Estado asegura su perpetuidad precisamente en el hecho de que la mecánica de su funcionalismo sea inalterable por la voluntad individual. Si este funcionalismo reflejase el temperamento del hombre que gobierna, el tipo del Estado resultaría tan cambiadizo e inconstante como no es posible concebir que lo sea en ningún sistema político. “La influencia que un hombre de Estado, incluso el de posición excepcionalmente fuerte, ejerce sobre los *métodos* políticos es muy escasa”, puede agregarse con Spengler. Vale ello decir que el carácter del régimen, y no el carácter del hombre, fisonomiza los fenómenos políticos y los determina. Bonaparte –es el mejor ejemplo– no logró obstruir con el Imperio el establecimiento final del Estado republicano burgués que la Revolución Francesa prohijara. La potentísima proyección de la personalidad napoleónica fue impotente para convertir a imagen de sus ambiciones, el método político adoptado como régimen y maquinaria institucional del país. La organicidad, el funcionalismo caracterizante –aquello que Spengler llama “la dirección, el sino”– de un tipo de Gobierno, o sea, la tendencia a que responde su estructura, está de suyo a cubierto de ser alterado por influjo espiritual ninguno. “Cuando Cincinato volvió a su arado, la República siguió marchando como antes”, dice una confirmativa reflexión que Mac Iver anota en *El monstruo del Estado*. Solamente una revolución que suplanta el sistema político, puede modificar su tendencia.

Al régimen constitucional tiene que imputarse, por lo tanto, con toda certeza, la frustración de los gobiernos Ballivián y Frías. Nadie ignora que dicho régimen llegó a la plenitud de su vigencia entonces, y que la vida boliviana tuvo por única norma de conducta el mandato de la Constitución y de las leyes. Ambos presidentes velaban –ilusos– por el severo cumplimiento de tal mandato. No es mera coincidencia, como se ve, el hecho de que fracasaran justamente las dos administraciones en que los negocios públicos no tuvieron otra inspiración que la del precepto legal. Notables episodios de aquella hora demuestran, a mayor abundamiento, cómo la aplicación estricta de la ley desbarató más de un propósito que, de ser ejecutado, habría puesto la República a salvo de infortunios posteriores.

Por lo que hace al Gobierno Ballivián, “dos Congresos seguidos –como dice la *Historia financiera de Bolivia*, de Casto Rojas– le niegan

los subsidios que pide para liquidar la bancarrota de Hacienda y para oponer a la amenaza de la guerra la previsión necesaria". No es porque "el país no lo comprende", sino porque los Congresos –ya se sabe que estos representan a la clase pudiente, no a la nación– cumplían de este modo su tarea de proteger los intereses de la casta. Intuían los congresales que el servicio del empréstito impusiera gravámenes a los bienes de los acaudalados. "No creyó prudente la Asamblea autorizar esta operación –escribe Camacho–, aleccionada como estaba con lo desastrosos que fueron los anteriores negociados". Así recurrió al procedimiento de "introducir economías en el presupuesto" –es usual hacerlo hoy mismo– para proveer a la nación de los fondos que requería la defensa patria, frente al riesgo de una guerra con Chile. Esta obligación debía pesar así solo sobre las clases inferiores.

Las mismas influencias oligárquicas malograron el destino del Gobierno Frías. A tenor de Rojas, fue este Gobierno "vacío de iniciativas, legalista como siempre, pero incapaz de un viraje resuelto para salvar los rumbos peligrosos". Este es casi un señalamiento de la ecuación histórica: a mayor imperio de la ley, menor capacidad vital del país.

XII

Forzoso es puntualizar aquí los valores de tal ecuación. Ya se sabe que el espíritu y aun la letra de la legislación boliviana fueron importados del extranjero por el mismo interés que, durante la Colonia, sujetaba la existencia del país al régimen de las Leyes de Indias. El pueblo nativo fue impedido así de crear su propia estructura jurídico-política. Se le impuso, como un yugo, la otra, que además de ser solamente favorable a la capa rica, desamparaba a la masa y obedecía a una tendencia enervadora, anemizante, minorativa de la nacionalidad. Es este el pensamiento finalista de la legislación colonial, como el de la legislación capitalista es el de evitar que la clase pobre supere la bajura económica en que se le hace imperioso admitir cualquier salario. Esta doble inspiración del capitalismo y del colonialismo se expresa en el espíritu del régimen jurídico republicano vigente en los países colonos.

Es fácil entender que este régimen jurídico-político sea por sí el medio de hacer efectivas las miras de ambos intereses. Detrás de las leyes, como "detrás de cualquier frase de moral, religiosa, política o social –dice Lenin– se encuentran los intereses de esta o aquella clase o clases". La condición sustantiva del coloniaje –tener deprimido al pueblo colono– y la del capitalismo –reducir a lo mínimo la capacidad económica de la clase trabajadora– se cumplen concentrando la exigencia opresora y secante de sus fines sobre el objetivo común que es la nacionalidad. El constitucionalismo y las leyes obedientes a tales intereses tienen que ser de tal suerte el estorbo en que periclita cualquier propósito favorable a la comunidad. Esa es, en esencia, la función –función perpetuadora del sistema– que les han asignado sus creadores aun en los países –Francia y Estados Unidos– de que se los trajo al nuestro. La fórmula de Jefferson –"el mejor gobierno es el que gobierna menos"– y la de Guizot –"¡enriqueceos!"– denotan el extremo en que el pensamiento político de que nacieron responde al interés particular. La ilimitada satisfacción de este sería, como se comprende, inalcanzable, si la colectividad pudiera satisfacer también sus conveniencias, ya que el enriquecimiento privado se alimenta solo de aquello que sustrae al bienestar de los demás. Con el fin de legitimar la posesión de lo así adquirido y continuar adquiriéndolo de igual modo, la clase privilegiada se tomó el derecho de crear el evangelio jurídico en que profesase la colectividad. La tarea de legislar le fue impuesta por sus intereses. La clase pobre, que carecía de ellos, no tuvo tal acicate para disputarle asientos en las Asambleas Legislativas.

La incomprensión colectiva –incomprensión de que participaron los dos presidentes, cual queda escrito– puso toda su fe en la posibilidad creadora que se presumía guardada como un óvulo prodigioso en el seno de la ley. Es innegable el éxito que, en suscitar ese estado de ánimo, alcanzó el periodismo, a sabiendas o no de lo que hacía. Fue desde entonces el más aguerrido campeón de la cruzada legalista. Obvio es decir que, en días posteriores, este fervor periodístico respondió, con plena deliberación, a las finalidades político-económicas interesadas en fundar el imperio absolutista de la ley.

Ballivián y Frías contribuyeron grandemente a esa fundación, aun cuando sea admisible que lo hicieran sin percatarse del daño

que causaban a la nacionalidad. Creían en la ley como creyentes, no como hombres de Estado. Su devoción les hacía incapaces de calificarla, ya que, venerando el Derecho con místico sentimiento, veían en la ley, cualquiera que esta fuese, nada más que la expresión sagrada e intangible de aquel.[40] Su sacerdocio de la legalidad, estéril para ellos como todo sacerdocio honestamente profesado, fue nefasto para el pueblo. Sucumbieron los dos materialmente estrangulados por la maraña de la legislación, que ya envolvía entonces a los gobernantes, en procura de inmovilizarlos, de reducirlos a la impotencia. La concepción de que la pasividad y no la actividad de los gobiernos crea la riqueza de las naciones –conforme al teorema de Adam Smith– presidía, como dogma supremo, las tareas legislativas, orientándolas hacia el ideal de anular al Estado.

Con tónica muy atenuada, con una tónica a la sordina, evocan aquellos dos gobernantes la cifra dramática de Linares. Pensando y sintiendo como él –pensando en ciudadano francés y sintiendo en hidalgo español–, carecieron, no obstante, del ímpetu redentor con que aquel quebró, a semejanza de Moisés, el tabú de la ley inútil, destrozando el mito falaz. Igual proporción de lo grande a lo pequeño, de lo dinámico a lo atónito, de lo condensado a lo diluido muestra, en orden a la conducta pública, el paralelo entre ellos y Linares. Lo genérico es que Linares actúa encima de la edificación legal, y que Ballivián y Frías actúan debajo. El gesto linarista de eliminar la legislación que sirve a fines bastardos, tiene su equivalencia en el celo con que los otros dos personajes quieren que la misma legislación sirva a fines elevados. Puede pensarse que en este celo hubiese, además de la pura convicción teórica, un propósito transigente para con los intereses dominadores, ya que el principio del respeto a la ley era en

40 Alguna vez mencionaban los legalistas fanáticos de aquella época el nombre de Turgot y su máxima: "dadme buenas leyes y os daré ciudadanos virtuosos", como justificativos de su devoción y su creencia en los dones creadores de la ley. Evidentemente, no comprendían aquella idea turgotiana que distingue la ley buena de la ley mala, y fía razonablemente en que las leyes justas –las que no importan privilegio de los menos y daño de los más– puedan auspiciar la vida virtuosa de los ciudadanos. Es del caso añadir que fueron los privilegiados quienes combatían a Turgot en el ministerio de Hacienda de Luis xvi, a mérito de la probidad con que Turgot pretendió sustituir la legislación vigente con otra más equitativa. "Se estrellaron sus esfuerzos contra la cuádruple alianza del clero, la nobleza, los altos empleados de hacienda y los parlamentos", como informa el *Diccionario biográfico universal* de Grases.

semejante medida fortalecido. Si tal pretendieron Ballivián y Frías, la verdad es que esa mira quedó frustrada.

La vigencia de la legalidad en los términos en que ambos la guardaron defraudó al par a pudientes y a desposeídos. A aquellos, porque la probidad gubernamental no permitía utilizar las leyes con provecho económico. A estos, porque esa vigencia les resultaba inocua, toda vez que el precepto legal no había sido formulado en amparo de ellos. Bajo este humus de decepciones germinó la revuelta contra Frías. "El país –relata Camacho– estaba fatigado, desconcertado y sufría un raro trastorno de ideas, al punto de haber propagandistas que propiciaron la conveniencia de un Gobierno de 'brazo fuerte'. El brazo fuerte era Daza".

El episodio recuerda pálidamente la caída de Linares. Frías queda como aquel solitario, el día en que una conjura incubada en Palacio lo derroca. Poco tiempo antes, asombraba al país con la suma energía de que sus 70 años de edad se mostraron capaces frente a un motín. Es fama que, vestido con su levita de doctor, combatió en los campos de Chacoma como cualquier soldado, frente a las fuerzas del General Quintín Quevedo, caudillo melgarejista. Daza acompañaba entonces al anciano Presidente y siguió acompañándolo hasta meses después, hecho el personaje de mayor influencia en el oficialismo. Él mismo derribó del poder a Frías, concertando su cuartelazo con los letrados que ejercieron la asesoría de Melgarejo durante el sexenio. "El ejército ha hecho la revolución y el pueblo se ha cruzado de brazos", informaba epilogalmente una hoja de prensa. Igual que cuando caía Linares, la masa popular se mantuvo ajena a esta querella de pudientes. La intuición de la bolivianidad eludió así, con la certidumbre misteriosa e infalible con que defiende sus destinos, toda participación en el encumbramiento del hombre, ¡de los hombres!, por cuyo Gobierno pagó Bolivia el precio de su costa marítima.

La historia escrita del país ha forjado la falsa creencia de que Daza no pasaba, en aquellos días, de ser un individuo sin mayor valimento que el que le diera la adhesión de sus tropas. La prensa coetánea insiste, no obstante, en sostener que el hombre había atraído sobre sí el afecto entusiástico de las clases distinguidas. Un periódico lo señala inclusive con el epíteto de "niño mimado". Parece evidente que, cuando menos en los comienzos de su Gobierno, hacíase difícil precisar si la soldadesca o el doctorío lo apreciaba

más. Este último le concedió, como se sabe, el grado de General por decreto de la Asamblea Legislativa de 1872. Fue esa la muestra mejor del mimo que le dispensaban los letrados. El propio Daza la entendió así al rehusar tal ascenso, expresando que correspondía otorgarlo solamente a aquellos que diesen gloria a la República en los campos de batalla.

Aquí un dato indicativo de la inspiración a que obedeció el derrocamiento de Frías. En buena lógica, su expulsión del poder debiera implicar el repudio del nuevo Gobierno a la tendencia legalista que caracterizó el modo administrativo de aquel presidente, cultor acérrimo del orden establecido. Implicaba todo lo contrario, según se ve. Los flamantes gobernadores eran, ahora, guardianes tanto o más celosos del orden y de la ley, que el caído Frías. Cabe subrayarlo, como expresión del sentido de perpetuidad que el interés de clase imprime al régimen jurídico-político de su creación:

> El señor Frías –decía en efecto una hoja periodística trasluciendo la razón real del cambio político–, a quien hemos oído decir que el primer día que le hubiera amagado una revolución, hubiera arrojado la banda tricolor por las ventanas, no puede sin desdoro convertirse en conspirador, ni imitar la conducta de un Linares, que por nueve años alimentó en Bolivia con ensangrentadas revoluciones, educando al pueblo en el desorden y la agitación para ser víctima de su obra… Lamente su desgracia como alto magistrado derribado por elementos que el no preparó, y retírese a la vida privada, esperando envuelto en la túnica de su pasado, sentado sobre la ruina de su administración, el juicio de la historia.

XIII

Aquí debiera tener fin, calladamente, la etapa dramática de nuestra historia. Frías, Ballivián, otra vez Frías, reiteran una presencia evanescente y crepuscular que amaga con la sugestión del epílogo. Daza y su tiempo –escenario de payasería bufa y trágica– no pertenecen a tal etapa ni le ponen remate. Son solo un paréntesis, algo que por su ajenitud a Bolivia es también extraño e incoherente dentro del acontecer histórico. Detrás de ellos, el dramatismo de la vida boliviana recobra su intensidad tremenda cuando los hechos, impelidos por el brusco encontrón con la guerra, toman contacto y se relacionan de nuevo con la bolivianidad. La invasión del territorio

patrio es como un colorante que permite diferenciar lo nacional y lo extranjero, precisando que esto último es, en potencia, lo opuesto y acaso lo adverso de aquello.

El sino dramático de Bolivia adquiere así la exteriorización espectacular y multitudinaria, hasta esa hora, recatada tras de los cortinajes apacibles de la tramoya legalista. Es como si la exigencia histórica –inexorable fuerza propulsora de la nacionalidad– hubiese roto los telones para posesionarse del ámbito propicio al cumplimiento del destino colectivo que, como el de todos los pueblos, ha de consumarse a precio cruento. En su sentido histórico, la guerra con Chile marca la crisis coincidente a que llegan los procesos existenciales boliviano y chileno. Chile, que quiere ser Chile, tiende a afirmarse como nación mediante la fuerza usurpadora que le provee de las riquezas con que sustanciará su ansia de ser. Bolivia, bajo la tuición suicida y alevosa del espíritu colonial, tiende a no ser Bolivia y afloja la tensión de su dominio sobre las riquezas nativas, enajenándolas con nombre de concesiones –la de Meiggs, la de Milbourne y Clark, la de Edwards y Gibbs, la "transacción Peró" son verdaderas renunciaciones de la soberanía económica boliviana–, lo cual importa nada menos que entregar las fuentes de nutrición vital del país, en servicio de nutrir al extranjero.

Carente, en su clase directora, del anhelo de la nacionalidad y desposeída sistemáticamente de sus medios de fortalecimiento, llega Bolivia al minuto de crisis de su depauperación, de su anemia, cuando Chile llega a su vez al minuto crítico en que su nacionalidad requiere confirmaciones materiales. A esto se llama "estar preparado para la guerra". A lo que hizo la casta dominadora en Bolivia se llama "estar preparado para la derrota". Debe recordarse que dos legislaturas rehusaron conceder al Presidente Ballivián los medios con los cuales podía arbitrarse dinero para adquirir barcos de guerra y material bélico. Aun la fe mística y puramente adoratriz de la ley y de su vigencia inviolable, fue un preparativo de aquel vencimiento. Chile pisoteó los tratados internacionales, porque no creía en la virtud esencial de la ley, y creía, más bien, en la virtud tónica del salitre boliviano y del cobre del Perú. Pensamiento absolutamente contrario al que dominaba en Bolivia, en la capa docta de Bolivia. Era convicción de esta que la ley, y no las riquezas propias, constituye el sostén de la vida y el secreto de la fortaleza nacionales.

La pulsión histórica arrastraba a Bolivia a la guerra, que era la realidad, sacándola del mundo de ficción en que la ideología colonialista, por sí misma negadora de la bolivianidad, pretendió que esta subsistiese. Es aquella la coyuntura en que el devenir boliviano se hace dramático por excelencia, epilogando la etapa del drama, que –ya se lo ha dicho– comprende los años de suceder intempestivo y de perplejidad humana. En más de un sentido, esta coyuntura repara el inminente descoyuntamiento de la nacionalidad apretada por el tomo de su estructura jurídico-política. El cuerpo condenado a tullirse readquiere así, por desesperación, la dinámica propia frente al riesgo exterior.

El pueblo se hizo, de tal suerte, primer personaje de la acción histórica. El dramatismo de esta, recluido hasta entonces en los aposentos presidenciales, envolvió a la muchedumbre con su hálito desencadenado, imponiéndole una conducta depuradamente histórica. El sacrificio consumado con la certidumbre de que no habrá de influir sobre los acontecimientos inmediatos constituye lo histórico puro, porque se inspira en el anhelo de sobrevivir en la posteridad lejana. Tiene semejante cifra la inmolación de Abaroa. En su gesto se condensa la historia patria, la de la bolivianidad que no enajena el patrimonio territorial y que, con la propia muerte, perpetúa imponderablemente la presencia de lo boliviano sobre el territorio perdido.

No fue el pueblo indigno de su rol en aquella postrera ráfaga del drama. Suyo es, por cierto, el último personaje que permanece en la escena hasta el trance mortecino y luctuoso en que todo concluye. Este personaje es el corneta Mamani, del batallón Colorados, prolongando en vano el toque de llamada sobre el desierto en que se inmovilizan para siempre las chaquetas rojas.

Comedia

Las leyes y los
legisladores, nos han perdido.

Bolívar

I

Daza es una personificación operante y vital de la tendencia extranjerista. Conducta, sentimiento y también sangre ajena a la nación, hacen de él una figura emblemática de tal tendencia. No está demás revisar el concepto de que el extranjerismo sea, por fuerza, equivalente de cultura y elevación espiritual. Esos atributos le son reconocidos como distintivos, a instancias justamente del criterio inferiorizante con que se califica lo nacional. Daza, hombre sin letras y sin finura –"apenas si pudo aprender a leer y escribir", como dice O'Connor D'Arlach en *Los presidentes de Bolivia*– fue, sin embargo, la más alta expresión actuante del extranjerismo. La tendencia se hacía efectiva en él sin las mistificaciones y los fingimientos culturales, de modo viviente y acaso mecánico. Por eso, la extranjería de cariz teórico y artificioso, que en otras épocas y otros hombres mostrábase ridícula, adquiere con Daza exteriorizaciones trágicas. El espíritu de la antipatria dirigió entonces los destinos bolivianos, encarnado en aquel personaje, con una plenitud capaz de promover todas las calamidades.

Era sumamente astuto y poseía una aguda virtud intuitiva para precisar los medios utilitarios que su egoísmo sin límites empleó hasta conquistar el poder. Una vez en él, su conducta fue descaradamente antibolivianista. Dispuso de los dineros públicos hasta para pagar sus trajes y llegó a traicionar, sin cálculo, fríamente, a la nación.

Más con malicia que con error, se interpreta que la mentalidad innominable de Daza es fruto de su condición de cholo. No era cholo, sin embargo. "Hijo de una señora decente", según O'Connor,

era por la línea paterna europeo. Su apodo, Chocholín, alude al apellido, Grossolin [*sic*], de tal progenie. El prejuicio clasista de los cultos ha hecho la fábula de que Daza hubo traicionado a la patria "porque era cholo". Es una majadería sostenerlo, como lo es, en general, toda aserción que imputa anomalías temperamentales y taras a la raza o a la clase. ¿Cómo se concilia, en efecto, que Daza traicionara al país "por cholo", siendo la cholada boliviana, constituida en masa combatiente contra Chile, ejemplo de ejércitos por su ilimitada lealtad y su espíritu de sacrificio en defensa de la patria?

Tiene mayor sindéresis el supuesto de que el gran culpable del desastre nacional de 1879 carecía de sensibilidad patriótica, a causa del ambiente espiritual en que maduró su conciencia de la política. Su acervo de sangre extranjera fue por cierto un buen coadyuvante para decidirlo a elegir la línea de conducta que siguió, sin la más leve repugnancia, hasta desembocar en la felonía con la patria. Su actuación pública y también su personal proceder hablan en voz bien alta de ello. No se sentía boliviano, evidentemente. De ahí la disonancia con que el carácter de su Gobierno se muestra como cosa postiza e incoherente dentro del proceso histórico de Bolivia. De ahí, asimismo, el sello grotesco y al par trágico de su paso por el poder. Como Daza no actuaba a impulso de las fuerzas motoras de la historia patria, su extranjerismo –de tal modo extranjero– no se sujeta siquiera a las inspiraciones elementales de la tendencia. Aunque es la encarnación personal de esta, y acaso porque lo es, condúcese por sí mismo, como un títere que, rotos los hilos que le mueven, adquiere movilidad autónoma.

La sugestión de funambulismo cómico y doloroso que su presencia en el mando efunde sobre el destino colectivo, parece derivar de su condición de muñeco suelto, de fantoche animado, por absurda suerte, con una vivencia atrabiliaria, desconcertada y extravagante.

El golpe de audacia con que se encarama en el Gobierno de Bolivia no lo es todo como explicación de su permanencia en el mando supremo. Fortaleciéronlo allí los grandes intereses económicos con la legitimidad –¡y cómo no!– a él deferida por el Parlamento. Un autor argentino, secretario entonces de la Legación de su país en Bolivia –D. Evaristo Uriburu–, da la medida

en que tales intereses prescindieron de toda noción patriótica al apoyar a Daza:[41]

> Una de esas aberraciones inconcebibles –dice Uriburu–, que hacen dudar de la influencia que ejerce la inteligencia y la virtud en las sociedades civilizadas, poniendo hasta en problema la dignidad nacional, es la exaltación de Daza a la Suprema Magistratura de Bolivia.

Hecho inconcebible, en verdad, si no se toma cuenta de sus móviles. La clase dirigente halló en aquel sujeto el caudillo militar mejor dispuesto para servir los fines de la política colonialista. Su insensibilidad patriótica era una sólida garantía de subsistencia para el régimen de privilegios particulares –antinacionales, por lo tanto– que urgía guardar intacto, con absoluta preterición de los intereses públicos. Daza, en sentimiento y pensamiento ajeno al país, era el hombre adecuado, acaso el único, para encargarse de la misión.

La casta dominadora cerró por eso los ojos inclusive ante su prejuicio más caro, el de la prosapia familiar, en obsequio de Daza. Hay que acudir, para confirmarlo, al testimonio del propio Uriburu que, por su exactitud y hasta por su inexactitud enjuiciativa, trasunta fielmente el concepto de la capa culta respecto del tema. El argentino recoge aun la versión del cholerío de Daza, dándola por cierta:

> Aventurero vulgar y repugnante histrión, fruto espúreo –dice– del cuartel de militares corrompidos e indisciplinados, nació en Sucre, en la infecta bohardilla del cholo ladino y retrechero. La jerga del soldado lo sustrajo al látigo del gendarme que hubo más de una vez castigado sus hábiles rapiñas. Nieto de un semicretino apellidado Grossolin, de hercúlea musculatura y que tragaba sapos y devoraba la carne cruda en público, al precio de algunas monedas de plata, su desarrollo es de atleta y su fuerza extraordinaria.

Así es como se pensaba sobre Daza en los círculos distinguidos, de cuyas fuentes recogió tales datos el memorialista platense. Un

---

41 Uriburu publicó un libro –*Guerra del Pacífico: Episodios, 1879 a 1881*– que, documentalmente cuando menos, resulta de gran utilidad para el conocimiento de ciertos hechos que la versión histórica boliviana elude u olvida examinar. De modo tácito, no solamente la objetividad con que dicho libro está escrito, sino también su inspiración, dejan entrever que el autor guarda un innegable sentimiento de simpatía por la causa bolivano-peruana en la emergencia de la guerra con Chile. Este sentimiento añade significación especial a las opiniones que Uriburu emite respecto de Daza.

poderoso núcleo de aquellos círculos animó, sin embargo, a Daza en sus intentos de asaltar el Gobierno. Lo asentó luego en este, y le puso al amparo de la ley, mediante la constitucionalización de los poderes presidenciales. Las conveniencias económicas privadas adquirían, por aquella fecha, la autoridad imperativa con que decidieron, más tarde, el curso de los destinos nacionales. Los intereses afectos a las riquezas del Litoral habían descargado sobre el anterior presidente la máxima presión de que fueron capaces, con el fin de excluir al Estado en el aprovechamiento de los beneficios que producía el salitre.

Tal era aún la magna preocupación de las gentes de influencia, hasta en tiempos de Daza. Los hacendados no parecían exentos de ella, a causa del éxodo que la perspectiva del salario determinaba en la población campesina de Bolivia, arrastrándola hacia "las pampas" salitreras. El apremio de solventar esta complicación y el afán de comedimiento con los empresarios extranjeros forzaron a buscar la aprobación legislativa del convenio suscrito entre los explotadores del salitre y el Gobierno Frías. El Congreso de 1878 selló así dicho pacto con el sello de la ley, "a condición –reza el texto legal– de hacer efectivo, como *mínimum*, un impuesto de 10 centavos en quintal de salitres exportados". Con dicho gravamen –a exigencia de Daza, que deseaba acrecer las disponibilidades de su Gobierno– queríase "resarcir al Estado de las inmensas riquezas de nuestro Litoral –según escribe José Vicente Ochoa, hombre honesto de aquel tiempo– concedidas gratuitamente a industriales particulares".

Un tal Jorge Hicks, gerente de la compañía explotadora del salitre, "dio margen –añade Ochoa– al raro acto de protestar contra la citada ley". Este raro acto es el primero de los muchos a que ha abierto camino la política extranjerista de las concesiones otorgadas al capital privado y foráneo, aun después de la costosa experiencia aquella. En los tiempos actuales, puede mencionarse, por su acabada identidad con el caso del salitre, el caso de los petróleos, por cuya entrega liberalísima a una empresa extranjera enfrentó Bolivia la tercera guerra internacional y la tercera derrota a que ha dado origen el espíritu colonialista de su clase directora, incurablemente propensa a enajenar el patrimonio público en provecho del exterior. Por ello es que Hicks, reputando chilena su compañía, y además de Hicks los capitalistas –que eran anglosajones– consideráronse

agraviados por Bolivia. Pidieron, en consecuencia, amparo al Gobierno de Chile, amparo que este les deparó como a chilenos verdaderos.[42]

Sobrevino a poco la guerra, de hecho iniciada con la ocupación de la zona salitrera boliviana por el Ejército de Chile. La literatura historicista le ha dado el ensordecido remoquete de "guerra de los diez centavos", evitando asignarle nombre más atinente con su origen. Puede este localizarse a toda exactitud –lo que no exculpa el atentado internacional chileno– en los contratos pactados con capitalistas extranjeros, sin la fianza de que estos acatarían incondicionalmente la soberanía boliviana. El otorgamiento de tales contratos y la exaltación de Daza al poder responden por entero al influjo predominante que la sensibilidad colonialista hubo alcanzado en aquellos tiempos. El adormecimiento, cuando no el agarrotamiento, del espíritu nacional por los embelecos y los bretes de la ley posibilitó en gran manera la consumación de ambos hechos. Ya se ha puntualizado cómo fue Bolivia desposeída entonces hasta del sentimiento de sí misma. En semejante enajenación del sujeto histórico –suerte de apacible demencia en que el pueblo pierde la intuición de su destino– reside el secreto de la tragedia con que contrasta el histrionismo de su gobernante.

Por eso lo ridículo y lo pavoroso diríanse concomitantes y simultáneos caracteres de la época. Suscítanse, no bien Daza captura el mando –¡fatalidad irretractable para la nación!–, en el hecho grotesco de que el país cuenta con tres gobiernos al mismo tiempo. Un periódico menciona el suceso como:

> el conflicto de esa trinidad de Presidentes de la República, que son los siguientes: el Dr. Tomás Frías, Presidente Constitucional de

42 Sobre la nacionalidad chilena de la empresa, cabe, cuando más, trascribir esta nota informativa que en *Historia de la guerra de América* escribe el historiador Tomás Caivano: "La Compañía anónima de salitre y ferrocarril de Antofagasta, organizada completamente según el sistema inglés, se fundó con un capital de tres millones de pesos por los señores Edwards y Gibbs, de la América del Norte el primero, y de Inglaterra el segundo. Únicamente en 1879, cuando ya había comenzado la guerra, el capital de la sociedad fue aumentado en dos millones más, que se dividieron en acciones para venderlas al público. Estos datos los obtuvimos de un distinguido personaje chileno que fue durante largo tiempo ministro de Hacienda en aquella nación".

> presunta residencia en el departamento Litoral. El Dr. Serapio Reyes Ortiz, Presidente sucesor proclamado por Cochabamba en virtud del artículo 70 de la Constitución del Estado. El General Hilarión Daza, Presidente revolucionario.[43]

La solución de este conflicto delata la culposa conducta que en ella asumió la clase pudiente. Frías fue por esta abandonado a su suerte. Semejante defección es injustificable aun como fruto del miedo a las bayonetas de Daza, miedo con el cual exculpa aquella inconducta la historia escrita de Bolivia. Sabido es que los letrados legalizaron más bien la presidencia de Daza con el voto del Parlamento, circunstancia de vehemente significación acusadora, que se pasa por alto en casi todas las relaciones históricas alusivas a la época.

La consolidación de los privilegios clasistas tuvo efectividad expresa bajo el Gobierno de Daza. Amplióse el texto de algunos códigos –concretamente el de los de Procedimiento Criminal y Civil–, cosa que se meritúa, a veces, como descargo de aquel gobernante. En el fondo, tratábase tan solo de dar a la ley una mayor eficacia limitativa de los fueros populares, ya que los códigos imponen únicamente prohibiciones. En nuestros países –ha dicho José Carlos Mariátegui–, la codificación "no es sino uno de los instrumentos de la política liberal y de la práctica capitalista". Aquel perfeccionamiento del cuerpo de las leyes adjetivas obedecía, en efecto, a resortes de orden puramente económico. No solo porque la casta privilegiada aprovechaba del autoritarismo presidencial para obtener que el Congreso, a él sumiso, imprimiese legalidad coercitiva a los usos coloniales en que aquella fundó hasta esa fecha su dominio de lucro sobre las clases productoras. Influía, además, en procura de esta complementación de los códigos, un factor económico nuevo. Los rendimientos del salitre y también los de la actividad minera iban plasmando el embrión de la burguesía boliviana. Anunciábase el nacer de esta con la presencia del capital

---

43 La misma prensa informa sobre "los solemnes actos de resistencia de la ciudad de Cochabamba" al nombre y al encumbramiento de Daza en el Gobierno, hecho que este no olvidaría nunca, tal cual parecen probarlo las persecuciones de que hizo víctimas a los antidacistas cochabambinos. En alguna de sus cartas particulares, Mariano Baptista [Caserta] alude a este rencor de Daza. Chocholín cree o finge creer –dice más o menos esa carta, de la que no se ha podido conseguir copia literal– que Cochabamba le hostiliza por ser chuquisaqueño. ¡Como si Chuquisaca tuviese la culpa!

comercial y bancario, que por primera vez actuaba en funciones reproductivas dentro de nuestra economía. Fuerza es admitir que el aparecimiento de las formas financieras burguesas demandase, más que un trueque de orden substantivo en la legislación, el adecuamiento de sus normas procesales. A fin de cuentas, aquel tránsito del feudalismo económico hacia un tipo de economía capitalista era todavía no más que un cambio de los procedimientos que emplea la actividad explotadora, retenida entonces, como antes, en manos de la clase rica.

La presteza con que tal demanda se atiende no deja de ser una manifestación más del extranjerismo espiritual de Daza. Las necesidades del pueblo nativo no le merecen, de cierto, preocupación semejante a la que en él concitan las urgencias del capitalismo foráneo. Por muy cholo que la gente distinguida lo supusiera, la verdad es que Daza observaba un comportamiento de gringo auténtico, hasta en lo que atingía con su propia y particular manera de ser. Sentíase, desde luego, afrancesado como el que más, y es posible que estuviera cierto de que su Gobierno era un reflejo fiel de la cultura y la sensibilidad presuntuosamente gálicas del señorío copetudo. Alguna vez, en pública ocasión, dijo que los bolivianos debieran llamarse franco-americanos en lugar de hispano-americanos.[44]

II

Cholos, indios y blancos –la bolivianidad reanimada por la certeza del peligro que amaga su existencia– ofrendan la vida en holocausto

44 Charles Wiener, arqueólogo, etnógrafo y filólogo francés, que conoció a Daza cuando este ejercía la presidencia de Bolivia, refiere el hecho en las caudalosas páginas de *Peru et Bolivie*. La cita –conservada en su texto francés a título de mayor autenticidad– queda trascrita en seguida: “Dans une soirée –dice Wiener no sin sorna–, le président me dit, dans une allocution très chalereuse, que si, au point de vue de la race, on appelait les Boliviens des Hispano-Américains, au point de vue des tendances, des préférences et des sympathies, on devrait les appeler des Franco-Américains”. Del fundamento en que este francesismo de Daza reposara, puede tenerse idea por una anécdota que José Vicente Ochoa consigna en *Semblanzas de la Guerra del Pacífico*. Daza, durante un banquete en Arica, puso fin a su brindis presidencial, atribuyendo a Napoleón Bonaparte la frase: “todo se ha perdido menos el honor”.

de la patria durante la guerra con Chile. Su actitud aleccionadora destaca el perfil antinacional que hasta entonces no ha sido acaso enteramente perceptible en Daza. A las puertas de la tragedia en que ha de inmolarse el pueblo, cuando este vive ya la zozobra de los presagios nefastos, Daza encarna, más objetivamente que nunca, el término adverso del sentimiento colectivo. Sigue siendo el personaje central de la casta dominadora. El día de su cumpleaños, recibe pruebas patentes de la adhesión que aquella, por lo menos en su parte más activista, le profesa. Rememora dicho acontecimiento, no sin condenar su significación, cierto periódico en que se trasuntan, al par, la cólera y la impropiedad literaria:

> Las fiestas –dice– del 14 de enero, cumpleaños de S.E., el presidente de la República, seguían con las impresiones satisfactorias del que a la cabeza de la adulación y la lisonja no encuentra otra fruición que el homenaje y la genuflexión del lacayo con borlados, oropeles, franjas y boato de la imbecilidad.

Ese mismo día, un buque de guerra chileno, el Blanco Encalada, apunta sus cañones contra la población de nuestro puerto de Antofagasta. Diríase que el sino se empeña en nimbar a Daza con la dicotomía de lo pueril y lo siniestro. Poco después, las tropas de Chile ocupan aquel puerto. El aviso del hecho llega ennegrecido de pormenores luctuosos a conocimiento del gobernante. Es al filo de las fiestas del carnaval de 1879. ¡Otro gesto más del bifronte fantoche de la risa y el llanto! Ochoa subraya que la noticia “fue recibida por el General Daza entre los preparativos de una mascarada, y a fin de que no se frustrase esta, tuvo por conveniente ocultar hasta tres días después la fatal nueva de la invasión de Bolivia”. No se ha esclarecido, por piedad o por espíritu de casta, si los ministros de Daza conocieron como este, y callaron, la verdad terrible. Mes y medio más tarde, Bolivia contaba con un Ejército de diez mil voluntarios, en carne y hueso predispuestos a superar la tragedia. Una emergencia de vodevil trasudante de dacismo frustra de nuevo la posibilidad inminente de la epopeya. ¡No hay armamento para aquel Ejército! Cuando el Perú le envía un millar de fusiles, reitérase la sardónica presencia del contraste. Las armas llegan a Bolivia el día de Viernes Santo.

¿No están sellados por ese doble signo, inclusive los años anteriores a la guerra? Entre 1877 y 1878, Daza vive enardecido

por todas las harturas, cuando la población de Bolivia sucumbe al flagelo de la sequía y de la peste. Veinte mil personas han muerto así, en solo 45 días, víctimas del hambre sobre los rastrojos del valle de Cochabamba, con cuyas mieses alimentábase antes la población de la República. La existencia del presidente Daza, entre tanto, “es un perpetuo carnaval”, a decir del coetáneo Ochoa.

Hay, evidentemente, algo más que implicaciones casuales en todo ello. Es innegable que este desconcertamiento entre la manera de ser de Daza y la manera de existir de la bolivianidad obedece a que uno y otra son no solo distintos, sino antitéticos. Dicho de otra manera, Daza no es en modo alguno la bolivianidad. Es, hasta en sus expresiones pasivas, más bien, la antibolivianidad. Antes de que se produjera ninguna influyente acción de armas en la guerra con Chile, él, Capitán General del Ejército boliviano, hablaba en público de la derrota como de un hecho no solo posible sino insignificante. Su infortunado brindis en el banquete de Arica delata la frialdad con que mira la suerte de la patria. Es cuando, ante los altos jefes aliados, pronuncia estas palabras increíbles por todo concepto: “Si Chile nos vence, diremos lo que el gran Napoleón: ‘todo se ha perdido menos el honor!’”. El apremio retórico pesa más en su ánimo que la noción de sus responsabilidades. Ante ese apremio, la perspectiva de la catástrofe nacional es, para Daza, apenas un tema literario.

La guerra destaca, por lo demás, en alto relieve, la psicología extranjerista de Daza, contrastándola con todos los acontecimientos. Basta la mención de estos para confirmarlo. Días antes tan solo del ataque chileno a Antofagasta, Daza obedecía directivas y sugerencias dañinas del agente diplomático de Chile. Sabido es que aquel país amenazaba abiertamente al nuestro con la guerra, solidarizándose con los explotadores del salitre que rehusaron cumplir sus obligaciones para con el Gobierno boliviano. Un barco de guerra, surto ya en aguas de Antofagasta, sitiaba, literalmente, aquel puerto. En tal estado de cosas, el representante de Chile indujo a Daza a rescindir el contrato por cuyo incumplimiento se había llegado a la fricción diplomática y al amago de conflicto bélico entre Bolivia y Chile. Daza hizo efectiva la petición del agente chileno. ¡Irrefrenable disposición de su alma para la servidumbre al extranjero! “La legación de Chile, tomando pie, violentamente, del

decreto rescisorio, se apresuró a declarar roto el tratado" boliviano-chileno de límites.[45]

Ocupada Antofagasta por los chilenos, Daza baila con ardor, presidiendo las fiestas de carnaval. No hay un atisbo de pesadumbre en su alma –alma extraña a esta tierra– durante los tres días del jolgorio que su frenético entusiasmo estimula. Entre tanto, los pobladores del litoral boliviano invadido por Chile atraviesan andando noche y día, los desiertos médanos de Atacama, roto el corazón de dolor y de ira. No son fugitivos a quienes empavorecen los invasores. Los conduce, en la emergencia bélica, un abogado heroico, el doctor Ladislao Cabrera, hacia el paraje en que se haga posible la resistencia desigual y suicida que opondrá a los expoliadores. Ese paraje está en los matorrales, entre las *chillkas* de Calama. Aun este nombre habla de nacionalidad, de autoctonía y autonomía. *Khalama* es un compuesto posesivo del aymara. Quiere decir "tus peñas". Aquella es la bolivianidad: hombres y tierra; el Gobierno es la extranjería que desprecia lo indígena e imita a los franceses. La oposición de ambos sentimientos aparece encarnada con exactitud absoluta en Abaroa, que es lo boliviano sublimado, y en Daza, que es lo extranjerista operante y gobernante.

El hecho de que Daza invista en el Gobierno representación y personería de los grandes intereses económicos particulares tiene su ratificatoria en la intensidad con que el hombre reacciona frente al levantamiento de las clases trabajadoras cruceñas, acaudilladas en 1877 por Andrés Ibáñez, personalidad sumamente llamativa de nuestra historia, y, no obstante, ignorada hoy casi en absoluto. Ibánez fue un auténtico precursor de la revolución social en Sudamérica. El convencionalismo historicista no lo menciona, empero, como tal en la reseña escrita del pasado boliviano. La cultura oligárquica ha oscurecido la memoria de tan extraordinario personaje, en manera que así este, como el hecho de que es prima figura, se dirían inexistentes.

45 "Aceptó de buena fe el confiado gobierno este consejo, sin calcular, dado su origen, que entrañaba una celada. ¡Y cayó en ella!", dice Camacho. Justo es concretar empero –siguiendo a Ochoa– que "de tal acuerdo, disintió el ministro de Relaciones Exteriores señor Martín Lanza, lo que dio lugar a su separación del gabinete; siendo llamado a ocupar dicha cartera el señor Serapio Reyes Ortiz". Como se sabe, Ochoa llevó durante la guerra con Chile el Diario de la Campaña: su atestación es, por lo tanto, de primera mano.

Ibáñez dominó por entero los acontecimientos que el influjo de su acción galvanizante promoviera en la avasallada existencia de la comunidad cruceña. Había sido preso por orden de Daza, a mérito de que divulgaba teorías socialistas. Pero los soldados de quienes era cautivo se amotinaron en amparo suyo, y el pueblo, solidarizado con la rebelión, sumó a esta sus fuerzas unánimes. La plaza de armas de Santa Cruz de la Sierra fue así teatro de un evento que irradia simbólicos reflejos augurales. Trabajadores y soldados rompieron los remaches de fierro con que el caudillo había sido engrillado, proclamándolo, después, jefe supremo de los rebeldes. Imprimió Ibáñez una celeridad y una energía leninianas a la ejecución de los ideales revolucionarios. Dejando a los grandes terratenientes el dominio del suelo cultivado tan solo, distribuyó la tierra sobrante a los campesinos. Fue abolida la servidumbre personal y gratuita, declarándose, además, anuladas las deudas de trabajo, con lo cual quedó el peonaje cruceño prácticamente liberado de su esclavitud económica. A fin de contrarrestar el bloqueo financiero de que los pudientes hacían víctima al Estado revolucionario, emitióse, con el respaldo de los bienes públicos, un nuevo papel moneda, a estilo del *asignat* de la Revolución Francesa.

Daza destacó una división de Ejército contra Ibáñez, en apoyo del cual habíanse pronunciado todos los vecindarios de Santa Cruz, a contar del de Vallegrande. Carecían de armas los rebeldes para empeñarse en lucha con las fuerzas del Gobierno, a causa de lo cual buscaron aquellos la protección de las selvas chiquitanas, desde cuyos malezales podía guerrearse con cierta ventaja contra los gubernistas. La caballería de estos eliminó, empero, tal ventaja, y pudo capturar al jefe rebelde que pasaba la noche en un paradero del camino. Fue fusilado a las pocas horas, con diez de sus compañeros. Fusilóse a otros cuatro ibañistas en Cotoca y a dos en Santa Ana de Chiquitos.[46] Jamás Gobierno alguno mostró semejante ferocidad

46 Aquella localidad lleva hoy el nombre de Santa Ana de Velasco. Aún existían allí, en 1941, algunos individuos que, de niños, habían presenciado los fusilamientos de Benjamín Urgel y Cecilio Chávez, lugartenientes de Ibánez. De su relato se extracta las precedentes noticias. El autor de este libro las recogió en Santa Ana cuando, confinado con los ciudadanos Augusto Céspedes, Rafael Otazo y José Cuadros Quiroga por el Gobierno Peñaranda, habitó un tiempo en aquella inolvidable población fronteriza, entre cuyos vecinos perduraba todavía, con el rango de los recuerdos ejemplares, la memoria del

en la represión. No se salvaron del patíbulo sino los que habían logrado escapar a la persecución. Daza probaba así una solidaridad férrea con la oligarquía, pues, la verdad sea dicha, el imperio hasta entonces intangible de esta había sido profanado por Andrés Ibáñez, con aquel intento libertador de la gleba cruceña.

Es otro índice de la antibolivianidad personificada por Daza, antibolivianidad hija del espíritu colonialista en que se inspira el dominio de los doctos y los de los ricos. El apego a lo extranjero, que en Daza toma expresiones grotescas cuando se manifiesta en su sentido afirmativo, en el sentido negativo cobra el valor irrefragable de la hostilidad a lo boliviano. Esta hostilidad tipifica, en la clase dominadora, el resabio español –vale decir, el resabio colonial– del desdén hacia lo indio. Daza constituye acaso la demostración más viva del tal sentimiento. Él despreciaba al pueblo, incluyendo en este a las gentes de real o supuesto abolengo nobiliario, como solo pudiera despreciarlo un europeo. Tenía a la opinión pública en tan poco, a tal bajura respecto de él, que prescindió por entero de ella, sin recatar de crítica siquiera sus francachelas. Las orgías presidenciales hiciéronse, por eso, de tanta notoriedad como los actos de Gobierno. Todo ello señala el sincero menosprecio con que Daza miraba a los nativos. Fruto de tal sentimiento es su conducta privada, antes que expresión de personal cinismo, pues no era cínico en extremo semejante, como no lo es hombre alguno de su astucia y de sus dobleces. “El Jefe de la Nación bebía a toque de corneta –refiere un periódico en 1880–, primero con sus soldados, después con sus concubinas”, las cuales exhibían su calidad barraganesca en fiestas oficiales de gran sonaja, “situadas en diferentes palcos –lo dice la prensa–: las unas de la clase ínfima, las otras con ínfulas de señorío, pero todas ellas, hijas de la corrupción”. Lucíase Daza por su parte, como rubricando su despectiva ajenitud a la comunidad que gobernaba. “Después de una noche de insomnio –cuenta un periodista–, el General Daza, sin sombrero, atravesaba del Coliseo a la casa de su Intendente, el titulado Coronel Baldivia, y tras él las meretrices y concubinas desfilaban para continuar las escenas báquicas”.

---

gran caudillo oriental. A solo título anecdótico, puede agregarse que los confinados de 1941 ocuparon la habitación en la cual Urgel y Chávez, puestos en capilla, habían pasado la última noche de su vida.

Un dato corroborativo de las concomitancias que el espíritu colonial y la solidaridad económica ataron entre Daza y las gentes de influencia: el motín que derrocó a aquel, aunque expulsara de la presidencia a Daza, no importaba sino su alejamiento personal del mando. La casta continuó en el Gobierno. Los hombres que acompañaron al derrocado en aquella lastimosa tarea de arruinar a Bolivia subsistieron actuando, si no en las mismas funciones, en otras no menos influyentes de la política boliviana. El nuevo estado de cosas respetó, por espíritu de clase, al deshecho del dacismo, sin tocarlo. Un periódico, ignorando acaso la precisión calificativa de sus palabras, aludió a dicha emergencia:

> Al lado del señor Daza –decía–, o detrás de él, están los ministros y alguno ha de responder; pues no es posible que se impongan al pueblo como mayordomos y se alcen con el santo y le den de palos por añadidura.

¡Mayordomos!… La acepción que esta voz inviste en Bolivia –capatacía en servicio y provecho ajeno– sinonimiza político extranjerista y mayordomo.

III

Las tendencias de la emancipación y de la oligarquía bordearon a derecha e izquierda, en todo momento, el trayecto histórico recorrido por el periodismo desde 1825 hasta la guerra con Chile. El curso de este fue por eso como el del viento que se encañona en el espacio abierto entre dos masas de arboleda. Rompió su impetuosidad y su continuidad, rasgado por la maraña que agitaba él mismo, desparramando sus hálitos dispersos en los ámbitos de sus flancos. Fue también, por muchos conceptos, siempre más débil que las otras energías en pugna, y a menudo su suerte dependió de la de los motines. A la hora de iniciarse la última etapa de nuestra historia, su fortaleza era ya notablemente mayor que en el pasado. Ella creció todavía con el tiempo, hasta constituirse en un efectivo poder dentro de la comunidad, siendo luego el regulador omnipotente de la conciencia pública.

Este alcanzamiento de eficiencia por el periodismo indica también la fuerte condensación operada, al concluir la Guerra del Pacífico, en todas las negativas fuerzas impersonales que actúan dentro del proceso histórico de Bolivia. Es un fenómeno

altamente proficuo para el desarrollo de la prensa, determinado en gran manera por influencia de la misma prensa. Para decirlo más concretamente: el estado político-social de Bolivia al final de la guerra con Chile era un fruto madurado por los jugos con que nuestro siempre frustráneo periodismo de tiempos viejos abonó el porvenir de la imprenta.

El panorama histórico de Bolivia entre 1880 y 1882 es, en efecto, una fidelísima síntesis de los anhelos colectivos expresados por el papel impreso, en uno u otro lenguaje, desde 1825. Quiere decirse así que la influencia de la imprenta en el proceso histórico boliviano ha tenido una magnitud incomparablemente mayor que la que jamás tuvo la función misma de la prensa. El hecho se ilustra con el solo señalamiento de los rasgos que de 1880 a 1882 delinearon la fisonomía política y social de Bolivia.

La vieja lucha entre emancipadores de la nación y conservadores del régimen oligárquico estaba ya desprovista de sus primitivos y concretos perfiles. Habíalos perdido bajo el Gobierno Linares, que marca la conquista del poder por la clase privilegiada. Esta se desvistió entonces de todo ropaje que recordara su origen español, adoptando, más bien, el de la Francia revolucionaria. Ello explica que, no obstante el cambio, su sensibilidad, ahora afrancesada, continuaba siendo colonialista. Hizo que su derecho al mando radicara, cual antes, en su sello europeo, entendiéndolo como título de supremacía por oposición a su despectivo concepto de lo nacional. Los sentimientos puramente bolivianos concentráronse, por lo mismo, en las clases inferiores, no europeizadas, y casi siempre sujetas al dominio hegemónico de los cultos, vale decir, sintiendo y sufriendo la prolongación del estado de subalternidad en que tales clases vivieron durante la Colonia. Esta circunstancia alimentaba en ellas el anhelo de la emancipación. Semejante dispositivo infraestructural de la sociedad explica la etapa de repetidas insurrecciones y asonadas que amagaron la paz pública después de Linares. Las masas participaron en todas las convulsiones detrás de los caudillos militares o civiles, en procura de sacudir aquel dominio residual del coloniaje. Su solidaridad con los caudillos, conforme a la fórmula de Simmel, era hija de la protesta.

Las rebeliones, una vez triunfantes, concluían donde habían comenzado: en otra rebelión. La clase directora las desbarataba en el Parlamento, mediante leyes que fortalecían los privilegios.

Gentes de aquella misma clase poseedora solían acaudillar motines contra el dominio de casta, porque la capa directora no se hubo condensado todavía como tal. Absorbiendo en su seno a los caudillos triunfantes y a los letrados que surgían de las capas inferiores, concluyó ella por integrarse con todos los elementos que requería para constituir el cuerpo director único y exclusivo. Dos resultados fatales irrogó a las clases humildes este proceso constitucional del estrato oligárquico: desposeerla de directores cultos y reducirla a mayor bajeza. A no perder como perdió, uno tras a otro, todos los grandes caudillos nacidos de su entraña, la capa inferior hubiese alcanzado sus objetivos. Es indispensable remarcar que las personalidades más poderosas de nuestra historia –con exclusión de José Ballivián y de Linares– pertenecieron, por su origen, a las clases inferiores.

El periodismo constituyó, en todo momento, el crisol en que se amalgamaron estas porciones de metal distinto para fijar el temple de la aleación que forjó a la clase directora. En la prensa confluían los letrados de una y otra casta. Desde la prensa, realizaban estos la tarea común de apaciguar los ánimos, recomendando los beneficios del orden. Esa tarea, que fue la más persistente ocupación del antiguo periodismo, repercutió con ecos firmes en la última etapa de nuestra historia. El periodismo subversivo, en cambio, casi nunca tuvo tiempo ni recursos para fomentar el desorden. Los gobiernos, sin excepción alguna, clausuraban los periódicos opositores ante las primeras demostraciones de oposición. La prédica amortiguante era de todos modos la única que llegaba a oídos de la conciencia pública. Aun cuando no se ocupara de los intereses substantivos de la colectividad, aun cuando incurriese en el culteranismo que la hizo inaccesible para el entendimiento del pueblo, la misión creadora del espíritu de orden dentro de la política fue llenada siempre, casi como un religioso deber –probablemente lo era–, por toda hoja impresa más o menos duradera.

Las primeras resonancias populares de aquella publicidad favorable al orden se hicieron patentes cuando la muerte de Morales. Nunca se había ennegrecido tanto la atmósfera con nubes de tormenta. Era suficiente un soplo para que se desatara sobre Bolivia un diluvio de balas y de sangre. Día antes solo, el Coronel Hilarión Daza, excitado por la celebración anual del *¡finis Melgarejo!*, mereció tremendas recriminaciones de los congresales por

haberles ahogado unos discursos con las charangas milicianas emplazadas en los mismos umbrales del "templo de la ley". Yacente, quieta para siempre aquella fuerza huracanada que era Morales; dispersa la Asamblea por el pavor que deja a menudo solitaria e indefensa a la Carta Magna; y todo el poder del Ejército en el nervioso puño de Daza, ¿por qué no ocurrió lo que ya parecía fatal? El más apacible, el más viejo, el menos ambicioso de los varones de Bolivia, Tomás Frías, fue ungido Presidente, a decisión del propio coronel autor de tal bandalaje a banda. La clave del prodigio reside en aquella conciencia pública, ganada ya por el periodismo a las filas del orden. Lo confirma el texto de una publicación aparecida poco después, "El Ejército Nacional, elevándose a la altura de sus verdaderos destinos, mostró al Pueblo que era digno de su confianza".[47] Este pueblo era el único rompeolas que alisó el encrespamiento de la tempestuosa marejada. Ya llevaba impresas en la mente las palabras "orden" y "ley" aparecidas cada día, en todos los periódicos, bajo todos los gobiernos, después de todas las revueltas.

El interinato de Frías y la presidencia de Ballivián, inmunes a cuartelazos y pobladas, evidencian el sedante influjo del periodismo sobre los nervios del país. Daza lo perturba solo porque posee aquella noción primaria de la táctica: irrumpir sobre el enemigo por donde menos se espera. No precisaba hacerlo, pues –como dice un diario de la época–: "El poder armado campea victoriosamente en toda la nación, apoyado ya en esa considerable masa de electores partidarios del General Daza, que dispuestos y preparados en el campo del derecho se adhieren al hecho revolucionario compactos y firmes". Cuando él cae, no es a golpe de puño civil, sino a culatazos, tal como Daza mismo hizo caer a Frías del segundo interinato. Los periódicos de fines de 1879 y principios de 1880, aun cuando han combatido abiertamente al Gobierno dacista, recalcan y aplauden el hecho de que el pueblo no se hubiese alborotado con el derrocamiento de aquel.

---

47 Es un folleto pequeño y muy bien escrito. Intitula "Rectificaciones a la historia de cuatro días del Dr. Félix Reyes Ortiz" y lo suscriben "Unos amigos de la verdad" que parecen serlo también de Morales. Ellos refieren que los coroneles Daza y Lavadenz juraron en manos del presbítero Bosque, presidente de la Asamblea, que "sostendrían la ley y la voluntad del Pueblo Soberano". Es otra ratificatoria del imperio adquirido por las ideas de orden.

IV

Sobre esta adormecida superficie de la opinión se condensa, integrada en paz, la clase directora. La función que esta asume, desde entonces, en el curso de la historia boliviana da la dimensión real del valor influyente que ha tenido el periodismo en el señalamiento de las rutas seguidas por los destinos nacionales. Este señalamiento es, casi por entero, obra de la imprenta. Los conductores de la vida boliviana, a partir de aquella época, deben su predominio en el país a la prensa, tanto porque ella les ha ofrecido el ambiente propicio para cimentarlo, cuanto porque luego contribuyó decisivamente a estabilizarlos en el poder. Se comprende que, de otro modo, las contiendas hubiesen continuado sin previsible término.

El periodismo no solamente logró imponer la paz política, sino que hizo posible también, por medios más directos, la constitución de la capa gobernante, ungiéndola con los títulos que fueron luego la razón de su privilegio para ejercer indefinidamente la misión del mando. Sabido es que hasta los más inmediatos descendientes de españoles, aquellos exrealistas adheridos a la República en 1825, no poseían los requisitos que la tradición y el orden social del mundo acreditaban como fuero de gobernantes natos. Con precisión ha dicho Sabino Pinilla que "el Alto Perú carecía de cuerpos de nobleza y grandes dignatarios como los de los virreinatos y capitanías generales, cuyos individuos aturdían a los pueblos con el ruido inarmónico de sus pergaminos". La clase culta desperdició luego los laureles de la guerra libertadora, a cuya sombra pudo crearse la verdadera aristocracia boliviana. Su desdén por lo nativo, aun cuando lo nativo estuviese empapado en gloria, hízole preferir los peldaños de la cultura en latín o en francés para empinarse sobre la rasante de la comunidad. No tuvo, por lo tanto, ejecutoria histórica ninguna para erigirse en casta privilegiada. Inclusive era pobre de riquezas activas. A todas estas deficiencias debieron sus miembros el necesitar del motín para conquistar preeminencias gubernamentales y a ellas debieron, también, sus frecuentes caídas de lo alto. La prensa les armó caballeros aunque –parafraseando a Unamuno– no fueran sino "honrados hombres de a pie".

Las circunstancias en que se consumó esta hechura de la clase privilegiada tienen, como se ha visto, capital importancia para el conocimiento del proceso histórico de Bolivia correspondiente al periodo que empieza el año 1880 y alcanza a nuestros días, ya que tal periodo resulta, por definición, el de la hegemonía clasista fundada no tanto en la tradición de sangre ni en el cimiento de los prejuicios, cuanto en la capacidad económica –capacidad económica financiera, sobre todo–, lo cual da a dicho dominio de clase una consistencia cada vez más creciente y consciente que concluye por adquirir la organicidad característica de una fuerza regulada a sistema.

La induración de este plasmo social también fue, en cuanto podía ser, producto del coeficiente económico. La acción de este comenzó en los días de Melgarejo, al identificarse, entre los cultos del país, el sentido del poderío político que en Europa tomaba el dinero privado. La prensa no fue ajena a la aclimatación de tal sentido. Sus inficiones, con motivo del famoso empréstito Church procolonización, ferrocarriles y navegación fluvial, crearon desde luego, todo un bando churchista en el país.[48] Formaban el bando, a los comienzos, únicamente las personas que recibían dádivas pecuniarias de aquel ingenioso aventurero. El grupo acreció luego sus filas con abogados gestores, representantes nacionales y estadistas. De ese almácigo brotaban a poco los ideólogos que articularon los rodajes del negocio con la mecánica político-social del país. Nació entonces aquella teoría "de que es cosa factible que, en muchos casos, se puede hacer coincidir en una misma dirección el interés público con el interés privado".

Es útil fijar la dosis en que los ingredientes económicos contribuyeron a producir esta nueva conformación de la casta oligárquica,

48 El empréstito Church constituye un buen modelo de los negocios que el extranjero progresista realiza en los países atrasados. Obtuvo Church que Bolivia le otorgara en contrato el privilegio de infundir prosperidad en nuestras regiones orientales. Una vez la concesión en sus manos, la negoció en Londres. Reunido el capital que consideró suficiente, olvidóse de la misión de crear la grandeza del Oriente boliviano. La estafa hecha al público inglés hubo de ser cancelada con dineros de Bolivia. De aquella ruinosa liquidación hace referencias detalladas Antonio Quijarro en *Las diez y siete mil libras esterlinas del agente de Church*. Las operaciones financieras que, con este motivo, hizo el Estado, "aunque hábilmente preparadas, dejaban siempre a Bolivia con una fuerte deuda y con la hipoteca de todas nuestras aduanas", como dice el mensaje presidencial a la Asamblea de 1877.

trocando su modalidad estacionaria de aristocracia feudalista, con el tipo de dinamismo absorbente de la burguesía.

Se ha dicho, en pasadas páginas, que las utilidades provenientes del salitre y los minerales tomaron funciones financieras reproductivas, inusuales a esa fecha, en la economía boliviana. El dinero se hizo capital comercial y bancario, vale decir, instrumento de hacer dinero. El medio lucrativo por excelencia había sido hasta entonces –como durante el coloniaje– la explotación del trabajo humano servil, pero las riquezas que el siervo produjera durmieron inactivas por todo el tiempo anterior, apelmazadas en la tierra de los latifundios, o sepultas en cofres y arcones de los grandes propietarios. La capa rica se mantuvo de esta suerte como simple casta pudiente, sin alcanzar a organizarse en un estamento capaz de acción clasista, de acción clasista en el sentido estructurante con que tal acción se realiza cuando el tipo de la economía coincide con el del régimen político.

Debe puntualizarse que, si bien más aparente que operante, el sistema republicano democrático del Gobierno instituido en Bolivia era por sí opuesto a la naturaleza de la economía feudalista que se conservó como tal desde la Colonia. Así, ni la republicanidad política pudo hacerse efectiva, pues la adulteraban los feudales intereses, ni la feudalidad económica –frenada en su desarrollo por la estructura liberal de la organización política– logró adquirir las formas institucionales que requería para poseer la consistencia sistemática, esto es, la jerarquía coercitiva y la perdurabilidad orgánica de un régimen. Es tan absurdo pretender que la economía feudal prospere al amparo de las instituciones liberales, como pretender que las instituciones liberales coexistan y tengan vitalidad sólida a base de la economía feudal. Tanto diera suponer que la dictadura del proletariado se alcanza mediante las normas políticas de la democracia.

Aquella pretensión –conservar el feudalismo económico en el liberalismo político– fue el tendón de Aquiles de la oligarquía boliviana durante el tiempo en que ella no era más que la casta dominadora en la cual se prolongaban los privilegios consagrados por los usos coloniales. A esa pretensión puede atribuirse rectamente el que los oligarcas, poseyendo como poseían las riquezas del país y aun el poder político, no consiguieran sostenerse a perpetuidad en el mando y fuesen con frecuencia despojados de él

por los levantamientos populares y cuarteleros. La conservación de la economía feudal exige el uso de un aparato político rígido y cerrado, en absoluto carente de las válvulas de escape que el mecanismo demoliberal posee, válvulas por las que se desahoga y perece la energía revolucionaria de los oprimidos. A instancia de sus conveniencias puramente económicas, los oligarcas obstruyeron a menudo ese funcionalismo valvular de la democracia, hasta el punto en que la presión de la fuerza por ellos contenida hacía saltar las piezas mal cerradas o mal soldadas.

Ese es, por lo demás, el resultado fatal a que llega y llegará, sin remedio, la oligarquía bajo la tensión de sus intereses, pues conservan estos, en esencia, la naturaleza feudalista con que nacieron, es decir, la naturaleza a la cual no pueden renunciar a menos de extinguirse. En semejante perpetuación de su índole originaria reside la explicación de las manifestaciones conflictivas, o meramente antitéticas, en que es tan pródiga la economía de Bolivia. Así, la explotación minera moderna, con todos los visos del más desarrollado industrialismo capitalista, se nutre interiormente con un trabajo de tipo a todas luces feudal, cuando no esclavista. Así, el régimen del trabajo agrario, en el que se delata, aun más visible, la subsistencia no solo residual, sino integral de la economía feudalista.

Aquella transformación de la casta feudal en burguesía conjuró, por lo tanto, muchas eventualidades ingratas para dicha casta. Es propio concretar aquí los alcances de orden sociológico de tal metamorfosis. La capa dominadora continuó siendo capa dominadora a ley de conservarse dueña de la riqueza. Modificábase, de consiguiente, solo su función clasista, no su posición o su composición sustantiva. En otros términos, de clase propietaria que era, pasaba a ser clase capitalista. Con este cambio, simple en apariencia, la casta pudiente se acomodaba, sin embargo –concuasaba, para decirlo mejor–, con el sistema jurídico-político o, lo que es lo mismo, se hacía concomitante con la modalidad histórica asumida, en el resto del mundo, por el estamento social de los poseedores. El fenómeno valía, en otro sentido –en el sentido interior atingente con el propio país–, por un gran fortalecimiento, por la consolidación casi, del espíritu colonial como única fuerza motriz de la historia boliviana. El hecho de que la clase dominadora adaptara sus intereses en modo tan preciso a la medida y la dinámica de la estructura legal vigente –como se

sabe, todas las piezas de dicha estructura habían sido importadas del extranjero– fisonomizó inclusive las formas de derecho del colonialismo, dándole, además, organicidad y poderío idénticos a los de un Estado.[49]

El hecho histórico participó en esta evolución afirmativa del dominio clasista sobre Bolivia mediante la guerra y la derrota. Estas liquidaron el pasado en cuanto a tradición popular. Golpe tremendo para la bolivianidad, el desastre bélico derruía, en efecto, una prosapia de valor y heroísmo que se había conservado lozana y vigorosa hasta entre el tumulto de los motines, hasta en la algidez que sobre la tonicidad cívica pudieron determinar los gobernantes de puño férreo. El desencanto del pueblo vencido cooperó decisivamente, con su abandono, en la entronización de la nueva modalidad clasista. Pudo así cuajarse, cada vez más consistente, la ideología legalista hasta cobrar el vigor de un convencimiento público apto para constituirse en sólido apoyo del orden social.

La derrota, además, había virtualmente eliminado al Ejército del campo de las actividades políticas, despejando la atmósfera de todo amago de beligerancia entre la capa directora y los militares, ahorrando a aquella la contingencia de entregarse a los albures de llegar al poder sobre una marejada motinera que tuviese por piloto

---

49 “Súper-Estado” llama la literatura revolucionaria a la oligarquía, aludiendo al predominio que ella ejerce sobre la entidad estadual. Es acaso más propio admitir que la clase oligárquica no solo haya deprimido, sino que haya suprimido el Estado, sustituyéndolo en sus funciones y tomando sus fueros al punto de ser ella, en el hecho, el Estado mismo. Las tres funciones materiales que Jellinek –*Teoría general del Estado*– reconoce a aquel, o sea, las funciones de legislación, de jurisdicción y de administración se ejecutan, desde luego, por intermedio de poderes o instituciones que literalmente controla y monopoliza la oligarquía. Esta parece haberse adelantado a la evolución que, desde la primera guerra europea, ha sufrido el concepto de la división de poderes del Estado, tendiendo a hacer esa división cada vez menos efectiva. La línea teórica de las finalidades estatales ha perdido así gran parte de su precisión coordinadora y comprensiva, cediendo al apremio de unidad con que las inspiraciones de orden concreto e inmediato procuran que el Estado reduzca su funcionalismo a la tarea de mantener, en nombre del concepto jurídico del servicio público, el orden económico moderno que la oligarquía proclama como indispensable para la subsistencia de la sociedad. La división de los Poderes del Estado formulada por Montesquieu resulta, por lo mismo, de tal modo incierta en la práctica –sobre todo por cuanto esa división deba significar independencia de tales poderes– que cabría considerarla en total desuso, a no mediar las manifestaciones meramente formales con que todavía suele dar muestras mortecinas de su existencia.

a un caudillo de la soldadesca. La prescindencia de las bayonetas en la vida pública fue acaso una ejecutoria para la predisposición colectiva a mantener la paz interna. Hecha y derecha estaba la casta oligárquica. La fortuna, que sonrió a determinados industriales mineros, hízoles también ser los supremos dirigentes de aquella. Fue esta una hora decisiva para los destinos patrios. Bolivia comenzaba a encorvar su alma bajo el peso del desastre internacional y bajo el de la poderosa oligarquía recién nacida.

V

Nació con ella la etapa histórica de la comedia que, como esta misma, constituye solo una versión falaz de la realidad, no una realidad histórica. Así se diferencia de la etapa del drama en que la vida nacional es visible hasta las entrañas. Después de esta, el proceso histórico parece animado exclusivamente por los elementos que sustancian la acción de una pieza de teatro. A esa causa obedece el suplantamiento de la verdad existencial del país por una ficción vitalista propia de lo cómico, pues lo cómico no es en sus raíces lo risible, sino lo imitado, lo que asume vida arbitraria, lo que se incrusta en la regularidad efectiva de las ideas o de la mecánica de los hechos y, aparentando estar en ellas incluso, rompe la medida lógica o el ritmo dinámico normales, por efecto de su intromisión sofisticante, de su presencia exótica. No es otra la naturaleza genitiva de la comedia, imitación o simulación, exageración o mistificación –en todo caso fingimiento– de un proceso viviente.

Ese fingimiento sufre la existencia de Bolivia a través del último periodo histórico. Su semejanza con la comedia no reside, sin embargo, en las implicaciones humorísticas de su desarrollo, tanto como en su contextura ficticia, en su viabilidad solo aparente, en su desajuste insalvable y su ajenitud respecto del verdadero acontecer histórico. La propia estructura de la época está hecha solo de palabras, como la de la comedia, y se cimenta igual que la de esta, en la consistencia meramente retórica de los hechos, irreales o simulados, que, al cabo, existen por gracia exclusiva de las palabras. Aun los internos resortes motores de la vida cómica le son comunes: la repetición, la inversión, la desviación y la interferencia contradictoria de los acontecimientos y las acciones caracterizan

el discurrir de la vida nacional, a la manera en que caracterizan la ejecución de la farsa.

La preponderancia de lo aparente sobre lo verdadero, así en la vida boliviana como en la realización comediográfica, responde, por lo demás, a un móvil que es también propio a ambas. En las dos, el suceder se determina y se regula desde afuera, porque es un suceder de artificio puramente humano. Parece más fácil percibir el fenómeno en el escenario histórico, en el que las ideas y los intereses extranjeros denuncian por sí el foco promotor extraño y lejano. Menos objetividad ofrece en el teatro, pero más plenitud. La influencia del poder que opera del exterior está de suyo impresa, viva y consubstanciada en la acción teatral misma. La comedia se identifica, precisamente, por su congénita similitud con el guiñol y el teatro de fantoches, movidos a tensión externa. Como dice Bergson, en las escenas de comedia "un personaje cree hablar y proceder libremente, conservando todo lo que es esencial a la vida, y sin embargo, mirándole por otro lado, nos parece un simple juguete en manos de alguien que se divierte". En el drama, la acción humana se promueve a instancia indirecta de los hechos que, igual que en la vida, se desarrollan sin regir mecánicamente la conducta de los individuos. Basta pensar que el movimiento de los actores dependa, por algún concepto, de la anuencia de otro hombre, para que el drama tome visos de comedia. Solo aquello "que es verdaderamente nuestro comunica a la vida su desarrollo dramático y generalmente serio". La verdad es que Hamlet e Ifigenia atados a hilos no serían sino títeres.

Esta similaridad entre la comedia y la última etapa de nuestro pasado se consagra, ante todo, por los efectos de su proyección sobre la conciencia pública. Son los típicos efectos que lo escénico suscita en el espectador, aislándolo de la realidad y absorbiéndolo por entero dentro de la farsa. Compréndese que ello se logre de modo absoluto cuando lo ficticio es de orden histórico, no teatral simplemente, porque, entonces, la suplantación de la realidad se opera en el espacio y en el tiempo, sin limitaciones, y porque hace de suyo que la conciencia del observador participe como actora en la mistificación. A tal circunstancia tiene que atribuirse, en parte cuando menos, la desconfianza con que el sentir común recibe cualquier intento modificatorio del orden vigente. La sofisticación de lo verdadero es tan perfecta que, para los más, el

pensamiento de restituir la vida boliviana a su cauce histórico es un pensamiento reñido con la realidad. La virtud esencial de la comedia está en su poder de engañar al hombre. Kant señala ese poder como "una singular cualidad de lo cómico".

La historia patria ingresó en aquel mundo de ficción, llevada de la mano por el periodismo. Puede calcularse el poder influyente que asumió entonces la prensa, hasta por el hecho de que –financiada a mérito de servir definitivamente a los poderosos intereses que nacían– adquirió la doble eficiencia de hacerse diaria y tener las dimensiones del papel impreso extranjero. El aparecer del capitalismo señalóse aquí, y en todas partes, con las adaptaciones de la ley y con la transformación material de la imprenta. Claro es que, asimismo, con un cambio de frente sustantivo en lo que se refiere a la actividad periodística misma.

He aquí algo sintomático de la sensibilidad que adquiría el periodismo. Es apenas un pequeño suelto ingerido en la gacetilla: "Señor Damian Noriega: Si no tiene cómo pagar la suscripción al periódico, ¿para qué se mete a lector? Abone sus cuentas en esta imprenta, pues que ni el director tiene los materiales gratis, ni el repartidor es su muchacho. Seguirá esta lista con los demás señores morosos, y después las ejecuciones judiciales". La prensa empezaba a ser un negocio. Diez años antes, el redactor no habría permitido esa publicación sin que antes pasaran sobre su cadáver.

El nuevo tipo de periodismo imprimió rápidamente el sello de su utilitaria sensibilidad en el público. Creábase de esta suerte un otro sentimiento colectivo: el de la supremacía del adinerado. Era el futuro mito. Por primera vez en nuestra historia actuarían, poco después, como directores de la política boliviana, los grandes propietarios de minas. Habían logrado crear sus fortunas casi con los propios puños, a costa de trabajo personal, sin que les hubiera sido necesario, hasta entonces, respirar la atmósfera del poder. Su propia concepción sobre el mando fue siempre contraria al mando. El humorismo con que Thoreau dijera que "el mejor Gobierno es, en general, el que no gobierna" había sido antes norma ideológica, cuando menos, para uno de ellos. Pero querían el Gobierno. "Para el valer, a la política me atengo", como dice el personaje de Gracián.[50]

---

50 La cita de Gracián debe entenderse en toda su hondura. El adinerado busca solo "el valer" del mando en la política, ya que esta no ha de ofrecerle otro

La prensa hizo enteramente factible el intento. A ella es imputable que, en el transcurso de pocos años, el criterio dominante en Bolivia mirase el Gobierno de los ricos como una verdadera fortuna para los pobres, como una merced otorgada al pueblo.

Por su expresividad humorística, esto parece comedia pura. Lo parece más por la composición esencialmente comediográfica del cuadro que tal hecho genera. Dicha composición muestra, a primera vista, cómo las ideas y las acciones han sido objeto de inversión o transposición, por un procedimiento usualísimo en la obra cómica. Es lo del irlandés –en *La otra isla de John Bull*, de Bernard Shaw– deslumbrado ante la dominación que los ingleses ejercen sobre Irlanda.

El primer gran diario boliviano, *El Comercio*, nació en 1878. Era evidentemente de aspecto y dimensiones excepcionales para los ojos de la época. Es cuando en Bolivia –para decirlo con Georges Weill– "los financieros comprendieron que la prensa les ofrecía un maravilloso instrumento de influencia". A ellos debió la imprenta la repentina distensión de sus alcances tradicionales. Cabe empero, salvar esta circunstancia: el enriquecimiento de los medios periodísticos, al crecer del papel impreso, no promovieron modificación sustantiva alguna, en el orden material, para el periodista. El factor humano, como se comprende, no es el primer beneficiario ni el objeto principal sobre el que recaen las ventajas de la evolución

---

género de valer individualmente. Rarísimo es, en efecto, el potentado que se resigne a actuar en función subalterna a la de jefe de Estado, y más raro aún el que, desempeñando tal función, se procure beneficios pecuniarios mediante ella. El plutócrata auténtico encarga la custodia de sus intereses en el Gobierno a los estadistas que tiene por abogados y representantes legales. Por lo que hace a los presidentes millonarios del pasado –Arce y Pacheco– sabido es que no acrecieron su fortuna privada en el Gobierno. La psicología y la sociología modernas atribuyen, con todo, a la actividad política de los grandes acaudalados, móviles mucho más perniciosos que los de la codicia. "No es solo el deseo de amontonar cada vez mayores beneficios –dice Rocker en *Nacionalismo y cultura*– el que refleja las aspiraciones de la oligarquía capitalista. También suele jugar el interés político de dominación un papel más importante que las pretensiones puramente económicas, aunque sea difícil separar el uno de las otras. Sus representantes han conocido el sentimiento placentero del poder y lo anhelan con la misma pasión que los grandes conquistadores de tiempos pasados […]. El morboso deseo de doblegar millones de seres humanos a una determinada voluntad y de dirigir imperios enteros suele manifestarse, en los representantes típicos del capitalismo moderno, más claramente que las consideraciones puramente económicas".

capitalista. Los poderosos reconstituyentes, inoculados por el dinero en el periodismo, robustecieron a este solo en sus factores de rendimiento útil a las conveniencias del dinero. El primero fue, por cierto, el de efundir una atmósfera respirable para los adinerados.

Este periodismo, económicamente afianzado, es el que diseña los términos en que habrá de consumarse el devenir nacional en la etapa de la comedia. Es casi un libreto de esta. Su influencia y su función dentro de tal proceso histórico muéstranse en verdad como creadoras del carácter que toma toda la época. No debe perderse de vista el hecho de que la prensa asume, solo desde entonces, una función de instrumento especialmente destinado a proyectar influencias concretas y deliberadas sobre el espíritu público, a crear opinión colectiva en tal o cual sentido. Esta misma circunstancia señala que la imprenta ha caído en dependencia de otros influjos, también concretos, que le marcan rumbos. El periodismo se incorpora así en la órbita de los grandes intereses económicos, a los cuales debe sus nuevas posibilidades de expansión material y espiritual. Como esos intereses son en esencia antinacionales –pues disputan con la nación el aprovechamiento de las riquezas públicas–, el periodismo que han creado actúa en el mismo sentido que aquellos. Su insensibilidad histórica, vale decir, su aversión al pasado que es lo genuinamente nacional, se expresa como tendencia transformadora de Bolivia, tendencia que plantea el tema central de la comedia: este país quiere ser otro país. Diciéndolo a manera de Pirandello: es un personaje en busca de autor.

VI

Quebrantado el sentimiento nacional por la derrota, mostróse inerte a partir del último contraste militar acaecido a mediados del año 1880. La batalla del Alto de la Alianza diríase la herida por la cual escapó el hálito postrero de la fe boliviana en un gran destino. El inútil sacrificio consumado allí por nuestros soldados tuvo, en cierto sentido, el carácter de un suicidio nacional. Sabido es que el hecho repercutió en la conciencia colectiva, con los ecos irremisibles de la sentencia dantesca.

Los colonialistas asumieron así la plenitud posesiva y operante del mando, sin oposición de sus seculares adversarios. La oligarquía

fue, desde entonces, una fuerza capaz de hacer historia, esto es, de imprimir un sentido concreto al curso de la existencia colectiva. Había sido antes no más que una expresión eventual y oportunista de las conveniencias individuales, que buscaba la hegemonía política obedeciendo a inmediatos móviles de lucro. Hasta el año 1880, estas conveniencias individuales, desprovistas de todo guión ideológico, mantuvieron la unidad actuante, la armonía de conjunto de una aspiración política de la casta, porque coincidían en perseguir el común objetivo que era el Gobierno. Se hallaban empero exentas de toda virtud polarizante en el orden social y en el de las ideas, y se traducían tan solo como un resabio de las modalidades del coloniaje. Diciéndolo de otro modo, la oligarquía de anteguerra careció de los atributos con que una corriente social actúa de manera histórica, vale decir, de un pensamiento que le dé organicidad y orientación, asegurándole una subsistencia continua desde el pasado hasta el futuro, ya que el desarrollo histórico es como el crecer de las plantas: extensión de raíces y extensión de ramas.

Ya se ha dicho que la guerra con Chile descargó una presión decisiva sobre la clase oligárquica. La ideología de esta es obra de dicha presión. El peligro que amagó al país como país fue una verdadera revelación de las diferencias que la casta poseedora distingue entre los intereses nacionales y los intereses particulares. Tuvo ella así una noción teórica de lo suyo y de lo de los demás, con lo cual dio expresión ideológica a la tendencia. Mediante ese proceso, el interés económico pasa de ser un hecho a ser un derecho, y se fija como pensamiento político de la clase. Obvio es añadir que este pensamiento, reflejo fiel de las conveniencias clasistas, coordina y asocia las fuerzas individuales y colectivas con arreglo a las miras de la casta. Poseedora esta de una ideología y, hasta algo más, de una concepción política, organizó la comunidad con un sentido obediente a los dictados de la capa directora, sujetándola a la regulación del Estado legal clasista.

La oligarquía boliviana logró este objetivo plenamente, imprimiendo a fondo el sello de su ideología en las reglas de conducta de la sociedad. Aun antes de concluir la guerra, la vida interior del país –la vida política– estaba, en efecto, desligada ya de toda conexión con los problemas colectivos y se regía por las normas propias de la clase pudiente. Para decirlo mejor, el pensamiento político había hecho una nueva clasificación de los

conceptos en que se funda la existencia de la nación. Subestimaba el valor vital de la soberanía geográfica y la integridad del suelo patrio, y atribuía rango sustantivo y supremo a la vigencia del orden jurídico. Defender este orden jurídico era, para la oligarquía, una obligación superior a la de defender el territorio nacional. Percibieron este nuevo orden de ideas, amargamente, los hombres que volvían de la guerra. El representante nacional Miguel Aguirre, soldado en el Alto de la Alianza, dijo a la Convención Constituyente de 1880 palabras rotas por el desencanto, palabras que –es otro índice de la organicidad con que funcionaba el régimen– calló la prensa entonces y después. Dictaba la Convención nuevas reglas de servidumbre para el indio; leyes en amparo de las propiedades monásticas, leyes de seguridad y privilegio para la riqueza privada:

> Cuando regresábamos –clamó en vano Aguirre– del campo de batalla como cobardes, según expresión de un diputado, creímos encontrar legiones de valientes; creímos que la Asamblea se hubiera colocado a la cabeza de la Nación; no hemos encontrado más que una Constitución, el cuaderno que rodó a los pies del usurpador. Quedo descorazonado cuando veo que no se puede echar mano de nada para salvar al país.

El predominio que inviste el espíritu colonial en aquella etapa de la vida boliviana se delata con estos índices inconfundibles: desamparo del territorio nacional en manos del invasor y agudo celo constitucionalista. Debe esclarecerse la real equivalencia de este apego a la Constitución. Es la señal patente de que la clase directora carecía del sentimiento autonomista de la patria, del ánimo con que los hombres crean las nacionalidades. No se ignora que la legislación de Bolivia fue extraída íntegra de los códigos formulados por la burguesía europea. Creóse así nuestro estado jurídico, incompatible en todo con las necesidades, los anhelos, la naturaleza y la constitución nativa de la colectividad boliviana. El establecimiento de ese tipo de derecho evoca el del régimen jurídico del coloniaje. Las leyes elaboradas en la metrópoli con arreglo a las conveniencias del colonizador hacíanse, como en el siglo XVI, regla de conducta para los naturales. La nación resultaba, en consecuencia, desprovista de leyes propias que afianzaran su existencia histórica y su integridad territorial. Por eso aparecía Bolivia inerme frente a Chile el año 1880. La Constitución y los códigos hacían intangible la riqueza privada, protegiendo

los fueros de la casta poseedora, legataria de los privilegios coloniales. El suelo patrio, en cambio, no contaba con tal amparo.

La ideología liberal en que profesaba aquel régimen –ideología puramente europea– fue asimismo impuesta al pueblo, solo como otra expresión de dominio del extranjero. En pleno apogeo de aquella, imperaba el régimen feudal en la sociedad y la economía. El indio y el mestizo continuaban sujetos a vasallaje de los pudientes. La proclamación de "los derechos del hombre y del ciudadano, inalienables e imprescriptibles", no tuvo la resonancia de las trompetas bíblicas ante la Jericó de la economía feudalista dejada por los conquistadores españoles. Ignoraban los doctos liberales de entonces que "los acontecimientos económicos tienen efecto a pesar de cualquier idea o institución política". Bajo la feérica luz de los ideales libertarios de Francia, la gleba autóctona continuó encorvada como "en tiempos del Rey Nuestro Señor", buscando oro para los hombres que ejercían el poder a nombre de la ley y de la cultura europeas.

Las instituciones republicanas fueron, como la ley y el credo liberal, un medio de sojuzgamiento del pueblo colono. Pese a ellas, el país llenaba meramente, en lo económico y lo social, funciones de feudo para provecho de la oligarquía extranjerizada. Rompió esta el sutil equilibrio de atribuciones populares en que reside el secreto del sistema republicano, pues –conforme a la sentencia de Montesquieu– "el pueblo, en la democracia, es en ciertos conceptos el monarca; en otros conceptos, es el súbdito". No se permitió al pueblo, en momento alguno, ser otra cosa que súbdito, aunque la republicanidad –que solo puede hacerse efectiva en el hecho– conservara intactas las formas exteriores que, a menudo, no son sino la cobertura suntuosa pero inocua de estados políticos antirrepublicanos. La Constitución de Estados Unidos –como dice Fay en *Civilización americana*– "adoptaba la forma republicana, pero daba al Presidente poderes monárquicos". La Tercera República francesa fue más lejos aún por este camino. Era –a tenor de Thiers– "una república sin republicanos".

Nuestra clase política dominante imitaba con entusiasmo esos modelos. En su pensamiento copado por las teorías foráneas no había cabida para un ideario autóctono. Con la práctica del republicanismo importado, creía asegurar a la nación destinos idénticos a los de Francia o de Estados Unidos. Hacíasele imposible concebir un destino específicamente boliviano para Bolivia. Esta

es una característica psicológica de la tendencia colonialista: vivir en el país, pero vivir a manera del extranjero. Aun los progresos que esa tendencia busca se sujetan a tal norma. La llamada política ferroviaria boliviana, que tuvo comienzo a esas fechas, ilustra persuasivamente sobre el tema.

Dicha política ferroviaria es uno de tantos frutos de la promiscuidad en que el liberalismo y el feudalismo suelen convivir en los modernos estados colonos; en los cuales, aun el más evolucionado capitalismo burgués emplea los medios feudales de la explotación y del dominio sobre las riquezas y el trabajo. Los ferrocarriles tecnificaron solamente la economía colonial, acelerando el ritmo con que se vaciaba de materias primas el país, desde los tiempos prerrepublicanos. Parece casi un símbolo el hecho de que los rieles fueran tendidos de las minas a los puertos, a lo largo de los caminos que utilizó el viejo coloniaje. Por este cauce de hierro fluyeron más caudalosos los minerales nativos hacia el mar, para enriquecer a Europa, sin que se derramara gota de su turbión fecundo sobre la geografía boliviana. Las funciones puramente extractoras del ferrocarril se oponían así a todo provecho que el país pudiera obtener del nuevo medio de transporte. Aunque una minoría ínfima de la población saborease las ventajas de este, lo cierto es que ni el suelo ni el Estado ni la colectividad las disfrutaron. Miles de indios que todavía recorren a pie las extensiones patrias hacen persistente la imagen del primitivismo y el atraso nacionales, en contraste con el correr de los trenes por las regiones mineras de Bolivia. El jadear de la locomotora entre las montañas concierta con el de los hombres que horadan las minas, la bronca sinfonía colonialista del músculo y la máquina sujetos a explotación del extranjero.

Esta esencia antinacional de la legislación, la cultura y el progreso técnico, toma al cabo forma concreta en el terreno de los hechos, indicando, ya sin reservas, la plenitud material del predominio extranjero sobre la vida boliviana. Es cuando se convierten las empresas mineras nacionales en compañías inglesas, norteamericanas y suizas. Las riquezas naturales de Bolivia quedan por tal modo incorporadas al dominio de otros estados. No puede ofrecerse demostración más concluyente de aquel moderno retorno al coloniaje. Los propios beneficiarios nativos de la industria minera rehabilitan de esta suerte las figuras evocativas del poderío colonial ejercido por los

monarcas españoles. Aprovechan, desde las lejanas metrópolis, los rendimientos de sus posesiones ultramarinas, manteniendo en estas el aparato de la autoridad que cela sus dominios.

Debe especificarse el valor político del fenómeno, ya que él no es, como suele explicárselo, un simple episodio del proceso de industrialización de la minería boliviana. Su equivalencia positiva, su finalidad real e inexcusable, es la desnacionalización de las riquezas patrias y la transferencia de ellas a la autoridad económica de otro Estado. Como expresión de la psicología oligárquica, no admite dudas. El sentimiento antiboliviano se muestra en ella desnudo, con una madurez conciencial que no titubea. La tendencia colonialista ofrece con este hecho un señalamiento material de sus metas: la negación de la soberanía económica del país y la servidumbre voluntaria al poder de los intereses extranacionales.

VII

Ocasionalmente puede salvarse aquí cierta confusión relativa al cuadro de la política boliviana correspondiente a esa época. Los gobiernos llamados conservadores, que abarcan el periodo 1884-1899, resultan, a causa de dicha confusión, diferenciados del régimen liberal que dirigió los negocios públicos de 1899 a 1920. Los nombres asignados a ambas administraciones no significan, por cierto, oposición ideológica ninguna entre ellas. Las dos rendían devoción idéntica al pensamiento liberal, individualista y constitucionalista. Su alternabilidad en el poder, a semejanza de la de demócratas y republicanos en Estados Unidos, o la de liberales y conservadores en Inglaterra, valía solamente –cual ha dicho Laski en *La democracia en crisis*– como cambio de una rama de la clase privilegiada por la otra, en el ejercicio del Gobierno. Sabido es que la oligarquía boliviana se bifurcó en dichas ramas el año 1882, sin que ninguna de ellas repudiase teóricamente las doctrinas liberales con motivo de tal ruptura. El tinte ultramontano que coloreaba a los conservadores fue adoptado tardíamente por estos, diez años después de la escisión.[51]

---

51 "Baptista, extraordinario político, introdujo hábilmente la ideología conservadora –escribe Ignacio Prudencio Bustillo en *La vida y la obra de Aniceto Arce*–. El presidente aceptó sin entusiasmo la intromisión de una doctrina

Conviene distinguir, empero, que el espíritu de la Colonia no se manifiesta en la adopción del liberalismo como tal, sino en el ciego acatamiento que de él se hizo, pese a su condición de ideología extraña al país. Tanto daba ello como persistir en las normas coloniales de obediencia para con el pensamiento político dictado desde fuera. El coeficiente de esa conducta se acusa en el completo abandono de que fuera objeto la masa de la población. La oligarquía prescindió de esta en tales términos, que la función de Gobierno fue reducida a tarea exclusiva de la minoría pudiente, en servicio de sí misma. Su sensibilidad europeísta que despreciaba al indio y al cholo, integrantes de las clases populares, puede explicar el menosprecio con que miró, o no miró, la suerte de las masas. El primer gobernante de aquella época, el General Campero –hombre connotado por su ecuanimidad en el ejercicio del poder–, calificaba como insignes "despropósitos" las preocupaciones de un expresidente por el malestar económico de los nativos.[52]

Ninguno de los bandos en que se escindió la casta dominadora parece inocente de tal pecado. En parte, es este atribuible a la concepción político-económica liberal poco amiga de libres manifestaciones de la masa. Max Lerner critica al liberalismo "por su temor a la energía bárbara del pueblo". La verdad es que, aisladas

---

religiosa en el campo político". Este presidente, don Aniceto Arce, uno de los más grandes conductores de la clase dominadora, ideó e hizo efectiva la construcción del primer ferrocarril en Bolivia, obra que por sus inspiraciones y sus finalidades muéstrase como hija legítima de la concepción económica liberal de que Arce fue insigne animador y ejecutor hasta 1892.

52 Ilustran sobre el particular las palabras que Campero escribe en sus *Recuerdos del regreso de Europa*, aludiendo a un diálogo que sostuvo con el expresidente Belzu.

> "Esos pobres artesanos –habría dicho Belzu– ya no tienen ni cómo trabajar desde que los extranjeros se han apoderado del comercio y que llevan allí todo. Ahora, ¡vaya Ud. a ver ese empeño de algunos hombres que manejan allí la política! de querer quitarle a Bolivia el único bien que le queda […]; hablo de la ventaja que tiene sobre todas las demás repúblicas y aun sobre todas las naciones del mundo, de no tener deuda exterior. Este es el único bien que le queda a nuestra patria y que sería preciso conservárselo a toda costa. Pero si por desgracia la empeñan con algún empréstito en el extranjero, ¡adiós Bolivia!".
>
> "No dejé –comenta en seguida Campero– de quedarme desconsolado al oír decir al General Belzu tales despropósitos; porque, a pesar de tantas anécdotas desfavorables que se referían a su respecto, consideraba yo que algo hubiese él adelantado en su larga permanencia en Europa".

las clases bajas de la vida pública, la oligarquía se aseguraba el tranquilo goce del poder. Su sector descontento, carente del apoyo popular, no podía arrebatarle el mando político. Veinte años emplearon los liberales y 20 años los republicanos para conseguir que el pueblo secundara eficazmente sus planes de subversión. La sensibilidad colectiva fue, por largos plazos, inconmovible ante las excitaciones retóricas de los partidos adictos del pensamiento europeo. Su quietud señala en qué medida estaban las ideas políticas de la "élite" desvinculadas de la emoción y los intereses de la bolivianidad.

La prensa puntualiza mejor esa desarticulación, desde los albores del periodo. Es cuando el pueblo, víctima de la sequía que hubo desolado los campos, enloquece de hambre y se desborda por las calles buscando qué comer en las despensas de los adinerados:

> Una turba desenfrenada –relata con este motivo el diario de mayores prestigios en aquella hora–, impelida más que por el hambre por la embriaguez, se ha lanzado al pillaje, allí donde la propiedad fue más religiosamente respetada, aun en los más turbulentos acontecimientos. No han consumado el atentado sino los verdaderos *sansculots* que, saliendo del antro inmundo donde vivían encenegados en el fango de los más repugnantes vicios, han despedazado todo dique de moralidad, de cultura y civilización. Esa horda vil y soez ha arrojado un negro borrón en la frente de un pueblo [...]. Evidentemente en Bolivia, como en todo el mundo, se trabaja empeñosamente por precipitar a la sociedad en un cataclismo universal.

Entre las causas del trastorno, denuncia aquel diario, "como una de las principales, la del empeño que los libre pensadores tienen de hacer que prevalezcan las disolventes doctrinas de Voltaire".

La contextura y la inspiración liberal del periodismo no eran óbice para que su concepto del bienestar social continuara siendo caracterizadamente colonialista. Ese concepto muestra las raíces del sistema de la explotación industrial subsistente hasta nuestros días. Como idea de la época, es un auténtico índice del descenso, de la bajura en que se había sumido a las masas trabajadoras y a la clase pobre en general. He aquí cómo resolvía un diario el problema de la escasez de subsistencias:

> ¿Cuáles son los medios de disminuir el mal del pobre, sin herir el derecho del rico? No es una cuestión que se resuelve leyendo y copiando libros, declamando en tono de socialista ni filosofando con

> platonismo; su solución depende del estudio profundo de nuestras necesidades, de nuestros productos, comercio y modo de vivir.

Este era el resultado a que llegaba el consiguiente estudio profundo:

> En primer lugar, en cuanto sea la localidad paceña, no nos preocupemos mucho del pan, porque nuestra baja sociedad no se alimenta con él tanto como con el chuño, la papa, el arroz y la carne. No es lo mismo en la clase pobre de otros lugares. Por ejemplo, en Sucre, y en todo el departamento chuquisaqueño, la papa y la carne son de primera necesidad y lo es el pan. Familias pobres hay que no conocen otro almuerzo que el chocolate y el pan, ni otra comida de tarde que la papa y la carne, y, cuando más, arroz o trigo.

Aun estas evidencias fueron insuficientes para sacar a la oligarquía del mundo de ficciones progresistas y europeizantes en que se aislaba de la nación.

> Deber es pues en nuestra prensa –dice un diario reforzando el sentir de la clase dominadora– procurarnos un cambio social que marche con el espíritu del siglo […] procurando en el extranjero conceptos medianamente elevados para nuestro país […], cumpliendo de este modo un cometido digno de la esfera de la humanidad civilizada.

Nada efectivo hizo, empero, la casta gobernante por condensar la vaguedad humosa de tales intenciones. La finalidad que perseguía el anhelo de un "cambio social" acorde con "el espíritu del siglo" no fue ciertamente alcanzada. Dice de ello el dejo picante o desabrido con que el extranjero enjuicia todavía a Bolivia. Por lo demás, ni los ferrocarriles –a excepción de los de última hora– ni el agigantamiento de la minería –únicos índices que suponen radicales transformaciones dentro del vivir boliviano– son hechos persuasivos de que el país llegara con ellos a "la esfera de la humanidad civilizada". Se les comprende a menudo, con tanta inexactitud como ligereza, entre las realizaciones prósperas debidas al esfuerzo del Estado oligárquico, siendo así que por sus móviles y sus finalidades de lucro privado constituyen, más bien, hechuras del interés particular.

Debióse esta carencia de posibilidades creadoras, no tanto a la insuficiencia natural de la oligarquía como a la mentalidad de la época. El propio modelo europeo que se remedaba en Bolivia se muestra, en efecto, hueco de toda corporeidad constructiva. Hoy no puede ya dudarse de que la ideología política de aquellos

tiempos era un edificio de simples palabras, una mera suposición retórica, hija de la cultura intelectualista del siglo XIX, que creía en la omnipotencia del cerebro humano.[53] Las invenciones técnicas y los descubrimientos científicos dieron base a su ilusión de que la inteligencia del hombre podía crearlo todo, reduciendo la naturaleza y la humanidad a obedientes instrumentos de la imaginación, a puñados de cera que la "élite" intelectual modelaría cuando y como quisiese. En el hecho –según dice Fay– vivían "los hombres más inteligentes de Europa embriagados por sus palabras y por las visiones de su espíritu", cuando el impetuoso crecer del industrialismo acumulaba ya, en torno a ellos, los explosivos de las conmociones político-sociales que trastornarían al mundo. En aquella Europa del "siglo de las luces" –ha escrito Zweig–, solo hubo un hombre –Nietzsche– que vio "llegar la crisis, mientras los otros se adormecían con palabras".

La oratoria suplió en Bolivia a la falta de iniciativa y de actividad impulsora, dando la impresión de que la clase gobernante cumplía un rol concreto en beneficio de la nación. La palabra ejerció así una función de engaño y hasta de autoengaño, no solo en los dominios de la política sino en los de la conciencia colectiva. Se imitaba de esta suerte otra de las modalidades europeas del siglo XIX, "verbal por excelencia, condenado a fuer de tal a disimular el pensamiento por la palabra". A sugestión de esta nacieron y se consolidaron las instituciones, tomaron autoridad imperativa las ideas que auspiciaba la clase directora, y se erigieron los mitos cuyo culto infunde fe en la colectividad, convirtiéndola en fiel guardiana del orden establecido. La palabra, en suma, oral o escrita, compuso esta época dándole un carácter de aparente progresismo y de vacuidad interior.

---

53 León Daudet enjuicia acerbamente la época en su libro *El estúpido siglo XIX*. "Nunca acogieron nuestros conciudadanos –dice aludiendo al estado de la conciencia colectiva– tal cúmulo de embelecos filosóficos, morales y novelescos con tan deferente atención". La cifra intelectual de la clase culta no le merece concepto más favorable. "Numerosas personas creen aún, de buena fe –escribe al respecto–, que el siglo XIX ha sido el siglo de la Ciencia, con una C mayúscula. Ha sido, ante todo, el siglo de la credulidad científica, de la sorpresa ante las hipótesis de la incierta experiencia, y de la aceptación sistemática de estas hipótesis". Expuestos como están aquí, solo enunciativamente, fuerza es que tales juicios parezcan excesivos, no obstante la precisión que invisten dentro del texto daudetiano.

Esto último añade una semejanza más entre tal etapa de la vida boliviana y la comedia. Es la de la ajenitud con que los actores viven dentro de la ficción del bienestar, sin salir de la realidad miserable en que han nacido. En lo económico, en lo social, en lo político, en lo institucional y en lo ideológico, la próspera falsedad contradice, en efecto, implacablemente, a la verdad de la penuria y el desamparo. Fingimiento semejante vale, en último análisis, por la negación de lo boliviano, por una doble negación que alcanza lo mismo a la oligarquía que a la capa dominada. Viviendo aquella a usanza de Europa y esta a usanza del coloniaje, ninguna de las dos percibe, en el hecho, que habita una patria realmente suya. A ello debe imputarse el amortiguamiento que en tales días padeció la emoción autoctonista, desapareciendo, casi, al conjuro de las enajenaciones extranjerizantes. La historia de esos tiempos no señala, por eso, un solo acontecimiento nacional con las fuertes y poderosas equivalencias que el aliento nativo insufla en el devenir de los pueblos. A excepción del inútil heroísmo con que la bolivianidad se inmola defendiendo el Acre, el acontecer boliviano está, entre 1880 y 1932, desprovisto de todo ímpetu afirmativo. La ficción europeísta ha eliminado en él, cuando menos, la presencia activa y vital de las energías nacionales. Lo que aquella testimonia es más bien el enfriamiento y la atonía del espíritu patriótico.

La imprenta reflejaba sin empañaduras la imagen de ese nuevo estado de ánimo, aun antes de materializarse el fin de la guerra con Chile. Así un periódico denunció, al concluir el año 1880, más que como un atropello, como un imperdonable agravio inferido a la clase culta, el hecho de que “todos los que no querían marchar al teatro de la guerra, correr a la defensa nacional, fueron reclutados y enrolados en las filas del ejército de línea: esa juventud, esperanza del porvenir de la patria, fue la más perseguida”. La prensa –financiada ya por dineros internacionales– parecía haber quedado exenta de toda sensibilidad patriótica. Publicó ella un día esta monstruosidad, a propósito de los insalvables obstáculos con que tropezaba la defensa patria frente a Chile.

> El enemigo cree firmemente –decía una hoja impresa– que nos comunicamos, desde Buenos Aires, en seis días por el sistema combinado del telégrafo y de los chasquis. ¿Y qué diría el enemigo si supiese que no hemos empleado tal sistema de comunicación y que vivimos tranquilos sin saber del ejército del Sud sino cada ocho y quince días?

Esta desaprensión publicitaria parece copiada a la de la prensa de Francia en la guerra de 1870. La marcha de Mac-Mahon a Sedán –como escribe Georges Weill– “fue revelada a los generales alemanes por los periódicos franceses”.

VIII

Tres fueron los principales mitos a cuya advocación encomendó su suerte la oligarquía: el mito de la libertad, el del sufragio y el de la ley. Es obvio aclarar que, dada su condición de mitos, ninguno de ellos poseyó prácticamente el don de la existencia. Debieron la suya, más bien, a la fe que en ellos puso el espíritu público, en el cual se había insuflado, por medio del periodismo, una noción sobrehumana de la ley, la libertad y el sufragio. Creyóse en estos, por lo tanto, cual se cree en las divinidades. Nunca se les demandó hacerse presentes con su prístina y acendrada naturaleza, ni su irrealidad concitó dudas respecto de sus posibilidades bienhechoras. Mientras menos existentes parecían, más y más fiaba la conciencia pública en sus virtudes palingenésicas. Guy Inman ha observado algo muy curioso al respecto. “Esta urgencia de ideal desnudo ante la realidad es –a su juicio– una de las mayores fuerzas y al mismo tiempo una debilidad en el espíritu latinoamericano”.

En el hecho, llenaban las tres deidades el rol concreto prescrito a ellas por la oligarquía. Muchas divinidades han corrido, modernamente, la misma suerte. En el himno nacional –dice Bernard Shaw– “se verá que ordenamos a Dios cómo hacer nuestra sucia labor política”.[54] Desde el plano de su exaltación mitológica, las abstracciones del sufragio, la libertad y la ley velaron en Bolivia por el orden político, la propiedad privada y la exportación de minerales. La fuerza pública no habría logrado hacerlo mejor. Por el contrario, cuando ella intervino con su característica imprudencia,

---

54 Alusión a la letra de “God Save The King”, en *Las aventuras de la niña negra que buscaba a Dios*, de G.B. Shaw. Entre otras invocaciones al Ser Supremo, el humorista irlandés menciona estas:

confunde sus maquinaciones,
frustra sus tretas malignas…

Frases con que –según Shaw– se azuza a la divinidad contra los enemigos de los ingleses.

fue para romper aquel *status* montado y mantenido por el influjo puramente ideal de tres palabras.

Aquellos mitos, como se comprende, no tenían cabida en el terreno de los hechos. La libertad no sobrepasó jamás los términos de la definición anatolefrancesca: era un bien que el hombre perdía todas las veces que se atrevió a disfrutarlo. Solo fue concedida sin limitaciones en los casos en que su ejercicio resultara prácticamente imposible. La libertad de imprenta para el indio es un arquetipo del género. Por lo demás, la oligarquía empleaba el principio jacobino de que "no hay libertad posible contra las libertades", de cuya custodia hízose depositaria, y en cuya tuición se atribuyó la libertad de oprimir. Suponiéndose gemela de la oligarquía norteamericana que monopolizaba a "los, sabios, los ricos y los buenos" –como dice Fisher Ames–, defendía esa óptima integridad adecuando a sus conveniencias el suministro de las libertades comunes. Dio a estas una aplicabilidad reconvencional con la que –usando la frase de Lerner–, en vez de libertades "para" esto o aquello, otorgaba libertades "contra" esto o aquello. Así permitía el desmedido enriquecimiento del patrono, imponiendo al obrero la obligación de trabajar como bestia en provecho de aquel. De modo general, hízose efectivo por la oligarquía que "la libertad de la democracia capitalista –conforme ha escrito Laski– es una concepción esencialmente aristocrática", que excluye de sus beneficios a la clase desposeída. La sola falta de renta, en efecto, es, para ella, causa de privación de los derechos políticos.

Parecidos falseamientos sufrió el mito de la ley en sus contactos con el mundo de las realidades. Había sido él, sin embargo, el que dio verdadera intangibilidad al imperio de la casta gobernante, pues la subordinación colectiva no era acatamiento de los individuos de aquella, sino del principio impersonal que representaba la ley, aun siendo esta no más que el trasunto fiel de los intereses oligárquicos. He aquí algo que puede tenerse como elemento diferenciador entre la vieja y la nueva técnica del dominio político. La potestad imperativa se ejerció antiguamente por la persona a quien se suponía legataria del fuero divino reconocido a los reyes como atributo de mando. Este atributo pasó, con la forma republicana del Estado, a la ley. Sus raíces agustiniana, paulina y tomista eran, sin embargo, las mismas que las del *jus divinum*. Neville Figgis encuentra que la

"honda conciencia de la majestad de la ley y del deber de la obediencia es el inapreciable legado, trasmitido hasta nuestros días por quienes tuvieron fe en el Derecho Divino de los Reyes". No es difícil descubrir que el sometimiento colectivo a la ley, aun siendo esta durísima, contiene mucho de semejante sugestión sobre un sagrado origen.

La clase dominadora mantuvo cuidadosamente este casi litúrgico sentimiento, eludiendo imprimir sus huellas digitales en la parte visible del mito. Sabido es que aquellos gobernantes que creyeron, conforme a la teoría platónica, poder obrar contra las leyes en nombre del bien común fueron execrados por los demás jerarcas del régimen. Los presidentes Arce, Montes y Saavedra causaban efectivamente una impresión de horror legalista a sus propios adictos. Verdad es que el sacrilegio de aquellos mermó el primitivo fervor de los demás. A fines de la etapa, bien podía definirse la ley con la frase del sociólogo francés como algo que "todo el mundo acepta, todo el mundo aplica y todo el mundo infringe". Es cuando la oligarquía, modernizada por la noción imperialista del dinero, empleó la ley como un simple medio utilitario, dictándola o no, a instancias de dádivas y propinas, en obsequio de grandes empresas extranjeras concesionarias de monopolios.[55]

No por ello se olvidó enteramente el mantenimiento del prestigio mítico reservado a las leyes reguladoras de la vida social y guardianas del orden político. Concentró la oligarquía ese prestigio en la Constitución, que ella denominaba Carta Magna, a usanza de los ingleses. Habíasela rehecho a comienzos de la época, en pleno curso de la guerra con Chile. Para la casta, fue esa medida realmente salvadora. Infundió con ella, en el pueblo, la impresión

55 Es de salvar aquí, entre contados nombres, el de José Carrasco, primer constitucionalista de su tiempo. Aun cuando la autoridad reconocida a su palabra resultó insuficiente para contener los avances de la finanza extranjera en el país, queda el testimonio ejemplar de su pensamiento inspirado por el espíritu de la nacionalidad. "El deseo de lucro –decía en sus *Estudios constitucionales*–, la tiranía del capital, las combinaciones para acumular la producción y restringir la oferta a fin de obtener utilidades ilimitadas han hecho del monopolio una fuente de negociaciones, dirigidas a la explotación de la generalidad en provecho de unos pocos. Sin embargo, estos empeños del capital pueden quebrantarse con la concurrencia particular y aun oficial si acaso el abuso excede los límites de lo tolerable".

de confianza y solidez con que pudo mantenerse la paz pública después de la derrota. Para la defensa del territorio invadido, en cambio, resultó enteramente inútil, como toda la legislación elaborada por la Asamblea Constitucional de 1880. No eran vanas las palabras con que el diputado Nataniel Aguirre manifestaba su extrañeza frente a la insensibilidad patriótica de aquella: "Creí –dijo– que veníamos a la Asamblea de una nación en guerra para salvar la patria. Hasta ahora, solo veo con asombro que dictamos leyes para las épocas normales, para un país organizado".

Aquella Constitución de 1880 ha subsistido más largamente que otra alguna en la historia de Bolivia. Ella debió su longevidad a la circunstancia de que condecía en absoluto con el estado político y social reinante. "El texto de la ley está siempre teñido del color particular de la sociedad a la que se ha de aplicar", como dice Laski, y su consistencia depende de que su tono coincida en lo posible con el de los intereses en auge. El cambio frecuente de constituciones –imputado como estigma a nuestro pueblo– no prueba sino una chocante disconformidad entre aquellas y las necesidades colectivas. Fay anota que "Francia ha cambiado de Constituciones unas 20 veces; Alemania, unas diez; Italia, otro tanto. Inglaterra ha renovado la suya y todas las demás naciones europeas han participado, con afán emulador, en este concurso".

Creadas por el voto popular, las Asambleas Legislativas de tal periodo informan de suyo sobre el destino que cupo en la práctica al mito del sufragio. Un diario habla el año 1881 de la mayoría "venal y abyecta de diputados que ha de decir amén a todo". Otro, en 1890, dice que en los Congresos, "detestables desde hace 8 años", toman asiento "vulgaridades insolentes". Agrega que la ley electoral es anulada por el cohecho. En las elecciones generales de 1884 y de 1888 –dice– fue la ley sustituida por el símbolo de la hora: "bayoneta y dinero". Se hace innegable que –usando la definición de Kelsen– la concepción de que "en el Parlamento solo puede hallar expresión la voluntad del pueblo es una ficción política que tiene por objeto conservar la apariencia de la soberanía popular". Esta es, por otra parte, adulterada sin embozo por la clase directora. El principio de que el derecho de sufragio reconoce la capacidad espiritual del pueblo para escoger a sus gobernantes, resulta destruido en el hecho por el deliberado embrutecimiento a que se somete al electorado, anulando en él esa capacidad espiritual. La

ciudadanía es, en efecto, literalmente idiotizada por una sistemática alcoholización, como medio previo de habilitarla para el acto del sufragio. La prensa da una típica muestra de la comedia en su apreciación de tal acto, llamándolo nada menos que "mayestático y sagrado ejercicio del derecho ciudadano", frase que estereotipa el papel impreso a lo largo del medio siglo, reiterando la ficción.

Aquel Parlamento copiaba con exactitud el carácter económico social de la clase pudiente y, aun es posible decir, que era la imagen esquemática de la contemporánea estructura política, en la cual no tenían cabida las fuerzas nacionales autonomistas. Ninguna institución del país delata, como esta, el hecho de que la oligarquía tomó entonces para sí los atributos y las funciones de la nación entera –los del Gobierno y los del pueblo–, eliminando por completo a las demás clases integrantes de la comunidad. A esto se debe que las necesidades materiales o espirituales de la masa no hubieran sido atendidas en momento alguno por aquellos Congresos, que emplearon decenas de años en debatir sobre cuestiones meramente principistas, como la separación de la Iglesia y el Estado, la libertad de cultos, el sufragio universal, el matrimonio civil y la enseñanza laica. La llamada lucha parlamentaria entre las dos ramas de la casta no implicó jamás un antagonismo radical y beligerante, pues ambas pretendían la finalidad común de sostener un régimen aristocrático en el que no participase la capa chola o india. La oposición entre dichas ramas reducíase, por lo tanto, a una contienda retórica de extraño parecido con las de los esquimales de Groenlandia, de quienes –ha dicho Simmel– "se refiere que el único modo de combatir que practican es un certamen lírico".[56]

Pero aquel manantial de palabras y doctrinas que era el Parlamento, fue estéril en absoluto para la nacionalidad. Lo fue inclusive desde el punto de vista didáctico para la propia clase letrada. El vigor intelectual de esta, desviado por los laberintos de la cultura extranjera, tiene en tal tiempo el sello melancólico de lo frustráneo. Aparte de los *Estudios constitucionales* de José Carrasco y los proféticos discursos de Abel Iturralde impugnando la concesión de nuestras riquezas

---

56 "El pueblo –dice Spengler, objetivando el contenido innocuo de la polémica en los Parlamentos demoliberales– se quedaría muy admirado de ver cómo, después de haberse maltratado con epítetos tremendos en la sesión (para la reseña de la prensa), los adversarios charlan cordialmente en los pasillos".

petrolíferas a la Standard Oil, ninguna creación conductora del espíritu boliviano dejaron los Congresos de la época. Su infecundidad, en gran parte debida a su incoherencia con los intereses nacionales, obedeció también a la orgánica inaptitud de la institución. A cuenta de ella, Bertrand Russell dice que "los norteamericanos deberían agradecer al cielo la falta de espíritu práctico del Congreso, pues sus vacilaciones y lentitudes le impiden hacer un mayor número de necedades".

A las deficiencias contexturales propias del parlamentarismo, añadiéronse dos factores que pesaban depresivamente sobre nuestras Asambleas Legislativas: el de su europea repugnancia a todo lo autóctono, con lo cual renunciaron a los únicos materiales de que podían disponer para labrar cosas imperecederas; y el del cambio de las funciones representativas que investían los legisladores, por el rol esencialmente estático e infructuoso del hombre uncido a prejuicios e intereses de casta. Los más agudos exponentes del legendario doctorismo altoperuano recaían así en el mal de aquellos atenienses de quienes decía Solón que "cada uno era un zorro astuto, pero que reunidos se convertían en un rebaño de corderos". La ley del cuerpo colegiado –ley que tendía a la conservación del *status* oligárquico– sofocó todas las veces la inquietud y el pensamiento renovadores.

Al cursar las últimas décadas, hízose el Parlamento, como la prensa, dócil a los influjos de la creciente economía capitalista, cuya expansión, a manera de las lavas volcánicas, iba cubriendo poco a poco el área que abarcaba la institucionalidad. Márcase aquella hora por una notoria pérdida de la resonancia verbal que antes fuera característica del Poder Legislativo. Por sus efectos políticos, el hecho importó un positivo fortalecimiento del régimen parlamentario. La imprenta cooperó en ello haciendo que la antigua devoción por el legalismo se hiciera una corriente específica y concreta que conservaba intangibles los elementos esenciales del sistema. Fruto de ese empeño, al par que una de las grandes creaciones de aquel periodismo, es el sentimiento de respeto con que la colectividad mira desde entonces la Constitución Política del Estado, sentimiento que no pudieron destruir siquiera los gobernantes, pese a la frecuencia con que por ellos fue violado el texto de la llamada Carta Magna. De este modo –para decirlo con una frase de Spengler–, "la voluntad de poderío, revestida en forma puramente democrática, ha llegado a su

obra maestra, ya que el sentimiento de libertad se siente acariciado y halagado por la misma técnica que le impone la más completa servidumbre". El constitucionalismo, en cuyo nombre "los ministros dominan al príncipe y los legisladores al pueblo", según sentencia de Stirner, sirvió a la oligarquía mejor que un ejército para consolidarse en el poder.

A la sombra de la Constitución fue montado el moderno cimiento jurídico en que aquella asentó su dominio sobre el país. Los extraordinarios privilegios otorgados a la industria particular y las limitaciones de la soberanía del Estado se establecieron bajo aquella majestuosa tutela. ¿Puede invocarse acaso la simultánea dictación de preceptos legales en amparo del peón de minas o del indio? La realidad económico-política de Bolivia contesta a ello con mayor elocuencia que cualquier alegato. Constitución en mano, los representantes del pueblo al cual proclamaban por indiscutido soberano, redujeron todos los derechos de este a uno solo, obligatorio e infructuoso como la servidumbre: el derecho de continuar eligiendo tales representantes.

IX

Rompiéronse las últimas ligaduras emocionales entre los destinos de la nación y los de la casta gobernante, cuando el dinero internacional asumió parte conductora en los mecanismos del Estado. Puede fecharse tal acontecimiento con la presencia de los abogados, gestores administrativos y consejeros de las empresas capitalistas en los altos cargos públicos. El sentimiento nacional fue suprimido entonces como impulso histórico llamado a construir un presente y un futuro consubstanciales con la patria. Su existencia y su acción inagotables, tumultuosas y heroicas hasta fines de 1881 resultaron suplantadas por las normas jurídicas de sumisión al poder y servidumbre a las conveniencias antinacionales. Esas normas, y no los anhelos, los ímpetus y los ideales patrióticos, marcaron desde tal momento el rumbo de la existencia colectiva. No es hipérbole decir que Bolivia fue rehecha a esa hora, como una falsificación de la patria nativa, por el capitalismo extranjero. Es obra inequívoca –y obra maestra– de este la eliminación que hizo del sentimiento patrio. Esta se acusa con índices

terribles en los dos más luctuosos eventos de la época: la venta del Litoral a Chile y la venta del Acre al Brasil. Ambos evidencian que la noción de la oligarquía sobre la integridad territorial era una simple noción de propietarios.[57]

Esa noción contribuyó, de ordinario, a hacer prácticas las finalidades políticas de disgregación y aniquilamiento de la nacionalidad, finalidades con que el espíritu colonial se abre paso para afirmar su dominio. El territorio, parte esencial y básica de la conexión afectiva del pueblo, no se fracciona materialmente sin que se quiebren también los vínculos emocionales que cohesionan la comunidad. Contra ese todo territorial que ata espiritualmente a los hombres, luchan por eso las asociaciones internacionales políticas, religiosas, ideológicas, culturales y –como Simmel ha dicho– "los grupos de la finanza internacional cuya esencia consiste, precisamente, en la negación y supresión del lazo que les une a una determinada localidad". Con aquellas ventas territoriales, el colonialismo aplicaba, por lo demás, en letra y en espíritu, la fórmula preferida por Maquiavelo para sojuzgar naciones autonomistas, pues "hablando con verdad, el arbitrio más seguro para conservar semejantes Estados es el de arruinarlos".

Es cuando la similitud entre historia y comedia parece tanta, que se hace difícil separar a la una de la otra. A partir de entonces, la vida nacional solo obedece a una dirección de artificio, extraña al destino patrio y carente en absoluto de los impulsos autóctonos que eslabonan la continuidad orgánica de la historia. Su desarrollo no conserva conexión alguna con lo pretérito y hará, en el porvenir, un curso incontinuo, torcido, cuando no intempestivamente roto por designios que se irradian desde afuera, como en el caso de los conflictos bélicos del Acre y del Chaco. Los intereses extra-nacionales y aun la codicia individual de los forasteros planean –a veces con sangrienta violencia– gran

57 La venta del Litoral –200.000 kilómetros cuadrados más o menos– fue convenida en la suma de £ 6.500.000, pero lo que de esta fue pagado por el comprador –como sostiene Luis Espinoza y Saravia en su libro *Después de la guerra*– no alcanzó a la cifra de £ 2.500.000. El justiprecio de los 187.800 kilómetros del Acre transferidos al Brasil fijó, a su vez, la cantidad de £ 2.000.000, también nominales. "Últimamente –según Mercado Moreira informa en *Historia internacional de Bolivia*–, el Tratado Vaca Chávez-Mangabeira de 25 de diciembre de 1928 ha estipulado que el Brasil le entregará a Bolivia un millón de libras como única obligación".

parte del acontecer boliviano. La voz de tales intereses hácese perceptible muy a menudo en el escenario, con el sisear atento e imperativo de la voz del apuntador. Hay que admitir que, en aquellas circunstancias, Bolivia ya no vive propiamente por sí. Representa, sumisa al dictado ajeno, el rol que un desconocido y lejano poder le asigna. Su dependencia del extranjero, solo ideológica hasta ese día, toma las formas definidamente serviles de la dependencia económica, que es dependencia vital.

Esa transformación, como la de la imprenta y el Parlamento que el capitalismo privado convirtiera en medios de negación de la bolivianidad, se originó, con todo, en el potencial de vida del país. No es inexacto sostener que aquel cambio de frente del destino patrio, por lo menos en sus elementos materiales, provino del subsuelo de Bolivia. Por el trastorno externo que produjo, hasta sugiere la imagen de una insurgencia geológica arrasadora. Lo específico de ello es, por cierto, de un valor más sumario. Las riquezas con las cuales hubiese la nación posibilitado su ideal autonomista –de contar con una clase gobernante alentada por el sentimiento de patria– sirvieron más bien para remacharla a su enyugamiento. El dinero internacional reguló así, desde Europa y desde el Asia, el manar de nuestras vetas metalíferas, descargando en ellas los contragolpes de los vuelcos económicos que promovía en el Viejo Mundo. Víctor Paz Estenssoro muestra cómo funcionaba el universal mecanismo a que se hubo atornillado la riqueza minera de Bolivia:

> Perdido el Litoral –dice–, la economía boliviana quedó otra vez reducida a la explotación de las minas de plata. Los efectos de la declinación del precio del metal blanco, determinada por la adopción del patrón oro que iniciara Alemania en 1870, empezaron a sentirse agudamente en Bolivia desde 1885. El tipo de cambio sobre el exterior que antes de 1870 había sido de 48 d. [*sic*] por boliviano, cayó a 27 d. en 1889. Se acentuó aún más la baja en su cotización a partir de 1893, con motivo de la clausura de las casas de amonedación de la India inglesa que, hasta ese entonces, absorbían un considerable volumen de la producción mundial de plata.[58]

58 “Desarrollo del pensamiento económico de Bolivia” titula el texto de que tal cita se extracta. La consagrada maestría de su autor compendia en dicho texto el proceso histórico de las concepciones económicas que alcanzaron mayor influencia en nuestro país.

El capitalismo internacional tenía clavado ya su arpón en nuestras montañas.

A causa de tal atadura con la economía imperialista, Bolivia no pudo administrar libremente la explotación de sus materias primas. El Estado, que era su poseedor originario, perdió de hecho el privilegio de asignarse la participación que sobre aquellas le correspondiera a ley de dueño, privilegio que los industriales mineros tomaron para sí. En lo posterior, estos fijaban la cuota de beneficio del Estado. Con cicatería propia de negociantes, la otorgaron de costumbre como una limosna al país, y solo para que este no pereciera de hambre. La frase "Bolivia vive sostenida por la minería" interpreta exactamente el hecho de que la nación se encuentra a merced de los magnates mineros. Ellos la sostienen evidentemente –y es de decirlo con palabras de Turgot– como la horca sostiene a la víctima: estrangulándola.

El cuadro se hacía no obstante imperceptible por obra de la comedia, que lo contrastaba con la versión optimista del renombre mundial que a Bolivia daban las caudalosas fortunas extraídas de sus minas. "¡Sois hijos del país más rico del mundo!", solían clamorear, en efecto, los primeros actores ante el auditorio vestido en harapos, arrancándole entusiastas aplausos. La imagen de los palacios que en París poseían los grandes mineros despertaba una honda sensación de orgullo en la conciencia pública. El sentimiento de inferioridad del pueblo respecto de sus explotadores fue otra de las insignes creaciones del nuevo periodismo, la creación acaso típica de la era histórica de las mistificaciones. La imprenta suscitó no solo el invencible temor y el infinito respeto de los pobres hacia sus empobrecedores, sino también su gratitud. Creían aquellos, con toda buena fe, que adeudaban su propia subsistencia a quienes les "daban trabajo" y no al trabajo con que enriquecían a los empresarios. Si al decir de Upton Sinclair, "el americano siente, como siente el inglés por los duques, un instintivo respeto por los multimillonarios", el boliviano al cual sugestionaba la prensa capitalista llegó a sentir por los ricos una especie de veneración parecida a la religiosa. El hombre que sirviera a un plutócrata se consideraba, por el mero hecho de servirle, como tocado por los dones de la Providencia. El arqueo de aquel estado psicológico de la sociedad ofrece un balance sumamente aleccionador: millonarios con rentas mucho

mayores que las de la nación y la nación en falencia de miles de millones de pesos pignorados de los bancos extranjeros.

No es esto, empero, lo que percibe el juicio colectivo, sino el aura de prosperidad que difunde la prensa. Puede inclusive afirmarse que –excluidos los financistas extranjeros, los beneficiarios de las grandes empresas y los abogados nacionales de estas– nadie actúa deliberadamente en la ficción, aun cuando todos participan de ella movidos por el universal embeleco. Los hombres significativos y el pueblo creen con lealtad en la obra civilizadora que realizan. Esta se les hace visible en los ferrocarriles, los edificios de cuatro pisos, las misiones pedagógicas y militares extranjeras, las oficinas financieras desprendidas de sus famosas matrices norteamericanas o británicas. El boato de que se reviste la vida pública y la prosperidad cada vez mayor de los periódicos parecen todavía señales más efectivas del adelanto nacional. Todo aquello, sin embargo, delata solo el crecer del dinero privado, el aumento de su poderío, y no del de la nación.

Fue aquel un éxito de los más notables y singulares de la prensa. Habríase hecho imposible, sin esta, infundir en la conciencia pública –en la de la clase docta, sobre todo– estado tal de certidumbre respecto de lo incierto. Si ha de tenerse la ficción como una característica de la época, es forzoso admitir que ella se debía enteramente al periodismo. Hasta la apariencia de progreso y civilización con que el convencionalismo adorna a tales tiempos fue obra indisputable del papel público. El valor histórico del periodo, es, en suma, una creación acaso única de la imprenta, que elaboró ese valor histórico sin anuencia de los coeficientes a cuyo influjo habíase debido, hasta el año 1880 o 1881, el turbulento discurrir de la vida nacional. La realidad histórica –lo entrañable de ella, vale decir, la carga de pasión y desesperación que pone el sentimiento nativo en la historia– denuncia el profundo descenso que sufrieron los valores nutricios de la nacionalidad. Aun esta ausencia de contenido viviente de la historia queda subsanada por el papel impreso, con la sensación de vida europea que él dio a aquella era vacía de potencias existenciales.

Pero la prensa rebasó muchas veces el campo de las mistificaciones, actuando inclusive en sentido contrario a sus propias funciones publicitarias. Es de tal desviación del papel impreso que Fouillée –enjuiciando al periodismo francés– decía: “nosotros no conocemos un periódico que no ponga precio sucesivamente a su

palabra y a su silencio". Al silencio de la imprenta debe imputarse, por ejemplo, que el país ignore aun ahora, los orígenes del conflicto del Acre y la pérdida territorial que le puso epílogo.[59] Todo lo que el periodismo hizo conocer sobre ellos era que las armas nacionales se habían cubierto de gloria en los fangales del bosque acreano, defendiendo el suelo patrio de la invasión extranjera, y que solamente la muerte, la sed y el hambre doblegaron la resistencia de nuestros soldados. El mapa de Bolivia habla con más exactitud sobre el trágico resultado de aquella campaña, de aquella mutilación de la tierra nativa. Los sacrificios inmensos que hizo el país para evitarla fueron insuficientes. Nada se supo en detalle –sino al retornar los sobrevivientes de la campaña– sobre la anónima epopeya consumada allí por el Ejército boliviano, agonizante de hambre y de sed, privado de municiones, carente de todo auxilio. Era esa la entraña, la realidad del progreso europeo que la oligarquía labraba para Bolivia.

X

Ya se ha dicho que la aversión al pasado –aversión de que es vocero aquel periodismo– fue el sentimiento inspirador de la corriente de modernidad y civilización que tipifica a la época. La creación espiritual más valiosa de esta resulta, sin embargo, la que se elaboró con materiales del pasado. Así *Juan de la Rosa*, novela de Nataniel Aguirre que hoy mismo se considera como una magna obra de nuestra literatura. Así también *Habla Melgarejo*, de Isaac Tamayo, macizo estudio de la sociología política nacional, que sobrevive hasta nuestros días. Así, finalmente, los opúsculos y ensayos de Julio Méndez, aquel extraordinario escritor y publicista en quien se anuncia el primer ideólogo de la geopolítica boliviana.

---

59 Bolivia, mediante su ministro "ante la Corte de Saint James", otorgó al abogado Willingford Witridge una concesión para colonizar el Acre. Las cláusulas de aquel contrato son simplemente vergonzosas, como lo atestigua su texto, vedado hasta hoy para la publicidad. Baste saber que la prensa brasileña calificó aquella concesión como "digna del África". Witridge, una vez aprobado el contrato por el poder Legislativo de Bolivia, vendió la concesión a los brasileños en ciento 110 mil libras esterlinas. Ellos, una vez dueños del derecho transferido, procedieron a la ocupación del territorio, para disfrutar de la "concesión africana".

Así la caudalosa bibliografía histórica –en nuestra América es ella una de las que tiene más hondo espíritu científico– de Gabriel René Moreno. Así los escritos de Modesto Omiste, jugosos –como todo lo mencionado arriba– de savias nativistas.

Probable es que se haya omitido alguna cita más, igualmente merecida. Ello no salva al nutrido gremio intelectual coetáneo de haberse frustrado a sí mismo por causa de su sensibilidad europeizada, incapaz de creación idealista alguna, pues ella misma no había sido una real creación sino un remedo. Esa sensibilidad carecía de las potencias generadoras que posee únicamente la sustancia con vida propia. "Lo ideal viene de lo real, aunque sobrepasándolo", como dice Durkheim. Ningún ideal pudo nacer de la cultura europeísta, que era un artificio, una simple apariencia en el medio indígena y mestizo. No se explica sino de este modo el hecho de que hombres con la inteligencia deslumbradora y selecta de Mariano Baptista Caserta no hubiesen modelado un pensamiento conductor de la posteridad boliviana. Su ideología afrancesada les impidió precisar las necesidades de la realidad nativa.

La vida política, en la cual concentraba la época sus mayores acopios, tampoco ha dejado más que una versión, y no una obra. Lo llamativo en ella no es la pasión por el interés público, sino el ingenio, la astucia de los dirigentes para resolver los litigios partidistas, para urdir "jugadas políticas". Ideológicamente, disuelve sus expresiones en un irremediable confusionismo que da el tipo del conservador enemigo del pasado y –la frase es de León Daudet– del liberal "que reverencia a Dios y respeta al Diablo". Los que profesan la doctrina con fidelidad constituyen una minoría cuya influencia es anulada por la corriente negadora del credo. Los ideales políticos, para esta última, no deben superar el Estado imaginario, en el cual se conservan tan puros como para satisfacer al espíritu público. José Carlos Mariátegui descubre la entraña de tal superchería en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*:

> Consubstanciar –dice– la idea abstracta de la libertad con las imágenes concretas de una libertad con gorro frigio es dejarse coger por una ilusión que depende tal vez de un mero, aunque no desinteresado, astigmatismo de la burguesía y de su democracia.

La sonoridad retórica y las figuraciones de una elemental simbología disimulan así las falacias de la comedia, creando el

concepto de que lo estructural de aquel periodo –vale decir, los episodios que conforman su desarrollo– posee la pureza esencial de los hechos alentados por un idealismo constructivo. Los fines de la casta oligárquica son, entre tanto, los móviles únicos a que se obedece. El sufragio universal, que hace del pueblo el órgano primario del Estado, sirve a esos fines eliminando al pueblo de las funciones estatales. Cuando, el año 1884, disputan electoralmente la presidencia de la República los candidatos Pacheco, del Partido Demócrata, y Arce, del Partido Constitucional, la plataforma eleccionaria de ambos –"el billete contra el billete, el cheque contra el cheque"– denuncia, por encima de los carteles de "democracia" y "constitucionalismo", solo un gigantesco pugilato de dinero entre los más ricos industriales mineros de Bolivia. El final de esta contienda carente de ideales responde por entero a la índole de ella. El candidato constitucionalista transfiere sus votos al demócrata, como cosa de su propiedad particular.

Aquella cesión de votos, refrendada por los congresales de 1884, es una señal indicadora del dominio oligárquico. Aun la oposición acata semejante acuerdo, en gracia de que "había consignado en su programa el respeto incorruptible al orden" –según giro textual de Arguedas–, pese a que el hecho hubo roto el orden democrático republicano, fundado en la fidelidad al principio representativo, en la obediencia, para decirlo mejor, al mandato del sufragio popular. La oligarquía hizo entonces patente falseamiento de ese principio. Desconoció el compromiso imperativo con que tal mandato sujeta a los representantes nacionales al deber de hacerse voceros de la voluntad colectiva. El pueblo fue exonerado así de su función política por excelencia, esto es, de la función de constituir su Gobierno. La opinión pública no advirtió, al parecer, semejantes implicaciones en aquel evento.

La comedia juega una vez más con los alientos residuales del sentimiento de la bolivianidad. Este reaparece como impulso revolucionario, al conjuro del ideal federalista. Es el ansia de ser de la nación que se expresa uniforme, como ansia de ser de cada provincia. El anhelo autonomista, ayer compacto, se ha fragmentado en los anhelos de las patrias chicas, reducto último del sentimiento de la tierra. Las masas de la población nativa pelean así por la Federación, buscando en ella el camino por el cual intentan las parcialidades territoriales conquistar la autonomía de lo boliviano,

frente al extranjerismo de la clase gobernante. La revolución federal triunfa de esta suerte, insuflada por los anhelos afirmativos de la nacionalidad. Constituido el nuevo orden político, la comedia frustra una vez más dichos anhelos. Consérvase intacto el sistema de Gobierno unitario anterior a la revolución. Aquí un melancólico detalle de la burda engañifa: el indio Willca, graduado coronel por los dirigentes federales y caudillo de las muchedumbres indígenas adictas, muere fusilado por sus amigos del Gobierno revolucionario, claro que después de la contienda.

A las postrimerías de la era de la comedia, las mistificaciones tomaron el carácter de los nuevos problemas. Legislóse pomposamente en materia de protección social, sin perjuicio de que se continuara empleando una sangrienta violencia contra los movimientos obreros. Aun dentro de aquello que se dio en llamar legislación social puede notarse la urdimbre del fingimiento: las indemnizaciones por accidentes de trabajo las paga el mismo trabajador, renunciando a una parte de sus jornales para constituir la caja correspondiente. Las empresas quedan así eximidas de tal pago.

La prensa ha logrado que esta continua transposición de la realidad y la apariencia resulte perfecta, creando el convencimiento de una prosperidad y una fortaleza nacionales que no admitían dudas. La Guerra del Chaco desmoronó gran parte de estas construcciones falaces alzadas por el periodismo en los dominios de la conciencia pública. La realidad, emboscada por largo tiempo detrás del papel impreso, irrumpió en efecto a los ojos del pueblo, con la elocuencia terrible de la catástrofe, exhibiendo el estrago que los 50 años de falseamiento histórico habían hecho en la carne y en el alma de Bolivia. Todos los embelecos de progreso, de riqueza, de cultura, que la oligarquía extranjerista hubo erigido como creaciones de su mano, se vinieron abajo igual que los telones rotos de un tinglado.

XI

Justo es puntualizar que el periodismo político, aun cuando influido con frecuencia por consignas concretas, mantuvo, mientras permaneció en el llano, posiciones decorosas respecto de las fuerzas económicas enquistadas en los gobiernos. Así el periodismo

liberal, frente a las administraciones conservadoras, y la prensa republicana durante los años en que combatió el dominio político del liberalismo. Verdad es que ni aquel ni esta osaron contrariar, sino rara vez, los designios de los grandes intereses financieros, ni hicieron prácticamente nada por disminuir su funesta influencia en la política boliviana.

El periodismo verdaderamente copartícipe en las creaciones de la comedia fue aquel que, eludiendo la militancia partidista, empleó las funciones de la imprenta como un medio de lucro. Un diario de 1893 –*El Imparcial*– definía ese género de prensa con el siguiente breve juicio dedicado a su colega *El Nacional*: "Se ha pasado al Gobierno –decía– y no nos extraña. No es un periódico de partido sino una empresa". Palpable prueba de que la publicidad llamada hoy apolítica existió desde los días en que el capitalismo iniciaba su formal establecimiento en Bolivia.

Ha sido sobre todo la condición de empresa económica la que hizo de la prensa, en todo el mundo, el más pernicioso instrumento del engaño y la maléfica sugestión de la conciencia colectiva. Es interesante observar, además, que el puritanismo esencial de la imprenta pudiera mantenerse durante mayor tiempo en los centros privados de progreso. Lester Ward lo hacía notar en 1895 al decir que "no hay prensa independiente en América, salvo en los pueblos pequeños". En los demás, contribuyó ella decisivamente a establecer el dominio del individuo sobre los individuos, de tal manera que el poseedor de la imprenta, alcanzaba un poder infinitamente mayor que el del más poderoso monarca. "En esto ha venido a parar la libertad británica: 30 millones de *cives Romani* gobernados despóticamente por un periódico", decía el *Saturday Review*, sumariando los términos del sometimiento público a la prensa.

Semejante poder de influencia fue utilizado en Bolivia, consciente o inconscientemente, para trastornar la mentalidad nativa. No puede callarse el hecho de que el periodismo al servicio del dinero recayó sin vacilaciones en la culpa de engañar sistemáticamente al pueblo. Max Lerner ha escrito que el imperio de los grandes intereses mercantiles reposa "sobre todo, en la corrupción de la mente popular a través del control que las empresas han tomado en los medios de comunicación fundamentales". Ningún Gobierno limitó jamás el empleo del periodismo como sistema de perturbación del pensamiento público, por lo cual se hizo posible que un solo individuo con

dinero suficiente para disponer de un periódico pudiese infundir en la colectividad ideas y sentimientos contrarios al interés de la propia colectividad. Así es como durante medio siglo el ciudadano boliviano era “lector y elector” seguro de los industriales mineros.

No ha de imputarse responsabilidades, por cierto, del daño irrogado a la nacionalidad por la prensa, más que a los intereses financieros que la convirtieron en el poder disolvente, por excelencia, del sentimiento autonomista y afirmativo de la bolivianidad. Comenzó ella por adormecer la conciencia del público, mediante la visión enervadora de un bienestar puramente imaginario. Creaba así la atmósfera propicia para prolongar indefinidamente ese marchito estado de ánimo que caracteriza “a las épocas tranquilas y estancadas en que no se tocan las cuestiones vitales”. Forjó la imprenta, luego, la personajía destinada a perpetuar la casta en el mando. Los abogados y gestores de los grandes negocios fueron, a ese título solo, enaltecidos por la publicidad. Esta solía dar así patente de acceso en la casta oligárquica a quienes, por la modestia de su origen, la requiriesen. Los individuos adversos al régimen eran, a su vez, inutilizados para intervenir en la vida pública, mediante corrosivas campañas de prensa, a imitación de lo que se hacía en el antiguo Oriente con ciertos aspirantes a la Corona, a quienes se incapacitaba para reinar, mutilándoles las orejas.

Aquella publicidad calculada consiguió dar, contra todos los principios igualitarios republicanos, una legitimidad intangible a los fueros de la clase pudiente. En este orden de cosas, el éxito de la prensa consiste no tanto en haber dado prestigio a la clase cuanto en haber conseguido que la masa popular se resignara a un humilde rebajamiento. “La aceptación del privilegio por las masas –dice Laski– solo es prueba de los medios que utilizan los intereses creados para privar a los excluidos de ellos, de una apreciación exacta de su situación”. Aun las leyes menos justas fueron admitidas por la colectividad, en beneficio de la capa rica, por obra del sentimiento apocado que la prensa hubo transfundido en ella.

Pero la mayor lesión que el periodismo capitalista infirió a nuestro pueblo fue el haber dado existencia a una modalidad mental artificiosa y postiza en las clases pensantes de Bolivia. Cooperó en eso decisivamente la ausencia que padecía el país en materia de recursos de orientación independiente, como el libro,

la conferencia, la universidad autónoma. El público no tuvo, a través de medio siglo, otra fuente de nutrición cultural que el periodismo, y aprendió a atender y enjuiciar las cosas en consulta con el papel impreso. Fue este poco menos que un oráculo para la opinión corriente. Las mayores desilusiones colectivas, respecto de la sabiduría o la eficiencia de los gobernantes, debiéronse en gran parte a que la devoción que por ellos tuvo la multitud fue un sentimiento sugerido por la prensa con fines puramente políticos.

La grande influencia que ejerció la imprenta sobre el espíritu público no fue utilizada, sino ocasional y tendenciosamente, en fortalecer los sentimientos patrióticos. Los empeños desinteresados, que en tal sentido se hicieron alguna vez, fracasaron ahogados por los irresistibles medios de coerción económica de que eran capaces los intereses antinacionales. La vida efímera de los periódicos independientes constituye la demostración objetiva del predominio que ha ejercido la tendencia colonialista en Bolivia. El influjo omnipotente de la prensa fue, de esta manera, monopolizado por el capitalismo durante medio siglo de la vida patria. Él hizo efectiva, como nunca, la frase lamennaisiana: “los pobres, ¡silencio!”. No hay, en los archivos periodísticos de la época, rastro de preocupación por las clases desposeídas.

No se limitó, sin embargo, la libertad de escribir sino con inocentes prohibiciones como la de ofender al Gobierno, lo que en 1884 movía la protesta de un diario que habló de “la emisión del pensamiento sujeta a reglamentación ministerial”. Los mayores conflictos de la imprenta fueron, al cabo, los originados por la virulencia individualizante en que incurrían algunos periodistas. Puede tenerse por muestra de la libertad otorgada al papel impreso la que el año 1888 ofrece un diario, declarando que “las opiniones de la prensa son del todo innecesarias”, pues el Gobierno y el Parlamento no las toman en cuenta. Es también una señal de la ineficacia con que actuaba aquel periodismo sobre las instituciones, ineficacia propia de la desconexión de la imprenta y la problemática nacional. Con el transcurso del tiempo, esa libertad se asienta y se amplía, obedeciendo al fino sentido económico con el cual se regulan el silencio y la publicidad periodísticas mediante el dinero. La historia de la libertad de prensa en Bolivia es la misma en todas las naciones:

> en los ingenuos primeros tiempos, el poderío periodístico era menoscabado por la censura –como escribe Spengler–. Entonces la burguesía puso el grito en el cielo, proclamando en peligro la libertad del espíritu. Hoy la masa sigue tranquilamente su camino; ha conquistado definitivamente esa libertad; pero entre bastidores se combaten invisibles los nuevos poderes, comprando la prensa.

Puede repetirse con el autor de *La decadencia de Occidente* que, así en el Viejo Mundo como en el nuestro, los intereses dominadores permiten que "los grandes principios conmuevan a las masas, porque saben que el dinero es el que puede mover a su vez los grandes principios".

Del modo en que aquel periodismo contribuyó a la civilización y la cultura bolivianas, habla por sí, con exactitud escueta, el actual estado del país. El dominio y el aprovechamiento de las riquezas y las fuerzas naturales –que esto es civilización, y no el ropaje o las lenguas de Europa–, y la existencia de un orden espiritual de valores propios –que esto es cultura– no han sido hasta hoy alcanzados por la nación, siquiera mínimamente. Los raros intentos periodísticos orientados en tal sentido perecieron casi siempre al nacer, víctimas de las consignas antiautonomistas actuantes en la imprenta. La prensa de la época aparece, por el contrario, llena de iniciativas encaminadas a enajenar los bienes del país.

La opinión pública, fría con las nociones de patria, de soberanía territorial, de independencia económica de la República, diríase el fruto amargo de aquella publicidad. La etapa de la comedia es un desolado testimonio de la medida en que la insensibilidad patriótica influyó sobre la suerte de Bolivia. No se da en ella un solo acto de protesta colectiva contra las ventas territoriales ni contra las continuas y leoninas entregas de la riqueza nativa al extranjero. Las voces que claman por los fueros de la nación se pierden lastimosamente en los oquedales del indiferentismo creado por la prédica antinacionalista. Los desastres internacionales, cuyo epílogo fatal y fácil es la cesión del suelo nativo por dinero, dicen cuanto es posible decir sobre los efectos de tal prédica. El Acre, el Litoral y el Chaco son el precio que Bolivia paga por la ilusión de civilizarse a la europea, renegando de su origen y de su destino autóctonos, ilusión que ha nutrido el periodismo capitalista disolviendo la consistencia del alma nativa.

Cabe aquí, a ley de justicia, puntualizar que si la prensa recayó en semejantes desviaciones, lo hizo a instancia tan solo de los móviles económicos a que ella obedecía. El periodista llenó por lo general, dignamente, la función que le cupo. Es de lealtad reconocer que su función altruista y valerosa no puede involucrarse en juicio alguno sobre la prensa encadenada a los grandes intereses económicos. Fue el periodista –salvadas las excepciones– un fiel cumplidor de su dura misión. Aranzaes ha conservado entre sus escritos un rasgo de la entereza de ánimo con que Luis Salinas Vega, redactor de un diario, asumía su responsabilidad de tal frente a los gobiernos conservadores. Camino, una de tantas veces del destierro, identificó, "al pasar por la Garita de Lima", a un comisario de policía, a quien supuso autor de la intriga que le llevaba al exilio. "Lo agarró a riendazos allí mismo, no pudiendo sujetarlo ni los agentes que lo escoltaban", como cuenta Aranzaes, a su peculiar manera. La lucha política halló al periodista resuelto siempre a comprometer su tranquilidad, y aun su vida, en defensa de sus convicciones. El hecho de que no pudiera hacer lo mismo en servicio de los intereses nacionales no le inculpa directamente. Los intereses nacionales eran, por muchos conceptos, tabú para el conocimiento y la preocupación de la época.

Novela

Que mi nombre no vaya a
perecer junto con esta patria.

Bolívar

I

Volvió el sentimiento bolivianista de su colapso de medio siglo en el Chaco. Gimiente de dolor y de ira, habíase arrastrado por espacio de tres años bajo la maraña del bosque mortífero, en cuyo seno inclemente quedaron tronchadas miles de vidas. El pueblo armado al cual se arrojó en aquel desierto extrajo de su soledad y su abandono una intuición cierta de la patria. El Chaco, si no un símbolo, fue un espejo ensangrentado de la suerte de Bolivia: tierra en poder de extraños, tierra con el luctuoso destino de perderse. Ajena a ella, la casta privilegiada se mostró a sí propia en tal espejo, con la cifra inequívoca de su antibolivianismo. La realidad cruenta, desesperante, de la nación sin medios para alimentar siquiera a quienes defendían las fronteras, delataba el estrago causado por el largo imperio oligárquico. Esta evidencia de su culpa en la ruina del país y el instinto de perennidad que tienen los pueblos marcó el nuevo rumbo del sentimiento colectivo, dando sentido concreto a la defensa de la nacionalidad. Cada soldado vuelto del frente trajo en sí una partícula del ansia afirmativa de Bolivia, un soplo del anhelo de sobrevivir, una chispa de la revolución autonomista. Allí donde tenía que perecer, se rehizo el espíritu de Bolivia. La divisa nietzscheana –"lo que no me mata, me hace más fuerte"– expresa la repercusión psicológica del tormento chaqueño en la conciencia de los bolivianos.

Esa conciencia redescubrió su imagen verdadera, su imagen autóctona, en todas las manifestaciones existenciales del país, manifestaciones que los zarpazos de la guerra desnudaron de sus ropajes artificiales. En el Chaco resultaban inútiles los estupefacientes de la prensa, de la oratoria, de la ley, para perpetuar la ficción de una

Bolivia civilizada y rica. La selva sin caminos y la miseria de la economía popular en la retaguardia hablaban la verdad, contrastándola con la opulencia de los patronos mineros inmunes al dolor y a las exigencias de la guerra, vale decir, extraños al destino de Bolivia.

La catástrofe que deshizo las construcciones de la comedia expuso a los ojos del pueblo, por primera vez desde los días de Santa Cruz, Ballivián y Belzu, la imagen real y entrañable de la bolivianidad que había sido velada, hasta el año 1935, por los revestimientos extranjeristas. Lo prodigioso de la Guerra del Chaco se cifra en esta revelación de la autenticidad boliviana ante la conciencia colectiva, fenómeno que vale por una recompostura psíquica del pueblo, por una recuperación del sentido nacional. La bolivianidad pudo verse a sí misma, entonces, con la evidencia dolorosa y orgullosa de su frustración y de sus posibilidades afirmativas y redentoras, de sus posibilidades de inmortalidad.

Era la misma visión que el genio de Franz Tamayo había columbrado, nítido, en un escrito anterior a la guerra, detrás de la escenografía aún intacta con que el colonialismo ideológico ocultaba a la verdadera Bolivia.

> A esta verdadera Bolivia –como dijera Tamayo en 1931–, donde casi la totalidad de la población es india y donde todas las cuestiones públicas y privadas se revelan afectas del mismo múltiple sufrimiento de la raza substancial: cultura incipiente, medios de civilización incompletos o nulos, aspiraciones imprecisas e impotentes, desconocimiento del propio mal, agónica ilusión del porvenir, esperanzas delusivas que en cada nuevo desengaño nos hacen más impotentes –en suma–, aquel estado paradójico y estupendo que somos hoy: un gran territorio y una gran raza innegables, y con todo eso una historia que no acaba de miseria, de impotencia y de desesperanza.

Este retorno a la realidad pone fin a la etapa histórica de la comedia. El suceder boliviano asume en seguida las calidades esenciales de lo novelesco, o sea que se anima con el sentido de exaltación depuradora con que la novela ennoblece la vida, haciéndose un selecto reflejo de esta. Dicho de otra manera: nuestra historia adquiere un poder de ilusión realizable, que no es ensueño sino ansia de superaciones afirmativas, y se desarrolla con el proceso coordinado y angustioso –tal es su humanidad– de un argumento novelesco, sin romper la concordancia cosmológica preestablecida entre el hombre y su medio. La inspiración central de este nuevo

acontecer es también idéntica a la de la novela. De suyo, ella es un anhelo de realizaciones existenciales, “la persecución de otra vida”, como Caillois ha llamado al impulso creador de la obra novelesca. Persecución de otra vida –parece útil recalcarlo–, que no importa, ni en la historia ni en la novela, deseo de sustituir la existencia real por la de la ficción. Es, más bien, expresiva del instinto vitalista que busca tomar forma adecuada para conseguir su plenitud, que aspira a hacerse efectivo de acuerdo con sus íntimas y propias orientaciones.

Las tendencias del alma popular contemporánea –rebeldía, inconformismo con lo vigente, ansia de imperar en el futuro– son señales de ese instinto vitalista que pugna por autenticarse. No son otros los móviles ideales de la novela. Esta es, en efecto, una evasión que el hombre hace respecto del medio, del tiempo, de la ideología dominante, hacia el mundo con el cual se acomodan sus tendencias espirituales. Es ocioso demostrar que lo novelesco no es lo ficticio. El arte ha consagrado tal concepto en términos absolutos. La novela, como la historia, es una realización existencial que convierte en posibles los ensueños, arraigándolos en la entraña de lo viviente. Ni el hombre ni el personaje novelesco son más que títeres cuando se mueven a impulso de lo facticio, cuando carecen de impulso propio. La vacuidad histórica de la vida boliviana, en el periodo de la comedia, es obra de su obediencia de autómata a los dictados ajenos.

El recobramiento del sentido nacional vale así por una capacitación para alcanzar las metas, que día antes parecían inalcanzables, lo que es tan propio de la novela como de la historia, pues ambas no son sino medios de exaltación, de sublimación de la vida. Lo maravilloso se hace real y humano en ellas como en la *Ilíada*, que es, al par, historia de novela y novela de historia. El pueblo que llena un noble destino realiza también algo maravilloso con solo ese hecho, si se lo mide por la insuficiencia de sus comienzos. Todavía confusa, la aspiración boliviana de nuestro tiempo se muestra resuelta a cumplir ese destino. Ni lo intempestivo –como en la época del drama–, ni lo quimérico –como en la época de la comedia– han desviado hasta hoy el rumbo de tal aspiración. Ella adquiere, de esta suerte, la certidumbre de una energía ejecutora del sino. La conciencia y la emoción colectivas de que se nutre diríanse fusionadas dentro de

ella con el hálito animante con que la tierra nativa insufla en los hombres el impulso y el augurio de las grandes jornadas.

II

Ganó su primera batalla esta resurrección del sentimiento bolivianista, con el aparecer de los periódicos opuestos al imperio de los grandes consorcios económicos que sojuzgan al país. El inmenso poderío de esos consorcios mostróse impotente para doblegar el espíritu de sacrificio con que los primeros voceros de la bolivianidad autonomista sostuvieron sus posiciones bajo el bombardeo financiero de las fortalezas mercantiles de la oligarquía. Su resistencia hubiera sido acaso imposible sin la guerra, sin el sufrimiento lacerante que de ella manaba, sin la matanza inútil, sin la derrota.

A esos periódicos tiene que atribuirse, como al Chaco, un nuevo y sólido influjo que se proyecta sobre el espíritu público y lo mantiene despierto, alejándolo cada vez más del área cubierta por la acción letal de la prensa al servicio de los grandes negocios. Solidaria con ese periodismo, una inmensa mayoría del pueblo ha reocupado la vieja posición del sentimiento de la nacionalidad frente a la de la tendencia colonialista, que tampoco ha desaparecido. Si estas dos fuerzas tradicionalmente enemigas chocaran, habría sonado la hora del renacimiento de Bolivia, porque solo cuando haya quien luche materialmente por ella, podrá creerse que ella existe. Jamás tuvo la República, en efecto, otra noción de su existencia que la de la pelea. Por eso vivió con el nombre de Patria, más gloriosamente que nunca, en la edad de los guerrilleros, cuando no pasaba un día sin matar y sin morir por la independencia del pueblo nativo.



En el marco de la celebración de los 200 años de la Independencia de Bolivia, en 2025, la Vicepresidencia del Estado Plurinacional, a través de su Centro de Investigaciones Sociales (CIS), determinó la creación de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB), cuyo propósito principal es seleccionar, publicar y difundir 200 de las más representativas obras del pensamiento y conocimiento de nuestro país para promover la lectura, el estudio y la investigación de lo boliviano, fortalecer el sistema educativo y la reflexión sobre la identidad plural de Bolivia.

La BBB es un proyecto editorial que toma en cuenta aspectos cronológicos, históricos, geográficos, étnicos, culturales, lingüísticos, etc., con la intención de conformar una colección de obras representativas de y para la historia de nuestro país en cuatro colecciones: Historias y geografías; Letras y artes; Sociedades; y Diccionarios y compendios.

Historias y geografías

1. Alarcón, Ricardo: *Bolivia en el primer centenario de su Independencia*
2. Albó, Xavier y Barnadas, Josep: *La cara india y campesina de nuestra historia*
3. Aldeano (seudónimo): *Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional de Bolivia*; Pentland, Joseph: *Informe sobre Bolivia* (libro fusionado)
4. Armentia, Nicolás: *Relación histórica de las Misiones Franciscanas de Apolobamba*
5. Arzáns de Orsúa y Vela, Bartolomé: *Historia de la Villa Imperial de Potosí*
6. Arze Aguirre, René: *Participación popular en la Independencia de Bolivia*
7. Bakewell, Peter: *Mineros de la montaña roja. El trabajo de los indios en Potosí*; Mitre, Antonio: *Los patriarcas de la plata*; Tandeter, Enrique: *Coacción y mercado. La minería de la Plata en el Potosí colonial, 1692-1826* (libro fusionado)
8. Baptista Gumucio, Mariano: *Cartas para comprender la historia de Bolivia*
9. Barnadas, Josep: *Charcas*
10. Barragán, Rossana: *Espacio urbano y dinámica étnica. La Paz en el siglo XIX*
11. Block, David: *La cultura reduccional de los llanos de Mojos*
12. Cajías, Fernando: *La provincia de Atacama*
13. Calancha, Antonio: *Crónica moralizada*
14. Choque, Roberto: *La masacre de Jesús de Machaqa*
15. Chungara, Domitila (Moema Viezzer): *Si me permiten hablar*
16. Coímbra, Juan: *Siringa. Memorias de un colonizador del Beni* ; Pinto Parada, Rodolfo: *Arreando desde Moxos* (libro fusionado)
17. Combès, Isabelle: *Etno-historias del Isoso. Chane y chiriguanos en el Chaco boliviano*
18. Condarco, Ramiro: *Zárate, el "temible" Willka*
19. Condori, Leandro; Mamani, Carlos y THOA: *El escribano de los caciques apoderados*; *Taraqu, 1866-1935: Masacre, guerra y renovación en la biografía de Eduardo L. Nina Qhispi*; *El indio Santos Marka T'ula*… (libro fusionado)
20. Crespo, Alberto: *Esclavos negros en Bolivia*; Inge Buisson-Wolff: *Negerklavereiundnegerhandel in Hochperu 1545-1640* [*Esclavitud y tráfico de negros en Alto Perú*] (libro fusionado)
21. Dalence, José María: *Bosquejo estadístico de Bolivia*
22. De Ribera, Lázaro: *Moxos: Descripciones e historia de los indios, animales y plantas*
23. De Viedma, Francisco: *Descripción geográfica y estadística de Santa Cruz de la Sierra*; Comajuncosa, Antonio; Hanke, Tadeo y La Cueva, Francisco: *Otros* (libro fusionado)
24. Del Valle, María Eugenia: *Historia de la rebelión de Túpac Catari*
25. D' Orbigny, Alcide: *Viajes por Bolivia*

26. Dunkerley, James: *Rebelión en las venas*
27. Escobari, Jorge: *Historia diplomática de Bolivia*
28. Finot, Enrique: *Historia de la conquista del oriente boliviano*; García Recio, José María: *Análisis de una sociedad de frontera: Santa Cruz de la Sierra en los siglos XVI-XVII* (libro fusionado)
29. Gamarra, Pilar: *Amazonia norte de Bolivia: economía gomera (1870-1940)*
30. Guevara, Ernesto: *Diario del Che en Bolivia*
31. Irurozqui, Marta: *A bala, piedra y palo: La construcción de la ciudadanía política*
32. Klein, Herbert: *Orígenes de la revolución nacional boliviana*
33. Larson, Brooke: *Colonialismo y transformación agraria en Bolivia: Cochabamba 1550-1990*
34. Lofstrom, William: *El Mariscal Sucre en Bolivia*
35. Lora, Guillermo: *Historia del movimiento obrero*
36. Mendoza, Gunnar: *Obra reunida*
37. Mendoza, Jaime: *Obra reunida* (*El macizo boliviano + El factor geográfico en la nacionalidad boliviana*)
38. Mercado, Melchor María: *Álbum de paisajes, tipos humanos y costumbres de Bolivia (1841-1869)*
39. Montes de Oca, Ismael: *Geografía y recursos naturales de Bolivia*
40. Moreno, Gabriel René: *Últimos días coloniales del Alto Perú*
41. Parkerson, Phillip: *Andrés de Santa Cruz y la Confederación Perú-Boliviana*
42. Pärssinen, Martti: *Tawantinsuyo*
43. Platt, Tristan: *Estado boliviano y ayllu andino. Tierra y tributo en el Norte de Potosí* (publicado)
44. Platt, Tristan; Harris, Olivia y Bouysse-Cassagne, Thérèse: *Qaraqara-Charka*
45. Poma de Ayala, Guamán: *Nueva crónica y buen gobierno*
46. Querejazu, Roberto: *Guano, salitre y sangre*
47. Querejazu, Roberto: *Masamaclay*
48. Roca, José Luis: *Ni con Lima ni con Buenos Aires*
49. Rodríguez, Gustavo: *Teoponte, la otra guerrilla guevarista*
50. Sanabria, Hernando: *Obra reunida* (*En busca de El Dorado*; *Apiaguaiqui Tumpa. Biografía del pueblo chiriguano y su último caudillo*; *Breve historia de Santa Cruz*)
51. Serulnikov, Sergio: *Revolución en los Andes*
52. Soux, María Luisa: *El complejo proceso hacia la independencia de Charcas*
53. Suárez, Nicolás: *Anotaciones y documentos sobre la campaña del Alto Acre*
54. Thomson, Sinclair: *Cuando solo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia*
55. Trigo, Eduardo: *Tarija en la independencia del Virreinato del Río de la Plata*
56. Vargas, José Santos: *Diario de un soldado de la Independencia*
57. Vásquez Machicado, Humberto: *Obra reunida*
58. Wachtel, Nathan: *El regreso de los antepasados. Los indios urus de Bolivia del siglo XX al XVI. Ensayo de historia regresiva*
59. *Antología de arqueología*
60. *Antología de biografías*
61. *Antología de ciencias de la tierra*
62. *Antología de cronistas coloniales de Charcas*
63. *Antología de diarios de viajes y expediciones*
64. *Antología de documentos históricos fundamentales de Bolivia* (publicado)
65. *Antología de estudios regionales*
66. *Antología de folletos*
67. *Antología de la problemática marítima*
68. *Atlas general e histórico de Bolivia*
69. *Nueva historia general de Bolivia*

Letras y artes (72)

70. Aguirre, Nataniel: *Juan de la Rosa* (publicado)
71. Alfaro, Óscar: *Obra reunida*
72. Antezana, Luis: *Ensayos escogidos*
73. Arguedas, Alcides: *Raza de bronce*
74. Bascopé Aspiazu, René: *Obra reunida*
75. Bedregal, Yolanda: *Obra reunida*
76. Borda, Arturo: *El Loco*
77. Camargo, Edmundo: *Obra reunida*
78. Cárdenas, Adolfo: *Periférica Blvd.*
79. Cerruto, Óscar: *Obra reunida* (dos volúmenes)
80. Céspedes, Augusto: *Sangre de mestizos*
81. Chirveches, Armando: *Obra reunida*
82. Costa du Rels, Adolfo: *El embrujo del oro*
83. De la Vega, Julio: *Matías, el apóstol suplente*
84. Echazú, Roberto: *Obra reunida*
85. Gerstmann, Roberto: *Bolivia: 150 grabados en cobre*
86. Gisbert, Teresa y Mesa José: *Historia del arte en Bolivia*
87. Gisbert, Teresa: *Iconografía y mitos indígenas en el arte*
88. Gumucio, Alfonso: *Historia del cine boliviano*
89. Guzmán, Augusto: *Obra reunida*

90. Jaimes Freyre, Ricardo: *Obra reunida*
91. Lara, Jesús: *Yanacuna* (*Yawarninchij*)
92. Medinaceli, Carlos: *La Chaskañawi*
93. Medinaceli, Carlos: *Obra reunida*
94. Mitre, Eduardo: *Obra reunida*
95. Montes, Wolfango: *Jonás y la ballena rosada*
96. Moreno, Gabriel René: *Obra reunida*
97. Mundy, Hilda: *Obra reunida*
98. Otero Reich, Raúl: *Obra reunida*
99. Paz Soldán, Edmundo: *Río fugitivo*
100. Pentimali, Michella; Gisbert, Teresa; Paz, Valeria; Calatayud, Jacqueline: *Bolivia: los caminos de la escultura*
101. Piñeiro, Juan Pablo: *Cuando Sara Chura despierte*
102. Poppe, René: *Interior mina*
103. Quiroga Santa Cruz, Marcelo: *Los deshabitados*
104. Querejazu, Pedro: *Las misiones jesuíticas de Chiquitos*
105. Querejazu, Pedro: *Pintura boliviana en el siglo xx*
106. Reynolds, Gregorio: *Obra reunida*
107. Rocha Monroy, Ramón: *El run run de la calavera*
108. Saenz, Jaime: *Felipe Delgado*
109. Saenz, Jaime: *Obra reunida*
110. Salazar Mostajo, Carlos: *La pintura contemporánea en Bolivia*
111. Sanjinés, Javier: *Literatura contemporánea y grotesco social en Bolivia*
112. Shimose, Pedro: *Obra reunida*
113. Sotomayor, Ismael: *Añejerías paceñas*
114. Spedding, Alison: *De cuando en cuando Saturnina*
115. Suárez, Jorge: *Obra reunida*
116. Suárez Araúz, Nicomedes: *Obra reunida*
117. Tamayo, Franz: *Obra reunida* (dos volúmenes)
118. Terán Cabero, Antonio: *Obra reunida*
119. Urzagasti, Jesús: *Obra reunida* (dos volúmenes)
120. Vaca Guzmán, Santiago: *Obra reunida*
121. Viaña, José Enrique: *Cuando vibraba la entraña de plata*
122. Wicky, Jean Claude: Bolivia: *Mineros*
123. Wiethüchter, Blanca y Paz Soldán, Alba María: *Hacia una historia crítica de la literatura boliviana*
124. Wiethüchter, Blanca: *Obra reunida*
125. Zamudio, Adela: *Obra reunida*
126. *Antología de la arquitectura en Bolivia*
127. *Antología de la caricatura en Bolivia*
128. *Antología de crónica literaria y periodística*
129. *Antología del cuento en Bolivia*
130. *Antología de ensayo y crítica literaria en Bolivia*
131. *Antología de fotografía boliviana*
132. *Antología de gastronomía boliviana*
133. *Antología de literatura aymara*
134. *Antología de literatura colonial*
135. *Antología de literatura infantil y juvenil de Bolivia* (publicado)
136. *Antología de literatura quechua*
137. *Antología de literatura de tierras bajas*
138. *Antología sobre la música en Bolivia*
139. *Antología de poesía boliviana*
140. *Antología de tradición oral en Bolivia*
141. *Antología de teatro boliviano*

Sociedades (49)

142. Albarracín, Juan: *Sociología boliviana contemporánea*
143. Albó, Xavier: *Obra reunida*
144. Almaraz, Sergio: *Obra reunida*
145. Anónimo: *El manuscrito Huarochirí*
146. Arguedas, Alcides: *Pueblo enfermo*
147. Arze, José Antonio: *Obra reunida*
148. Baptista Caserta, Mariano: *Páginas escogidas*
149. Bouysse-Cassagne, Thérèse; Harris, Olivia; Platt, Tristan y Cereceda, Verónica: *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*
150. Díez Astete, Álvaro: *Compendio de etnias indígenas y ecorregiones Amazonia, oriente y Chaco*
151. Francovich, Guillermo: *Obra reunida*
152. García Jordán, Pilar: *Unas fotografías para dar a conocer al mundo la civilización de la república guaraya*
153. García Linera, Álvaro: *Obra reunida*
154. Gianecchini, Doroteo: *Historia natural, etnográfica y geográfica del Chaco boliviano*
155. Guillén-Peñaranda y Pérez, Elizardo: *Warisata, la escuela ayllu; Utama* (libro fusionado)
156. Holmberg, Allan y Stearman, Ayllin: *Nómadas del arco largo: los sirionó del oriente boliviano; No más nómadas* (libro fusionado)
157. Hurtado, Javier: *El katarismo* (publicado)
158. López Menéndez, Felipe y Barnadas, Josep: *Compendio de historia eclesiástica de Bolivia*; *La Iglesia Católica en Bolivia* (libro fusionado)
159. Marof, Tristan: *Obra reunida*
160. Montenegro, Carlos: *Nacionalismo y coloniaje* (publicado)

161. Murra, John: *Formaciones económicas y políticas en el mundo andino*
162. Ovando, Jorge: *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia*
163. Quiroga Santa Cruz, Marcelo: *Obra reunida*
164. Reinaga, Fausto: *La revolución india*
165. Reyeros, Rafael: *El pongueaje: historia social del indio boliviano*
166. Riester, Jürgen: *Obra reunida*
167. Rivera, Silvia: *Oprimidos pero no vencidos*
168. Romero Pittari, Salvador: *Obra reunida*
169. Saignes, Thierry: *Obra reunida*
170. Urquidi, Arturo: *Obra reunida*
171. Van Den Berg, Hans: *Obra reunida*
172. Villamil de Rada, Emeterio: *La lengua de Adán*
173. Zavaleta Mercado, René: *Obra reunida*
174. *Antología de antropología de tierras altas*
175. *Antología de antropología de tierras bajas*
176. *Antología de ciencias políticas bolivianas*
177. *Antología de ciencias de la vida*
178. *Antología sobre ciudad, mestizaje y economía popular*
179. *Antología del deporte boliviano*
180. *Antología de economía en Bolivia*
181. *Antología de educación en Bolivia*
182. *Antología de farmacopea indígena*
183. *Antología de filosofía boliviana*
184. *Antología sobre las Fuerzas Armadas y la Policía*
185. *Antología sobre la hoja de coca*
186. *Antología sobre el minero y la minería en Bolivia*
187. *Antología del periodismo y estudios de comunicación*
188. *Antología de sociología boliviana*
189. *Antología de tradiciones, folklore y mitos*
190. *Antología sobre textiles*

Diccionarios y compendios (10)

191. Barnadas, Josep: *Diccionario histórico de Bolivia*
192. Bertonio, Ludovico: *Vocabulario de la lengua aymara*
193. Coello, Carlos: *Diccionario de bolivianismos*
194. Gianecchini, Doroteo: *Diccionario chiriguano-español, español-chiriguano*
195. Gonzales Holguín, Diego: *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú*
196. Herrero, Joaquín y Sánchez, Federico: *Diccionario quechua*
197. Layme, Félix: *Diccionario aymara*
198. Marbán, Pedro: *Diccionario de lengua mojeña*
199. Ortiz, Elio y Caurey, Elías: *Diccionario etimológico y etnográfico de la lengua guaraní hablada en Bolivia*
200. *Vocabulario de los pueblos indígenas*


BIBLIOTECA
DEL BICENTENARIO
DE BOLIVIA

Este libro –la obra 160 de la Biblioteca
del Bicentenario de Bolivia (BBB)– se
terminó de imprimir en julio de 2016
en los talleres de Plural editores, en el
barrio de Sopocachi de la ciudad de La
Paz (Bolivia). Para su composición se
emplearon las tipografías Swift, Myriad
Pro, Filosofía y Fedra en sus distintas
variantes y tamaños. Se imprimieron
3.000 ejemplares –2.500 en rústica
y 500 en tapa dura– en papel bond
ahuesado de 70 g y el emblocado se
realizó en cuadernillos costurados.



En 1943, con casi 40 años a cuestas, Carlos Montenegro escribió un ensayo que fue publicado, un año después, con el sugestivo título de *Nacionalismo y coloniaje*: *Su expresión histórica en la prensa de Bolivia.* Ese libro devino muy pronto en obra fundamental para la configuración del discurso del nacionalismo revolucionario, aquel forjado después de la Guerra del Chaco y que acompañó la Revolución de 1952.

Hay en *Nacionalismo y coloniaje*, sin duda, un tema estructurador: propone lo nacional y lo colonial como tendencias opuestas que se expresan o encarnan en posiciones, personajes políticos y actores sociales. Su revisión de la historia republicana, por eso, tiene como tema constante la disputa entre ambas tendencias. Pero, más allá de esa claridad ideológica, ¿es posible circunscribir este libro a un ámbito disciplinario? ¿Es ensayo interpretativo, investigación histórica, estudio sociológico o programa político? Sin duda es todo esto y, quizás por eso también, ocupa un lugar central en la historia del pensamiento social boliviano.

Fernando Mayorga Ugarte



